

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 15
Octubre-Diciembre 2009

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

• Ensayo

Violencia y transgresión en dos cuentos latinoamericanos: "La casa nueva" de Silvia Molina y "Yo a las mujeres me las imaginaba bonitas" de Andrea Maturana, por Guadalupe Pérez-Anzaldo

"Tomate", imágenes de la violencia genérica en la Ciudad de México, por Demetrio Anzaldo González

Donde la vestimenta se abre. Momentos eróticos en "Aura" de Carlos Fuentes, por Juan Fernando Covarrubias

• Relato

Cazadores y recolectores, por Ricardo Bernal
Cuentos, por Salvador Alario Bataller

El país que se parecía al Oeste, por Xandru Fernández

La fe, por Jennifer Díaz Ruiz

Hasta siempre, Brasil, por Rosa Silverio

Testiculario, por Luis Emel Topogenario

La cuesta arriba, por José Antonio Lozano

Vinagre y hierbabuena, por Ruth M^a Rodríguez López

Relatos, por Bertha Ramos

Los otros libros, por Ramiro Sanchiz

El tipo que escucha, por Alberto García Salido

Sumersión, por Lucía Lorenzo

Las andanzas del mago don Fidel, por María Dubón

La gruta nos era conocida, por Carlos Santi

La vida sucia, por Carlos Ardohaín

La flor del frío, por Jorge Luis Cáceres

Nacida para mentir, por Sara Martínez

El subalterno, por Pepe Perezza

Una cita a las seis de la tarde, por Blanca del Cerro

Inventrén, por Sergio Boraio Llop

Correspondencia nicaragüense (III), por Berenice Noir

Crimen perfecto, por Carlo Reategui Avilés

Siempre te encontré, por José Ángel Beckett

La ley del más fuerte, por Carlos Manzano

La rebelión del inanimado, por Julio Blanco García

Regreso al pasado (I), por Enrique García Díaz

• Narradores

Israel Centeno

• Entrevista

Enrique Redel, por Pilar Adón

• Reseñas

"El club de los estrellados" de Joaquín Berges, por Luis Borrás

"Los alcores. Crónicas visueñas" de Leopoldo de Trazegnies Granda, por Carlos Manzano

"Erotika" de Patricia de Souza, por Gilmar Simoes

"Construyendo Babel" de Hilario J. Rodríguez, por Luis Borrás

• Miradas

Manuel Rivas y La desaparición de la nieve, por María Aixa Sanz

• Novedades editoriales

Coordinador: **Carlos Manzano**

Consejo Editorial: **María Dubón - Emilio Gil - Mónica Gutiérrez Sancho - Nerea Marco Reus - Luisa Miñana**

www.revistanarrativas.com – narrativas@hotmail.com

Narrativas es una revista electrónica que nace como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la distribución de los ejemplares. En este sentido, hemos optado por editar la revista en formato PDF, ya que permite aplicar técnicas de diseño y maquetación propias de la edición tradicional y a la vez facilita su lectura, ya sea desde la propia pantalla o una vez impresa en papel.

Envío de colaboraciones:

La revista Narrativas versa sobre diversos aspectos de la narrativa en español. Está estructurada en tres bloques fundamentales: ensayo, relatos y reseñas literarias. En cualquiera de estos campos, toda colaboración es bien recibida. Las colaboraciones deberán enviarse por correo electrónico como archivo adjunto y en formato Word. En su momento, los órganos de selección de la revista decidirán sobre la publicación o no de los originales recibidos. No se fija ninguna extensión máxima ni mínima para las colaboraciones, aunque se valorará la concisión y el estilo. Se acusará recibo de cada envío y se informará de la aceptación o no del mismo. Los autores son siempre los titulares de la propiedad intelectual de cada texto; únicamente ceden a la revista Narrativas el derecho a publicar los textos en el número correspondiente.

SUMARIO - núm. 15

<i>Violencia y transgresión en dos cuentos latinoamericanos: “La casa nueva” de Silvia Molina y “Yo a las mujeres me las imaginaba bonitas” de Andrea Maturana</i> , por Guadalupe Pérez-Anzaldo	3..	<i>La gruta nos era conocida</i> , por Carlos Santi	72
<i>“Tomate”, imágenes de la violencia genérica en la Ciudad de México</i> , por Demetrio Anzaldo González	10	<i>La vida sucia</i> , por Carlos Ardohaín	75
<i>Donde la vestimenta se abre. Momentos eróticos en “Aura” de Carlos Fuentes</i> , por Juan F. Covarrubias	18	<i>La flor del frío</i> , por Jorge Luis Cáceres	79
<i>Cazadores y recolectores</i> , por Ricardo Bernal	23	<i>Návida para mentir</i> , por Sara Martínez	92
<i>Cuentos</i> , por Salvador Alario Bataller	25	<i>El subalterno</i> , por Pepe Perezza	95
<i>El país que se parecía al Oeste</i> , por Xandru Fernández	29	<i>Una cita a las seis de la tarde</i> , por Blanca del Cerro	96
<i>La fe</i> , por Jennifer Díaz Ruiz	34	<i>Inventrén</i> , por Sergio Borao Llop	98
<i>Hasta siempre, Brasil</i> , por Rosa Silverio	36	<i>Correspondencia nicaragüense (III)</i> , por B. Noir	101
<i>Testiculario</i> , por Luis Emel Topogenario	38	<i>Crimen perfecto</i> , por Carlo Reategui Avilés	103
<i>La cuesta arriba</i> , por José Antonio Lozano	42	<i>Siempre te encontré</i> , por José Ángel Beckett	106
<i>Vinagre y hierbabuena</i> , por Ruth M ^a Rodríguez López	45	<i>La ley del más fuerte</i> , por Carlos Manzano	107
<i>Relatos</i> , por Bertha Ramos	48	<i>La rebelión del inanimado</i> , por Julio Blanco García	113
<i>Los otros libros</i> , por Ramiro Sanchiz	50	<i>Regreso al pasado (I)</i> , por Enrique García Díaz	117
<i>El tipo que escucha</i> , por Alberto García Salido	64	<i>Narradores: Israel Centeno</i>	131
<i>Sumersión</i> , por Lucía Lorenzo	68	<i>Entrevista a Enrique Redel</i> , por Pilar Adón	142
<i>Las andanzas del mago don Fidel</i> , por María Dubón	70	<i>“El club de los estrellados” de Joaquín Berges</i> , por Luis Borrás.....	144
		<i>“Los alcortes. Crónicas visueñas” de Leopoldo de Trazeñies Granda</i> , por Carlos Manzano	145
		<i>“Erotika” de Patricia de Souza</i> , por Gilmar Simoes	146
		<i>“Construyendo Babel” de Hilario J. Rodríguez</i> , por Luis Borrás	148
		<i>Miradas</i>	149
		<i>Novedades editoriales</i>	150

El material contenido en este número está debidamente protegido de acuerdo a la legislación internacional y no puede reproducirse sin permiso expreso de los autores.

VIOLENCIA Y TRANSGRESIÓN EN DOS CUENTOS LATINOAMERICANOS: *LA CASA NUEVA* DE SILVIA MOLINA Y *YO A LAS MUJERES ME LAS IMAGINABA BONITAS* DE ANDREA MATURANA

por Guadalupe Pérez-Anzaldo

En las últimas décadas, las escritoras latinoamericanas han (re)elaborado, explorado y presentado en sus textos amplios y tan variados temas, tales como la violencia, los conflictos y relaciones familiares, la búsqueda de la identidad, la memoria, entre otros, aportando así nuevas conceptualizaciones en la literatura en general. Este es el caso de Silvia Molina (México, 1946) y Andrea Maturana (Chile, 1969) en cuyos cuentos «La casa nueva» (aparecido en su colección de cuentos *Dicen que me case yo*, 1989) y «Yo a las mujeres me las imaginaba bonitas» (incluido en *(Des)encuentros (des)esperados*, 1992) respectivamente, han cuestionado, (re)semantizado y (re)conceptualizado los parámetros culturales en los que se sustenta la identidad del sujeto femenino.

En ambas historias, cada una con su propio contexto fluido y heterogéneo, llama la atención que la narración se presente a partir de la perspectiva de una narradora niña/adolescente la cual subvierte la imagen idealizada de la madre del discurso androcéntrico. Por consiguiente, la (re)construcción de estas historias se constituye en los márgenes de un sistema simbólico, mismo que tiene como núcleo la supremacía del Padre, en un intento por problematizar y trasgredir la ideología de un orden social que privilegia y condiciona las relaciones asimétricas de poder. De esta manera, la figura señora del padre –y la de la madre que acepta y (re)produce los valores patriarcales– se desmorona ante los ojos de su propia hija, la cual se rehúsa a aceptar con resignación el lugar periférico que le ha sido asignado socialmente. Asimismo, se hace preciso señalar que la condición marginal y subalterna de las narradoras dentro de los textos es doble puesto que no sólo se genera a partir de su posición de niña/mujer, sino también a causa de su estrato o posición social. La violencia física y psicológica de que son objeto las mujeres en ambas historias es contingente a las condiciones económicas que reproducen la miseria e ignorancia en la que viven sus familias.

El estilo utilizado en cada una de estas narraciones es muy sencillo y presenta una gran influencia del elemento oral; sin embargo, y a pesar de lo anterior, la trascendencia y complejidad de sus temas es evidente. Como ya se ha señalado, en los cuentos de Molina y Maturana se redefine y desacraliza el concepto de Maternidad, el cual se ha planteado en base a la gran influencia del catolicismo en el culto mariano. Las premisas semióticas de Julia Kristeva, precisamente, han ayudado a dilucidar sobre este tema: «Christianity is doubtless the most refined symbolic construct in which femininity, to the extent that it transpires through it –and it does so incessantly– is focussed on Maternity.» (1982: 161) La imagen de la Virgen María como el epitome del sacrificio y el amor maternal es una estrategia utilizada por el discurso hegemónico que ha perdurado en nuestro imaginario colectivo a través de los siglos. Por lo tanto, a la mujer se le han atribuido esencias identitarias que parten de su función reproductora y del supuesto instinto maternal que la caracteriza. Precisamente a este respecto, es interesante observar cómo esta conceptualización esencialista es no sólo aceptada, sino también internalizada por las mismas mujeres, como se aprecia en la siguiente aseveración hecha por la escritora judía-mexicana Ethel Kolteniuk Krauze:

«Para la Naturaleza, la maternidad es la función biológica de la perpetuación de la especie... La especie humana paga su evolución con un cerebro más grande, por lo que debe nacer “prematuramente” por el canal vaginal; a cambio, necesita el cuidado de la madre para acabar de desarrollarse y convertirse en un individuo viable. La oxitocina y la dopamina, que son las hormonas específicas para este momento, cumplen su cometido y aparece en la madre el apego, el llamado instinto maternal, el lazo afectivo que la mantiene cerca del hijo para que el objetivo de la perpetuación de la especie pueda cumplirse. El instinto maternal es, pues, una función biológica.» (2006: 9-10)

Cabe señalar que, aunque Krauze se refiere también al concepto de la maternidad como uno culturalmente creado a partir del siglo XVIII, es indudable que ella privilegia la idea del instinto maternal inherente en toda mujer. Su posicionamiento ideológico es problemático en tanto que refuerza los valores morales del sistema patriarcal, el cual impone, silencia y subyuga toda conducta que vaya en contra de lo considerado «natural». Como argumenta Graciela Hierro, la mujer que no respeta la normatividad corre el riesgo de ser vituperada porque:

«La forma de “instinto” constituye no sólo lo que es, sino también lo que debe ser dentro de la naturaleza humana y, por ello, principio fundamental de la conducta moral... El cargo de “contra-natura” tiene un significado de vituperación como “inhumano”, “desnaturalizado”, “monstruoso”. Asimismo, la palabra naturaleza, como término ético, pretende ser el criterio externo de lo obligatorio: un ejemplo de esto es la obligación para las mujeres de obedecer al “instinto” maternal.» (2003: 106)

Hierro, inclusive, va más allá al asegurar que si bien los sujetos buscan satisfacer sus necesidades fisiológicas de acuerdo a las leyes naturales, es importante recordar que, de ninguna manera, se rigen por estas últimas cuando se trata de desenvolverse a nivel social y político. Es decir, que lo biológico no es necesariamente lo que determina el comportamiento social ni la inclinación política de cada individuo. Los estudios de carácter feminista de Hierro y Julia Kristeva, entre varios otros realizados en las últimas décadas, sirven para demostrar que el supuesto instinto primordial de toda mujer al que alude Krauze no es más que una de las múltiples construcciones sociales que se han hecho en torno a la mujer y la feminidad.

Las escritoras aquí presentadas están conscientes de esto y de ahí su interés por presentar a dos narradoras/protagonistas que se erigen como las antagonistas de una madre carente de respeto, comprensión, solidaridad y amor. La rebeldía de las hijas contrasta con la sumisión de las mayores que de manera pasiva y sin ningún cuestionamiento aceptan la autoridad institucionalizada del padre al tiempo que pretenden perpetuar, con su ejemplo, los tradicionales roles adscritos a la mujer tales como el de ser una buena hija, esposa y madre. De tal manera que la madre no solamente cumple la función de procreadora, sino que también es la férrea trasmisora y (re)productora de las tradiciones culturales impuestas por el sistema hegemónico. En ese sentido, estas dos historias:

«Uncover the dark secret behind the cult of motherhood: that mothers are the promoters and defenders of male privilege who endanger their relationships with their daughters and their daughters’ very identity by preparing them to value men more than themselves... the bonds between mother and daughter are strained by mothers who enforce society’s message of subordination and conformity against their daughters’ drive to autonomy.» (Milleret 2004: 98)

En «La casa nueva», esa desacralización ocurre cuando la hija protagonista se niega a aceptar la manipulación y el control de su madre viuda, quien pretende justificar la mentira dicha por el padre llamándolo un «soñador» y no un mentiroso. Es precisamente mediante esta justificación que la madre intenta reivindicar la imagen del ausente jerarca de la familia, devaluada y resquebrajada ante los ojos de la hija. Ella, por consiguiente, intenta aleccionar a su hija pidiéndole que siga viviendo de ilusiones y sueños, tal y como lo hiciera su padre, y que recurra a ese mismo acto de escapismo para olvidarse de una realidad que la aprisiona y oprime. Aquí es importante resaltar que, como ha señalado Margo Milleret, aunque el padre está físicamente ausente, el contexto cultural del poder masculino y su valor dentro de la familia está siempre presente porque ideológica y culturalmente está profundamente arraigado en la sociedad. En este caso, es quien pretende impedirle a su hija encontrar una salida liberadora al reforzar la tradición legitimizada que el hombre representa para ella, debido a que: «[I]n Western culture families honor the patriarchal father who gives identity and value to the women in the home, and whose interests are served by the socialization that mothers give to daughters.» (2004: 96)

La hija, sin embargo, indaga y (re)articula una subjetividad propia capaz de trasgredir las valoraciones canónicas y es por eso que corrige y hasta confronta el endeble discurso de su madre al responder: «Nada de que nos vamos a sacar la lotería. ¿Cuál lotería? No, mamá. La vida no es ninguna ilusión; es la vida y se acabó. Está bueno para los niños que creen todo». (2003: 145) La madurez de la hija, quien ya ha dejado atrás la infancia y que se expone en estas palabras, contrasta con el conformismo y resignación de sus padres. Su madre, en particular, reproduce el mismo discurso ideológico que su

esposo resistiéndose a cambiar la estructura de poder que relega, reprime, niega, aliena y subyuga a la mujer.

Es importante destacar que en esta narración donde se rompen las fronteras espaciales y temporales, la precaria situación económica es un factor clave para entender la desestabilización familiar y los conflictos que se derivan como el de la promiscuidad; puesto que los padres viven una relación conflictiva a causa del espacio limitado que comparten con sus cinco hijos y que les impide disfrutar plenamente de sus relaciones sexuales; lo anterior no pasa desapercibido en el recuerdo de la hija/adulta quien tiene aún presente su perspectiva de hija/niña:

«Luego me enseñó su recámara, su baño, su vestidor... Y yo, mamá, la sospeché enlazada a él en esa camota –no se parecía en nada a la suya–, en la que harían sus cosas sin que sus hijos escucháramos. Después, salió usted recién bañada, olorosa a durazno, a manzana, a limpio. Contenta, mamá, muy contenta de haberlo abrazado a solas, sin la perturbación ni los lloridos de mis hermanos.» (2003: 146)

El deseo de que sus padres tengan un lugar privado que les haga gozar plenamente de su sexualidad se ve frustrado cuando la hija/niña descubre que ha sido víctima de una mentira y que la adquisición de la enorme casa visitada era solamente una falacia, un sueño más del padre. La ilusión se resquebraja por la realidad miserable en la que viven.

La protagonista recorre con su progenitor la ciudad de México –cartografía urbana donde se hacen tangibles las desigualdades sociales– comparando estos dos mundos opuestos e irreconciliables que, sin embargo, forman parte de esa misma metrópolis. La madre de la protagonista se empeña en ocultar, negar, disfrazar y hasta contradecir la verdad que se manifiesta ante sus ojos a pesar de que sabe que su hija ya es capaz de distinguir las diferencias:

«El trayecto en el camión, desde la San Rafael, me pareció diferente, mamá. Como si fuera otro... Miles de veces habíamos recorrido Melchor Ocampo, pero nunca hasta Gutemberg. La limpieza de las calles me gustaba cada vez más. No quería recordar la San Rafael, tan triste y tan vieja: “No está sucia, son los años” –repelaba usted siempre, mamá. ¿Se acuerda? Tampoco quería pensar en nuestra privada sin intimidad y sin agua.» (2003: 145-6)

Metafóricamente, el día en que ella y su padre visitan la casa nueva que está en exhibición, y que por lo tanto está abierta para cualquier persona, traspasan los límites que dividen estos dos espacios urbanos tan disímiles: la periferia donde ella habita con su familia en paupérrimas condiciones y la zona privilegiada llena de comodidades, servicios y privilegios fuera de su alcance, una especie de utopía para ellos. En ese sentido, la privada donde viven representa el sitio donde se producen la desintegración familiar, la insatisfacción, el vacío y la pérdida de libertad. Por su parte, la casa nueva simboliza el objeto del deseo, lo inasible, en tanto que son muy remotas las posibilidades del cambio de fortuna y del esperado golpe de suerte para poder conseguir una casa propia y la seguridad financiera que le permita la satisfacción plena a cada uno de los miembros de esta familia.

La violencia que sufre la protagonista/narradora no es, en este caso en particular, física sino emocional y psicológica puesto que el engaño y la burla de su padre le hacen sentirse humillada, vacía, frustrada y, sobre todo, desilusionada. Patricia Rodríguez Saravia en su texto titulado *La mujer fuerte. Entre comillas*, se refiere precisamente a este tipo de violencia el cual tiene un alto porcentaje de incidencias entre las mujeres mexicanas y señala que: «En México, el 50% de las mujeres viven expuestas a las distintas formas de violencia en sus hogares: física, emocional, sexual y psicológica. Las mujeres también ejercen la violencia contra ellas mismas –por ejemplo, mediante la anorexia y la mutilación– y la descargan contra los hijos». (2004: 95)

Las complejas relaciones intrafamiliares se trasladan también a nivel de los adultos, puesto que la violencia psicológica antes referida es ejecutada por la madre hacia su esposo, a quien hace presa de constantes recriminaciones y reclamos debido a que él, con su puesto de dibujante, no puede aportar mayores ingresos económicos para la manutención de su familia. Es por esta razón que la hija ambiciona tener una propiedad vasta y cómoda, la cual pueda ayudar a establecer una mejor convivencia entre los miembros de su familia. Es por eso que se plantea lo siguiente: «En esta casa, mi familia va a ser feliz. Mi mamá no se volverá a quejar de la mugre en que vivimos. Mi papá no irá a la cantina;

llegará temprano a dibujar». (2003: 147) De esta manera, el padre se convierte en parte de ese pequeño porcentaje que es abusado por una autoridad castrante y represiva como su mujer; tal y como se percibe en el siguiente estudio sociológico:

«Muchas personas que maltratan son considerados (y se consideran a sí mismos) como de menor poder. Cabe destacar que las personas que sufren estas situaciones suelen ocupar un lugar relativamente de mayor vulnerabilidad dentro del grupo familiar. En este sentido la violencia hacia los niños y las mujeres, estadísticamente reviste la mayor casuística, en cambio los hombres maltratados son sólo el 2% de los casos de maltrato (por lo general hombres mayores y debilitados tanto físicamente como económicamente respecto a sus parejas mujeres.» (*Violencia familiar*)

A diferencia de su padre, la única que parece capaz de superar ese trauma y el maltrato verbal en su contra es la hija. Ella busca diferentes estrategias para fortalecerse y sobrellevar el dolor producido por la crueldad de su padre y tristemente afirma que: «Ni con el tiempo he podido olvidar: que iba a ser nuestra cuando se hiciera la rifa». (2003: 148).

A pesar del trauma sufrido, la protagonista se rebela ante su madre y establece, de esta manera, una distancia con su progenitora a quien considera cómplice de la mentira dicha por su padre y en gran parte culpable de la mediocridad en la que han vivido. Ella lucha por librarse de la alienación a que ha estado sujeta y se enuncia como sujeto contestatario logrando, con ello, afirmarse a sí misma, (re)presentarse y (re)descubrir una subjetividad propia.

Por otro lado, en «Yo a las mujeres me las imaginaba bonitas», Maturana explora, a través de los ojos y la voz de una pequeña ingenua pero muy perspicaz, un tema poco común en la narrativa latinoamericana tradicional: el proceso natural de la menstruación, el (des)conocimiento y el ostracismo en torno al mismo. A su corta edad, la protagonista es testigo de la agresión física y psicológica que sufre su hermana mayor a manos de su madre. Ella no termina de comprender el por qué de los sucesos extraños que observa y escucha, de modo que recurre a las asociaciones para intentar explicárselos: el abandono de la mamá por parte de su padre se debe a que ella no es bonita como la rubia de la esquina; las mujeres, por el sólo hecho de serlo, tienen que lavar ropa como la mamá; si la Chana es fea como la mamá entonces Tito tiene que haberle causado la herida por la que ella ahora sufre y, por lo tanto, si la narradora acepta que Javier la lleve a su casa es probable que él abuse de su frágil cuerpo y le haga una herida tal y como Tito lo hizo con su hermana la Chana.

Se hace preciso señalar que, al igual que en el cuento de Silvia Molina, en esta historia se expone también una resemantización del concepto de la Maternidad. En este caso, la mamá, quien ha sido abandonada por el padre de sus dos hijas, es quien abusa y controla el cuerpo de la Chana, el cual se encuentra en la etapa de la pubertad. El nivel socio-económico de esta otra familia sin padre es un factor importante en la propagación de la violencia, puesto que la mamá no sólo vive esclavizada al lavadero sino que, además, carece de la formación necesaria para educar a sus hijas en aspectos tan relevantes en su vida como lo son su desarrollo psicológico, físico y sexual. Es por esa razón que, con tal de no despertar la curiosidad de su hija menor y así no tener que explicarle un tema considerado tabú por ella, le impone el silencio a la Chana: «Ahí la hizo callar porque estaba yo y le dije que mejor se iban a conversar detrás de la casa para que la hermana chica –o sea yo– no escuchara». (2003: 127)

El proceso biológico de la menstruación, por consiguiente, es conceptualizado por la madre como algo pecaminoso, vergonzoso y sucio que, por lo mismo, no puede ser explicado y debe mantenerse invisible y oculto. No es casual que en el devenir histórico esa valoración sea, precisamente, la impuesta por el discurso falogocéntrico, mismo que ha asociado el fluido menstrual de la mujer, tal y como observa Elizabeth Grosz, con lo impuro, con la enfermedad y «with the idea of festering putrefaction, no longer contained simply in female genitals but at any or all points of the female body». (1994: 206) De igual manera, el excremento es considerado un agente contaminante, pero a diferencia de la sangre menstrual éste, si puede ser controlado; esto, según los estudios hechos por Freud y analizados por Grosz: el niño es entrenado por la madre, durante su desarrollo, a controlar las funciones biológicas de su cuerpo –tales como la urgencia de orinar y defecar– así como también es enseñado a limpiar su cuerpo debido a las presiones y demandas culturales que le imponen sentimientos de vergüenza y asco para este fin. No es de extrañarse que, de acuerdo a estos parámetros, el fluido mens-

trual sea referido no solamente como algo vergonzoso, sino también repulsivo y con poderes de contaminación. (1994: 206)

Es importante resaltar que, como ha señalado Julia Kristeva, la sangre menstrual así como otros fluidos corporales corresponden a lo abyecto, que no es precisamente la falta de limpieza y salud, sino aquello que: «disturbs identity, system, order. What does not respect borders, positions, rules. The in-between, the ambiguous, the composite». (1994: 4) Por consiguiente dicha expulsión, en tanto que no puede ser reprimida, representa una amenaza y un peligro para el orden social, de ahí que sea necesario colonizar, representar y categorizar el cuerpo femenino con base en su función biológica reproductora. La repulsión y el horror que produce la sangre desechada mensualmente es, antes que nada, un rechazo a ese cuerpo materno que le ha dado la vida al sujeto.

Por otra parte, el discurso hegemónico también pretende universalizar a la mujer, y por ende negarle toda especificidad, borrando toda diferencia histórica, racial, étnica, económica y social entre ellas y categorizando a todos los cuerpos femeninos en oposición a los masculinos, tal y como lo afirma Grosz: «the social significance of these bodily processes that are invested in and by the processes of reproduction, all women's bodies are marked as different from men's (an inferior to them) particularly at those bodily regions where women's differences are most visibly manifest.» (1994: 207) Cada mujer, sin embargo, vive una experiencia muy particular con respecto a los cambios hormonales producidos en su cuerpo y siente/sufre su período menstrual de manera diferente cada mes.

En el cuento de Maturana, la hija adolescente excede los límites impuestos por la mantenedora del control y el orden familiar al intentar descubrir su sexualidad al lado de Tito: «Algo se puso a decir la Chana, que ahora sí que sabía que eso estaba mal, que hace días la vino a dejar el Tito después de esa fiesta que hubo hasta bien tarde... y los dos se quedaron atrás, en el patio chico, tocándose, pero que ahora estaba arrepentida de todo y no se quería morir por esa herida que tenía». (2003: 128) El férreo control de su madre se pone de manifiesto cuando descarga sus frustraciones y temores en ese cuerpo colonizado. La autoridad castrante de la madre no sólo le coarta toda libertad a la Chana al reprimirla su impulso sexual, sino que también afecta indirectamente la percepción que su hija menor tiene de la sexualidad, la menstruación y las relaciones afectivas genéricas.

Por consiguiente, la niña/protagonista internaliza y reproduce la perspectiva masculina demostrando con ello que ha sido formada creyendo en la superioridad del hombre. De ahí que considere que tanto su madre como su hermana sean las culpables de su propia victimización dentro de las estructuras del poder porque no se asemejan ni ajustan al modelo que ella tiene en mente: no son bonitas como la prostituta que tanto admira: «Parece que todas las mujeres lavan ropa cuando grandes como la mamá, sólo que a algunas no se les nota. Capaz que la rubia de la esquina también. Yo creo que el Tito a la Chana tiene que haberle pegado por fea cuando vinieron juntos a la casa, y que él le hizo la herida. Si todos los hombres pegan, y a lo mejor por eso le dijo la mamá a la Chana que ya era mujer» (2003: 128). La niña encuentra una justificación basada en la apariencia física para la generación de la violencia relacionada con el género, del mismo modo que universaliza a las mujeres de acuerdo a la labor doméstica que ve realizar a su madre.

Por otra parte, en este cuento se infiere que el nivel del sistema educativo de las escuelas públicas no es eficiente, en tanto que la Chana no ha recibido ahí la información sexual necesaria con la cual podría haber aprendido a conocer su cuerpo y comprendido que su «herida» no era otra cosa que la menarquía, nombre científico dado a la primera menstruación. Victoria Sau se ha referido precisamente a este fenómeno fisiológico observando que en algunos países de América, Asia y África aún se sigue considerando la menarquía como la más clara indicación de que la niña está lista para procrear y, por lo tanto, también lo está para el matrimonio. Debido a que el sujeto masculino es quien controla el cuerpo de la mujer, no es de extrañarse que el desarrollo psíquico e intelectual de la niña carezca de mayor relevancia, puesto que lo que importa es sacar el mayor provecho de los años fecundos de la mujer. (2000: 195)

De esta manera, la aparición de la primera menstruación marca, según los parámetros culturales de la sociedad patriarcal, el momento preciso en que la niña deja de serlo y se convierte en mujer; proceso fisiológico que de ninguna manera es tan evidente en el varón, razón por la cual se le permite madurar un poco más antes de adquirir la responsabilidad del matrimonio. Sau va más allá en su análisis crítico

al indicar que:

«La primera menstruación ha sido y es con frecuencia traumática para las niñas. Se ha creído ver una relación entre el grado de traumatismo y la calidad y cantidad de información al respecto, así como conflictos en la relación madre-hija. Pero lo que parece más evidente es que la división social del mundo en dos rangos sexuales, uno superior y otro inferior, aunque es percibida por la niña desde sus primeros años se hace evidente *para ella misma* hasta el momento de la menarquía.» (195-196)

El mayor trauma que sufre la niña al experimentar su primer sangrado, por consiguiente, es darse cuenta de que ella es un otro subordinado en tanto que carece de los mismos privilegios de los cuales gozan los varones. En ese sentido, la sangre menstrual no solamente está asociada con la suciedad y lo desagradable, sino también con la devaluación de la mujer en la sociedad donde el dominio del sujeto masculino no sólo es impuesto sino aceptado. En el caso específico de la Chana, el darse cuenta de que ella es un ser inferior se agrava con su falta de educación sexual, lo cual es también un factor determinante para que se considere enferma y sucia inclusive ante las demás mujeres. Su temor de confiarle a su maestra, o «señorita» como ella la llama, la desagradable experiencia por la que está atravesando la motiva a escaparse del colegio «por arriba de la pandereta, congelada de miedo de no alcanzar a llegar y caerse muerta en el camino». (2003: 127)

El colegio, por consiguiente, no es un lugar seguro ni confiable, así como tampoco lo es la casa, que en este caso representa el espacio marginal y amenazador donde la madre es explotada (en tanto que trabaja arduamente y con resignación debido al abandono del padre de sus hijas); donde la Chana es reprimida y maltratada y donde se (re)produce la invisibilidad de la hija menor. No hay en esta casa ningún sitio privado en el cual la chica adolescente pueda hablar con su madre o cambiarse de ropa íntima sin ser escuchada y observada por su hermana menor.

En lo que se refiere al afuera, debe destacarse que éste puede también asociarse con el peligro, el abuso, la burla, el escarnio y la opresión puesto que la adolescente es agredida verbalmente por parte de las otras mujeres jóvenes con quienes juega en la calle por el sólo hecho de haberse caído el trapo, empapado en sangre, que usaba como protección. Esta experiencia traumática sufrida por la adolescente remite a un pasado no muy remoto donde las mujeres, especialmente aquellas de un nivel socioeconómico ínfimo, tenían que sufrir las incomodidades de usar trapos durante su período menstrual con el agravante de que éstos difícilmente se mantenían en su lugar (con lo cual la protección era casi nula) llegando inclusive a ocurrir diversos «accidentes» como el que le sucedió a la Chana.

La niña narradora parece, por su parte, tener un mejor conocimiento de las «amigas» de su hermana de quien dice: «Llegó a jugar al luche con las de la otra cuadra que se hacen sus amigas, pero igual nomás cuchichean cuando ella no está». (2003: 129) Los alcances de la violencia parecen no tener límites, de ahí que la protagonista pretenda establecer una distancia entre ella y su hermana para evitar ser humillada y marcada. El final del cuento apunta, precisamente, hacia ese deseo de la niña de transgredir la normatividad al intuir que, por el sólo hecho de ser mujer, corre el riesgo de ser abusada, manipulada, señalada y dominada por un orden social que privilegia al hombre. Es por esa razón que afirma lo siguiente: «no quiero ser mujer y tener una herida como la Chana, ni crecer y ponerme guatona y que los hombres me peguen. Así que voy a inventar cualquier cosa y me voy a venir sola a la casa mejor. Aunque esté oscuro». (2003: 129) Está claro que los ejemplos con los que se ha formado no son los más adecuados para que amplíe su visión fragmentaria y parcial de la vida, pero existe la posibilidad de que siendo adulta logre tener la madurez y el amplio criterio que le ayudarán a convertirse en una subjetividad emancipada; por ahora sólo está preocupada en sobrevivir alejándose de lo que le perjudica.

Como se ha demostrado en el presente estudio, el simbolismo de la casa funciona de diferentes maneras en los dos cuentos analizados: en *La casa nueva* la privada es un lugar que aprisiona y aliena a sus habitantes mientras que la casa que se rifa representa todo lo que no se puede tener. Por otra parte, en *Yo a las mujeres...* la casa no sólo aprisiona, sino que también esclaviza y hace invisible a la mujer. Es por eso que puede afirmarse que en ambas narraciones hay una reconfiguración de este espacio cerrado el cual, como observa Lucía Guerra, tradicionalmente ha estado asociado con la actividad femenina:

«En el repertorio simbólico creado por una imaginación de carácter androcéntrico, la casa se asocia generalmente con lo femenino. En su calidad de espacio cerrado que provee alimento y protección, es una extensión del espacio uterino, de las raíces y orígenes de un sujeto masculino cuya praxis se encuentra en un Afuera que es sinónimo de trabajo, tanto en su connotación de labor productiva como ardua hazaña.» (1999: 66)

En estas narraciones la casa deja de ser el espacio proveedor de seguridad, alimento, intimidad y protección que propaga el discurso hegemónico funcionando como el espacio donde continúan generándose las yuxtaposiciones genéricas debido, principalmente, a que la madre refuerza en sus hijas una actitud pasiva y sumisa. El dominio de la madre en la casa es sólo aparente puesto que, de acuerdo al análisis hecho por Margo Milleret: «Confined to their homes, married women accept the domestic domain as their place to exercise some small measure of control. But given the material and cultural power of men, women's resources are limited to affective ties while men impose their dominance through government, civil laws, and religious authority.» (2004: 28)

De tal manera de que, en estas dos historias, se deja abierta la posibilidad de que ambas protagonistas/narradoras puedan subvertir el orden social y la violencia que se ejecuta en su contra al (des)construir los valores culturales del sistema monolítico y patriarcal. Sólo así podrán romper simbólicamente con el cordón umbilical que las ata a una madre (re)productora de esos códigos, lo cual será concomitante con el (re)construir y (re)descubrir una identidad propia misma que, a su vez, les reditue una vida mejor y la aceptación social como sujetos activos, pensantes y libres.

© Guadalupe Pérez-Anzaldo

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Espejo, Beatriz; Krauze, Ethel Kolteniuk, comp. (2006) *Atrapadas en la madre. Antología de cuentos*. México: Alfaguara.
- Grosz, Elizabeth. (1994) *Volatile Bodies. Toward a Corporeal Feminism*. Indiana University Press: Bloomington and Indianapolis.
- Guerra, Lucía. "Las topografías de la casa como matriz transgresiva en la narrativa de la mujer latinoamericana" en *En otras palabras*. 1999: 66-79
- Hierro, Graciela. (2003) *Ética y feminismo*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Kristeva, Julia. (1982) *Power of Horror. An Essay on Abjection*. U.S.A.: Columbia University Press.
- "Stabat Mater". (1986) *The Kristeva Reader*. Ed. by Toril Moi. New York: Columbia University Press.
- Milleret, Margo. (2004) *Latin American Women On-In Sages*. New York: State University of New York Press: Albany.
- Rivera Izcoa, Carmen. (2003) *17 narradoras latinoamericanas*. Colombia: Coedición latinoamericana.
- Rodríguez Saravia, Patricia. (2004) *La mujer fuerte. Entre comillas*. Estado de México: Grupo Editorial Norma.
- Sau, Victoria. (2000). *Diccionario ideológico feminista*. V 1. España: Icaria editorial.
- Violencia familiar*. <http://www.clinicapsi.com/violencia%20familiar.html>.

La autora:

Guadalupe Pérez-Anzaldo nació en la ciudad de México donde realizó sus estudios hasta el nivel superior en la Universidad Nacional Autónoma de México. En Estados Unidos terminó su licenciatura (o B.A.) en la University of California, Riverside en 1996 y sus estudios de postgrado (Maestría y Doctorado) en la University of California, Irvine en 1999 y 2006, respectivamente. Actualmente se desempeña como Assistant Professor en la University of Idaho en los Estados Unidos, cátedra que ha venido desarrollando desde agosto de 2006.

TOMATE, IMÁGENES DE LA VIOLENCIA GENÉRICA EN LA CIUDAD DE MÉXICO

por **Demetrio Anzaldo González**

No hay invención sin memoria, y la memoria tiene una recurrencia natural a la invención, porque memoria no significa fidelidad a nada ni lealtad a los hechos, sino dispersión y fragmentación. Invento

Nélida Piñón

El cuento es una imagen que razona. Tiende a asociar imágenes extraordinarias como si pudieran ser imágenes coherentes

Gastón Bachelard

En el cuento *Tomate*, publicado por la escritora mexicana Sabina Berman en 2005, se nos presentan distintas modalidades discursivas mediante un lenguaje literario que atrapa y seduce al lector en una intrincada red llena de imágenes, invenciones y disquisiciones. Es un relato que llama la atención al reproducir y comentar sobre aspectos vividos en la historia y enfatizados por una memoria ficcional. Es un rebuscamiento de las propiedades y usos del lenguaje de la historia, de la literatura; es decir, de la escritura literaria. De tal manera que el lenguaje narrativo de Sabina Berman se comunica sucintamente con las expresiones de invención y raciocinio versadas sobre los espacios de la memoria y la ficción leídos en los epígrafes que anteceden a esta otra memoria/escritura que tiende hacia el lector un discurso/puente confeccionado con el uso de los recuerdos y razonamientos humanos de la cultura mexicana pasada y presente. De hecho, están latentes en el texto las ideas y memorias que sirven para mostrar la descomposición social derivada de la violencia genérica que se recrudece y se ve todos los días en la ciudad de México abarcando todos los ámbitos y avasallando, en menor o en mayor medida, a los diferentes actores sociales.

Como ha asentado Juan Carlos Ramírez-Rodríguez, «la violencia, como una forma de expresión del ejercicio de poder entre los géneros es productiva y, por lo tanto, genera formas cambiantes del ejercicio de la violencia»; el mismo crítico argumenta en relación a la creciente violencia genérica que:

«El movimiento social, la denuncia, el cabildeo y, finalmente, la investigación, ubicaron al tema de la violencia doméstica masculina contra la pareja heterosexual (VDMCPH) como un problema de salud pública que no puede seguirse soslayando en México. Los aportes muestran, de manera fehaciente, su distribución y elevada prevalencia entre las mujeres. Asimismo deja claro que una proporción de varones de la misma dimensión son responsables de estos hechos. Esta es una práctica sociocultural compleja que se encuentra en una etapa primaria de exploración.» (2007: 12).

La proliferación de esa violencia implica la necesidad de éste y otros estudios sociológicos y literarios, pero no sólo para edificar tratados y explicaciones que sólo le reditúen algún beneficio a los interesados en el tema. Lo que hay que hacer es incentivar más la necesidad imperiosa de develarla, aportando la información necesaria para concientizar a toda la población con el fin ideal de suprimirla. Es importante recordar que no se debe caer en el error de limitarse a representar la violencia con palabras e imágenes en un discurso que será archivado o publicitado. Por el contrario, hay que tomar en cuenta que los hechos violentos deben recordarse para estudiarlos, usar la información para poder determinar las causas de los mismos en aras de una factible erradicación.

Es precisamente mediante el uso de la memoria y la razón, combinadas ambas con la inven-

ción/imaginación, como se logra este acercamiento a una narrativa que propone una mirada diferente sobre esta situación de la violencia entre los seres humanos. Es, en especial, una mirada sobre la violencia ejercida en contra de la mujer a lo largo de la historia y que continúa en pleno siglo XXI. Así, al recordar lo sucedido en esta historia del siglo pasado y confrontarla con el registro de los acontecimientos contemporáneos se establece una comunicación más estrecha con el lenguaje de la literatura, de lo literario y con la historia. Por medio del recuerdo de estas otras imágenes y de estas otras historias se logra ver y asociar lo no visto ni pensado en el recuento de los trágicos acontecimientos violentos en *Tomate*: «Los sucesos de las dos Marianas, ocurridos igualmente en junio, pero de 1984».

La memoria de esta tragedia humana se puede entender mejor al modificar los efectos de una violencia que es del todo conocida aunque muchas veces ignorada o modificada. La voz de la narradora nos convierte en testigos-protagonistas de esa misma violencia humana al poder recordar esas otras «perturbaciones de la vida colectiva emanadas del instinto de agresión y de autodestrucción» (Freud, 87-88). Así, al extendernos en las realidades del lenguaje y al comenzar a incursionar en la creación literaria de Sabina Berman se empieza, al mismo tiempo, una comunicación que conduce a sitios y temas conocidos, desconocidos otros, al mismo tiempo que se incursiona hacia una serie de desafíos y remembranzas temporales y espaciales. De hecho el título del cuento, *Tomate*, el juego con las tres sílabas que forman esta palabra, to-ma-te, enfatizan la alteración del lenguaje dentro de una historia en tres tiempos, (1984, 1985 y 2005) espacios y formas por medio de una narradora que la está recordando/reescribiendo a 20 años de distancia y que nos hace parte de una memoria fragmentada que nos ata/relata a ella.

Al ubicarse la acción de los personajes en la ciudad de México de los años 80 y al tener a dos mujeres diciéndonos la historia de lo que pasó con las dos Marianas –la primera madre viuda pelirroja de cuarenta años y la otra, una hija niña/adolescente estudiante de secundaria– envueltas ambas en un caso policiaco sucedido en junio de 1984, se suscita un mayor interés de parte del lector por comprender la historia que está leyendo y entender mejor el porqué de los constantes encuentros y de la repetición de los hechos trágicos a lo largo de todo este relato enmarcado por un final intensamente pensado contenido en la última palabra del mismo: «MATE». Es el recuento de un crimen de una menor de edad contra el amante de su madre.

Se puede leer esta doble exposición/experimentación de lo social y lo literario al combinarse imagen y palabra en la descripción del escenario final del drama que tiene a Mariana hija y a Xavier como antagonistas. Desde la cima del edificio se presencia la cima del agresor. El doble juego de la distorsión del espacio, de los tiempos, de los colores y de los personajes nos señala la reiteración por combinar lo visual con lo escrito enfatizando, al mismo tiempo, las acciones de los personajes que interactúan dentro del cuento *Tomate*: «En la azotea, tras las sábanas blancas colgadas, en la zona de tinacos, Mariana sentada en una banca que forma un desnivel, fuma. Se marea fumando. La ciudad se mira desde allí y desde el mareo como si estuviera sumergida en agua. Desenfocada. Los bordes de los edificios un instante un milímetro para acá y al siguiente para allá». (2006: 71)

No es solamente la representación gráfica de los lugares, las cosas y las personas, sino también la creación de nuevas imágenes las que alteran y alternan un discurso perturbador pero también seductor. Es una palabra que se regodea con la creación de imágenes urbanas mismas que, a su vez, producen y crean nuevas palabras para problematizar la interpretación del texto. Porque en la escritura de *Tomate*, no hay nada fijo en su lugar todo está alterado y en movimiento perpetuo, cambiante como cuando se visualiza, en este pasaje, el pasado por medio del habla de los personajes,

«Ladea la cabeza. El espacio ha cambiado de sitio otra vez, ¿o se imagina cosas?

–¿O se imagina cosas? –pregunto a la vidente.

–Hay ventanas de tiempo y espacio donde las cosas suceden distinto a como suceden en el plano de conciencia común. Haz de cuenta que en el orden de las causas y los efectos entrara un viento y reacomodara todo.» (2006: 68)

Este continuo ejercicio de la literatura nos va mostrando una palabra versátil, un escrito que combinando lenguaje, memoria, espacio y tiempo, logra que se visualice esa violencia rampante que se vive en una ciudad como la ciudad de México y, por lo tanto, a la misma ciudad que muestra: «la existencia de un urbanismo, público y privado, que parece empeñado en romper la ciudad a trozos, en aislar a las personas, segregar los grupos sociales, encerrar a cada uno en su gueto...» (Borja, 107)

Nos adentramos en este mundo urbano dividido revivido parcial y fragmentariamente para recorrer los diferentes discursos e imágenes que nos hablan de la violencia del hombre contra la mujer y del registro de la respuesta de ella misma desde una memoria centrada/creada por Sabina Berman que también se une a lo dicho por otra célebre artista, la brasileña Nélide Piñón. Esta última ha señalado cómo cada escritora «actualiza a la mujer con su mundo, la obliga a conjurar el silencio, la fatalidad histórica que la persiguió siempre» (2006: 50-51). Es esta fatalidad en contra de la mujer precisamente, lo que se percibe cuando habla la narradora del relato para romper ese silencio atávico al momento de prepararse un té, lo cual la hace evocar aquellos otros téns nunca compartidos con las otras protagonistas de su historia actualizando, así, un pasado no tan claro, pero que le da voz y vida nuevamente a las mujeres de la historia. La narradora habla y se traslada desde ese año 2005 recordado en *Tomate*:

«Paro un momento para prepararme un té. No sé, pero se me ocurre, bueno: es una idea que se desliza en mí no sé de dónde, que podría ser que en el primer sorbo, en el sabor del primer sorbo caliente, nos encontráramos: Mariana, yo, la vidente. Las tres vivas todavía». (2006: 69)

En ese sentido, las tres mujeres forman parte de una historia en la que han logrado trascender, prevalecer y tomar una actitud diferente ante la realidad urbana que cada una de ellas enfrenta, la niña, la vidente, la periodista se enfrentan al miedo provocado y ante la violencia de los hombres en la ciudad de los hombres; porque «en la ciudad no se teme a la naturaleza, sino a los otros. La posibilidad de vivir, o el temor a la llegada súbita de la muerte, el sentimiento de seguridad o la angustia engendrada por la precariedad que nos rodea son hechos sociales, colectivos, urbanos» (Borja, 203). Ellas se unen en una temporalidad única porque comparten un mismo lenguaje, una misma energía y una misma posición ante lo des/conocido del texto, aunque no hayan compartido la misma infusión comparten una ciudad, una realidad y una posición precaria por ser mujeres en la ciudad de los hombres.

Al dialogar con el texto se van recorriendo lugares y situaciones verosímiles dentro de una realidad periodística recreada literariamente por la memoria. La historia ubicada en los aciagos años 80 llama poderosamente la atención al centrarse en la urbe de la ciudad de México, aunque bien podría referirse también a todas las ciudades del continente que vivieron lo que en términos económicos se llamó *La década perdida* y a la que también pudiera aludírsele como la generación perdida en donde se desconocía la presencia y participación de la mujeres, de los niños, de los inmigrantes, de los extranjeros. Es decir, de todos aquellos que no se incluían en la visión dominante y masculina de la ciudad (Borja, 246). Esa situación de invisibilidad y marginalización genérica de los otros personajes que habitan la ciudad, como son las mujeres, es ahora recuperada en el texto para resaltar los momentos del cambio y deterioro social histórico.

Por consiguiente, puede afirmarse que en este cuento/reportaje/testimonio de Berman el pasado y el presente se fusionan y compenetran porque se está hablando del pasado al tiempo que se habla con el pasado y éste, a su vez, se presenta por intermedio de una escritura presente que reitera lo presente. El hecho de que en esta narración se toquen aspectos culturales y sociales muy pertinentes a la realidad histórica nacional mexicana de las últimas dos décadas, confirma el interés de la escritora por poner al descubierto estos vacíos de la historia oficial. Tal y como lo confirman las descripciones que se hacen de los cambios ocurridos en la ciudad y su inquietante problemática social/espacial; Así vemos que esos espacios o huecos en la historia de la capital son llenados por las pintas o *graffiti oficiales* en las bardas, las diferentes costumbres, creencias (como el culto mariano), magias, clarividencias y situaciones paradójicas que se perciben en este relato híbrido que nunca termina de completarse ni de entenderse completamente. La reclusión dentro del espacio familiar

privado y seguro, no le sirve a la mujer para protegerse de la violencia de los espacios públicos de una ciudad hecha para los hombres. No se logran llenar los espacios de tiempo descritos en *Tomate* porque éste sólo es un pretexto para incitar la pregunta sobre lo que pasó. El comentario crítico que hace del cuento Rosa Beltrán ayuda a hacer más evidente la paradoja del mismo; porque «Aquí la historia se presenta desde múltiples perspectivas como la relación de un hecho con el que se quiere dotar de un sentido a lo que de suyo no lo tiene, la vida» (2006: 13).

Así de paradójica y sin sentido es la situación de la violencia vivida por Mariana hija y Mariana madre en su relación con Xavier, el amante de ambas y de cuya muerte a manos de Mariana hija nos enteramos mediante la vidente llamada Alejandra. Esta última es quien ve y describe lo que pasó por medio del pañuelo de la víctima al ser entrevistada en junio de 1985 por la reportera/narradora quien nos comenta dentro del relato:

«Según mi diario, de donde transcribo esto, atildando la ortografía y la gramática, es 1985, junio, trabajo para el periódico *Unomásuno* de la ciudad de México, y me han enviado a consultar a la vidente sobre sucesos de otro año.

Los sucesos de las dos Marianas, ocurridos igualmente en junio, pero de 1984.

Ahora lo transcribo en junio del año 2005.

Y tú lo lees en el mes de..... del año.....

Otra vez me asombro de la extensión de cualquier cadena de causas y efectos. Lo antes escrito: nadie puede abarcar ninguna cadena completa de causas y efectos; al menos no una inteligencia humana.» (2006: 65)

Por lo tanto, no sólo estamos reviviendo una conversación entre las distintas mujeres que colaboraron en el quehacer del reportaje y de la creación literaria, sino que el texto habla con y para sí mismo al tiempo que nos habla a nosotros los lectores con el fin de reubicarnos dentro de la trama y del acontecer literario que ahora se ha hecho realidad, mejor dicho nos ha hecho parte de esa realidad vivida por la mujer, de su historia, de su memoria, de su habla.

—¿O se imagina (n) cosas?

Esta historia es producto de una imaginación que se desplaza y altera en el transcurso del tiempo y con el cambio de voces que van apareciendo dentro del texto. En el cuento, además, se anuncia que habrá una víctima «inocente»; puesto que, al principio un niño le grita: «¡se te cayó la cabeza, Mariana!»; esta premonición se ve duplicada, en la jaqueca de la madre y la presencia de la «X» en Xavier que es una presencia incómoda para la hija y se presenta como un cruce de caminos, una encrucijada. Lo anterior es también preludio de la violencia, del viacrucis, la inmólación y sacrificio que se presenta al final de la historia, al enunciarse la palabra MATE en referencia al «jaque mate» materialmente dado al rey de la casa nueva dentro del *penthouse* moderno.

La realidad que se revela en *Tomate* pone en evidencia los alcances y malestares provocados por la seducción/violación y continuado abuso de la menor de las Marianas develando lo oculto o lo que no se quiere ver, aceptar ni reconocer en el ámbito social. Directamente el texto nos muestra, mediante la acción final del crimen cometido, que la mujer no es más ese enigma ni el objeto del deseo masculino, sino un sujeto capaz de decidir su destino ayudada por la mano creativa de una escritora que usa al arte para iluminar y esclarecer lo real o imaginado. Es así como dentro del texto cada palabra antecede y anuncia lo que está sucediendo, sucede o sucedió en esa ciudad de México, la sempiterna urbe de la historia y de la histeria. La ciudad que también es el espacio o «el sitio de los eventos transitorios, de los movimientos y de las memorias» (Chambers, 1995: 93). Esta palabra histórica y literaria es la que nos guía y revela los espacios que enlazan las tres historias ciudadanas y las diferentes voces que aluden al deseo sexual y a la sexualidad masculinas y que se conectan indirectamente también con el amor y odio edípicos. Porque como ha aclarado Teresa de Lauretis: «también un relato es siempre un cuestionamiento del deseo» (112). En sus propias palabras, esta crítica feminista también observa que,

«The desire is Oedipus's, and though its object may be woman (or Truth or knowledge or power), its term of reference and address is man: man as social being and mythical subject, founder of the social order, and source of mimetic violence; hence the institution of the incest prohibition, its maintenance in Sophocles' Oedipus as in Hamlet's revenge of his father, its costs and benefits, again for man.» (Lauretis, 112)

En *Tomate* esta paradójica conexión con el *Edipo Rey* de Sófocles es evidente: la niña abandonada, la vidente que hace evidente el misterio, el nuevo habitante que toma la casa por aventura, Xavier (cuyo significado derivado del vasco Etxavier, significa «la casa nueva») la parricida sin saberlo, la incestuosa sin saberlo y la que se sentencia a sí misma por sus propias acciones. Todos son hechos incrustados en este triple relato temporal que une a la tragedia del pasado con el presente que se describe pero que en su momento real desconocemos y que paradójicamente lo vemos o creemos verlo en la escritura re-narrada y re-articulada. Otro enigma más dentro del torrente de imágenes creadas en *Tomate* donde se duda de lo mismo que se narra:

«Me dice la vidente que nada es seguro. Que lo imagina. Ha leído el reporte policiaco, ha visto las fotos del cadáver, ha guardado en el puño cerrado el pañuelo, ha cerrado los ojos. Lo imagina: bajo los párpados van cruzando imágenes. ¿Corresponden o no a lo que sucedió? Ni para la madre de Mariana es seguro cómo sucedió. Nadie lo vio todo.» (69)

Todo este acontecer permanece en la memoria, en el flujo constante del tiempo. Asimismo, nada va quedando de la vida de los personajes, sólo las reflexiones y el reconocimiento de los fragmentos de lo que realmente pasó. Como se dice en el relato, son «Excepciones. Rajaduras». (68) En la opinión de Rosa Beltrán hay una oscilación, «Entre la duda y la auto-reflexión, el cuento de Sabina Berman cuestiona los distintos significados de una historia y avanza a través de un *leit motiv* que se mueve en espiral. Tomate. To mate. Te mato.» (13)

La misma narración es la que nos va indicando este entrecruce de caminos entre lo cierto, lo incierto, la alteración e incomunicación que se mantiene con la tragedia mencionada y con el mito griego. Al retomar/ recordar las voces publicadas y sus apuntes privados, la narradora comenta una historia pormenorizada que intenta recapturar las acciones, situaciones y hechos ejercidos en contra de la niña/mujer y nos muestra ese deseo malsano y destructivo de la violencia genérica que se percibe en el texto. Aquí hay una llamada de atención hacia este tipo de violencia que recuerda y se emparenta con el análisis propuesto por Teresa de Lauretis, publicado, coincidentemente, también en el mismo año de 1984, en el cual se reconsidera lo edípico en la narrativa:

«The work of narrative, then, is a mapping of differences, and specifically, first and foremost, of sexual differences into each text; and hence, by a sort of accumulation, into the universe of meaning, fiction, and history, represented by the literary-artistic tradition and all texts of culture. [...] Therefore, to say that narrative is the production of Oedipus is to say that each reader-male or female-is constrained and defined within the two positions of a sexual difference thus conceived: male-hero-human, on the side of the subject; and female-obstacle-boundary-space, on the other.» (1984: 121)

El cuento de Berman es un buen ejemplo de esta diferenciación sexual enunciada por De Lauretis, porque se muestra a las mujeres dentro de un mundo diseñado y hecho sólo para los hombres. Porque como se ha confirmado, «si las mujeres apenas son un nuevo tema de preocupación en la concepción de las ciudades, los niños también han sido históricamente invisibles para la vida urbana» (Borja, 244). El del cuento, es un mundo en el cual los sujetos masculinos actúan, se mueven y hablan en oposición al silencio y la pasividad de las mujeres encasilladas en el rol del otro, el objeto del deseo. «Violencia sería, entonces, tanto para Platón como para Sade, Girard o Lacan, algo que la representación toma por su objeto» (Blanco, 4). En este relato son los objetos, las cosas, los colores, las formas arquitectónicas, los materiales y las descripciones físicas las que señalan claramente este territorio hecho, modificado y pensado por y para satisfacer al hombre.

El lenguaje dentro de la narración nos da más imágenes fálicas al nombrar: bardas, rayas, árboles, camión, cabeza, ático, llave, agua, cuerpo desnudo, apodo, taladro, tijeras, pene, pistola, encende-

dor, cigarro y lengua. En *Tomate*, el mismo género de las palabras usadas denotan o hacen evidente la alusión al objeto del deseo y por inferencia a lo que se quiere poseer, penetrar: la vagina de la mujer. Por eso tenemos que las palabras tierra, cueva, casa, frontera, oscuridad y silencio, le son impuestos arbitrariamente a lo femenino y por ende a la mujer. Estos son los territorios que el hombre se empeña en penetrar, conquistar, dominar. «In other words, the picture of the world produced in mythical thought since the very beginning of culture would rest, first and foremost, on what we call biology». (De Lauretis, 1984: 119) Este rol de objeto secundario y dependiente constantemente asignado a la mujer es una de las causas de que se siga ejerciendo la violencia en contra de la misma en nuestras sociedades. Hoy en día todavía se le sigue considerando como un ser inferior «objeto del deseo masculino, de la lujuria del hombre» (Piñón, 43). Desafortunadamente, en la crítica que analiza la agresividad masculina se asienta que,

«La violencia, como ejercicio de fuerza para someter al otro al propio deseo o voluntad es, en último término, negación del otro y de la diferencia. Si la alteridad es condición de posibilidad de lo simbólico (Lacan) la violencia retrotrae ese esfuerzo de construcción, esa complejidad para fundirse en la mismidad (Dolto), para funcionar en la continuidad de lo imaginario. La violencia quiere o bien fusión o bien exclusión, no tolera el tercero que habita la alteridad y es, por ello mismo, destrucción.» (Blanco, 6)

Esa es la ideología y el movimiento destructivo que generan las acciones del hombre en la casa de las Marianas: la idea de extender y tener posesión no de una sino de dos mujeres a la misma vez. Para Xavier, como el nuevo hombre de la nueva casa, su masculinidad no tiene contrapeso por lo menos así se lo han hecho creer ideológica y socialmente; ésta es una constatación de la individualidad señalada por Ricardo Blanco Beledo, quien afirma que: «La violencia, en el vínculo del perverso narcisista, ejemplifica el mal tanto para el psicoanálisis como para la tradición judeocristiana». (8) Esta acción es confirmada asimismo dentro del análisis de Borch-Jacobsen al objetar el egoísmo del sujeto masculino: «Indeed following Kojève, Lacan admits that properly human desire is a desire of desire, that is, a desire to be desired by the other». (1994: 279) Así se anuncia y enfatiza esa pasividad, naturalidad y, aparente, inocencia de la seducción y de la sexualidad masculina en *Tomate*:

«Fue sin premeditación: acostumbrarse a Mariana hija. Como si fuera una extensión de Mariana madre. El mismo rostro pálido y los mismos ojos. Con pelo distinto. Con distinta edad. La misma mujer en dos edades. Y lo que siguió fue una extensión de esa cercanía. Tan simple: estaban sentados a la mesa de madera de la sala, leyendo el periódico, cada cual otra sección, y Mariana madre no estaba en casa». (72)

Pero es evidente que ni es tan simple ni inocente la seducción que deviene de la violación de Mariana hija por parte de Xavier y su posterior relación incestuosa; así como tampoco la violencia parricida de Mariana hija. Cabe señalar que si bien los abusos sexuales sufridos por Mariana hija al despertar a una «normatividad sexual/social» son extensión y copia del deseo sexual no satisfecho de Xavier, son también señales inequívocas del deseo masculino que violenta a la mujer, que la abusa y utiliza como un objeto más dentro del orden social vigente en crisis; porque,

«Existe una especie de control tácito masculino sobre los espacios de carácter social transitorio entre lo público y lo privado, alejándolas, de hecho de ellos. Así, la amenaza del dominio sexual masculino a través de provocaciones verbales y la posibilidad de un desencadenamiento de la violencia son determinantes en la relación con el espacio público» (Borja, 243).

En el orden patriarcal es el hombre quien mantiene el dominio arbitrario y la potestad de la palabra, puesto que también la violencia subsiste en el lenguaje. Es por esta razón que hacia el final de la historia Xavier cree que todo irá ajustándose a sus deseos de manera natural y que las dos mujeres podrán no sólo compartir el mismo nombre, sino también al mismo hombre.

«—Va a ir sucediendo —murmura de nuevo él—. Mamá Mariana se va a ir dando cuenta y lo va a ir aceptando y va a ser bien simple te digo.

Desde aquella tarde del beso extraño, Xavier llegaba a media noche a su cuarto y volvía a tocarla sin prisa, sin palabras, con ojos suaves, a pesar de que ella suplicaba muy quedo para no despertar a su madre en el cuarto contiguo: No, no, por favor ya no, en medio del placer y el miedo y la culpa, y [...]» (2006: 73)

Dentro de la sociedad mexicana situaciones parecidas a las de las dos Marianas permean en todos los estratos sociales en donde se mantiene esa ominosa relación entre los hombres y las mujeres: la violencia contra mujeres. Como lo denuncia Cecilia Lavalle, la crisis social/familiar dentro de la población va en aumento:

«Cualquier mujer, de cualquier edad, de cualquier estrato social y con cualquier condición civil corre grave riesgo de ser agredida dentro o fuera de su casa. Los crímenes en Ciudad Juárez son sólo el botón de muestra. Los asesinatos ahí y en otras partes del país continúan y la impunidad también. La violencia hacia las mujeres se aloja en uno de cada cinco hogares, una de cada tres mujeres ha sido agredida al menos una vez en su vida, las violaciones sexuales son cosa de todos los días, el estupro y la pederastia aumentan casi de la mano». (2)

Estas declaraciones vertidas por la palabra periodística nos muestran la relación directa entre las imágenes del mundo real y las del imaginario literario. La certidumbre de que la violencia presentada en *Tomate* ha sucedido, que realmente sucedió o que está por suceder y que no es tan sólo una invención más de la palabra literaria es una reiteración de la violencia genérica. La acción instintiva de Mariana al eliminar a Xavier es una deformación en contra de la idea de que a «la violencia hay que explicarla no con relación al Edipo sino a la “mimesis colectiva” y al sacrificio de alguien que tiene que cumplir el papel de la víctima propiciatoria». (Izaguirre, 4) Esta es la otra de las muchas alteraciones de un cuento en el que la víctima propiciatoria resulta no ser tan la señalada sino aquel que la había señalado; de tal manera que el cuento conlleva una doble violencia en respuesta al abuso de Xavier, como una reacción contraria a la victimización que sufre la mujer vista, tradicionalmente, como víctima ideal, la mujer sacrificada.

Esta reiteración de la violencia genérica en el cuento mediante la imbricación de lo mítico, lo literario y lo histórico, sirve para poner en evidencia a la violencia perenne y endémica que sufren las mujeres en la ciudad de México y por extensión en el mundo que habitamos. La utilización de una escritura engarzando memoria, seducción y violencia en *Tomate* bien puede ser una visión singular y original creada por la escritura misma y que se asemeja a aquello razonado por Jean Baudrillard al hablar de la seducción: «we are indeed in an original situation as regard sexual violence –violence done to the “subsuicidal” male by unbridled female sensualism. But it is not a matter of a reversal of the historical violence done to women by male force» (1990: 27).

La violencia a la par de la estructura compleja y repetitiva del cuento re-vuelve y re-presenta la vida cotidiana de las dos Marianas al tiempo que saca a flote el drama humano intrafamiliar con sus funestas secuelas. Si bien pudiera ser cuestionable la forma y la interpretación del cuento, es y seguirá siendo un acierto utilizar a la escritura, a la literatura, al lenguaje para enunciar, revelar y denunciar la violencia en contra de las mujeres en un intento más por suprimirla.

© Demetrio Anzaldo González

* * *

BIBLIOGRAFÍA

Bachelard, Gastón. (1957) (1998) *La poética del espacio*. (México: FCE).

Baudrillard, Jean. (1990) *Seduction*. New York: St. Martin's Press.

- Beltrán, Rosa. (2006) "Introducción" *Los mejores cuentos mexicanos*. México: J. Mortiz, 7-19.
- Berman Sabina. (2006) "Tomate". *Los mejores cuentos mexicanos* México: J. Mortiz, 69-74.
- Blanco Beledo, Ricardo. "La violencia y lo sagrado en la tradición judeocristiana. Un enfoque psicoanalítico."
<http://colegiodefilosofia.unam.mx/licenciatura/profesores/documentos/blanco%201.htm>
- Borja, Jordi. *La ciudad conquistada*. Madrid: Alianza Editorial, 2003.
- Borch-Jacobsen, Mikkel. "The Oedipus Problem in Freud and Lacan". *Critical Inquiry* 20 (Winter 1994): 267-282.
- Chambers, Iain. (1995) *Migrancy, Culture, Identity*. London and New York: Routledge.
- De Lauretis, Teresa. "Desire in narrative". *Alice Doesn't. Feminism, Semiotics, Cinema*. Bloomington: Indiana University Press, 1984. 103-157.
- Freud, Sigmund. (1930) (1986). *El malestar en la cultura*. Madrid: Alianza Editorial,
- Girard, René. (1979). *Violence and the Sacred*. Baltimore, Maryland: The John Hopkins University Press,
- Izaguirre, Marcelo. "Infancia y familia: violencia y racionalidad".
<http://www.psicopatologia.com/infancia.htm>
- Lavalle, Cecilia. "Mujer mexicana". *Mujeres en la red*.
http://www.mujeresenred.net/iberoamericanas/article.php3?id_article=33
- Piñón, Nélida. "La seducción de la memoria de la mujer". *La seducción de la memoria*. México: FCE, 2006. 33-53.
- Ramírez-Rodríguez, Juan Carlos. "La violencia de varones contra sus parejas heterosexuales: realidades y desafíos. Un recuento de la producción mexicana". *Salud pública Méx.* [online]. [citado 2007-11-28], pp. s315-s327. Disponible en:
<http://www.scielosp.org/pdf/spm/v48s2/31388.pdf>. ISSN 0036-3634.
- Sofocles. (1980) *Las siete tragedias*. Introducción Angel Ma. Garibay. México: Porrúa.

El autor:

Demetrio Anzaldo González. Universidad de Idaho (EE.UU), Departamento de Lenguas Extranjeras y Literatura. Ha publicado el libro *Género y ciudad en la novela mexicana*. Ciudad Juárez, México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez UACJ, 2003. Ha publicado diversos estudios y ensayos, entre ellos: "Las púberes canéforas, la sensibilidad social y sexual en la nocturna ciudad de México". CIBERLETRAS #11, <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v11/anzaldo.html>; "De piel de víbora de Patricia Rodríguez Saravia o transfiguración de la violencia urbana". *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea* 23. El Paso, Texas. 2004; "Por qué no estudié para millonario o cincuenta y tres años delante del pizarrón". *Alba de América Revista Literaria* 20. N. 37 y 38 (Julio 2001): 653-666. Interview to Seymour Menton; "Cielos de la tierra, un reencuentro con Carmen Boullosa" *Entorno* 54/55 (Invierno-primavera 2000): 58-62. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, México; "Entre la palabra y el movimiento vislumbres de un disentiimiento en *La sombra del caudillo*". *Entorno* 53 (otoño, 1999) 28-36; "Recordar a pesar del olvido, la alienación en *Cielos de la Tierra*". *Acercamientos a Carmen Boullosa: Actas del simposio Conjugarse en infinitivo –la escritora Carmen Boullosa–* B. Dröscher and C. Rincón (Eds.) Berlín: Editorial tranvía, 1999. 210-220. "Recorriendo los hilos en el enlace con el otro a través del cuento hispanoamericano". *La seducción de la escritura. Los discursos de la cultura hoy*, 1996. Ed. Rosaura Hernández y Manuel F. Medina, México: Ed. Anaqueles, 1997. 278-286.

DONDE LA VESTIMENTA SE ABRE

Momentos eróticos en *Aura*, de Carlos Fuentes

por Juan Fernando Covarrubias

En *Aura* se desvela una historia de amor, de un viejo amor que, de algún modo, se vive en el presente. Aura, su abuela Consuelo y Felipe, un joven historiador, conforman la trilogía que da forma al relato. Aura es una mujer joven, taciturna, opaca; su abuela, en cambio, vive con la única obsesión de ver publicadas las memorias de su difunto marido, y Felipe, que es invitado a vivir en casa de las dos mujeres, será el encargado de poner en orden y traducir el texto dejado inconcluso por el general Llorente, el esposo muerto de doña Consuelo. En ese lapsus de trabajo en la casa de la vieja calle de Donceles, en el centro capitalino, Felipe se enamora de Aura que, en realidad, es doña Consuelo (hay un desdoblamiento del personaje): no se trata, sin embargo, de un cuento de fantasmas, sino de la puesta en juego de elementos que tienen que ver con una mezcla de irrealidad, fantasía e imaginación.

Carlos Fuentes es un escritor mexicano nacido en ciudad de Panamá. Sus padres se encontraban en ese país centroamericano cuando su primogénito vino al mundo. Y esa itinerancia paterna por el ejercicio diplomático marcaría la vida del escritor de *Los años con Laura Díaz*. Su infancia y adolescencia transcurrirían en múltiples países hasta que, cumplidos los 16 años, se estableció por fin en la Ciudad de México. Sus méritos literarios le han prodigado incontables premios y reconocimientos alrededor del mundo, de los que destacan: el Premio Xavier Villaurrutia y el Premio Rómulo Gallegos por su obra *Terra Nostra* en 1976; el Premio Cervantes en 1987 y el Príncipe de Asturias en 1994; la Orden de la Independencia Cultural Rubén Darío, otorgada por el gobierno Sandinista en 1988; la Legión de Honor del gobierno francés en 2003 y el Premio Internacional Don Quijote en 2008.

Su producción literaria se inicia con la publicación del volumen de cuentos *Los días enmascarados*, en 1954, a partir del cual se sucederían obras como *La región más transparente* (1958), *Aura* (1962), *La muerte de Artemio Cruz* (1962), *Cantar de ciegos* (1964), *Terra Nostra* (1965), *Tiempo mexicano* (1971), *Cristóbal Nonato* (1987), *Los años con Laura Díaz* (1999) y *La voluntad y la fortuna* (2008) entre muchas otras.

Fuentes, sin embargo, no sólo ha desarrollado una brillante carrera literaria, pues ha incursionado en el cine, la ópera y la televisión: es autor de los guiones cinematográficos *Las dos Elenas* (basado en un cuento homónimo suyo), *Las dos cautivas*, *El gallo de oro* (junto con Gabriel García Márquez) y *Pedro Páramo*, entre otros. Condujo la serie televisiva *El espejo enterrado*, de donde posteriormente emanaría un libro con el mismo título. Y recientemente escribió el libreto de la ópera *Santa Anna*.

El autor de *El naranjo o los círculos del tiempo* es considerado una piedra fundamental de la literatura mexicana y del boom latinoamericano, eterno candidato a recibir el Premio Nobel de Literatura: se dice que el volumen de su obra, que abarca novela, cuento, ensayo y teatro, es un compendio de la vida en México en el siglo XX, una revisión metódica y analítica de la cotidianidad mexicana de los últimos cincuenta años.

Aura, la obra aquí reseñada, fue publicada en los primeros años de la década de los sesenta, cuando en el país, y en Latinoamérica, emergía una nueva corriente literaria a la que llamarían el «Boom latinoamericano»: se trató de un eco, cultural y social, que fue ganando fuerza para renovar los modos, entre otros ámbitos, de hacer literatura, de ahí que la novela contemporánea haya sido impulsada por los autores pertenecientes al boom. En Europa la novela sufría estragos y era visible su ahogo: el ímpetu del boom, de cuyos más renombrados exponentes es Carlos Fuentes, llevó vitalidad pura a esas celdas en que se hallaba enclaustrada la novelística del Viejo Continente. De alguna manera se masifica el modo de *hacer literatura* al estilo latinoamericano.

Aura participa de esa expansión, primero, en el panorama mexicano y, después, en el plano latinoamericano: en la novela (o noveleta, como también la llaman) de Fuentes subyace una semilla de renovación estética y estilística en el tema tratado, un acercamiento cultural a lo popular alejándose de las elites intelectuales, un fenómeno que revisitaría lo puramente latinoamericano para catapultarlo a otros escenarios en el mundo, como al continente Europeo.

AURA VESTIDA DE VERDE (O LOS MUSLOS COLOR DE LUNA)

Felipe Montero encarna una especie de amante que se deja llevar por el arrebató. Y, sin embargo, ¿el enamoramiento no es un estado en el que el arrebató lleva siempre la delantera? Él está prendido de Aura, una mujer huidiza y misteriosa. Aún cuando Montero, que vivió en Francia por algún tiempo becado por La Sorbona, parece moverse por el mundo con más cautela que audacia, posee el vigor necesario para llevar hasta los límites el apasionamiento y la atracción que lo unen a Aura. En el fondo, no da muestras de temerle al involucramiento cada vez mayor con la nieta de doña Consuelo, sino, más bien, es consciente de ser conducido por las dos mujeres con las que vive en un territorio del que ya no encontrará el camino de regreso: en el encuentro con Aura está su destino, el develamiento de su identidad, la unión de su presente con el pasado que, al mismo tiempo, constituye su futuro, el único futuro posible.

Cuando Felipe Montero irrumpe en la habitación de Aura, un tanto empujado por la creencia de que la vieja Consuelo está ausente de casa. El cuarto, como en casi todo el edificio, es deseo en su atmósfera, pesadamente oscuro, un territorio desconocido para él, cuya pieza goza de una luminosidad que llega a enceguecerlo.

En ese tránsito de una madriguera a otra, Felipe sufre una transformación que estará marcada por la urgencia de verla, de estar cerca de ella: Aura, vestida de verde, va a su encuentro; con ese gesto hace desaparecer esa distancia que a veces se abre entre dos que disponen los cuerpos pero la mente acciona el freno de los impulsos y las querencias. Aura, en el avanzar hacia Felipe, inicia la entrega, da el banderazo de salida para iniciar el juego, ése propuesto por ella para que ambos lleven a cabo.

En *La llama doble* Octavio Paz escribe: «los sentidos, sin perder sus poderes, se convierten en servidores de la imaginación y nos hacen oír lo inaudito y ver lo imperceptible» (1993: 9). Felipe, al despertar, de un modo extraño guarda la certeza de que en la noche pasada fue engendrada una doble presencia que siempre estuvo en ese cuarto, con Aura y con él, en una especie de trilogía que, en realidad, llega a ser tetralogía para, al fin, devenir dualidad. Del mismo modo en que el joven Werther descubre a Carlota a través de la puerta entreabierta (ella corta pan para algunos niños), en *Las desventuras del joven Werther* de Goethe, tal como si: «un velo se desgarró: lo que no había sido nunca visto es descubierto en su integridad, y desde entonces devorado con los ojos» (Barthes, 1991: 209), así Felipe descubre a Aura y se dispone a *devorarla*, a tomarla con la consigna amorosa que los abraza.

Aura se despoja de sí misma, se deshace del verde que la cubre toda, y por entre sus ropas todavía colgantes asoma la blancura de sus muslos: se *abalanza* con decisión sobre Felipe, y ahí se sella el conjuro de la prolongación de la vida; en el momento en que Aura delecta con la mirada a Felipe, es en realidad doña Consuelo trayendo de la muerte a la vida al general Llorente. Porque es la vieja, y no Aura, quien persigue la fusión de dos seres: doña Consuelo-Felipe, Felipe-Aura, el general Llorente-Aura, doña Consuelo-general Llorente; el rompimiento definitivo de una acendrada soledad y no resignación al paso del tiempo y los inconvenientes de la vida.

EL CIELO NO ES ALTO NI BAJO (O AURA ESTÁ EN TODAS PARTES)

Aura, abierta y dueña de sí, le ordena, con ternura y un dejo de candidez: «siéntate en la cama, Felipe» [Fuentes, 1976:47].¹ La disposición amorosa de los dos jóvenes queda manifiesta: ella lo seduce con iniciativa y él se deja hacer. En este juego de acercamientos y entrega primigenia, sin nin-

¹ A partir de esta nota, las referencias a la obra estudiada se escribirán dentro de corchetes.

guna clase de ataduras o empujes, Aura propugna por alcanzar lo más íntimo de su ser, y en ese viaje hacia sí y hacia fuera también busca lo más hondo de Felipe: la danza de los cuerpos se desarrolla entonces en una intermitencia: «la de la piel que centellea entre dos piezas, entre dos bordes; es ese centelleo el que seduce, o mejor: la puesta en escena de una aparición-desaparición» (Barthes, 2000:19). Porque Aura, no obstante que Felipe pueda verla, no está donde él cree que se halla, está, más bien, donde doña Consuelo decide que aparezca. Posee la facultad de mostrarse de carne y hueso o de un ente transparente, casi etéreo.

Desde las alturas se pacta la lucha terrenal entre ambos: Aura-Magdalena mira alternadamente a Felipe y al Cristo de madera, y sostenidos los ojos en la efigie que cuelga de uno de los muros y le lava los pies a su amante: un gesto semejante al de la Magdalena que busca la redención en los ojos de Jesús cuando lo recibe en su casa: «Había un enfermo, Lázaro, de Betania, pueblo de María y de su hermana Marta. María (Magdalena) era la que ungió al Señor con perfumes y le secó los pies con sus cabellos» (*Evangelio de San Juan*, 1999: 2390). Esto busca, más que redimirla ante la presencia de Felipe, darle a entender al joven que entre ellos todo lo existente está regido por la pureza, por la llaneza que proporciona el amor correspondido. Hay allí, asimismo, una especie de entrecruzamiento del objeto amado: Aura está con Felipe y, sin embargo, idealiza encontrarse con el Cristo, se llena de él, lo lleva al éxtasis postergado tanto tiempo en el cuerpo del joven historiador.

Si se toma en cuenta que Aura, por otro lado, según el parecer de Felipe, vive subyugada en esa casa, delimitada bajo la tiranía de su abuela, además de que es un ser que se mueve siempre entre sombras, con sigilo, procurando no ser descubierta casi; el encuentro con Aura adquiere para Felipe el alcance de lo deseado, de lo secretamente amado: se trata de una querencia fraguada en poco tiempo (sin embargo, enraizada desde mucho tiempo atrás) y cruzando esporádicas miradas y escasísimas palabras. Aura, quien para Felipe, según María Cristina de la Peña, encarna: «la elección del objeto, que en esta relación es otro sujeto» (2003: 151), acaba por envolver a su amado, dentro de una atmósfera de por sí nebulosa, en la que la penumbra se disgrega en todas direcciones y encarna una especie de velo a la mirada.

A estas alturas, no hay ya para dónde hacerse. Aura y Felipe se han *abismado*, asomándose a los adentros el uno del otro. La sentencia, incluso, la dice ella a Felipe como quien comunica una verdad fatídica al oído de su interlocutor: «el cielo no es alto ni bajo. Está encima y debajo de nosotros al mismo tiempo» [1976:48].

EL TERRITORIO DEL CUERPO (O LA PIEL ESCRITA Y DESGARRADA)

La envoltura del alma, su zona aledaña, su engranaje idóneo, dicen algunos, es el cuerpo. Luis Armenta Malpica, a propósito, escribe: «el cuerpo ha suplicado, a lo largo de la historia, un escrito de piel y no de sangre. Un escrito de luz y nunca a oscuras» (Hernández, 2003: 13). Esta idea del cuerpo como espacio para la escritura-caricia está asociada con ir dejando sobre la piel un rastro luminoso, que horade la superficie más allá de la intermitencia y los primeros esbozos que, aunque sean de una plasticidad refulgente, resultan al cabo ininteligibles.

Porque la piel es otro lenguaje, una andanada de vocablos que a la menor provocación desandan sus senderos y se desperdigan en la largueza de las extremidades: «es como si tuviera palabras a guisa de dedos, o dedos en la punta de mis palabras» (Barthes, 1991:82). Aura, con sus manos, contiene a Felipe, y tras un momento *lo des-contiene*, lo vuelve asequible, endeble como la masa que va a parar a las manos de quien le sacará un tiempo de vida cuando le lava los pies, lo despoja de sus ropas, lo lleva al lecho, lo envuelve en su vaharada de besos y acercamientos sonoros.

Felipe, en esa ruptura, antes del acoplamiento, se le queda viendo a Aura, la escruta: la mira; la explora con una actitud casi divinizada y largamente, casi como *si quisiera ver lo que tiene dentro*. En este momento, sin embargo, todavía no le es posible vislumbrar a doña Consuelo detrás del telón de esa joven mujer. El cuerpo es como un amasijo textual que es posible leerse más allá de sus márgenes, delimitaciones y posibilidades: hay allí ya el vislumbre de las huellas de las incisiones que habrán de infligirse mutuamente, restos de un encuentro que, no obstante su caducidad temporal, permanecerán aún cuando los cuerpos se separen y se alejen.

ABRAZANDO FANTASMAS (O EL TEATRO VACÍO)

Felipe desgarró a Aura, se inmiscuyó a la última región de sus entrañas y hace volátil su cuerpo: estructura corpórea que se descabalgó, se descoyuntó, se desarticuló, se desnuda. La boca, las manos, la carne ondulante, la voz, la espalda en que las uñas se clavan, los pies, el agua tibia que los inunda, la mirada que escudriña, que habla; Aura es su cuerpo, lo que éste dice, lo que da a entender con ese deseo vuelto murmullos, besos, manos que recorren y avanzan y retroceden.

Aura de brazos abiertos, de piernas abiertas, toda abierta, semejando casi una poética corporal. Más que donándose a Felipe, se cierra y se abre a sí misma para trazar ese acto carnal, deslumbrante: en el fundirse del acto amoroso: «siempre intervienen dos o más, nunca uno», como lo escribe Octavio Paz en *La llama doble* (2001:15). La singularidad del cuerpo de Aura deviene dualidad: sólo en el otro cuerpo halla acomodo el propio, y viceversa. Y, sin embargo, Aura es piel y un vacío deslumbrante, un ser etéreo imposible de poseer, de atravesar en su tibieza y vastedad.

María Cristina de la Peña (2003: 152) escribe: «El cuerpo se expresa mediante una teatralización»: el escenario en que tiene lugar el acercamiento de Aura con Felipe carece de reflectores, de butacas, de telón, de actores de reparto que sostengan el desarrollo de la obra, pero de lo que no carecen es de público y de un libreto que sostenga la trama urdida a su alrededor. El Cristo la hace, a un mismo tiempo, de público silencioso y de un tercero que interviene entre Felipe y Aura.

El cuerpo de Aura asimismo como un territorio que invita a su recorrido, que se abre de par en par para recibir, incólume, reconcentrada, los embates desde las alturas del Cristo de madera y la tibieza de Felipe: «lo mismo al soñar que en el acoplamiento, abrazamos fantasmas» (Paz, 2001: 9). Allí tiene lugar la colisión que los expulsa de ese espacio oscuro, cerrado, impenetrable y los deja sembrados en la cama revuelta de Aura, desprovistos, aprehensivos, porque la distinción máxima de la entrega mutua es su violencia implícita, contenida. Pero, al mismo tiempo, como lo sostiene Paz, se trata de algo exclusivamente humano, salpicado por la imaginación y la voluntad de los hombres.

DE LOS SENTIDOS A LO DIVINO (O UNA POÉTICA CORPORAL DEIFICADA)

Aura, en esa concatenación de momentos y entrega que resultan del encuentro amoroso y físico con Felipe —una clase de victoria sobre la vieja—, configura una especie de sacrificio que le devuelve no sólo la paz a la abuela Consuelo, sino que inicia un retorno a los años compartidos con el general Llorente: Felipe Montero se descubre como este hombre, y apela, en un intento de resignación asumida, al irresistible deseo de querer estar con Aura para justificar el proceder de la vieja y de la joven, como si fuera consciente (cosa que consiente, además) de que le tendieron una trampa, como si recordara aquella ocasión en que en el viejo cafetín leyó el anuncio en el periódico: «Lees y relees el aviso. Parece dirigido a ti, a nadie más» [11]. El conjuro que lo llevó a esa vieja casona donde (re)descubrió su futuro y develó su pasado, quedó signado desde mucho tiempo atrás, en el momento en que dirigió sus pasos al edificio de la antigua calle de Donceles, o incluso cuando decidió especializarse en la universidad francesa de La Sorbona. Esa cadena de hechos fortuitos, o bien pensados, lo condujo a convertirse en el candidato ideal para terminar la escritura interrumpida del general Llorente.

La investidura de Aura como piedra angular del centro del universo húmedo y oscuro en que subsisten puso en juego los sentidos, pero no acabó allí, se prolongó en lo indefinido: ella, Aura: «se abrirá como un altar» [p. 49]; traspasar ese umbral corpóreo dotó a Felipe de la posibilidad de inmolarse junto con ella, de revivir un pasaje que los condujo al otro extremo, donde la vieja Consuelo ya no tendría potestad sobre ella ni el general Llorente pretenderá invadir a Felipe: en el trayecto, sin embargo, acontece una metamorfosis que ninguno de los dos percibió y, por lo mismo, no alcanzaron a eludir: Aura se vuelve vieja y el general Llorente rejuvenece para no morir más. Uno va al encuentro del otro, aunque éste en ningún momento salga en busca del primero.

La imposibilidad del retorno de Aura y Felipe no tiene que ver con la irreversibilidad del tiempo, sino con el cometido trazado desde un principio por la vieja Consuelo: el encuentro de Aura con Felipe, es decir, de ella misma con su difunto general en un espacio y tiempo establecidos según su decisión. El desdoblamiento de ambos personajes en el transcurso de la novela va dejando pistas

que, al final, ensamblan una estructura que en un primer momento aparecía velada: se trata de una relación que, como la ausencia de luz en la casa, sólo va integrándose con atisbos menudos, filtraciones no pedidas, invasiones casi imperceptibles. Sin embargo, este proceso de desdoblamiento no precisamente alude a la existencia de cuatro personajes, sino al esclarecimiento total de que se trata, así sin más, únicamente de doña Consuelo y del general Llorente.

Si el joven Werther enmudeció y su anonadamiento fue la chispa que encendió la sed por la compañía de Carlota, Felipe salta de un estado a otro: de la sorpresa pasa a la contemplación, de ésta al acercamiento y, al fin, da un paso más que lo precipita al abismo pasional: la voz de Aura le va indicando la ruta que lo llevará al altar de su cuerpo abierto en una recámara donde el único espectador participará, desde su mudez, de una especie de encuentro apocalíptico: consumado el acto ya no queda piedra sobre piedra en aquel edificio del centro de la ciudad, al menos, no en el sentido de la desmesura y la paz deseadas por Aura y Felipe. Se dice que el encuentro erótico-amatorio es un acceso, automático casi, a lo divino. Y esta deificación va acompañada de la cualidad del cuerpo como estructura donde el sacrificio conduce a la ensoñación y el arrebató, donde priva solamente, como lo sostiene Paz, la imaginación y la voluntad de los hombres.

© Juan Fernando Covarrubias

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- BARTHES, Roland (2000). *El placer del texto y lección inaugural*, México: Siglo XXI Editores.
- (1991). *Fragmentos de un discurso amoroso*. México: Siglo XXI Editores.
- DE LA PEÑA, María Cristina (2003). *Imágenes del deseo. Estética en la obra de Juan García Ponce*. México: Sello Bermejo.
- ELIADE, Mircea (1989). *Lo sagrado y lo profano*. Madrid: Labor, Labor 21.
- FUENTES, Carlos (1976). *Aura*. México: Era.
- GONZÁLEZ de León, Ulalume (2005). “El desnudo y yo”, en revista *Letras Libres*, n. 78, junio.
- HERNÁNDEZ, Laura (2003). *Escribir a oscuras. El erotismo en la literatura femenina latinoamericana*. Argentina: Editorial Lumière.
- PAZ, Octavio (2001). *La llama doble*. México: Seix Barral.
- BIBLIA DE JERUSALÉN* (1999). “Evangelio de San Juan”, Bilbao, España: Desclée de Brouwer.
- PERILLI, Carmen. “Entre molinos de viento y metrópolis de cartón: La novela en Carlos Fuentes”, en *Espéculo, Revista de estudios literarios*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid; consultada en http://www.ucm.es/info/especulo/numero18/c_fuentes.html, abril 2 de 2009

El autor:

Juan Fernando Covarrubias. Se dedica a la corrección y edición profesional. Es ensayista y cuentista. Es coautor de los libros *De fiesta por Jalisco*, *Los rostros literarios de la locura* y *Memoria de palabras*. Fue colaborador del suplemento cultural dominical “El Tapatío” del periódico *El Informador*, de *Ulama*, revista de literatura y recreación infantil, y del *Diario del Yaqui* de Ciudad Obregón, Sonora. Colabora actualmente en la *Gaceta del CUSur* y en *La Gaceta*, publicaciones ambas de la Universidad de Guadalajara. Tiene estudios en periodismo cultural, y en guión y narrativa cinematográfica. Es licenciado en Letras por la Universidad de Guadalajara.

CAZADORES Y RECOLECTORES

por Ricardo Bernal

1

Ella es el musgo que crece en las piedras del arroyo, el humo en la pipa del duende, el vaho que exhalan los dragones dormidos en el centro del mundo. Él es un candelabro, el esqueleto inmutable de la espada flamígera, un arroyo ronco que nunca deja de cantar, la puerta cerrada por dentro, para que la oscuridad jamás escape del sarcófago.

2

Ella se levanta temprano, sacude los restos del sueño dejando caer gatos diminutos, tarántulas de luz, un arroyo de guijarros que desaparece antes de tocar la alfombra. Ella se mira en el espejo y las paredes de la casa crujen. Afuera de la casa, en el cielo, los aviones trazan pentagramas, las nubes se acomodan en ellos y se haman al compás del smog. Por las calles, los hombrecitos de plastilina caminan de prisa: es lunes y tienen que resolver muchísimos asuntos urgentes. Bancos. Oficinas. Cantinas. Iglesias. Bancos. Ella sale de la tina, se seca con una toalla enorme y se dirige hacia los cajones. Después de vestirse, Ella mira por la ventana hacia el punto exacto del cielo donde varias décadas más tarde, en uno de los aviones, el capitán beberá café mientras el piloto automático hace lo suyo. El pasajero más viejo del avión escuchará en sus audífonos un disco de Mike Oldfield a las diez de la mañana.

3

Él se trepa en la motocicleta, se coloca el casco: una calavera afuera de la cabeza donde guarda su propia clavera. Cinco minutos después: las calles, los dedos del aire, la velocidad, los bosques, el verde lago negro de siempre. Él es un guerrero negro montado en un escarabajo rojo bajo el cielo gris preñado de nubes verdes. Las rojas miradas de los coches lo miran con rencor ciego y la primera gota del aguacero cae en la concha del diminuto caracol que avanza en sentido contrario. No está escrito en el cielo ni en el infierno que la motocicleta aplaste al caracol; la palabra «jamás» desaparece por un segundo de todos los diccionarios del mundo, pero por suerte nadie se da cuenta.

4

El Bernal escribe: es mediodía y cuarenta libros a medio leer lo rodean. Hay novelas policiales, tratados de astrología, manuales fáciles para ser mejor, o por lo menos intentarlo. Bernal morirá dejando inconclusos veinte de los cuarenta libros. Después de su muerte, Doris y sus amigos llorarán, dirán palabras torpes en el velorio; alguien se quedará con los cuarenta libros y, sin abrirlos, se los heredará a sus hijas quienes tampoco los leerán jamás. Pero por ahora, el Bernal sigue escribiendo, está a punto de comenzar el capítulo cinco de su único best seller: *La historia de mi abuela*.

5

Ella camina sin prisa, usa sombrerito, lentes oscuros, muy colorados los labios; si la escena fuera una caricatura antigua, ella sería Betty Boop y cuarenta flores sonrientes cantarían y bailarían alegres a su paso. Ella entra a un edificio, cruza espejos, sonidos planos, miradas cejijuntas que la imaginan desnuda. Se detiene ante un mostrador y abre su bolso: en el fondo hay una pistola.

6

Fue como un sueño: en el velorio de mi abuela, mi madre hablaba en voz baja con otra persona cuyo rostro no recuerdo. Le decía que, de joven, mi abuela se había metido en un lío grande y que mi abuelo la había salvado de la muerte. Tal cual. No. A mi abuelo nunca lo conocí.

7

Él entra a la cabaña. Un dolor de muelas antiguo despierta, lento como un dinosaurio. Él se quita el casco, mira la escena: un hombre de paja en la mecedora, la chimenea congelada, montones de billetes verdes esparcidos por el suelo, los charcos de sangre... Él trepa por la escalera desvencijada, nubes de polvo como esponjas y el dolor de muelas rencoroso esperando en una esquina del cuadrilátero de su boca.

8

Uno de los motores del avión tose, hace ruidos despiadados, en Australia hay un pájaro menos. El capitán oprime botones, mueve palancas, se rasca la cabeza, suda... El Bernal se rasca la cabeza y decide ahorrarse algunos renglones: el avión cae en picada al compás de la parte más hermosa del *Ommadawn*. El pasajero más viejo morirá con esas notas en la cabeza.

9

Ella yace debajo de las tablas. Los labios pálidos, la boca llena de tierra, las manos atadas. Hay uñas, ojos desorbitados, sangre a borbotones: Ella grita y su grito espanta a una parvada de moscas. Ella es un gusano, el vaho que exhalan los dragones dormidos en el centro del mundo. Décadas más tarde, también en el centro del mundo, Satanás escribe cifras, hace sumas con una calculadora antigua y las cuentas no le cuadran, se asoma por la ventana de su despacho y mira hacia abajo; entre llamaradas y estalactitas alcanza a ver la fila de encapuchados recién llegados. Se mataron en un avionazo, le informa la secretaria. Satanás sigue sumando.

10

Él escucha los gritos, baja saltimbanqui y los escalones crujen, de una patada parte en dos la puerta del sótano. Ella morirá de cáncer a los setenta años, lejos de esta cabaña, en un cuarto azul lleno de frascos y enfermeras. Pero ahora ella escucha los golpes, las tablas que crujen. De pronto, como en un sueño cinematográfico, entra la luz y Ella mira el rostro enrojecido y desesperado, felino, bigotudo. Él es un arroyo ronco, feliz de encontrarla viva...

11

Él y Ella cruzan bosques, puebluchos y valles a 120 millas por hora; la motocicleta arde como un infierno sobre ruedas, la cabaña está cada vez más lejos. Casi todos los billetes verdes fueron quemados. Arriba las nubes son piezas de ajedrez reacomodándose en un tablero profundamente azul y sin escaques. Un avión cargado de carne humana vuela como un moscardón anunciando algo, pero ni Él ni Ella lo escuchan, tan concentrados están en la velocidad de los minutos: al amanecer habrán cruzado la frontera y es casi seguro que en su historia de amor esté escrito un final feliz en technicolor...

12

Fue como un sueño, llevaba años buscando ese libro. Lo encontré en un puestito de cosas usadas, en la calle, estaba amarrado con otros libros y la señora me pidió muy poco por todo el paquete; se

sorprendió cuando le di todo el dinero que traía... Llegué a casa, estaba nervioso pero aún así puse café en la cafetera, ya sabes, el ritual: despejar la mesa, lavarme las manos, cortar con cuidado la cuerquita. Los otros libros no tenían la menor importancia, pero ahí estaba: *La historia de mi abuela*. En la contraportada, la foto del autor: narizón, cara de loco, audífonos enormes y patillas antiguas. Estaba diciendo adiós desde la escalerilla de un avión.

© Ricardo Bernal

El autor:

Ricardo Bernal. Nació en la ciudad de México, 1962. Es egresado de la Escuela de Escritores de la SOGEM. Ha sido becario del FONCA y del Instituto Quintanarroense de Cultura. Ha ganado diversos premios literarios, entre ellos el Premio Nacional de Poesía "Sor Juana Inés de la Cruz", y el Premio Nacional de Cuento "Salvador Gallardo Dávalos". Imparte cursos de literatura fantástica, horror y ciencia ficción desde 1993. Es director del consejo editorial de la revista La Mandrágora. Es asesor del Instituto Mexicano de Psicología Profunda. Actualmente coordina el Diplomado de Literatura Fantástica y Ciencia Ficción en la Universidad del Claustro de Sor Juana, y el Laboratorio de Cuento Fantástico en la Casa de Cultura "Jaime Sabines". Entre sus publicaciones se encuentran *Ciudad de telarañas*, *Lucas muere*, *Torniquete de avestruces* y *Lady Clic*.

* * *

Relato

CUENTOS

por Salvador Alario Bataller

LA TIERRA

Para Slawomir Mrozek

Nuestra raíz está en la tierra, sin ella nada existiría. No existiría el bosque, ni los animales, ni nosotros, que somos peores que ellos. Eso me decía mi padre, que era un hombre sencillo y honesto, un hombre que nunca había causado mal a nadie.

Mi familia se trataba poco con la gente, no solo porque nuestra casa estuviera apartada, sino porque simplemente no teníamos la necesidad. Nos bastábamos teniéndonos los unos a los otros. Cuando hay demasiada gente alrededor, el mundo se vuelve malo.

En alguna ocasión, cuando era más joven, fui con mis primos a una de esas casas donde los hombres se desahogan, pero vi algo tan triste en eso que ya no volví más. Años después, mis tíos se fueron al norte y no los volvimos a ver.

Junto a mi casa, hasta besar el linde del bosque, crece un prado. Más allá de los árboles está la autopista, siempre con coches que pasan raudo, yendo a sitios que probablemente yo aborrecería. El bosque era inmenso, el silencio rotundo, la tierra fecunda, y en todo ello estaba la verdad de las cosas, lo que era bueno.

Hará unos cinco años una cervatilla apareció en el prado, seguramente su madre habría muerto. La crié junto a mi perrita, y ambos crecieron como si fueran hermanos, hasta el día en que la cierva se hizo grande y el afán de procrear la llevó a internarse en el bosque. Para gran alegría de todos, me-

ses después volvió a aparecer con una cría hermosísima. La perra fue la que más se alegró por lo alborozada que se la veía. A partir de ese día la cierva y su vástago, cada vez más grande, venían al prado con regularidad y su presencia representaba un regocijo para seres tan solitarios como mi padre, yo y la perrita. Mi madre había muerto el invierno anterior.

No tardó mucho tiempo para que vinieran hombres de afuera y comenzaran a talar el bosque, y fueron levantándose, densas como setas venenosas, urbanizaciones grises y feas. El aire se llenó de malos olores y ruidos extraños. Mi padre y yo contemplábamos el desastre con lágrimas en los ojos. La tierra, el bosque, la vida, es lo más precioso del mundo, decía mi padre, quien mata a la tierra me mata a mí.

Una tarde un coche aparcó ante nuestra casa y de él bajaron dos hombres con traje. Hablaron un rato con mi padre y después se fueron. Mi padre estuvo todo el día taciturno, pero no me dijo nada. Sin embargo, no había necesidad. Yo también estaba triste.

Poco después vinieron más hombres con un cheque y una orden de expropiación. Debíamos abandonar las tierras en tres meses, pero mi padre murió antes, como la perra. Así que me quedé solo, mirando el prado y el bosque, que ya no era más que matorros dispersos entre una cascada pestilente de asfalto y vidrio.

Un día llegaron dos máquinas excavadoras. Yo me encontraba en el prado con la cierva y cuando oyó el ruido se perdió veloz en la foresta. Sabía que ya no la volvería a ver. Entonces entré en la casa y salí con la repetidora. Cuando el primer hombre se acercó le descargué un tiro en la cara y el tipo se desplomó como un fardo. Los otros gritaban y me amenazaban con el puño. A otro también le pegué un tiro, pero los dos que quedaban escaparon corriendo como si hubieran visto al diablo.

Me encerraron y me llevaron a juicio. Le expliqué al tribunal que había acertado a los dos tipos porque era bastante buen tirador, pero si hubiese disparado mi padre ninguno hubiese salido vivo de nuestras tierras. Pedí una escopeta mejor y munición de más calibre para acabar con los maleantes que mataban a los animales, destruían el bosque y envenenaban la tierra. El juez se puso rojo y le vi sudar copiosamente. Dijo cosas que no entendí. Yo esperaba que, de un momento a otro, alguien me felicitase (una condecoración sería pedir demasiado) y que me regalasen un buen arma y mucha munición. Así se lo dije al señor juez y él entonces se puso tan pálido que parecía enfermo. Tenía que ir a mi casa, le dije, y defender la tierra.

* * *

LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Mi amigo Artemio Ferro, el conocido ingeniero, construyó la máquina del tiempo más perfecta que ha existido nunca. Solamente tenía un defecto: se podía cambiar el pasado eliminando algunos personajes funestos (lo que era el propósito inicial de la investigación), pero uno, si así era su deseo, no podía permanecer en ese mundo pasado indefinidamente, sino solamente un día. El motivo de esto último carece de importancia para la presente historia.

En realidad a nadie de mi tiempo interesaría regresar al pasado, ya que los conocimientos y la ética de nuestra civilización superaban las mejores aspiraciones de cualquiera de nuestros antepasados. Viviendo entonces en un mundo adecuado, además cabe prever que el futuro continuase siendo como lo que ha sido siempre, una esperanza, un tiempo que ha de venir, algo en lo que un humano muy satisfecho nunca interferiría. El ser humano necesita un mañana con algo de incertidumbre y de misterio para ser lo que es, un ser histórico y en permanente y múltiple evolución. Además, si el futuro está hecho de pequeños presentes, el pronóstico para el porvenir no podía ser más favorable.

Nuestra moral altísima y arraigado espíritu de justicia nos llevó pronto a pensar en la posibilidad de viajar al pasado para rectificar los errores de nuestros antecedentes, sobre todo los variopintos males causados por los poderosos. De entre ellos, yo tuve la fortuna de poder especializarme en dictadores y políticos que habían sembrado el dolor entre el pueblo en el tiempo que gobernaron. Eliminando-

los, crearíamos una posibilidad más favorable para el desarrollo de los hombres y mujeres de ese pretérito desdichado. En realidad la anterior afirmación nunca la pudimos comprobar, porque nos parecía, como poco, desconsiderado interferir o juzgar las decisiones de las sociedades nuevas originadas a partir de la ausencia de los opresores. Tal fue mi dedicación que logré actuar en el mismo momento del alumbramiento de esos locos.

La lista de dictadores y políticos era larga, lo que no desalentó a especialistas como nosotros, auténticamente comprometidos en hacer justicia en un particular retorno al ayer. Muerta la bestia, no habría opresión, tortura o exterminio. No pueden imaginar el placer que sentí asando como a un cochinitillo al demente, seboso e incendiario romano; al bufón italiano que vivió siglos después lo maté a palos, como a un perro y al canco germano lo fileteé como a un ternerillo. Aún así, para mi gusto, fueron finales demasiado piadosos para semejante basura. Algunos de mis colegas poseen métodos muy ingeniosos para provocar la muerte a los indeseables de la historia, hasta el punto de que nunca se les ve actuar y el sujeto en cuestión fallece por digamos una especie de muerte súbita. Yo no les envidio, sin embargo. No hay nada comparable a la sensación del cuchillo en la mano cuando hay que matar a un cerdo.

* * *

LO QUE QUEDA

Como cada noche, el mendigo arrastraba su patética figura por el bulevar; ya no sentía culpa, ni vergüenza, ni siquiera angustia. En cambio experimentaba siempre un deseo imposible, permanentemente insatisfecho, cuando columbraba la buena vida al otro lado de las puertas de los restaurantes inaccesibles. El tintineo de los cubiertos sobre la porcelana le devolvía el recuerdo no de los manjares que deleitaban los paladares de aquella gente pudiente, pero sí de otros suficientes que un día tuvo. Porque nunca dejó de ser pobre, pero no tanto como ahora, que lo era de solemnidad.

La necesidad y la incuria lo habían convertido prácticamente en una alimaña. Bajo un crepúsculo de murciélagos se encaminó hacia el rincón de desperdicios en el solar por construir, la hura donde hacer furtiva su desdicha. Un tiempo atrás llegó a sentirse el ser más desgraciado y solo del mundo. Pero ahora ya no sentía casi nada. Después, bajo el cobijo de los cartones, se hizo una paja.

* * *

EL AUTÓMATA

La recatada señora de Pérez, asidua lectora de la *Argonáutica* de Apolonio de Tiana, nunca dejó de impresionarse ante la figura del autómata Talos, gigante de bronce, fabricado por Vulcano, que defendía la isla de Creta. Desvanecida en un arreblo, suspiraba imaginándose todo, tan grande.

Así que, cuando su marido murió, mandó construir un autómata de tamaño natural, emulando al mitológico griego, y dormía con él. No en todas partes respetó las proporciones.

* * *

LA GÉLIDA SANGRE DEL MARFIL

En los albores de la cristiandad, el dócil Caledonto, discípulo de San Columbano, gran santo de la verde Erín y maestro del sabio Eugnostos (al cual debemos, entre otras maravillas, *De vita et mysteriis Unicornis*), se debatía en su fe entre el nuevo dogma y la antigua magia, que había aprendido de su otro gran maestro el druida Werdemin, quien, viendo la zozobra del buen discípulo, le propuso

buscar al fabuloso unicornio en la lejana Ossibinia, hallazgo que, decía, le reafirmaría, de modo irrefutable, en los misterios arcanos, devolviendo, a la par, la paz de su espíritu.

Delicado, pero henchido por el fuego de la aventura, hermoso como un querubín, Caledonto inició con entusiasmo el largo viaje y, con grandes aventuras y peligros, atravesó la tierra de los tártaros, los búlgaros y los demonios, y al final llegó a los hielos de la hiperbórea, donde el gran Gunnar-Larfusson, rey de los vikingos, le cuidó como un hijo y le advirtió de los peligros y cosas innumbrables que acechaban en los lugares más allá de la niebla, lo cual no disuadió a nuestro joven aventurero.

Tras largas peripecias llegó a las tierras de los orgullosos asinarios, magníficos jinetes, que sometían a los extranjeros por el modo de las felatrices. Con ello estuvo seis meses y, salvo los reiterados actos de sumisión, el trato no fue malo. Libre al fin, arribó al reino de los Aledones, de armaduras del color de la luna, que lo sometieron, según su costumbre, a modus puerile, conviviendo con ellos dos largos años, haciéndose valer como sabio y augur, comprobando, a su vez, que en el modo de sumisión de la famosa infantería, el hábito sí podía hacer al monje.

Por último llegó a las tierras del rey negro Burrumbunga, un gigante capaz de matar a un toro de un puñetazo, cuyo ejército sojuzgaba a los pueblos vecinos. Embelesado por sus perfectas piernas blancas (poco vistas y muy apreciadas en esas latitudes), le hizo asiduo del tálamo real, y tras diez años consintió en dejarle partir, con el corazón destrozado y lágrimas abrasadoras en los ojos.

Una cosa hay cierta: tras su largo peregrinaje, el buen Caledonto ni llegó a Ossibinia ni halló al unicornio, con cuyo cuerno de plata tanto había soñado verlo lucir en su altar esotérico, pero la vida le recompensó con noches deliciosas en las que el coloso Burrumbunga aparecía con lo suyo, llenando sus sueños de placeres inenarrables.

* * *

HACEDORES

En un castillo umbrío un viejo sabio creó un humanoide que en vez de manos tenía tijeras y lo llamó Eduardo Manos-tijeras. Era un ser melancólico y, pese a ello, consiguió congeniar, durante un tiempo, con la gente del pueblo vecino del valle e incluso enamorarse. Pero nunca se adaptó a las costumbres humanas y numerosos accidentes desafortunados causados por su filosa anatomía le propiciaron el rechazo de todos, incluso de la hermosa joven que amaba. Por dicha razón sigue penando solo en el desolado castillo, que heredó tras la muerte de su padre humano.

Por el mismo tiempo, en una fortaleza recóndita, otro sabio creó no un humanoide, sino un mutante, un ser muy parecido al hombre (demasiado hombre), salvo en una condición. En sus manos, en vez de diez dedos, tenía diez pollas, de distinto tamaño, pero todas ellas vigorosas y de cabezas relucientes y por cuya razón fue llamado Eduardo Manos-penes. Nunca estuvo solo, cautivando a muchas mujeres de la comarca e incluso del país (y a la misma Reina, cosa que no se dice) y poseyó un gineceo que fue envidiado por el mismo Gran Turco.

© Salvador Alario Bataller

El autor:

Salvador Alario Bataller. Doctor en Psicología por la Universidad de Valencia (España), con dedicación exclusiva a la clínica privada (psicoterapia/sexología), ha publicado, entre otras obras, *La conciencia de la bestia* (finalista del Premio Planeta de Novela de 1997) (2000), *Astrum Argentum. La vara del mago* (biografía novelada de Aleister Crowley) (2006), *Historias de amor, dolor y sexrroll* (cuentos) (2008), *El amante perfecto y otros cuentos por inferencia* (2008), y es coautor de los volúmenes de cuentos *Así escribo mi ciudad* (Grafein, 2001), *32 maneras de escribir un viaje* (Grafein, 2002) y *101 coños. Ilustraciones y breves* (Grafein, 2008) y del ensayo *Malditos. La biblioteca olvidada* (Grafein, 2006). Además participó con varios relatos en la *Antología de Microrrelato y relato corto* (2008) de esta editorial y en la revista digital *Narrativas*. Blog: <http://undostrescuentos.blogspot.com>

EL PAÍS QUE SE PARECÍA AL OESTE *

por Xandru Fernández

Mi padre está sentado frente al televisor. Lleva una camisa vaquera de color azul, unos pantalones de pana de color verde pálido, zapatillas a cuadros marrones y negros, calcetines blancos con rayas azul oscuro. Está sentado en una butaca y tiene la pierna izquierda, la de la ciática, estirada, con el pie apoyado en un pequeño banco de madera que construyó para mí cuando yo tenía tres años. Lleva barba de dos días. A la izquierda de la butaca hay una mesita de cristal. Sobre la mesita de cristal hay un periódico abierto por la página del crucigrama, un cenicero con media docena de colillas, un paquete de L&M a la mitad, un encendedor de propaganda de la cafetería Solimar de Benidorm. Mi padre mira el televisor con gesto serio. A veces se arrasca la mejilla izquierda. A veces se arrasca la pierna izquierda. Cada veinte minutos enciende un cigarrillo.

Ve todo lo que dan en televisión: películas, documentales, concursos, partidos de fútbol, ciclismo, anuncios, sobre todo anuncios. Lo único que no ve son las noticias. Cambia de canal en cuanto empiezan las noticias, y si coinciden en todas las cadenas aprovecha para levantarse e ir a la cocina a comer cualquier cosa, para ir a mear o a cagar, para ir a vaciar el cenicero, para darse un baño y para hablar con mi madre. Le importa poco que mi madre lleve muerta dos años: mi padre no es muy dado a dejar de hacer lo que le da la gana sólo por el mero hecho de que sea imposible.

A mi padre le gustan las películas de guerra: *Los cañones de Navarone*, *La batalla de Inglaterra*, *Objetivo Birmania*, *Los puentes de Toko-Ri*. Pero las que más le gustan son las del oeste. Es un devoto de John Wayne y Randolph Scott. Para él, la pareja ideal la forman Richard Widmark y James Stewart en *Dos cabalgan juntos*, aunque tampoco le hace ascos al tándem Yul Brynner-Steve McQueen en *Los siete magníficos*, la película que está viendo ahora.

Mi padre solía decir que este país era como el oeste. Un lugar sin leyes ni banderas, donde cualquier cristiano podía cabalgar una semana entera sin cruzarse con ningún otro cristiano. Me llevaba de niño a la sierra, a ver las vacas

pastando, a observar el oficio de vaquero. Me llevaba de caza, a paladear el aroma de la niebla y la sangre entre los helechos. Me enseñó a disparar cuando aún no era yo capaz de levantar la escopeta. Le gustaba quedarse a pasar la noche en cualquier cabaña allá arriba, asando chorizos envueltos en papel de aluminio al calor de una hoguera, escuchando el canto de las lechuzas y el aullido de los lobos. Siempre pensé que, cuando se jubilara, se exiliaría en la sierra con un caballo y un rifle. Pero escogió la butaca y la tele.

Mi padre sigue con atención una película que ha debido de ver doscientas veces. En un poblado del oeste, un hombre intenta convencer al propietario de la funeraria para que entierre a otro hombre. El de la funeraria se niega. No quiere aceptar por mucho dinero que el otro le ofrezca. Explica sus razones: el fallecido es indio, nadie quiere enterrar a un indio con los blancos, y aunque quisieran no se atreven a conducir la carreta hasta el cementerio por miedo de que los cosan a tiros. Entonces sale un forastero vestido de negro que se ofrece voluntario. Tiene un aire misterioso, duro. Es Yul Brynner. De inmediato se le suma otro forastero de mirar sarcástico y desafiante: Steve McQueen. Suben a la carreta. Se ponen en camino cuesta arriba hacia el cementerio. Desarman a cuantos se oponen al entierro. La única paga que reciben es una botella, se supone que de whisky.

«Mi padre solía decir que este país era como el oeste. Un lugar sin leyes ni banderas, donde cualquier cristiano podía cabalgar una semana entera sin cruzarse con ningún otro cristiano. Me llevaba de niño a la sierra, a ver las vacas pastando, a observar el oficio de vaquero.»

* Relato publicado originalmente en lengua asturiana, en el volumen *Entierros de xente famoso* (Suburbia Ediciones, 2008). Traducción del autor.

Suena el teléfono. Mi padre espera a oír el tercer timbrado antes de levantarse a cogerlo. Van seis timbrados cuando llega junto al aparato, le cuesta caminar por culpa de la ciática. Descuelga. Pregunta quién es.

Es Ramiro.

Y qué quiere Ramiro.

Ramiro quiere avisarle de que ha muerto Falín.

Y a mi padre qué más le da.

Ramiro sabe que Falín y mi padre no se llevaban nada bien. Que se llevaban mal, muy mal. Que Falín aún le debía dinero a mi padre por una partida de cartas.

Mi padre es de la opinión de que los muertos no tienen deudas.

Ramiro está muy de acuerdo con la opinión de mi padre, pero el hijo de Falín tiene ideas distintas.

Mi padre no sabe quién es el hijo de Falín.

Ramiro sabe que el hijo de Falín es uno a quien llaman Barriales y que es guardia civil, que tendrá treinta años y muy mal beber.

Mi padre se está cansando de hablar con Ramiro.

Ramiro teme que Barriales quiera pagar la deuda de su padre y, de paso, organizar algún escándalo. Por eso quería avisar a mi padre. Para que no fuese hoy al bar a echar la partida.

Mi padre no tenía previsto ir a echar la partida. Cada vez va menos. Ya no es como antes, prefiere quedarse en casa viendo la película. Además, esta mañana se le ha muerto el perro.

Ramiro no sabía que a mi padre se le hubiese muerto el perro.

«Éste era un pueblo donde todo el mundo parecía estar de paso. Venían aquí a trabajar, y trabajaban, y se quedaban, pero tenían las raíces en otro lugar y cuando se acabó el trabajo volvieron todos al sitio del que habían salido.»

El perro se quedó tieso mientras mi padre cavaba en la huerta para sembrar unas patatas. El perro solía quedarse tumbado al sol mientras mi padre trabajaba. Esta mañana hizo otro tanto. Pero de repente soltó un silbido, como un balón que se desinfla, y, cuando mi padre fue a mirar, ya no se movía.

Ramiro piensa que era un buen perro.

Mi padre está de acuerdo con la opinión de Ramiro.

Ramiro se alegra de que mi padre no piense ir a echar la partida esta tarde.

Mi padre ya no está tan seguro de que no vaya. Le apetece tan poco como antes, pero no le da la gana que nadie piense que le tiene miedo a Barriales, sea quien sea Barriales.

Ramiro no sabe qué decir.

Mi padre dice adiós y cuelga.

Cuando vuelve a sentarse ante el televisor, Yul Brynner está hablando con unos mejicanos. Mi padre coge el paquete de L&M, saca un cigarrillo, lo enciende. No mira la pantalla como antes. Sus ojos están fijos en el mueblebar. Sobre el mueblebar hay algunos libros, un par de fotografías enmarcadas –en una de ellas salgo yo–, una colección de películas en DVD que regalan con el periódico, la mayoría de ellas del oeste, pero casi todas muy malas, de aquellas que John Wayne hizo cuando ya estaba gordo y sólo hacía de John Wayne.

Mi padre se levanta, apaga la tele, se mete en el cuarto de baño. Sale al cabo de veinte minutos, duchado y afeitado. Se mete la camisa por dentro del pantalón y se calza unos buenos zapatos. Se pone una chaqueta de entretiempo y sale dando un portazo.

Éste era un pueblo donde todo el mundo parecía estar de paso. Venían aquí a trabajar, y trabajaban,

y se quedaban, pero tenían las raíces en otro lugar y cuando se acabó el trabajo volvieron todos al sitio del que habían salido. El pueblo había crecido a ambos lados de la carretera, y a ambos lados de la carretera fue menguando. Dos aceras paralelas, casi desiertas, media docena de bares, media docena de tiendas y ningún cine. Los cables de la luz se mecen sobre el asfalto cuando sopla el viento o pasa el autobús. En los solares abandonados acechan los gatos.

Mi padre camina con paso firme pero sin apresurarse, la ciática le impone un ritmo pausado. Lleva las manos metidas en los bolsillos del pantalón, los faldones de la chaqueta pinzados por las muñecas y plegados hacia atrás como los de una levita. Saluda moviendo la cabeza a las dos o tres personas con las que se cruza. Saluda de la misma manera al Rápido.

El Rápido no se llama así, pero ya nadie se acuerda de cómo se llama de verdad. Lleva el nombre del bar que abrió hace cuarenta años. Tenía que llevar jubilado tantos años como mi padre, pero el suyo, dice él, es un oficio del que sólo se jubila uno el día que lo entierran. El jersey que lleva, rojizo y sucio, lo estrenó el día que yo hice la primera comunión. Coincidió así. Mi padre me llevó al Rápido antes de ir a comulgar y le dijo que me escanciara un *culín* de sidra. No quería que probara el vino sin probar antes la sidra. El Rápido se salpicó de sidra aquel jersey granate recién estrenado y a mi me goteó sobre la chaqueta azul marino y mi madre, que esperaba a la puerta del bar, muerta de vergüenza, se pasó dos días sin hablarnos a mi padre y a mí.

El Rápido saluda a mi padre con otro movimiento de cabeza y una sonrisa irónica. La partida acaba de empezar. Es una partida de dominó. Va por rachas: unas temporadas es el tute, otras el mus, últimamente el dominó. Está Manolo Perruques y está Lito Partelagua y está también Pedrón, que es sordo, y está Paulino Pesicola, que juega en sustitución de mi padre cuando no viene. Detrás de Pedrón, en la pared, hay una foto de las fiestas del pueblo en blanco y negro, de los años sesenta, la carrera de cintas a caballo. A un lado de la foto, una lámpara de mina. Al otro, la fotografía del Rápido con un boxeador de los años setenta al que llamaban «el Lento».

Paulino Pesicola se levanta para dejarle el sitio a mi padre. Ninguno de ellos dice nada. Paulino coge otra silla y se pone donde pueda ver la partida sin molestar. Son sillas de patas metálicas, con el asiento y el respaldo de aglomerado cubierto de una laca marrón de imitación madera. Mi padre se quita la chaqueta y se la pone al respaldo de la silla. Saca el paquete de L&M y el encendedor de la cafetería Solimar y los coloca sobre la mesa. Después coge las fichas.

La partida transcurre en silencio. Sólo se oye el zumbido de la tele y, de vez en cuando, la voz cascada del Rápido conversando aparentemente con un concursante de *Pasapalabra*. Cada media hora pasa el autobús haciendo temblar la luna del bar. A través de la luna se ve disminuir la luz de la tarde. Las farolas van a encenderse en seguida.

Llega Ramiro cuando ya la partida está terminando. No se sienta. Se queda de pie al lado de Paulino y cruza los brazos. Mira al Rápido, el Rápido le mira a él, Ramiro no mueve un músculo, el Rápido niega sacudiendo la cabeza. Ramiro hace como que se concentra en la partida.

«Mi padre camina con paso firme pero sin apresurarse, la ciática le impone un ritmo pausado. Lleva las manos metidas en los bolsillos del pantalón, los faldones de la chaqueta pinzados por las muñecas y plegados hacia atrás como los de una levita.»

Manolo Perruques tiene la tarde floja, por eso seguramente es el primero en hablar. Le pregunta a mi padre por el perro que se le ha muerto y mi padre vuelve a explicar lo que le contó a Ramiro por teléfono y que muy probablemente Ramiro ha transmitido a todos los demás, exceptuando tal vez a Pedrón, porque es imposible hablar con Pedrón por teléfono. Manolo alaba las virtudes del perro muerto. Mi padre no tiene nada que añadir. Ramiro abre la boca para hablar, pero no dice nada.

Lito Partelagua dice que al día siguiente va a llover. Mi padre no está de acuerdo. No puede llover porque aún tiene él que acabar de sembrar las patatas y además tiene que cavar una tumba para el perro.

A Lito le parece que lo que hay que hacer en esos casos es llamar al veterinario, pero mi padre no tiene ninguna intención de llamar a nadie. No es el primer perro al que entierra. Lito está teniendo

una tarde de fábula, es el rey de la partida, así que es normal que no tenga ganas de estropearlo todo discutiendo a propósito de un perro muerto.

Tampoco parece que los demás tengan mucho interés en echar leña al fuego. La espalda de Paulino Pesicola cruje al removerse en su asiento. Cada vez que lo hace, Ramiro le dice teatralmente al Rápido que vaya llamando a un cura. La primera vez tuvo gracia.

Ya ha oscurecido hace tiempo cuando se levantan y empiezan a despedirse. Paulino Pesicola y Manolo Perruques se van juntos, mirando interrogativamente a mi padre, consultando con la mirada a Ramiro, se demoran un rato junto a la puerta y dan la vuelta a preguntarle a Pedrón si le acompañan. Tienen que preguntárselo cuatro veces. Pedrón dice que sí, que le esperen. Ellos le esperan. Cuando salen los tres por la puerta, Ramiro y Lito se quedan con mi padre junto a la barra, esperando a que el Rápido les ponga unos cubalibres.

No hablan. Sólo beben. De vez en cuando miran la tele. Lito y Ramiro miran también en dirección a la calle. Ven pasar gente a través de la luna del bar. Poca gente. Nadie importante.

Ya ha pasado hace mucho la hora de cenar cuando salen del bar, silenciosos, sombríos. Lito es el primero en despedirse. Ramiro y mi padre le ven desaparecer calle adelante, después es Ramiro quien dice adiós y mi padre no contesta y echa a andar hacia su casa, sin prisa, a disgusto.

No hay casi nadie en la calle. Dos chicas de unos dieciséis años esperando el último autobús, un par de viudas despidiéndose junto a un portal, un hombre de unos treinta años que se llama Nacho, no Barriales.

«Ya ha oscurecido hace tiempo cuando se levantan y empiezan a despedirse. Paulino Pesicola y Manolo Perruques se van juntos, mirando interrogativamente a mi padre, consultando con la mirada a Ramiro, se demoran un rato junto a la puerta y dan la vuelta a preguntarle a Pedrón si le acompañan.»

Mi padre llega a casa. Cierra suavemente la puerta, se descalza, se quita la chaqueta, la arroja sobre el sofá. Va a la cocina a servirse un vaso de agua. Coge el cenicero vacío y lo coloca encima de la mesita de cristal, y saca el paquete de L&M que acaba de comprar en el Rápido y el encendedor de Solimar y lo pone todo junto al cenicero y después se sienta en la butaca.

Enciende la tele. Cambia de canal un par de veces. Noticias. Más noticias. Una película americana: una comedia con Steve Martin y Diane Keaton. Mi padre deja el mando sobre la mesita de cristal, coge el paquete de L&M y el encendedor, saca un cigarrillo, lo enciende.

La película es una versión moderna de un clásico en blanco y negro. Yo no soporto a Steve Martin. A Diane Keaton la soporto aún menos. Pero por alguna razón tengo el televisor encendido y estoy echándole miradas furtivas mientras termino de corregir unos exámenes y acabo de ponerle a un alumno un 3,5 cuando Diane Keaton pega un chillido y suena el teléfono. Miro el reloj del móvil. A esas horas, sólo puede ser mi padre.

Contesto. La voz de mi padre es la de siempre. Es como si no llamara él. Como si una conversación telefónica conmigo fuera una de esas cosas que le ocurren sin quererlo, igual que si tosiera o le picara la pierna mala.

A mi padre le parece que quizás es muy tarde para llamarme.

Yo suelo acostarme tarde. No me importa que me llame a esas horas.

Mi padre piensa que es una mala costumbre dormir poco. Él, cuando trabajaba, dormía nueve horas al día como mínimo. A no ser que saliera de juerga. Entonces enganchaba y se iba a trabajar sin dormir. Pero no es lo mismo no dormir que dormir poco. El cuerpo nota la diferencia.

Mi cuerpo no nota nada. Además, yo no soy tan juerguista como lo era él. Las ansias de juerga se saltan una generación. Mis hijos, si los tengo, serán unos jaraneros de primera.

Mi padre no sabe si yo me acuerdo de Pepe el Turco, el que solía echar la partida con él cuando yo

era pequeño.

Me acuerdo muy poco de Pepe el Turco, pero todavía me suena ese nombre.

Pepe el Turco no solía enfrentarse a la gente. Dejaba pasar muchas provocaciones. Solía decir que no le compensaba pelearse con cada cretino que se le ponía enfrente.

Yo creo que Pepe el Turco era un hombre muy sabio.

Mi padre no está de acuerdo conmigo. Pepe el Turco murió antes de tiempo, y todo por culpa de su indulgencia. Les dio tanta cuerda a los cretinos que cuando quiso rectificar ya no pudo. La primera vez que se encaró con uno que le había faltado al respeto fue también la última. En cambio él, mi padre, nunca ha dejado pasar una sola ocasión de demostrarle a todo el mundo que con él no se juega.

Me acuerdo perfectamente de esa faceta del carácter de mi padre.

Mi padre quiere saber si yo conozco a un tal Barriales.

Ese nombre no me suena de nada.

Mi padre no le conoce tampoco. Sólo sabe que es el hijo de Falín. No sabe si yo sé que ha muerto Falín.

No, yo no lo sabía.

Mi padre quiere saber si me va bien.

Razonablemente bien. No sé qué más puedo decir.

Mi padre tampoco sabe qué más decir. Así que dice adiós. Yo digo adiós también. Colgamos.

Después de colgar, mi padre vuelve a sentarse frente al televisor. Enciende otro cigarrillo. No traga el humo. Suele decir que es por eso por lo que fumar no le hace ningún daño.

No mira a la pantalla. Está mirando fijamente las películas de John Wayne que hay en el mueblebar. Va a ponerlas en la huerta, cada una colgando de un cordel, para espantar a los pájaros. Ya lo ha visto hacer en otras huertas: parece ser que el reflejo del sol en el DVD los asusta. Además, son películas que no piensa volver a ver. Aunque viva cien años. Ni siquiera *Río Bravo*.

Mañana lo hará. Mañana por la mañana. Después de llamar al veterinario para deshacerse del perro.

© Xandru Fernández

El autor:

Xandru Fernández (Turón, Asturias, 1970). Escritor en lengua asturiana y profesor de filosofía (actualmente en el IES "Cristo del Socorro" de Lluanco, Asturias). Doctor en filosofía por la Universidad de Uviéu. Columnista del semanario *Les Noticies* y colaborador esporádico de los diarios *El Comercio* y *La Nueva España*. Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Primer bestiariu* (Mieres, Ayuntamiento de Mieres, 1990); *Breviariu de la diáspora* (Uviéu, Ediciones Trabe, 1993); *Lletra muerto* (Uviéu, Ediciones Trabe, 1998); *Servidume* (Uviéu, Ediciones Trabe, 2001); *El doble blancu* (Uviéu, Academia de la Llingua Asturiana, 2009); *Les vides incompletes* (Xixón, Suburbia Ediciones, 2009). En narrativa, ha publicado: *El club de los inocentes* (Uviéu, Principáu d'Asturies, 1994) – novela, premio Xosefa Xovellanos 1993; *Del llaberintu al trenta* (Uviéu, Ediciones Trabe, 1995) – cuentos; *El suañu de los páxaros de sable* (Uviéu, Principáu d'Asturies, 1999) – novela, premio Xosefa Xovellanos 1999; *Les cuentos de l'alma* (Uviéu, Ediciones Trabe, 2000) – cuentos; *Los homes de bronce* (Uviéu, Ediciones Trabe, 2001) – novela; *Les ruines* (Uviéu, Ediciones Trabe, 2004) – novela, premio de la Crítica de Asturias; *El nuesu mar de los sargazos* (Uviéu, Publicaciones Ámbitu, 2005) – relato; *La banda sonora del paraisu* (Uviéu, Ediciones Trabe, 2006) – novela, premio de narraciones Trabe, premio de la Crítica de Asturias; *Entierros de xente famoso* (Xixón, Suburbia Ediciones, 2008) – cuentos; Obra traducida al castellano: *País cerrado* (Uviéu, KRK Ediciones, 2002) – antología de cuentos.

LA FE

por Jennifer Díaz Ruiz

El hermano de Sontano todas las noches dice lo mismo: si eres ciego, no hace falta que cierres los ojos para dormir. ¿Es así o no? ¿Es así? Di. Aunque eso vino después de asegurarse de que, aunque no viera, sabía cuándo tenía los ojos cerrados y cuándo abiertos. ¿Pero seguro que lo sabes? A ver, ahora cómo los tienes. Cerrados. Y ahora los abro. Es verdad. Y así crecieron, con esas certezas, con esas mentiras. Y por las noches Sontano abre los ojos de par en par y piensa que, en el fondo, su hermano tiene razón. Tiene que tenerla. Apunta, por lo menos, a toda lógica. Por las mañanas el hermano le dice: qué. Haciendo un gesto con la barbilla, levantándola de un golpe seco. Aunque eso él no puede verlo. Ni falta que le hace: Sontano ya sabe a qué se refiere, así que dice: no me acuerdo de nada, recuerdo que pensaba en cómo soy físicamente, me lo preguntaba, tú esas cosas no las entiendes porque puedes verte, después nada, me quedé dormido, no me acuerdo de si cerré los ojos o no. La primera noche que Dios vino a su ventana, le dijo a su hermano: no sé si tengo los ojos abiertos o cerrados al dormir, pero lo veo todo. ¿Y qué ves? La vida. Sontano veía la vida a través de los ojos de la mujer del amo. Cualquiera querría ver la vida a través de unos ojos así. En calma, atentos. Azules. Porque el hermano de Sontano está convencido de que, los que tienen los ojos azules, lo ven casi todo en el mismo tono. Él, como los tiene marrones, lo ve todo como si el mundo estuviera bañado de tierra. Pero realmente todo lo que envuelve a Belfondo, todo lo que el hermano de Sontano puede ver con sus ojos, es tierra. Los ojos de Sontano son los más negros que su hermano ha visto. De verdad te lo digo: oscuros, oscuros. Y ahí ha encontrado él la justificación de su ceguera. Es normal que lo veas todo negro, con esos ojos. Y Sontano, por un rato, no se siente tan infeliz, por un rato hasta confía en un mundo justo y piensa que es culpa de sus ojos, de su oscuridad. Y, por ese rato, hasta dejar de odiar a sus padres. Una noche, la mujer del amo fue, como siempre, a la ventana de Sontano y, cuando se asomó para susurrarle, se encontró allí a su hermano, al del cura, mirándolo de muy cerca. ¿Te has dormido? Todavía no. Así que tuvo que marcharse a su casa. Cuando llegó, el amo no estaba donde lo había dejado. A la mañana siguiente, Sontano le prohibió venir a su hermano a la habitación. Dios no venía a verlo si había alguien más con él. Y, por supuesto, eso no podía consentirlo. Ni quería tampoco. No hay nadie en el mundo, en el mundo, ¿me oyes?, que tenga tan grande e intacta su fe como el cura de Belfondo. Pero eso es porque nadie, excepto él, tiene a una mujer tan hermosa como religión. Aunque eso él no pueda saberlo. Ni nadie. Porque el amo, de tanto como ha mirado a su esposa, ha dejado de verla bonita como es. Cuando la mandó a que fuera a la ventana de Sontano a hacerse pasar por Dios, ella pensó que en aquellas escapadas nocturnas a la alcoba de otro hombre encontraría su esposo una razón para sentir miedo y celos. Algo de amor. Pero el amo ya no sabe de amar, por irónico que suene. Siempre, al volver, se lo encuentra esperándola. Y, sólo verle la cara, sabe si ha ido bien o mal. Excepto esas noches que trae una cara irreconocible y al amo le nacen por dentro, como a un árbol, las ramas de la duda y la desconfianza. Y le cubren todo el cuerpo. Esas noches tiene pesadillas que, al despertar, no recuerda. El Dios que había inventado el amo era él mismo. Los diez mandamientos quedaron totalmente modificados a su antojo. Precisamente por eso, el Dios de Belfondo debería ser más humano que el resto de Dioses, porque está hecho a imagen y semejanza del hombre, pero el amo no se subestima. Se tiene a sí mismo en muy buena consideración. Alguien, al fin y al cabo, tenía que hacerlo. El Dios de Belfondo no se ha equivocado jamás. El Dios de Belfondo no le da a los pobres todo aquello que les falta: les da herramientas para que ellos mismos puedan dejar de ser pobres, pero las justas para que no puedan ser ricos. El Dios de Belfondo no tiene piedad. No existe un cielo para los que no creen en él. Y no se cree en él sin acudir a la iglesia, como poco, todos los domingos. La señora Maclina las primeras veces se sintió feliz. Después quiso reivindicar una fe

«La primera noche que Dios vino a su ventana, le dijo a su hermano: no sé si tengo los ojos abiertos o cerrados al dormir, pero lo veo todo. ¿Y qué ves? La vida. Sontano veía la vida a través de los ojos de la mujer del amo. Cualquiera querría ver la vida a través de unos ojos así. En calma, atentos. Azules.»

íntima y egoísta, como la que tenía antes de llegar a Belfondo. Quería poder rezar en casa, o en cualquier parte. Pero el amo lo prohibió. Esas cosas el amo puede prohibirlas. No interesa que se crea en otros Dioses. Si los hay, dice. No hay prescripciones con el Dios de Belfondo: hay normas, hay obligaciones, hay deberes. Hay conformismo, hay adormilamiento. El que cree en el Dios de Belfondo es, sin más rodeos, carne de cañón. Y el amo no va a dudar en apuntar y disparar cuando la ocasión lo merezca. Está todo pensado. No hay nada que se le escape a su inventor. No debería deshilacharse por ninguna de sus puntadas, pero así ocurre. El amo se ha equivocado con una cosa: su mujer. Su hermosa e inteligente mujer. Su sensible y buena mujer. Un Dios con esa voz podría ser, perfectamente, el creador del cielo y la tierra, podría separar el agua del mismo agua, podría andar sobre él. Podría lo que quisiera, si quisiera. Pero la mujer del amo no necesita todo ese poder. Ni ninguno. Se conforma con susurrarle a Sontano por las noches y desobedecer las instrucciones del amo. Cuando la mujer del amo se pone delante del espejo y se peina para ir a ver a Sontano, aunque sabe que está ciego y no puede verla, se dice a sí misma: eres Dios, tú eres Dios y estás por encima del bien y del mal. Y el mal, lo tiene claro, está dentro de su cama. Al principio su único propósito era poner a todo Belfondo en contra del amo. Hacer una revuelta. Que el Dios de Belfondo estuviera de parte de los pobres. Que el Dios de Belfondo defendiera la verdad. Y también la alegría. Que el Dios de Belfondo no anulara el pensamiento. Pero todo eso fue antes de conocer a Sontano. Su negrura, su corazón infantil, su ingenuidad, sus ojos ciegos. Cuando el amo vio por

«Pero todo eso fue antes de conocer a Sontano. Su negrura, su corazón infantil, su ingenuidad, sus ojos ciegos. Cuando el amo vio por primera vez a Sontano, al llegar a casa, dijo: ¿tú sabías que los ciegos también lloran?, quiero decir, les salen lágrimas de los ojos, igual que a nosotros. Eso su esposa lo sabía.»

primera vez a Sontano, al llegar a casa, dijo: ¿tú sabías que los ciegos también lloran?, quiero decir, les salen lágrimas de los ojos, igual que a nosotros. Eso su esposa lo sabía. Lo que no podía llegar a imaginar era que los ojos de Sontano fueran así de negros. Y sus lágrimas así de puras. La primera noche que le habló, lloró. Sontano. Después, ella también. Y se tapó la cara con las dos manos, de miedo, de sorpresa, de alegría. La esposa del amo, que tenía perfectamente prohibido tocar a Sontano o hablar con él de forma personal o meterse en su habitación, desobedeció por primera vez, que no, por supuesto, por última. Se asomó por la ventana abierta y, cuando lo vio como estaba, como un niño pequeño, con la cara cubierta por sus manos gruesas,

no pudo evitar alcanzarlas con las suyas, finas, pequeñas, huesudas, para decirle que no temiera por nada. Y mucho menos por y de Dios. Sontano entonces empezó a llorar de una forma muy hermosa: sonreía, con los ojos cerrados, y le resbalaban las lágrimas por las mejillas. Como estaba recostado, se le dirigían a las orejas y, cuando llegaban al oído, le entraba un escalofrío y sonreía todavía más. La mujer del amo no pudo evitar sentir una gran ternura mezclada con una gran compasión. Y sonrió. Y pensó en que le habría gustado conocer a Sontano en otras circunstancias. Pero aquéllas eran las que tenían. Y las iba a aprovechar. No sabía todavía cómo, pero las iba a aprovechar. Después de varias noches acudiendo a su cita con Sontano, se planteó contarle la verdad. Pero, siendo como era Sontano, habiéndolo tratado como lo habían tratado, sería el golpe perfecto para que perdiera su fe, la de verdad, la que debería tener aparte de la suya particular. Y acabaría desconfiando de ella. Y de cualquiera. La reconciliación sería imposible. Así que desechó la opción y siguió con su tarea. Sontano al principio no sabía cómo tratarla. ¿Cómo se trata a un Dios? Pero nadie se había planteado eso. No había respuesta correcta. Ni incorrecta. Porque nadie tenía a Dios tras la ventana. Una noche, la esposa del amo llegó a la ventana de Sontano y se puso a llorar. Se sentía enamorada. Y también estúpida. Y también injusta. Y también feliz. No se podía creer lo que le estaba ocurriendo: que amara a Sontano, que no pudiera confesarle la verdad, que no hubiera cumplido ni los objetivos del amo ni los suyos propios, que estuviera utilizando a Sontano de aquella manera tan sucia. Y ahí, llorando, agachada tras la ventana, empezó a emitir un ruido leve pero suficiente para una persona que se vale, sobre todo, del oído. Sontano, que estaba con los ojos abiertos esperando a la esposa del amo, la escuchó. ¿Un Dios llora? ¿Y un ciego? Nadie sabe. Nadie quiere saber. Así que, subido a la cama y tocando todo dos veces, alcanzó la ventana y saltó por ella. La mujer del amo se quedó en silencio. Lo miró a los ojos, abiertos, negros, vivos, ciegos. Lo vio moverse por delante de la casa, con las manos estiradas a los lados haciendo aspavientos. Sontano empezó a llamarla. Dios, no tengas miedo, Dios, hálbame, puedo sentirte, aunque no te vea, aunque

ahora no te escuche, Dios. Dios. Dios. La mujer del amo se quedó inmóvil. No sabía lo alto que era Sontano. Seguía inmóvil, observándolo, pensando lentamente qué podía hacer. Después de un rato, Sontano se sentó en el suelo y empezó a llorar. Después de un rato, Sontano se levantó y volvió a tantear el terreno. Pero ya no la buscaba a ella. Ahora quería volver a casa. No encontraba la ventana, se había alejado unos pasos y no era capaz de ni siquiera acercarse. Cada vez se alejaba más. Y la mujer del amo se arrimó. Lo cogió de las manos. Lo llevó a su casa. Lo metió en la cama. Se sentó en la silla que había en una esquina de la habitación. ¿Es un milagro? Sontano se lo preguntaba una y otra vez. Haz que pueda ver. Que pueda verte a ti. Sólo eso. La mujer del amo siguió sentada. Pensando. Muriendo poco a poco. Rezando al Dios que pudiera atenderla. Pasaron unos minutos. Tomó una decisión. Se levantó de la silla. Se acercó a la cama de Sontano. Se tumbó a su lado. Más silencio, más preguntas, más negrura. Lo que no sabía Sontano, ni nadie, es que a Dios se le podían tocar las piernas. Y besar los labios.

© Jennifer Díaz Ruiz

La autora:

Jennifer Díaz Ruiz es estudiante de filología hispánica. <http://elshowdefusa.wordpress.com/>

* * *

Relato

HASTA SIEMPRE, BRASIL

por Rosa Silverio

Inés abordó el avión rumbo a Brasil para ver por última vez al hombre que había amado durante veinticinco años. Se conocieron en un hotel de New York, por pura casualidad. A partir de ese momento las horas fueron pocas para amarse y se dedicaron a escribir su historia en las sábanas de todos los hoteles del mundo.

Joao era ejecutivo de una multinacional. Ella trabajaba para una fundación internacional por lo que debía viajar con cierta frecuencia, lo que le servía de excusa para verlo. Como ambos vivían en países distintos, él en Brasil y ella en República Dominicana, acordaron encontrarse cada vez que podían coincidir en algún lugar.

Recostada en su asiento de primera clase, ladeó la cabeza a la izquierda y desde la ventanilla divisó los últimos vestigios de su tierra, que se iban quedando atrás mientras el avión se dirigía como un pájaro rumbo a su última cita. Recordó aquella vez en la que, después de sus días en New York, tomó un vuelo a España para volver a entregarse a Joao en un hotel de Madrid. También rememoró las veces que se encontraron en otros rincones en donde volvían a acariciarse como si no existieran días, ni distancias, ni puentes, ni relojes de arena.

Una azafata interrumpió sus pensamientos para ofrecerle algo de comer. Ella sólo pidió agua y un poco de fruta pues a su edad, tenía sesenta años, los problemas de salud se habían agudizado y su hígado resentido le exigía llevar una estricta dieta. Dio varios sorbos a su vaso y volvió a pensar en Joao, el hombre-marea que había cambiado el curso de su existencia y le había enseñado otra forma de amar que no sabía de convencionalismos o imposibles.

Entre la hendidura de sus senos, Inés llevaba aquel pañuelito de seda que él le regaló un día. Con disimulo lo sacó del sostén y lo acercó hasta su nariz. Sabía que tan sólo olería a su perfume, sin embargo, ella prefería engañarse e imaginar que todavía ese trozo de tela vieja conservaba aquel

aroma a bosque de Joao.

Para ella este encuentro tenía un significado especial. Se habían amado en muchos países, incluso, habían hecho el amor en Santo Domingo, pero nunca se habían citado en Brasil, la tierra que ella había llegado a conocer gracias a las telenovelas, las revistas y las largas conversaciones en las que su amante le hablaba de la hermosura de sus playas, el río Amazonas, la samba, la alegría del carnaval de Río de Janeiro –la ciudad donde él vivía– y la impresionante belleza de la montaña Pan de Azúcar. Algunas veces, cuando lo asaltaban las sombras, le hablaba del otro Brasil: el de la miseria, la violencia y el miedo.

Desde hacía algunos años la fatiga solía vencerla pronto, así que el sueño la fue arrullando mientras ella creía que volvía a escuchar la voz grave y musical de Joao, quien, cuando estaban desvelados, acostumbraba cantarle en portugués aquella canción de Chico Buarque que a ella tanto le gustaba: «Preciso não dormir ...».

Al despertar ya habían aterrizado y los demás pasajeros recogían su equipaje de mano. Ella tomó el neceser y caminó con calma hasta la salida. Ya en la terminal abordó un taxi que la llevó al hotel en el que tenía reservación. Después de registrarse subió a su habitación pero sabía que no podría dormir.

Cuando amaneció se dio un baño, se vistió para la ocasión, recogió su cabellera canosa en un moño y entre sus senos volvió a acomodar el pañuelo de seda. Estaba nerviosa y a pesar de sus años, volvió a temblar como si fuera una muchacha. Con un nudo en el estómago, salió del hotel para ver a Joao por última vez. Después de tantos años aquella historia llegaría a su final, como todas las grandes historias de amor que ella conocía.

Caminó por las calles de Río y la brisa de la mañana le sonrojó el rostro arrugado. Miró a la gente sonriente ir de un lado a otro, y recordó lo que Joao siempre le decía: «Mi país es la tierra de las contradicciones». Ella se preguntaba porqué le decía eso, pues sabía que Brasil era un lugar lleno de encanto que atraía a miles de turistas. Sin embargo, él le decía: «Mi país, como algunos amores, es un paraíso y un abismo». Ella comprendió mejor a lo que él se refería cuando vio una película en la que un niño carioca llamado Zé Pequeno crece y se convierte en un narcotraficante que impone la ley de la sangre y el terror.

Inés llegó al lugar de su cita y al entrar lo vio. Estaba esperándola intacto, sereno, con alas, igual al mismo hombre que la había enamorado. Sólo el peso y los surcos del tiempo marcaban la diferencia. Se acercó hasta el cuerpo dormido para siempre, se arrimó al ataúd y lo miró con tristeza. No se atrevió a darle un último beso, tan sólo tuvo valor para alargar la mano y acariciarle la mejilla. Detrás de Inés, la viuda se preguntaba quién era aquella señora que le acariciaba el rostro con tanta ternura a su marido.

Después de despedirse, salió del tanatorio y recogió su equipaje en el hotel. Era hora de partir y dejar aquello atrás. A ella todavía le quedaban algunos años al lado de su esposo Francisco y quería vivirlos embargada por la serenidad y la dicha. Así que al bajar del taxi, recibió la sacudida de la brisa y miró hacia todas partes, como si en cada rincón hubiera una pulgada de Joao. Entonces, con una sonrisa y una lágrima, sacó el pañuelo de seda y dejó que el viento se lo llevara consigo. Luego susurró: «Até sempre, meu amor. Até sempre, Brasil». Y sin volver a mirar atrás, entró al aeropuerto y se marchó de aquel lugar al que ya jamás, jamás regresaría.

© Rosa Silverio

La autora:

Rosa Silverio nació el 30 de agosto de 1978 en la ciudad de Santiago de los Caballeros, República Dominicana. Coordinó por varios años el Taller Literario Tinta Fresca. Ha recibido premios por varios de sus cuentos. Ha publicado los poemarios: *De vuelta a casa* (2002), *Desnuda* (2005) y *Rosa íntima* (2008). En 2005 fue reconocida como la Vencedora Absoluta del XXI Premio Internacional Nossidè que organiza el Centro de Estudios Bosio en Reggio Calabria (Italia). Sus cuentos y poemas figuran varias antologías y han sido publicados por revistas y suplementos culturales de diversos países. Su obra ha sido traducida a varios idiomas. Blog: <http://rosasilverio.blogspot.com>.

TESTICULARIO

por Luis Emel Topogenario

*No. Let us remain calm.
He feels it. The sensation,
the premonitions of harmony are irrefragable,
of imminent harmony,
when all outside him will be he,
the flowers the flowers that he is among him,
the sky the sky that he is above him,
the earth trodden the earth treading,
and all sound his echo.*

Samuel Beckett

No tiembla ni se mueve ni se desarma. Demos gracias, enormes gracias, todos nosotros, a los valientes varones que se han acercado hasta la carroña para identificarla. Los automóviles estacionados fueron obligados a abandonar la calle. Se intentó despejar el área, y los caminos de acceso, se ha conseguido, para las personalidades importantes que vendrán a visitar. Ya han venido. Ya están retirándose, más afables, más victoriosos. Se construyó rápidamente el helipuerto. El señor ingeniero, raudo cabezal repleto de órdenes superiores, encriptó su inteligencia, cumplió, vino, se fue, dispuso el simulacro de muerte, sonrió satisfecho, comentó elegantemente, extrajo su mano para despedirse, quizá ya duerme, invicto, en el limbo. La carroña en todo miró hacer. Nosotros ya estábamos aquí. Se les prohibió a los monigotes en bicicleta que se acercasen. Se le identificó sin problemas y sin dentaduras. Usted mismo puede identificarla si lo desea. Los señores varones y las señoras hembras han colaborado en conjunto y se han acercado y han sido muy asertivos. Muy asertivos. La carroña no se ha deteriorado en ningún momento. Luego de los procedimientos permaneció descubierta sobre el asfalto. Usted mismo vaya, venga, salga, chasquee la lengua sobre la caries en señal de pena y concluya su aserto. La señora hembra de los pechos gordos y viejos suturó el escroto vacío del testículo con sus hermosas, bellas, incandescentes, manos de látex, los señores varones en todo miraban hacer, nosotros no publicamos a la concurrencia nuestros comentarios elegantes. Los dedos de látex hicieron cabalgar los nudos de la sutura sobre el borde de la herida tumefacta, nosotros en todo miramos hacer, los señores varones no publicaron a la concurrencia sus comentarios. Usted puede comentar si quiere. Éste es un buen momento apropiado. Si usted no comenta, otra señora hembra u otro señor varón se adelantará y usará su comentario. Usted será objeto de acusaciones, las miradas de reojo le puyarán su rostro. Otros elegirán un rótulo para usted, ya es tarde, ya fue elegido, ya se publicó. Pálpese el rostro, no sangrará pero ya están allí, las puyas ya están allí. Nosotros, acerque, vea, toque, meta un dedo en un hoyo para creer, nos contentaremos con abusar de usted. Es recomendable que usted mismo pueda identificar la carroña, sí, es correcto, participe, sí, puede y debe hacerlo, vaya, venga, salga, chasquee la lengua sobre la caries en señal de lástima y concluya su aserto. Usted que está allí, es posible. Es posible. Tómese sus pausas, si lo desea, destrípese su barro facial a escondidas de todos, revuelva su trago, produzca el salivazo, saboree el gargajo, cámbiese de anteojos, repásese la mano hábil por dentro de las ropas para rascar y satisfacer el genital externo que le molesta. Hágase de sus muletas, si es que lo necesita. Si va a trasladarse de un lugar a otro, puede ser que las necesite. Su masturbación deféquela en el inodoro, por favor másturbese con mano hábil o ambas. Ambas muletas. Pero venga, acerque, no achique, como un cobarde, aguante, arrime. Es bienvenido. Aunque no

«La señora hembra de los pechos gordos y viejos suturó el escroto vacío del testículo con sus hermosas, bellas, incandescentes, manos de látex, los señores varones en todo miraban hacer, nosotros no publicamos a la concurrencia nuestros comentarios elegantes.»

lo sepa, es bienvenido. Sagrados salmos y todavía mejores muletas recaen sobre los bienaventurados como usted. Nosotros hemos venido aquí para mostrar lo viejo hacia el mundo. El mundo es frío, como si se hubiese pausado en el entrecejo, sin alcanzar ninguno de los dos ojos que lo pudiese calentar. Ni siquiera tocando el arpa, usted toque su arpa, si es que se le puede llamar arpa a ese agujero bucal pútrido que usted tiene, podría calentársele. La identidad de la carroña nos ha atemorizado. Cuando nos avisaron, por no dejar, un poco tarde, nosotros nos acongojamos, sí, es correcto, así es como definimos la congoja, como algo tarde y que se nos avisa por no dejar. La congoja siempre la cargamos, y la debitamos, a nuestra cuenta. Se nos advirtió que debíamos temer, que el asco muerde, que la emoción se transforma en repulsión, en hedor sin dentaduras. Hemos tomado entonces nuestras píldoras de anticobárdicos antes de concurrir al sitio de los hechos. Porque sabíamos lo que encontraríamos. No estamos acostumbrados. Definitivamente, no estamos acostumbrados. Sabemos cómo y cuándo emocionarnos perfectamente. Pero esto nos sobrepasó. Las impresiones, las primeras, nos generan mucha impresión. Nosotros proporcionamos el comentario adecuado, sí. Nos acercamos a la carroña, hemos traído la sábana para cubrirle. Nos hemos tomado nuestro tiempo. La señora hembra de los pechos gordos y viejos aún no terminaba de suturar el muñón del rafe, en el escroto vacío, y retirar el testículo. Algunos vellos se habían enroscado sobre el muñón de la viscera. Lo primero que hemos hecho, los señores varones y nosotros, al acercarnos a la carroña, fue preguntar ¿Y quién le ha cortado las manos a esto?, y señalamos. Positivamente señalamos con nuestros índices para preguntar. Nos llamó la atención que careciese de manos. Estos muñones, este cuerpo sin espacio para manos, nos hizo recordar nuestra cruz, porque ésta tampoco tenía espacio para nuestras manos, sólo para los pies, y uno encima del otro. Nosotros preguntamos. Ninguno de nosotros respondió. Quizá el mundo supo que nos tuvo un sacrificio, que alguna vez fuimos arrancados de un gozo, que nos amamantó una deuda, sin que nosotros nunca lo anunciásemos. Quizá una vez nos amó un agujero bucal repugnante antes de clavarnos, y desterrarnos, no se puede saber, no es importante. De alguna forma hemos llegado hasta aquí. Preguntamos. Señalamos. Nos encogimos de hombros. Pensamos. Y todo sin resultados. Uno de los señores varones, vestido de traje y guantes negros de ceremonia, dijo Revísenle las piernas, a ver si tiene puestos los pies. Nosotros no nos atrevimos, sólo lo descartamos diciendo Los tiene puestos, y luego nos enfundamos en nuestra vergüenza.»

«Uno de los señores varones, vestido de traje y guantes negros de ceremonia, dijo Revísenle las piernas, a ver si tiene puestos los pies. Nosotros no nos atrevimos, sólo lo descartamos diciendo Los tiene puestos, y luego nos enfundamos en nuestra vergüenza.»

Los reconocemos: ya estamos hartos de saborear los muñones de cada cosa. Y esto nos da vergüenza. El señor varón, investido de traje y guantes negros de ceremonia, se alejó, aburrido de observar la carroña. Nuestra vergüenza permaneció con nosotros pisoteando nuestros pies, clavándolos al asfalto, uno sobre otro, sí, como si se nos encarnase en cruz. Aún no habíamos logrado colocar la sábana, tapando la carroña. Y la habíamos traído para eso. El cruce ortogonal de calles había sido clausurado, así que no tuvimos miedo de que ningún desconocido nos descubriese. El helipuerto era privado. A lo lejos, los helicópteros parecían quienescopios volando en formación, los picos nítidos como aspas, los plumajes rígidos como clavos en un remache, pero de cerca parecían hombres gordos de venganza. No se nos retiró de nuestro sitio primigenio. Se nos otorgó el permanecer. No nos negamos. Era lo menos que esperábamos. Tampoco supimos irnos. Permanecimos. Todo tronaba como en secreto. No obtuvimos respuesta a nuestra pregunta, a pesar de que habíamos dejado muy en claro de qué y de quién hablábamos. Nos miramos unos ojos en otros. Carraspeamos suavemente nuestros esputos antes de preguntar de nuevo, y dijimos ¿Y quién le ha cortado las manos a esto?, y señalizamos otra vez con nuestros índices. No levantamos la voz porque no queríamos sonar ofensivos. Usted no debe ser ofensivo. O se encontrará con nosotros. Tómese sus píldoras anticobárdicas antes de elevarnos la voz y ofendernos o descartarnos. La señora hembra de los pechos gordos y viejos terminó la sutura y removió el testículo, que introdujo en un vaso de plástico. A continuación, le echó agua y sal, y luego se sentó sobre la cuneta ortogonal, a esperar que el testículo se cocinase. En su maletín negro descansaba el resto de los vasos plásticos del testiculario. Cada cosa parecía llena de contenido. Nos llamó la atención la escarapela del gobierno, esculpida en el maletín. La señora hembra no lanzó su comentario habitual,

encendió el cigarrillo del gobierno. No ocurrió nada. Se levantó. Vacío el agua y la sal del vaso y luego lo llenó de glutaraldehído. Entonces el maletín negro se cerró, ocultando los vasos de nuestra vista. No se sentó de nuevo. No nos lanzó su comentario habitual. Nuestra sábana, larga y ancha, suficientemente holgada como para cubrir toda la carroña, aún continuaba en nuestras manos. Nosotros retorcimos la sábana roja en nuestros dedos vermiformes, en actitud nerviosa y molesta. Un halo de vapor cadavérico se había depositado alrededor de la carroña. Algunos señores varones le identificaron y luego decidieron alejarse. ¿Ya lo ve usted mismo cómo es todo?, nos dijo la señora hembra, como si nosotros fuésemos solamente uno, y luego nos arrojó su comentario habitual, sin especificar a quién de nosotros se dirigía en particular. Los señores varones se retiraron, hastiados, inertes como un gozo a medias. Los cuerpos móviles desaparecieron del horizonte, a los monigotes los mordió la prohibición de bicicletear. Nosotros, en cambio, nos acercamos y preguntamos ¿Quién le cercenó las manos a la carroña?, y luego reflexionamos. Elevamos el tono y la agresividad en nuestras gargantas, nuestras pestañas crispadas de furia, aparentando una muestra de cólera, los ojos rábicos, las palabras ofensivas capaces de hacernos temblar, porque no se nos había respondido en las veces anteriores. La señora hembra nos señaló con su dedo bueno y nos amenazó para que nos calmásamos, dijo Cálmese, sin especificar a cuál de nosotros se lo estaba arrojando. Retorcimos aún más la sábana en nuestras manos de frustración. La señora hembra de los pechos gordos y viejos introdujo su cuerpo en su gabardina negrirroja con escarapela, dijo Ha sido el gobierno, y se alejó. Nosotros nos emocionamos. Nos miramos, unos ojos en otros, nuestras expresiones concordaron con nuestra admiración, nuestras escarapelas en nuestros trajes con nuestros ojos, y definitivamente nos emocionamos. Nos acercamos más. Tocamos la carroña con las puntas de nuestros botines. No tembló ni se movió ni se desarmó. Nuestros botines se untaron de secreciones por el contacto. Comprobamos que tenía las botas puestas, no le habían amputado los pies. Nos aliviamos. Nuestra vergüenza se transformó en secreto. Nuestro secreto se gelatinizó en nuestros cuerpos, se hizo tristeza, la tristeza manó de donde se había ahuecado, no lloramos. Nadie llora. Usted no lo intente. Definitivamente, no lloramos. Nos sacamos los guantes de ceremonia de las manos para tocar la carroña. Usted puede hacer lo mismo, si lo desea. Si lo desea, debemos decirle que usted puede y que es bienvenido. Aún no lo tocamos. El asfalto y la carroña estaban muy fríos. El mundo se detuvo en el entrecejo del creador y se enfrió. Nosotros preguntamos ¿Por qué no se nos alertó de ésto con más anticipación?, pero la señora hembra de los pechos gordos y viejos ya se había alejado lo suficiente como para poder escucharnos. Los señores varones brillaban a lo lejos, muy a lo lejos, como simples agujeros orbiculados en rostros planos de plástico, o como calvas lustrosas y ajenas en un cruce ortogonal desconocido, según era el caso si iban alejándose de espaldas o si dejaban de acercarse de frente. Si ellos hubiesen vuelto el perfil cetrino y afilado, y nos hubiesen atisbado a la distancia, seríamos nosotros quienes, de espalda o de frente, brillaríamos a lo lejos como un punto negrirrojo, lustroso, vibrátil, nervioso, coreiforme, en un cruce ortogonal desconocido. Gracias. Damos gracias de que todavía permanece usted, si es que usted todavía no nos abandonó para destripar su barro facial a escondidas de todos, revolver su trago, cambiarse de anteojos, pasar la mano hábil por dentro de las ropas para rascar el genital molesto, o defecar su masturbación en el inodoro, por favor con mano hábil o ambas, damos gracias. Guárdese sus gruñidos, por favor, para su momento íntimo. Si usted posee intimidad, guárdesela. Allí no lo acorralaremos. La señora hembra de los pechos gordos y viejos abandonó la escena. Los automóviles aún estaban clausurados y los monigotes en bicicleta terminantemente prohibidos de circular, por lo menos en donde nosotros nos encontrábamos. De usted no sabemos. De usted no conocemos mucho y no queremos saber. Volvimos a concentrarnos en la carroña. Los gusanos no digirieron toda la tela de sus ropas. ¿Cómo había llegado allí sin que se nos informase? ¿Cómo se le tiró así sin avisar por anticipado? Nosotros lo reconocimos por las ropas, ligeramente negriverdes. Nosotros dijimos Los gusanos no tocaron las botas ni la boina negra de la carroña. Nosotros asentimos con todo lo anterior. Nuestro aserto nos alegró momentáneamente. Usted lance su

«Elevamos el tono y la agresividad en nuestras gargantas, nuestras pestañas crispadas de furia, aparentando una muestra de cólera, los ojos rábicos, las palabras ofensivas capaces de hacernos temblar, porque no se nos había respondido en las veces anteriores.»

aserto, si quiere, y si le da la gana semejante sacrificio. Las señoras hembras y los señores varones no participaron de nuestros comentarios habituales y se mantuvieron al margen, fuera de la escena. Solamente queda usted. Nadie había removido, damos gracias, la boina de uno de sus bolsillos izquierdos en la camisa, o quien la había extraído de lo que antes era la cabeza, para mostrarla como trofeo, había vuelto a colocarla en este bolsillo, que los gusanos habían respetado. Los nidos de la barba se le habían caído por la putrefacción, y se le habían enredado con las curvas de las clavículas. Lo que antes había sido un vivo ojo profundo era ahora una suma de bucles que nos miraban, igual de ojo, igual de profundo, sin rechazar la sábana que le cubriría, tampoco sin reclamarla. Los gusanos no habían demacrado el rostro y los hombros, aunque la nariz, o el tejido que allí se encontraría, se había convertido en una pústula de secreción móvil, digerida, vermiforme, separada del cuerpo, una papilla de pus, como si las secreciones tuviesen voluntad propia. Sabíamos, usted también, acéptelo, usted también, lo que encontraríamos. Pero no estamos acostumbrados. Definitivamente, no estamos acostumbrados. Quisimos alargar una de nuestras manos y tocar el rostro de la carroña, pero nos advertimos de no hacerlo, ¿Y si el alma aún no ha abandonado el cuerpo y nos mordiese al contacto?, nos preguntamos. No nos respondimos. Usted, ¿qué es lo que pide a cambio? No le otorgaremos más. Alargamos nuestras manos, aflojamos los dedos y colocamos la sábana

«Los nidos de la barba se le habían caído por la putrefacción, y se le habían enredado con las curvas de las clavículas. Lo que antes había sido un vivo ojo profundo era ahora una suma de bucles que nos miraban, igual de ojo, igual de profundo, sin rechazar la sábana que le cubriría, tampoco sin reclamarla.»

cubriéndole. Nos emocionamos. No sonaron las arpas, si es que ése es el nombre correcto del agujero bucal. Nos emocionamos verdaderamente. Perfectamente. No nos arrepentimos. No le otorgaremos más condecoraciones. Demos gracias, damos, enormes, infinituples gracias, todos nosotros, los infinituples nosotros, la sábana sobre la carroña, los pulsos filiformes en las venas de los árboles que nos observan, que nos aman sin ametrallarnos, a los valientes varones que se han acercado. No le otorgaremos a usted, si es que usted permaneció, vigilante, todo el tiempo, aún más condecoraciones de las que tiene, no nos es posible. Hemos colocado la sábana. Sostendremos en nuestro pensamiento los sagrados salmos y las todavía mejores muletas,

si es que usted, que está allí, lo necesita. La carroña está lista. Solamente faltan las fotografías. Si nuestros huecos orbitarios, nuestras arpas sin orbicular, le molestan, cambie de mano para masturbarse, daremos la espalda, puede, usted, acerque, venga, vaya, vea, cancelarnos. No nos resistiremos. No nos moveremos. No sabemos movernos. Nuestro secreto nos clavó, sin ocultarnos. No temblamos ni tiritamos de hielo ni nos desarmamos. Levantamos nuestras manos, enguantadas de ceremonia, las colocamos a poca distancia de nuestro cefalotórax, las separamos una de otra, y las alistamos para aplaudir en el momento en que aparezca la señora hembra de los pechos gordos, y viejos como factótum, con la máquina fotográfica. Aplaudimos. Ha aparecido. Aplaudimos. Lustramos nuestras arpas con nuestros comentarios. Abrazamos la fotografía. Nuestros abrazos en ráfaga nos son devueltos, décuples veces, por el rostro sin ajar. Memorizamos la fotografía. La retocaremos con el tiempo, si es necesario. La ocultaremos en un graffiti, si usted, rábico rostro condecorado, lo necesita. No es necesario prenderle fuego a la carroña para calentar el mundo. Baje usted, cálmese, y baje usted esos bidones inmediatamente. El mundo se detuvo en el entrecejo del creador y se enfrió. Abandonamos el entrecejo. Nos decidimos por un ojo. Lo asaltamos. Por equis motivo, o causa, lo hacemos llorar. Lo calentamos. Las lágrimas en ráfaga lavan la cuneta cadavérica. Sin desclavarlos de nuestro secreto. Usted nos condecora. Definitivamente, nos alegramos. Los monigotes bicicletaean. La carroña, fotografiada, íntima y secreta como un graffiti bajo la sábana, ni tiembla ni se mueve ni se desarma, en todo nos mira hacer.

© Luis Emel Topogenario

El autor:

Luis Emel Topogenario. Escritor nicaragüense (Managua, 1980). Actualmente reside en Montevideo, Uruguay. Ha publicado varios relatos, tanto en papel como en revistas digitales especializadas en literatura. *La Codorniz*, su tercera novela, es su proyecto narrativo más ambicioso.

LA CUESTA ARRIBA

por José Antonio Lozano

La abuela Carmen se murió un viernes a la hora de la cena. Estaban todos reunidos en el comedor de la casa familiar de Calamina, un pequeño pueblo de la provincia de Zaragoza en las faldas del Moncayo. Se acababan de sentar a la mesa, la hija de Carmen, su marido y las tres hijas del matrimonio, las nietas, con sus respectivas parejas. Habían acudido a pasar el fin de semana al igual que los dos anteriores, desde que la abuela empeoró de la reciente enfermedad que había segado ochenta y cinco años de lucha. Querían estar todos juntos para cuando llegara el momento que tenía que llegar. «Qué bien lo hizo la pobrecica», diría la señora Nicolasa al día siguiente, durante el entierro. «Se ha muerto en el mejor momento, sin molestar a nadie, para que no perdieran de trabajar». Era la casa en la que había nacido la abuela, en la que nació su hija única, Carmencita, y en la que se criaron sus tres nietas: Menchu, Flor y Rosario. Había enviudado muy joven, con apenas cuarenta años, y sólo Dios y su hija sabían los sacrificios que habían pasado para salir adelante.

Cuando Gabriel, el marido de Carmencita, pasó por delante de la habitación de la abuela notó algo raro. No se oía la respiración agitada que les venía acompañando en los últimos días, la que se había instalado en cada rincón de la casa hasta llegar a parecer un habitante más de la misma. Se asomó al dormitorio y confirmó su primera impresión, no se escuchaba nada. Se acercó, llamó a la abuela por su nombre y ésta no respondió. Le tomó la mano, acercó su oído al pecho, intentó notar el aire saliendo de su boca. «¡Carmencita!», exclamó Gabriel justo cuando asomaba por la puerta su esposa, alarmada al escuchar el nombre de su madre en los labios de su marido. «Tu madre», es lo único que acertó a decir Gabriel. En un instante se llenó la habitación con los enrojecidos ojos de toda la familia, de toda su familia.

Mientras la cena se enfriaba en la mesa, tristes platos y vasos que hacía un instante se disponían a celebrar la vida, la casa se sumió en un pesado silencio, solamente roto por el ir y venir de la hija y las nietas que preparaban todo lo necesario para afrontar lo que se avecinaba. El yerno había ido a avisar al médico del pueblo para que acudiera a la casa a certificar lo evidente y al cruzar por la plaza camino de la vivienda de D. Marcial, se encontró con el cura que salía del bar y se dirigía a la casona en la que vivía con su hermana, medianil con la iglesia que regentaba desde hacía treinta años, después de echar la partida y jugarse las copas de anís. «¿Qué pasa, Gabriel?», le preguntó subiéndose el cuello de abrigo. «Se ha muerto la abuela. Voy a avisar al médico», contestó Gabriel sin pararse. «Dios la tenga en su Gloria. Voy a recoger el instrumental y ahora paso por vuestra casa». Al volver, acompañado por el médico al que había despertado de su sueño frente a la televisión, oyó el tañido de la campana de la iglesia tocando a muerto. Los vecinos con los que se cruzaron en el camino no tardaron en completar la escena. «Carmen ya descansa en paz», oyó que decía una vieja enlutada.

«En el dormitorio, las cuatro mujeres se ocupan en preparar el cadáver para la exposición a la que iba a ser sometido. Le pusieron el camisón nuevo aprovechando que aún el cuerpo no se había enfriado y no había adquirido la rigidez que haría más incómoda la maniobra.»

Al llegar a casa ya había vecinos dando el pésame, preparados para empezar el velatorio, para cumplir el ritual que les habían legado de generación en generación. Se apartaron respetuosamente cuando llegó el médico y guardaron silencio esperando su veredicto, pudiera ser que aguardando algún milagro, que les hablara de catalepsia y cosas así. La puerta de la habitación se cerró y se volvió a abrir al cabo de unos minutos. La hija llamó a las nietas y en esta ocasión la puerta no volvió a abrirse en un buen rato nada más que para entrar y salir rápidamente, trayendo o llevando diversos objetos que escapaban a los ojos de los más curiosos, de los cada vez más numerosos vecinos que habían acudido a acompañar a la familia en estos momentos. En el dormitorio, las cuatro mujeres se ocupan en preparar el cadáver para la exposición a la que iba a ser sometido. Le pusieron el camisón nuevo aprovechando que aún el cuerpo no se había enfriado y no había adquirido la rigidez que haría más incómoda la maniobra. La peinaron y maquillaron levemente. «Parece que está dormida», se repetían las unas a las

otras. Carmen había sido una mujer muy coqueta, atractiva pese a no haber tenido mucho tiempo para dedicarse a ella misma. «El día que me muera, dejadme bien guapa, que no quiero que luego murmuren de mí», le decía a veces a su hija que escandalizada cambiaba de tema. Terminada la sesión, abrieron la ventana para alejar el olor a cerrado y salieron en procesión hacia el salón para recibir los besos y condolencias de los calamitanos. Entonces llegó D. Marcial, el viejo cura de tantos años.

En una mano traía un libro ceremonial y en la otra el hisopo, sotana abotonada hasta los pies, y el paso decidido del que va a cumplir con un trabajo que sabe de memoria. Tras dedicar algunas palabras de consuelo a la familia le condujeron a la habitación en la que descansaba la fallecida. «Hay que ver, qué flamenca ha sido siempre la Carmen», no pudo menos que decir en voz baja al contemplar a su feligresa. Tras la bendición, agua sagrada y salmos de rigor, rogó una oración por el eterno descanso de su alma y a su voz de barítono se unieron la de todas las mujeres que se habían acercado hasta el dormitorio. «Y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús», concluyeron casi a la vez las plañideras. «¿No le apetecerá un cafecico y unas pastas, mosén?», le dijo Carmencita, recién ascendida a Carmen. «Te lo agradezco, hija. Pónmelo con sacarina», replicó el curilla mientras buscaba asiento alrededor de la mesa del comedor. Poco a poco el silencio que había presidido la escena se fue desvaneciendo. Las palabras que cruzaban los vecinos entre sí fueron aumentando en tamaño y volumen. Pronto la casa fue un ruidoso murmullo animado por los cafés que se empezaban a repartir para hacer frente a la fría y triste noche, un murmullo que sólo se apaciguaba cuando algún vecino hacía bajar la voz con un chisteo, temeroso de que aquello derivara en la algarabía de una taberna y no en lo que debía ser un duelo.

«Un tímido sol de invierno se colaba por las ventanas entornadas de la casa anunciando que el velorio llegaba a su fin. Hora era de preparar algo de desayuno, alimento para el cuerpo y el espíritu que ayudara a afrontar un entierro bajo cero.»

Hombres y mujeres entraban y salían de la casa por la puerta que ya nadie se molestaba en cerrar, cansados de escuchar el ruido del timbre, el seco golpe de la madera en el marco. Saludaban, mostraban sus condolencias, se sentaban, hablaban de la persona sin vida que no hacía tanto habían saludado, a la que seguramente habían querido y si no había sido así, ahora se elogiaba, se echaba de menos y se proponía como modelo a seguir. Las amigas recordaban anécdotas de su vida entre sollozos, la buena mano que tenía para la tortilla de patata, los reaños que había necesitado para salir adelante, lo buena moza que había sido y que a pesar de varios pretendientes, ella siempre en lo único que pensó fue en su hija y no en rehacer su vida, en que el pueblo ya no sería lo mismo

sin ella, que no somos nada, entre café y café y alguna copita de aguardiente. Su hija recordó cómo en los últimos días se había ido a ratos de cabeza. Le contaba que su padre se sentaba a los pies de la cama, aunque bien pudiera ser un ángel, y le decía que no tuviera miedo, que todo estaba preparado y que le esperaban con los brazos abiertos. «Ya me veo por la cuesta arriba, hija mía», le dijo a Carmencita, haciendo referencia al camino que llevaba hasta el cementerio.

Un tímido sol de invierno se colaba por las ventanas entornadas de la casa anunciando que el velorio llegaba a su fin. Hora era de preparar algo de desayuno, alimento para el cuerpo y el espíritu que ayudara a afrontar un entierro bajo cero. Tostadas, huevos fritos, magras, queso, fruta y más café. Los cálidos olores se derritieron en las narices de los congregados provocando más de un rugir de tripas apenas acallado por toses de ocasión. Llegaron los de la funeraria y no quedaban ni las migas. Los dos empleados con sus trajes oscuros, sus corbatas negras y su pelo engominado, contrastaban con las pieles curtidas de los vecinos, con sus humildes chaquetones, con sus boinas arrugadas entre las manos. Con respeto reverencial fueron abandonando la casa, dejando hacer a los profesionales, encaminándose unos hacia la iglesia y otros a coger sitio en la calle, a las puertas de casa. No quisieron ver cuando introdujeron a la abuela en la caja, un ataúd según lo previsto, sobrio, oscuro y con un crucifijo en la cubierta. Carmen habría de recordar durante muchos años el sonido de la tapa cerrándose sobre su madre. Los hombres que habían quedado en la casa se miraban los unos a los otros, se medían entre sí, intentaban averiguar quiénes eran los que más derecho tenían para llevar a hombros el ataúd, seis u ocho, ya se vería en función del peso y el tamaño, según el grado de parentesco con la difunta. Una vez que esto quedó claro, el resto se marchó, abrieron la puerta de la casa de par en par intentando que pudiera salir el féretro a hombros desde el mismo domicilio. No fue posible. Debieron utilizar el carro que traía la funeraria para sacar la caja al exterior y una vez allí dispuesta, elevarla sobre los hombros

convenidos e iniciar el cortejo hacia la cercana iglesia.

Hacía frío, mucho frío, no era un buen día para morir. «Por lo menos no sopla el cierzo», era el comentario más extendido. Iniciaron el camino, la familia detrás, el campanario y su sonido en el horizonte. En la iglesia no cabía un alma, todo el pueblo allí congregado para despedir a su vecina, incluso gente de los alrededores y unos cuantos de la capital que en la mañana del sábado se habían acercado avisados por los más allegados. A la vez que la comitiva avanzaba por el pasillo central, todo eran santiguaciones y mormoteos, un bullir de pañuelos y miradas sobre Carmen y las chicas. «Nunca le viene bien a uno, esto de morir. Pero son cosas del Señor», cuchicheó Doña Nicanora a su hermana sorda. El cura esperaba en el altar, todo bien dispuesto, la casulla del color que la liturgia del día preceptuaba. La ceremonia transcurrió con las palabras de consuelo y esperanza habituales, con las lecturas tantas veces pronunciadas y los gestos maquinalmente ejecutados. «Hoy no ha tenido su día D. Marcial», fue el comentario más extendido. «Chica, ten en cuenta que la apreciaba mucho y estaba algo emocionado», disculpaban los más dispuestos a la comprensión. Bajo la mirada de San Bartolomé, patrón de Calamina, que presidía el retablo de vaga inspiración barroca, los asistentes empezaron a abandonar el templo, los hombres por la derecha, las mujeres por la izquierda, quedando los bancos de madera como un periódico en un bar el domingo por la tarde. Los portadores de la caja a los que se habían unido otros cuatro mozos para darles relevo, el cementerio no distaba mucho de allí pero la cuesta que lo precedía se hacía peligrosa en una mañana de escarchas, cargaron de nuevo con el peso mientras el monaguillo hacía repicar la campana y las beatas abrían el portalón de salida.

«Las mujeres se agarraban del brazo, muros frente a la intemperie, los hombres se calaban sus boinas y bajaban la mirada mientras fumaban empedernidamente. Pronto dejaron el pueblo atrás y se aprestaron a encarar la cuesta del último viaje.»

En la plaza se abrió un hueco para que pasara el féretro, la familia y el resto de la ordenada y larga comitiva, en silencio, abrigándose frente al helador viento que se acababa de levantar a esa hora del medio día en la que el brillante sol era incapaz de calentar los entumecidos cuerpos. Las mujeres se agarraban del brazo, muros frente a la intemperie, los hombres se calaban sus boinas y bajaban la mirada mientras fumaban empedernidamente. Pronto dejaron el pueblo atrás y se aprestaron a encarar la cuesta del último viaje. Arriba, paredes de piedra encaladas testigos de tantas cosas y el Arcángel San Gabriel espada en mano, esperaba el cementerio. La verja metálica ya estaba abierta, el sepulturero se afanaba en descorrer la lápida de la tumba familiar en la que yacía hacía tantos años, demasiados, el eterno viudo de Carmen. El camino se hacía penoso y no pocos tuvieron que arrimar el hombro para que los portadores del arca no desfallecieran y empezaran a resbalar cuesta abajo. Las gentes contenían la respiración, el vaho que desprendían, como no queriendo entorpecer la marcha, temiendo que algo no deseado pudiera ocurrir en un momento así. Al fin llegaron a la cima de su particular calvario y más de uno tuvo que reprimir las ganas de aplaudir. Entraron en el campo santo en pequeños grupos, los más animosos en cabeza, las viejas glorias al final, como si estuvieran escalando una cumbre alpina en alguna carrera ciclista. Arriba el cierzo era dueño y señor. Un auténtico vendaval se llevó consigo más de un pañuelo, algún que otro tocado. Al comienzo de la zona vieja, la tierra hambrienta esperaba su sustento, tan esporádico en un pueblo tan pequeño. La familia se asomó a la grieta y pudo contemplar los restos de la inhumación anterior. «Aún os queda sitio para otro más. Buena fosa, sí señor», dijo Damián el enterrador. Alguno no pudo reprimir una sonrisa.

Descolgaron a la abuela con unas recias cuerdas, unas flores y un beso en un trozo de tierra la acompañarían por toda la eternidad. Con el triste sol en lo más alto, mirando hacia poniente, Damián comenzó su danza final agarrado a la pala, esparciendo arena sobre el crucifijo. «Y ahora queda lo más jodido, que es salir de aquí».

© José Antonio Lozano

El autor:

José Antonio Lozano (Zaragoza, 1969). Licenciado en Derecho y un amante de la Literatura y el Arte en general. LLevo escritos unos cuantos relatos, participado sin éxito en otros tantos concursos, y heridas varias en la batalla con las editoriales esperando ver publicado mi primer libro. Mientras tanto, canalizo mi inspiración a través del blog: jalozadas.blogspot.com.

VINAGRE Y HIERBABUENA

por Ruth M^a Rodríguez López

Apenas levantaba dos palmos del suelo cuando comprendí que mi madre tenía dos obsesiones. Dos obsesiones pulcras, familiares y ligadas al instinto atemporal de proteger a su cachorro. La primera de ellas la repetía un par de veces por semana, cuando me lavaba la cabeza. Mi madre no daba por completo mi aseo hasta que me aclaraba el pelo una última vez con vinagre. Recuerdo cómo en las tardes veraniegas colocaba un barreño en el patio de casa, a la sombra de la higuera que plantó el abuelo. Lo llenaba hasta la mitad de agua templada y me bañaba en él restregándome aquel jabón que hacía con aceite. Caramelo, el gato castaño que me acompañó en la niñez, siempre se acercaba a olfatear esta novedad. Venía hasta el barreño despacito, con sigilo, como si quisiera oler sin ser visto. Pero yo lo veía y lo salpicaba con agua para hacerlo saltar entre los tiestos de geranios que adornaban el pie de la higuera.

Mientras, mi madre trajinaba en el otro lado del patio con un balde de metal. Concentrada en su quehacer y ajena a mis andanzas con el gato, llenaba el balde de agua y lo aliñaba con una justa proporción de vinagre que sólo ella conoce. Después, se acercaba hasta el barreño tan sigilosa como Caramelo. A diferencia de lo que ocurría con el gato, yo no me daba cuenta de lo que se me avecinaba hasta que era demasiado tarde y no podía remediar que mi madre me escabechara a su gusto. «Vinagre para repeler a los piojos, como a mí me lo hacía tu abuela», decía mientras me inclinaba la cabeza y me colocaba con cuidado una mano sobre las cejas para que el agua no me entrara en los ojos.

La cascada se derramaba primero sobre mi coronilla, luego sobre mi nuca, y así, de arriba a abajo, me sentía envuelta en una burbuja invisible y maloliente. Era en aquel momento cuando Caramelo huía dando trotecitos buscando un refugio para su delicado olfato. Cuando eso ocurría sentía una soledad que viajaba más allá de los geranios y de la higuera. Mi compañero de juegos me había abandonado y yo estaba aislada en aquella pompa imaginaria de vinagre. Pero la soledad se desvanecía cuando mi madre me sacaba del barreño para secarme. Aunque ella había cruzado la avinagrada frontera, yo sabía que los piojos no podrían hacer lo mismo. Y comprendía que aquellos desagradables minutos habían merecido la pena: el vinagre, ¡abracadabra!, se había convertido en mi aliado.

Por fortuna su otra obsesión tenía un aroma más agradable, aunque también es cierto que la llevaba a cabo con menos frecuencia. El primer día que se esperaba luna nueva, un ratito antes del baño en el patio, mi madre ponía a hervir un puchero en el que esparcía un buen puñado de hierbabuena entre las carcajadas del agua caliente. Entonces se desparramaba una frescura antigua por toda la casa, impregnando las paredes enjalbegadas del patio, la higuera y los geranios. No podía evitar sonreír porque sabía que también yo iba a formar parte de ese aroma. Cuando se templaba la infusión, mi madre la vertía en el balde, le imponía las manos y, con los ojos entornados, canturreaba un par de oraciones que he olvidado. Era entonces cuando me incorporaba dentro de aquel barreño y me derramaba el fragante líquido por la cabeza. «Ya lo dice tu abuela: hierbabuena contra el mal de ojo». Y me bendecía.

Después de cada baño me sentía poderosa. Protegida por esa coraza que mi madre me había proporcionado, era capaz de vencer a cualquier ejército. Aprendí que la vida era eso: una sucesión de baldes de vinagre y hierbabuena, de momentos agrios y frescos, ninguno eterno pero todos lo suficientemente perdurables como para saborearlos, comprenderlos y aprender de ellos. Aunque no tengo la certeza de que estos baños se aliasen contra las liendres y las malas energías, debo decir que ningún piojo osó acomodarse en mi cabellera durante mi infancia y que además fui una niña feliz, querida y rodeada de buenas vibraciones. A los parásitos y a las almas negras los conocí después, cuando mi edad me hizo renegar de supersticiones familiares y alejarme de la protección maternal. Con el paso del tiempo olvidé que tanto el vinagre como la hierbabuena pueden aliarse a mi favor. Olvidé cómo renacer después de cada experiencia desagradable.

Y fue entonces, desprotegida, cuando conocí a mi marido.

El 9, el 43, el 12, el 39, el 16, el 7.

Sentada a los pies de la cama, junto a la sonrisa burlona de la cremallera de una maleta a medio abrir, Estrella miraba unos pantalones tirados en el suelo. Lloraba. En su cabeza sólo había imágenes sin hilvanar, fotogramas de una película sin diálogo. Y aún así, sabía bien lo que decían. O al menos eso pensaba. Porque aquel era su marido y aquella una mujer desconocida, elegante, risueña, viva. Y se abrazaban. Y creía haber visto un beso detrás del cristal de la cafetería. O quizás lo imaginó. Fue entonces cuando pensó que otra vez lo mismo, que ya está bien, que no lo creería en sus disculpas. Pero ahora, sentada a los pies de la cama mientras lloraba, cerró la maleta y recogió los pantalones para volver a colgarlos en el armario. Quería dudar. No tenía valor para dejarlo.

El 9, el 43, el 12, el 39, el 16, el 7. Estrella no entiende nada.

Mi abuela murió pero, al igual que mi madre, sigue preocupándose por mí. Aún no comprendo esa costumbre de presentarse sin avisar, de girar y encontrármela ahí, como si tal cosa, sentada en el tresillo. Caray, abuela, un día de estos me matas de un susto. Cuando viene a verme llega acompañada de mi abuelo, pero él se limita a sentarse a su lado, se queda callado y escucha con atención nuestra conversación, sonriendo con esa cara de decir «pero qué cosas tiene esta mujer» cada vez que ella habla. A mi abuela le parece que el episodio de la cafetería debería haber colmado el vaso de mi paciencia. «Estrellita, que ese tipo es un mal bicho, una mala sombra que te está chupando la sangre y hasta la existencia», me repite. Pero como yo le digo: no puedo dejarlo. No tengo estudios, ni trabajo, ni juventud. Claro, que eso a mi abuela le importa un pimiento porque, como ella dice, junto a mi abuelo sacaron a una familia adelante después de una guerra. Y todo problema queda empujado ante eso. «Pero, abuela, los tiempos cambian y los problemas son otros». Y este argumento no le sirve porque se empeña en darme amuletos contra el mal de ojo y en rociarme con hierbabuena. Y en compararme con mi madre que, tras morir mi padre, volvió a tener su oportunidad de ser feliz.

«Mi abuela murió pero, al igual que mi madre, sigue preocupándose por mí. Aún no comprendo esa costumbre de presentarse sin avisar, de girar y encontrármela ahí, como si tal cosa, sentada en el tresillo.»

El 9, el 43, el 12, el 39, el 16, el 7. El día de la boda de los abuelos, la edad de Estrella, cuando él cayó del andamio, los años de la hermana, la edad de María cuando dio a luz por primera vez, tu número de la suerte.

Luces y banderines de colores cuelgan de lado a lado de la plaza como brochetas de fruta para un cielo goloso. María está en la verbena. Agradece en silencio que sus vecinas la hayan sacado de casa. Casi a rastras, es cierto. Hace siete años que un resbalón se llevó a su marido del andamio y con él también se fueron las ganas de pasear por el campo, el lápiz de labios y ese «voy a hacer la paella como a él le gusta». Siete años respirando por costumbre, recordando que aún esta viva cuando alguna de sus hijas la visita para jugar al dominó o encargarle algún pequeño arreglo de ropa más por tenerla entretenida, ella lo sabe, que porque realmente lo necesiten. Aunque también ha perdido a su madre en estos años, con ella es diferente. La madre de María fue genio y figura hasta la sepultura, y ahora también lo es después. Así que, desde el otro lado del umbral de la realidad, se empeña en darle ramitos de romero y de lavanda para conjurar el amor, «hija, sal de casa y conoce a alguien, que tienes que seguir disfrutando de la vida, que tu marido está bien y quiere que tú también lo estés».

Y así María, después de siete años, va a su primera verbena. El pueblo de poco más de dos mil habitantes vibra con el ritmo de un grupo de músicos cubanos. Al fondo del escenario está Alfredo, el último de la izquierda, con un saxofón. Y bastaron dos miradas, un rubor y una sonrisa. Tres meses después, ante el asombro de familiares lejanos y cercanos, María toma un avión para Cuba. Así, sin pensar, tan impropio de ella. Y a pesar de que los cuchicheos de ese pueblo de poco más de dos mil habi-

tantes atravesaron un océano entero —lo que hay que ver, que es más joven que ella y además «moreno», ya me entiendes—, María se ríe a carcajadas por primera vez desde que perdió a su marido. Otros siete años han pasado de aquellas carcajadas y María aún continúa riendo en Cuba.

El 9, el 43, el 12, el 39, el 16, el 7. Abuela, no te entiendo.

No fue su bofetada lo que me hizo reaccionar. Ni el portazo después de llamarme puta inútil. No. Lo que me hizo reflexionar fue que esta vez mi abuela no apareció. Fue mi abuelo, quien casi nunca se metía en los asuntos de los demás, quien me habló. Porque ese día, después de la bofetada, del insulto y del portazo, era él quien me esperaba sentado en el tresillo. Solo. Y supe que la amargura hilvanaba sus palabras al decirme que lo dejara. «Sin estudios, sin trabajo, sin juventud, pero déjalo, niña. Sigue viva». Le dije que me lo pensaría. No estaba segura. Dudaba porque no tenía valor para dejarlo.

* * *

Estrella apura el cigarrillo apoyada en la barandilla de la terraza, observando el ocaso del sol entre las virutas del humo del tabaco. Qué diferentes eran los atardeceres de su infancia. Apaga la colilla en el cenicero de la mesita y toma la regadera de latón. Su madre le enseñó que en verano hay que regar las plantas al levantarse y al acostarse «de lo contrario, si las riegas durante el día, las vas a cocer porque el agua se calienta, Estrellita». La cascada se derrama primero sobre los geranios, luego sobre las cintas, y así, de arriba abajo, les ofrece la protección bienhechora del agua. Estrella se detiene un momento ante la maceta de hierbabuena que plantó la abuela. Posa la regadera en el suelo y después alza la mano para mecer los tallos entre sus dedos. Con los ojos entornados aspira despacio, saboreando. Y sonríe.

La mesa está preparada para la cena. Estrella se sienta en el tresillo y enciende la televisión. Ya no le duele cuando piensa «¿dónde estará este hombre?». Aunque la rutina de la amargura le obliga a esperar para cenar, hoy ha recordado que nada es eterno. Hoy, a pesar de las dudas, Estrella ha recordado que el vinagre, ¡abracadabra!, puede convertirse en su aliado.

Los bombos del sorteo giran en la pantalla. El 9, el 43, el 12, el 39, el 16, el 7. El día de la boda de los abuelos, la edad de Estrella, cuando él cayó del andamio, los años de la hermana, la edad de María cuando dio a luz por primera vez, su número de la suerte. Estrella lo entiende. Caray, abuela, una día de estos la matas de un susto. Porque casi le da un infarto al meter la mano en el bolsillo de la bata. Ahí encuentra, esperando una reacción, un papelito arrugado con todas sus fechas, su número de la suerte y la palabra Bonoloto impresa en la parte superior.

—Niña, quieres dejarlo y no necesitas nada más. Adelante. Emprende un nuevo camino.

—Pero... abuela...

—¡Ay!... Estrellita, hija, eres igual que tu madre. Si no os doy un empujón no os meneáis... ¡qué poca sangre tenéis!

—Pero, abuela, ¿has puesto tú el boleto en mi bolsillo?

—¿Y quién crees que puso un billete de avión para Cuba en la bata de tu madre?

Y Estrella soltó una carcajada enorme. Su primera carcajada desde que se casó.

© Ruth M^a Rodríguez López

La autora:

Ruth M^a Rodríguez López. Natural de Toledo (España). Estoy terminando mi tesis doctoral en Literatura Comparada. He sido profesora de Español para Extranjeros en diferentes centros, al igual que profesora de Lengua y Literatura. Desde 2008 imparto talleres de escritura creativa y animación a la lectura, actividad que comparto con la corrección de textos para editoriales. Algunos de mis trabajos literarios han sido publicados en las antologías *A contrarreloj II* y *Renacuajos, ranas y algún que otro príncipe azul*.

RELATOS *

por Bertha Ramos

BUEN SEXO

A dos cosas no se niega una mujer despabilada, al buen sexo y al dinero. Es lo que repite Mayo cuando quiere desarmar la compostura del grupito de oración de la torre de Pompeya, y es como si se encarnara el regocijo. El demonio, dice el padre consejero cuando siente aquel jolgorio que se forma cada vez que Mayo habla y las señoras desanudan esas piernas enroscadas y comienzan a quitarse y a ponerse los anillos y apartarse los mechones de la cara. Pero Mayo no conoce de demonios. Mayo sabe de buen sexo aunque no de buen dinero, por eso vive contenta y jamás le dice no a su compañero.

Cuando termina el buen sexo le miras la cara al hombre y te parece inteligente, dijo Mayo el otro día como dando una receta y casi todas se sintieron indispuestas. Las sostuvo el almidón de los vestidos. Algunas se enderezaron altivamente y Rosita, la tesorera, miró al padre y de inmediato renunció.

* * *

DESACUERDO

Jacinta venía de oriente y Juan llegaba de occidente. Jacinta era pelirroja, Juan moreno. Coincidieron en el siglo veintiuno, en el año de la cabra, en verano, en agosto, en la tarde, la estación, en la silla y las ganas de charlar. Y creyeron que era cierto aquello de que existían almas gemelas. Además, por pura casualidad ambos eran Goicoechea provenientes de Navarra y les gustaban los inviernos, los talleres de mecánica, los kurdos, las figuras de alabastro, los bolígrafos dorados, los amantes pesimistas y las comas. Les gustaba el sexo oral, la carne frita, besuquearse las axilas, el cine de Kim Ki-Duk, el dinero mal habido, discutir en mandarín, seducirse bocabajo, registrarse la nariz, la sopa de bacalao y la zarzuela. Les gustaba la heroína y el incienso de Etiopía, el dulce de marañón, enroscarse los pelitos de la ingle y la lectura rigurosa del Corán. Pero hablaron de política y a Jacinta le indignó la forma que tenía Juan de acomodarse las gafas, y Juan sintió repugnancia por la pecas de Jacinta. En la torre de Pompeya supieron que cada cual tomó su bus condenado por la ira.

* * *

ESTEREOTIPO DE MUJER CORRIENTE QUE AMA A BORRACHO

Una mujer corriente, de esas que se pintan las uñas de las manos y los pies del mismo tono, llevaba varios años viviendo con un hombre bebedor. Varios años malditos, se le escucha decir de vez en cuando. El hombre había pasado todo ese tiempo en una juerga desbordada de pecados y perdones. La mujer desde el comienzo debió haberse negado a ese juego, pero como era una mujer corriente, creyó que era prioritario –utilizó esa palabra porque sonaba bonito– que su casa oliera a hombre para ahuyentar a los rateros. Cualquier mujer extraordinaria, de esas que se destacan por sagaces e independientes, hubiera pensado en hacer lo siguiente:

- a. Mandarlo a la mierda de palabra.
- b. Cortarle al pegue las uñas de las manos. (Para que le sangraran)

* Estos textos pertenecen al libro *Hombre macho y mujer hembra con cierta dificultad para entenderse*, aún inédito.

- c. Darle cantaleta hasta llevarlo al suicidio.
- d. Apretar las piernas durante varios días. (Los que fueran posible)
- e. Quitarle el papel higiénico del baño.
- f. Empacar sus cosas en una maleta y ponérsela en la puerta de la calle.
- g. Todas las anteriores.

Pero ella era una mujer corriente, de esas que no gaguean cuando hacen chistes, ni saben de aeronáutica o política, pero sí de los colores de las uñas. Además, le gustaba ver llegar a su borracho jadeante, con cara de perro salvaje, dispuesto a metérsele en el cuerpo, para ser tragado. Por eso, después de repetirle pastosamente que ella era más linda que cualquiera de las perras salvajes que él había montado bajo lunas alcahuetas, también la montaba a ella y se encogía a su costado y se abrazaba de su cuerpo de mujer corriente como si fuera lo máximo. Cualquier mujer extraordinaria hubiera podido considerarse indigna, pero no ella. No ella hasta que el hombre borracho aborreció la bebida. Entonces sí supo lo que era deshonor. Vivir con un hombre que no bebe. Tan constante, tan simétrico, tan pulcro. Tan extraordinario, que se vio obligada a tomar una decisión de mujer extraordinaria:

- f. Empacar sus cosas en una maleta y ponérsela en la puerta de la calle.

Lo que aún le sorprende es que ha pasado el tiempo y nunca se han entrado los rateros.

* * *

ZETA Y EQUIS

Zeta y Equis se casaron porque a ambos les gustaba el arroz con leche. Zeta se puso un traje de hilos dorados y diadema al estilo Diana Spencer. A Equis le pareció que era apropiado vestirse como un cochero, anchas las mangas, alto y cilíndrico el sombrero. Aunque se sabía que Equis era el novio, porque Zeta le mal puso sobre el pecho, a última hora, un cachito de muérdago que arrancó de su ramo extravagante. Zeta y Equis hicieron un matrimonio convencional. Se llenaron de cacharos, de rutinas y de hijos. De vez en cuando hacían cosas raras, como si se resistieran a vivir corrientemente, sobre todo, cuando cambiaban las estaciones, o la luna. Durante una primavera, se tatuaron en la espalda sotas de copa y la palabra *Forever*. En un verano tormentoso –por largo y abrasador– se largaron felices a una playa nudista y fumaron marihuana hasta que las estrías de la gente que estaba tomando el sol, comenzaron a hablarle a las de ellos y se fueron iracundos por tanta algarabía. Una vez, en medio de un otoño contundente, Equis le regaló a Zeta una especie de trineo de tres ruedas de látex y diez perros siberianos, y salían a montarlo en las autopistas aunque el frío les quemaba las orejas, y los perros se ponían a ladrar frenéticos por la velocidad de las tractomulas. Un invierno se les ocurrió escalar el Himalaya y quedaron atrapados en la tercera estación. Estuvieron cara a cara confinados en la carpa, enterrados en la nieve, excesivamente solos. Y en una hora oscura, imposible de reconocer si diurna o no, a Zeta se le antojó un helado de vainilla. Equis, que era radical, le dijo que estaba loca. Zeta dijo que si sobrevivían, se tatuaría en la frente la palabra *Sometimes*.

© Bertha Ramos

La autora:

Bertha Cecilia Ramos Roca. Nació en Barranquilla, Colombia. Profundamente interesada en la narrativa breve. Algunos de sus cuentos han sido publicados en Venezuela (Revista Tropel de Lucas), Buenos Aires (Antología de los Concursos Interamericanos 2003-2004) y Colombia (El Heraldito, Barranquilla 2008 y 2009). Además de numerosos cuentos, tiene dos libros inéditos de relato breve, *En la torre de pompeya* y *Hombre macho y mujer hembra con cierta dificultad para entenderse*, al último de cuales pertenecen estos cuentos. Ha sido premiada dos veces en Buenos Aires (Mención en el Concurso Interamericano de Cuentos 2004 y 2007) y en Colombia, ganadora en el Concurso Metropolitano de Cuento 2001 y Concurso Escribe Caribe 2009). Reside en Barranquilla, Colombia. e-mail: berthicaramos@gmail.com.

LOS OTROS LIBROS

por Ramiro Sanchiz

Solía frecuentar la librería, además de por todas aquellas rarezas inconseguibles, por el café y la comodidad de los sillones. Al entrar uno se encontraba con aquel espacio tan acogedor, la mesa de novedades rodeada por tres sillones, y el mundo parecía cancelarse de repente, ahogado el ruido de la calle por las últimas reverberaciones de la campanilla de la puerta. Entonces saludaba al librero, elegía dos o tres libros y me sentaba a examinarlos en paz. Solía pasar por allí los viernes por la tarde, a veces –las menos, porque no me caían bien los clientes que iban ese día– los domingos pasadas la una o una y media, en los últimos remanentes de la Feria.

Siempre me resultó curioso cómo, visto desde la calle, el local daba la impresión de ser minúsculo. Una vez adentro, contando pasillos, entresijos, sótanos e incluso un altillo, era fácil sentir que se había consumado una estratagema mágica capaz de dilatar el espacio. Y llenarlo de estanterías que parecían remedar la Biblioteca de Babel. Porque era el tipo de librería donde uno encuentra lo que quiera. En tantas ocasiones localicé en aquellos anaqueles títulos inimaginables, sacados de las bibliografías más exhaustivas; revistas, colecciones, primeras ediciones, ediciones de autor: allí había de todo. Y el librero, un veterano muy parecido a Vladimir Nabokov, parecía haber dedicado su vida, además de a la letra impresa, al estudio y práctica de la mnemotecnia; era capaz de localizar cualquier libro, cualquier autor que uno le nombrara: en cuestión de segundos. Luego lo dejaba sobre el mostrador fingiendo cara de despistado y te decía un precio, el primero que le venía a la mente. Si titubeabas en lugar de aceptar a la primera, se reía y decía ah, bueno, está bien, dejémoslo en... añadiendo una cifra bastante menor a la primera. Si bien no era el único lugar en que compraba libros, por mucho tiempo guardé la costumbre de no dejar pasar más de una semana sin visitarlo; y siempre preparado para algún hallazgo.

«Una tarde estaba parado junto al mostrador, esperando una remesa de café y pensando en hojear la colección completa de una vieja revista argentina de literatura fantástica, cuando una mujer con aire de apurada apoyó sobre el mostrador tres libros bastante deteriorados.»

Una tarde estaba parado junto al mostrador, esperando una remesa de café y pensando en hojear la colección completa de una vieja revista argentina de literatura fantástica, cuando una mujer con aire de apurada apoyó sobre el mostrador tres libros bastante deteriorados. El librero, que vigilaba la cafetera, se dio vuelta para atenderla y distraídamente deshizo la pila de libros para pasar revista a los títulos, extendiéndolos sobre la superficie del mostrador. La curiosidad me movió a mirarlos. Había una selección de poemas de Herrera y Reissig, una edición bastante vieja de *Justine*, de Lawrence Durrell, y *The sea*, de James Joyce. El título me sorprendió. ¿Sería una antología de textos? Lo miré con atención mientras la mujer regateaba. Podía leerse:

The sea
a novel by James Joyce
Viking Press, 1952

Aquello era todo un misterio. Joyce había escrito únicamente tres textos catalogables como «novelas», *Retrato del artista adolescente*, *Ulises* y *Finnegans wake*; el resto de su bibliografía consistía en un libro de cuentos, *Dublineses*, y dos de poemas, *Música de cámara* y *Poemas manzanas*; no existía novela alguna titulada *El mar*.

–Disculpe –le dije a la mujer, que estaba pagándole al librero–, ¿me permitiría mirar un segundito el libro de Joyce?

Asintió con la cabeza, un poco incómoda o fastidiada.

–Será sólo un momento –añadí–, me tiene intrigado el título.

Era un tomo de unas cuatrocientas páginas amarillentas. Busqué los datos de la imprenta: se trataba de la tercera edición, americana, del libro originalmente publicado en Inglaterra por Faber & Faber, primera edición de 1950. Sorprendido, miré la breve reseña biográfica. James Joyce nació en Dublín el 2 de Febrero de 1882, bla bla bla, conoció a una muchacha de Galway, Nora Barnacle, bla bla bla, *Chamber music, A portrait of the artist as a young man*, bla bla bla, *Finnegans wake*, completo y publicado en 1939, y *trabajó en la que sería su última novela*, El mar, entre 1940 y 1949. Murió en Zurich el 14 de Marzo de 1952.

La mujer estaba esperando con impaciencia. Seguí hojeando el libro buscando alguna señal de la broma implícita en la bibliografía.

–¿Es un apócrifo? No me diga nada, escrito por Anthony Burgess.

–No –dijo la mujer, visiblemente incómoda, tomando el libro y deslizándolo en la bolsa de nylon que le había dado el librero–, no sé, no conozco al autor. Es el pedido de otra persona –nos saludó con una inclinación de cabeza y abandonó la librería.

–¿Usted vio ese libro? –le pregunté al librero mientras sonaba la campanilla.

–Por supuesto, ¿por qué lo pregunta?

El café estaba listo. El librero me llenó una taza, sonriendo con cara de niño travieso.

–Joyce murió en 1941, el 13 de enero, y jamás escribió una novela titulada *El mar*. El libro debe ser apócrifo, pero es curioso, porque no tenía ninguna noticia de que existiera algo así.

–¿Y usted es un Joyceano? Imagino que sí, si recuerda la fecha exacta de su muerte.

«Ese domingo, contra mi costumbre, fui a la librería tratando de sacarle al librero algún otro dato sobre el Joyce apócrifo.»

No me esperaba esa respuesta. El librero volvió a sonreír y, tomando algunos libros dispersos, entró al laberinto de estanterías de la parte trasera del local.

Por mi parte, intenté sentarme a hojear la colección de revistas. Fue imposible concentrarme. Bebí la taza de café, pagué un libro de Thomas Disch que tenía reservado y me fui, sin dejar en un momento de pensar en aquella novela imposible.

Ese domingo, contra mi costumbre, fui a la librería tratando de sacarle al librero algún otro dato sobre el Joyce apócrifo. Supuse que, de tratarse de una mañana concurrida, el librero no tendría tiempo de hacerse el enigmático y demorarse en darme explicaciones. Pero me equivoqué. No había nadie, pese a que la Feria estaba bastante más llena de transeúntes y compradores que las últimas veces que la había visitado. Por suerte tampoco estaban los habitué de los domingos, un grupito de escritorzuelos de los años ochenta cuyas poses y opiniones solían molestarme demasiado. Entré y, después de saludar, le pregunté al librero si tenía alguna otra copia de aquel libro de Joyce. Entrece-rró los ojos, buscando en su memoria, y respondió creo que sí, déjeme ver. Se internó en la parte trasera de la librería y lo seguí a cierta distancia. Yo no solía husmear demasiado en los sectores más remotos, en gran medida por haber tenido siempre la convicción de que se trataban del depó-sito, o quizá por asumir estúpidamente que lo mejor y más interesante estaba expuesto al frente. Una vez más me sorprendí de la extensión de aquel local. El librero atravesó dos puertas abiertas y giró a la derecha; no me atreví a seguirlo, así que lo espere merodeando la zona de comics, donde descubrí una serie de revistas de *Swamp thing* escritas por Alan Moore, los originales en inglés. Tomé tres o cuatro y me encaminé a los sillones, donde me encontró un par de minutos más tarde el librero.

–Lamento comunicarle que no logré dar con otro ejemplar; pero si me concede unos días, quizá para la próxima semana lo ubique.

–Está bien, puedo volver el viernes –le respondí.

Me dejó una taza de café en la mesita y seguí hojeando los comics. Costaban una pequeña fortuna, me enteré después, pero valían la pena. De todas formas logré un diez por ciento.

Todo el asunto del libro de Joyce estaba preocupándome, lo cual no dejaba de resultarme sorprendente. En principio no sería tan difícil elaborar una novela apócrifa y atribuirla –de toda formas, ¡que atrevimiento!– al genio irlandés; ahora bien, más allá de que al hacer algo así lo único que se logra es quedar en evidencia como un enano que juega a la sombra de la estatua de un héroe, ¿qué necesidad había de inventar una biografía falsa? Busqué en Internet y en bibliografías completas publicadas por diversas sociedades de estudios Joyceanos. Había listas de cuentos que retomaban personajes, homenajes, parodias, reconstrucciones y un amplio etcétera de textos epigonales, pero ninguna novela completa titulada *El mar*. Sí había algunas referencias a opiniones –Harold Bloom, por ejemplo, lo señalaba en su ensayo sobre Joyce en *El canon occidental*– acerca de cómo hubiese podido ser la novela que continuase a *Finnegans wake* (aunque en general se admitía que de alguna misteriosa manera la obra de Joyce estaba «cerrada», es decir, que no admitía añadidura alguna –y en ese sentido el autor hizo bien en morir en el 41), desarrollando ciertos elementos del *Ulises* y de *Finnegans*. La idea de una obra sobre el mar parecía, en ese sentido, bastante plausible.

A medida que me adentraba en mi investigación (si es que tenía sentido pensar que me dirigía a alguna parte) empecé a ganar cierto entusiasmo. Toda la vida adoré el género de ficción especulativa llamado *ucronía*, en el que se ambienta la ficción en una historia alternativa al estilo de ¿cómo sería nuestro mundo de haber ganado los nazis la segunda guerra? o ¿y si no se hubiese producido la revolución industrial? Muchos filosofuchos descartaban el género aludiendo a su naturaleza contrafáctica y, por lo tanto, carente de verdadera solidez especulativa (de negar las premisas podía seguirse cualquier cosa, es decir, nada); sin embargo, estaba claro que grandes obras de la literatura podían considerarse ucrónicas, más allá incluso de las obvias como *El hombre en el castillo* de Philip Dick o *La conjura contra América*, de Philip Roth. Encontré un interesante ensayo de Pablo Capanna al respecto, que rescataba en su título un pensamiento de Pascal sobre la nariz de Cleopatra y su impacto en la historia, enumerando en el cuerpo del ensayo un buen número de ucronías. Sentí que bien podía valer la pena escribir una novela sobre un mundo en el que Joyce había muerto no en 1941 sino en 1952; sin embargo, tuve que admitir que escribir la última novela producida por ese autor ucrónico era, sin lugar a dudas, bastante más difícil. Al menos si uno quería evitar el papelón de atribuir alguna tontería a nada más y nada menos que el mayor artífice literario del siglo XX. Mi deseo de que el librero encontrase la novela fue creciendo día a día.

Cuando entré a la librería ese viernes el librero estaba esperándome.

–¿Cómo le va? –me saludó–. Sabe que no encontré otra copia de la novela de Joyce; sin embargo, ordenando un poco mientras buscaba, pensé que hay en ese sector algunos libros que podrían interesarle, después de todo, usted es un cliente especial. ¿Me acompaña?

–Claro –respondí–, ¿se refiere a textos apócrifos o a literatura de exégesis Joyceana?

–Ya verá, ya verá –dijo, guiándome entre las estanterías.

Pasamos las dos puertas, giramos a la izquierda y accedimos a una sala bastante grande, de paredes cubiertas por estanterías y techo descascarado, con manchas de humedad. Una puerta cerrada prometía continuar aquel laberinto; en el centro había una mesa de madera llena de libros viejos, dispuestos en pilas de siete u ocho volúmenes, apretadas para no dejar espacios libres. El librero señaló una de las paredes.

–De haber otra copia estaría ahí, salvo que el sistema de archivo me esté fallando; pero no creo que la encuentre, yo ya busqué exhaustivamente. Sin embargo, como le decía, tanto en ese sector como en la mesa y en las otras estanterías, si busca bien seguro encontrará algún título que le interese... asumiendo, claro está, que la novela de Joyce *realmente* fue de su interés.

Enunció el *realmente* con un énfasis que no entendí. Me palmeó un hombro y regresó al mostrador, dejándome solo en la sala. Me acerqué a la estantería que me señaló primero. Había, sí, una buena selección de obras de Joyce, incluso ediciones raras por demás interesantes, la original del *Ulises* en Rueda con la traducción de Salas Zubirat, el *Finnegans* en francés e italiano, una colección de traducciones también del *Ulises*, inclusive al japonés, y la obra completa en inglés, por varias edito-

«A medida que me adentraba en mi investigación (si es que tenía sentido pensar que me dirigía a alguna parte) empecé a ganar cierto entusiasmo.»

riales. Más allá de la curiosidad de las traducciones, nada de eso me interesaba como anexión a mi propia colección de obras de Joyce, así que seguí curioseando en la estantería pero ya no en la sección dedicada al irlandés. Había, como era de esperarse, un prolijo muestrario de autores de la alta modernidad: Virginia Woolf, D.H. Lawrence, Pound, Eliot, Proust, Musil, Mann, Kafka. Me deslicé por los lomos de aquellos libros polvorientos siguiendo la pauta de sus épocas e idiomas, desembocando en la sección de literatura latinoamericana. Allí, específicamente en el sector destinado a Borges, encontré otro libro asombroso:

Los naipes del Tabúr
por Jorge Luis Borges
Emecé, 1960

Los lectores del gran escritor argentino recordarán que en el cuento «El aleph» se hace una referencia en plan broma a una obra borgesiana inexistente que lleva justo ese título. La hojeé. Era un libro de poemas, o quizá un poema único dividido en secciones. ¿Obra de algún fanático o discípulo de Borges quizá? Pasé a las otras estanterías, pensando que seguro el librero tenía acceso a las obras de algún grupo de bromistas que parodiaban autores, editoriales y ediciones, generando esos textos apócrifos. Encontré una presunta novela escrita por Napoleón Bonaparte, autor de folletines cuya biografía apenas coincidente con la real se detallaba en las primeras páginas; encontré también una colección de cuentos escritos en los años setenta por el Che Guevara, aparentemente muy epigonales de Jack London, y una novela sobre extraterrestres de Isaac Asimov, escrita en 1952. Esta última me resultó muy graciosa, quizá incluso malintencionada. Miré la bibliografía que adjuntaba el volumen.

«Encontré una presunta novela escrita por Napoleón Bonaparte, autor de folletines cuya biografía apenas coincidente con la real se detallaba en las primeras páginas;»

Ninguna de las obras mencionadas se correspondía a la realidad, pero algunos títulos recordaban los de cuentos especialmente famosos. En la mesa, verdadero cofre del tesoro de estos textos apócrifos, encontré una novela de realismo sucio escrita por Ray Bradbury, una colección de sonetos de Hemingway, un tratado académico sobre el gnosticismo escrito por Philip K. Dick (1929-1996), un *Contra el psicoanálisis* firmado por Marcel Proust (¿habría por alguna parte una versión completa de *En busca del tiempo perdido*?) y una novela policial de André Breton. Tomé esta última, más la de Asimov y la de Bonaparte, y procedí hacia

el mostrador para pagarlas y llevármelas a casa. Estaba atravesando las filas y filas de estanterías cuando escuché que el librero hablaba por teléfono; mejor dicho, que discutía acaloradamente. Decidí no interrumpirlo, por cortesía. Pero no pude evitar escuchar algunas palabras que me hicieron pensar que se trataba ante todo de un problema económico, probablemente relacionado con el precio de un libro muy especial. Esperé a que colgara, dejé pasar un minuto más fingiendo que buscaba algún libro, y entonces caminé hacia el mostrador.

—¡Ah! —dijo—, veo que la búsqueda fue fructífera... ¿qué tenemos por aquí? Asimov, Bonaparte, Breton... excelente. Por ser un cliente tan constante le dejo los tres en... —y dijo una cifra que me pareció adecuada. Cerramos el trato sin regateo, pagué los libros con mi tarjeta de crédito y, mientras me los guardaba en una bolsa, le pregunté:

—¿Algún día va a contarme de dónde saca toda esta literatura apócrifa? Un libro lo puedo entender, dos, tres... pero ahí atrás los tiene por docenas.

Enseguida entendí que no había hecho la observación más inteligente de mi vida. El librero puso cara de misterio y se encogió de hombros...

—¿Quién sabe? Quizá si investiga lo suficiente...

—¿Eso quiere decir que en los libros está la respuesta?

—Yo no dije eso. ¿Por qué habría de haberla? Se está llevando tres novelas, nada más...

Le sonreí, tomé los libros y me fui.

La siguiente fue una semana ocupada, con demasiadas actividades de mi profesión, que es de investigador en el área de literaturas comparadas; tuve que dar algunas clases sobre la literatura de la

posguerra y la guerra fría, y las tareas de recopilación y presentación de datos me distrajeran de los libros apócrifos, que recién pude hojear el siguiente fin de semana. Me recosté en mi sillón de lectura, puse en el equipo mi disco favorito de los Beatles, *Revolver*, y empecé a leer. La novela de Breton era bastante mala, y parecía una copia de *La hermana menor*, de Chandler, aunque, en teoría, la precedía por unos cuantos años. La de Asimov, en cambio, era excelente, a la altura de *Los propios dioses* o *El fin de la eternidad*. Un detalle que busqué con atención en las tres novelas fue el que juzgué inevitable para todo autor de libros apócrifos: la tentación de incluir referencias y guiños a la obra «conocida» del escritor tomado como modelo. Es decir, metáforas surrealistas o citas de los *Manifiestos* en la novela de Breton y nombres, situaciones y escenarios tomados de las *Fundaciones* o de los cuentos en la de Asimov. También cabía pensar en cualquier tipo de noción de «dominar el mundo» en la del falso Bonaparte. Extrañamente no había nada de eso. La de Breton no tenía ningún punto de contacto con la obra «conocida» del fundador del surrealismo; la de Asimov estaba escrita en el estilo llano característico del autor de *Los robots del amanecer*, lo cual la convertía en un texto plausible, pero no incluía ninguna referencia a las novelas de «nuestro» Asimov, aunque, me pareció, había algunos detalles que resonaban en los títulos de la bibliografía apócrifa, vinculando las obras como cabía esperar que un Asimov alternativo también encadenase sus novelas en un marco de «historia del futuro» coherente. Pero era la de Napoleón la más extraña de las tres, en el sentido de que parecía anticipar, en su contexto folletínico, mucha literatura esotérica —al estilo Aleister Crowley o la *Golden Dawn*— que se pondría de moda tres cuartos de siglo más tarde del 1802 pautado en el pequeño prólogo informativo que abría el volumen y comentaba la carrera de ese Napoleón, muerto en 1810 en las Antillas. Se lo juzgaba un precursor de Alexandre Dumas padre y Eugene Sue, así como también del romanticismo francés en general. El prólogo estaba escrito en un estilo académico un poco incompetente, pero no resultaba parco en citas, referencia y bibliografías. De hecho, mencionaba en varias oportunidades dos biografías de Napoleón Bonaparte —en rigor deberíamos llamarle Bonaparte Dos o Bonaparte Beta—, una novelada de 1899 y otra, de 1962, al gusto más contemporáneo. La idea de leer esas biografías me atrapó. ¿Cómo sería un mundo en el que Napoleón no fue un militar que participó en la Revolución y luego intentó conquistar Europa? Y el prólogo esbozaba una historia alternativa de la literatura: se esgrimía una periodización diferente a las aceptadas, aparecían autores de nombres desconocidos y títulos de obras de Dumas, Sue y Victor Hugo que no encontré en ningún índice de su producción. Pensé en el posible interés de especular sobre una literatura francesa desprovista del zar del surrealismo, o en imaginar cómo hubiese sido la historia de la Ciencia Ficción de no haber existido *Fundación* o los cuentos de robots. Además, ¿guardaba el librero por alguna parte las biografías citadas, las historias de la literatura mencionadas, las «otras» obras de Asimov? Me sorprendió haber entrado tan de lleno en ese juego; lo más probable, me dije a mí mismo, es que nada de eso exista. Quién sea que pautó esta trama difícilmente la haya llevado hasta el extremo. Un libro postula otros libros, y así en progresión exponencial; no hay lugar en el mundo para *otra* literatura subterránea, apócrifa, y mucho menos para tantas series históricas como libros falsos encontrara en aquella librería. Borges ya había especulado con esto en *Tlön Uqbar*; dilatarlo a docenas de universos, centenas quizá, era absurdo, imposible. No había tal conspiración. El mundo no estaba volviéndose Tlön; más bien al contrario, las trazas de otros mundos eran mantenidas ocultas... en los polvorientos pasillos de una librería de viejo.

«La siguiente fue una semana ocupada, con demasiadas actividades de mi profesión, que es de investigador en el área de literaturas comparadas; tuve que dar algunas clases sobre la literatura de la posguerra y la guerra fría, y las tareas de recopilación y presentación de datos me distrajeran de los libros apócrifos, que recién pude hojear el siguiente fin de semana.»

Sin embargo, quería preguntarle al librero si tenía al menos *una* de esas biografías; *una* de las otras novelas de Asimov. Era más fuerte que yo.

—¿Biografías de Napoleón? Sí, por supuesto, tengo de hecho más de una, ¿le interesa algún autor en especial, algún enfoque?

—Bueno —saqué de mi bolsillo la novela de Bonaparte—, yo me refiero a *este* Napoleón.

–*La sombra de la catedral*, por Napoleón Bonaparte... folletín en... –pareció hacer un esfuerzo de memoria– veinte episodios publicados en el *Mércure* de Francia entre... 1799 y 1801, editado como libro creo al año siguiente. Sí, sé de qué me está hablando. Pase por aquí.

Me condujo por los pasillos de siempre hasta llegar a la sala donde había encontrado los libros que compré. Abrió la puerta y pasamos a otra habitación, más alargada que la anterior y también, como era de esperarse, repleta de libros.

–Aquí hay ante todo biografías. Si busca en este estante –me lo señaló– encontrará al amigo Napoleón. No será tarea fácil, pero si tiene paciencia...

Me dejó a solas con los libros una vez más, y empecé a buscar. Había una buena cantidad de biografías de Bonaparte, pero me desilusionó comprobar que las primeras que iba encontrando eran del «verdadero» Napoleón. Sin embargo, hacia la mitad del estante, apareció un título que me sonaba familiar: era la biografía novelada a la que hacía referencia el prólogo de la novela. Sentí, o produje (siempre fui muy sugestionable) un escalofrío. Estaba ante una muestra de *otra* historia. No importaba que tan falsa o absurda pudiese ser: aquello era un mundo posible. Me lo guardé bajo el brazo y, por curiosidad, seguí mirando. Hojee biografías de Descartes, de Ezra Pound, de Churchill, de Nietzsche, todas ellas «reales»; entonces encontré un libro titulado *James Joyce*, de Richard Ellmann. Era, por supuesto, la biografía más aceptada y exhaustiva del autor del *Ulises*, y, como yo la tenía en traducción, me pareció buena idea llevármela a casa en el original inglés. Me detuve un

«Estúpidamente ese detalle era el que más me preocupaba. ¿A quién se le ocurrió hacerme morir en 2007? Pensé en ese año. ¿Qué pudo pasarme? ¿Quién que me conociera pudo hacerme morir en ese año, y por qué?»

momento a pasar sus páginas. A los tres cuartos del libro di con una serie de fotografías en las que Joyce posaba con un hombrecito ojoso de cabello negro y grandes bigotes. Era Marcel Proust. Abajo decía «Paris, 1926». Imposible, pensé. Proust murió en 1922. Seguí mirando. Hacia el final encontré la referencia a la muerte de Joyce: en Paris, 1947. Este era *otro* Joyce; no el nuestro, no el de *El mar*. Me aferré al libro y seguí buscando.

Entonces sucedió el momento más extraño de mi vida. Un sector de libros más recientes llamó mi atención y los revisé. Eran biografías de personajes celebres del siglo XX, James

Dean, David Bowie, Marlon Brando, Jim Morrison, Kurt Cobain, Jimi Hendrix, seguidas por lo que parecía una sección dedicada a la cultura nacional. Había una biografía de Emilio Scarone, otra de Julio Herrera y Reissig, un par de Onetti, otras de Idea Vilariño, de Torres García y, finalmente, un diccionario de «autores jóvenes» que hojee con cierto terror reverencial. Allí estaba yo. Federico Stahl, decía, nacido en 1978 y muerto en 2007. Autor de *Mecanismos* (poemas, 1998), *Malos recuerdos* (relatos, 2001), *Desintegración* (novela, 1999), *Retrato del autor* (novela, 2004) *Lineal* (novela, 2005), *Ficción para un imperio* (novela, publicación póstuma 2007), *Poemas reunidos 1997-2007* y *Cuentos completos* (2008). ¿Yo, un escritor, un novelista, un poeta? Repasé rápido mi vida: nací en 1978, en eso coincidía, y todas mis publicaciones habían sido ponencias, ensayos y monografías académicas, sobre Joyce, sobre Borges, sobre Proust, Burroughs, Bolaño... ¿y cómo que había muerto en 2007? Estúpidamente *ese* detalle era el que más me preocupaba. ¿A quién se le ocurrió hacerme morir en 2007? Pensé en ese año. ¿Qué pudo pasarme? ¿Quién que me conociera pudo hacerme morir en ese año, y por qué?

Tomé el diccionario y corrí hacia el mostrador. Giré equivocadamente en un par de encrucijadas, pasando por salas nunca vistas, hasta que abriendo una puerta accedí al pasillo principal. Entonces escuché al librero, como ya había sucedido, levantar su voz en una discusión. Al principio pensé que sería una vez más por teléfono, pero luego noté que había alguien ante el mostrador. Me escondí detrás de una estantería y espí por encima de los libros. Era un hombre alto, vestido de gris oscuro. No pude ver su rostro, pero sí escuché su voz. Parecía estar haciéndole una advertencia al librero, quizá amenazándolo. En algún momento se mencionó un título, y el librero negó que ese libro se hubiese encontrado jamás en la librería. El hombre parecía insatisfecho, pero tras un par de preguntas que no logré entender (tenía un acento indeterminado que complicaba un poco comprender sus palabras) se dio media vuelta y se fue. Esperé unos segundos y me acerqué al librero. Parecía pertur-

bado, pero sonrió al verme.

—Quiero saber de dónde sacó este libro —le dije, soltando sobre el mostrador el diccionario, y dejando de paso los otros dos—, quiero saber cómo puede ser que yo aparezca allí, quiero saber quién inventa todas esas historias...

Tomó el libro y lo hojeó. Mientras, su rostro adoptaba la expresión más seria que puedo recordarle.

—¿Cuáles son las posibilidades? Es raro, pero sin embargo ha sucedido. Tuvo que pasarle a usted. Le contestaré sus preguntas porque lo merece y porque ha sido señalado por un designio; usted podrá creerme o no, es su opción. Mire: nadie inventa estos libros, en el sentido de que no son mentira. No hay ninguna ficción como usted la entiende en este momento: son tan reales como el *Quijote* o *Ficciones*. Sólo que no son de nuestro mundo. De *este* mundo. Imagine un universo en el que usted murió en 2007 tras publicar una serie de novelas. Es un mundo parecido al nuestro, con algunas diferencias menores, entre ellas esa. Es fácil de entender. En algún momento de su vida usted habrá decidido dedicarse a... lo que sea que hace. ¿Crítica joyceana? ¿Clases de literatura? Bueno, imagine que en ese momento, en lugar de optar por lo que conocemos *aquí*, terminó optando por la escritura de ficción, por la novela, por el cuento. Un universo posible a partir de esa decisión es al que pertenece este índice... ¿lo ha mirado con detenimiento? Quizá reconoce otros nombres, historias que acercan ese mundo al nuestro o que lo alejan todavía más...

Solté una carcajada nerviosa.

—¿Espera que le crea? ¿Me está diciendo que todos estos libros, la biografía de Napoleón, la novela de André Breton... todos, pertenecen a universos reales y que por alguna razón usted los tiene a la venta?

—No hay ninguna razón. Están a la venta porque esta librería... mejor dicho, el espacio que ocupa esta librería, desde hace mucho tiempo, desde antes incluso que yo me hiciera cargo del negocio, el espacio que ocupa esta librería está en más de un universo; quizá en todos a la vez. ¿Se ha alejado usted de las salas en las que lo dejé? ¿Se ha aventurado? Si avanza lo suficiente encontrará estanterías completas llenas de libros que usted llamaría apócrifos, pero que son reales en otro mundo, que reflejan las historias de esos mundos. ¿Le parece inverosímil un Napoleón novelista? Lea ese libro que trajo, la biografía; para eso vino hoy, ¿verdad? Ahí se enterará de una Europa posible, de un mundo en

«Le contestaré sus preguntas porque lo merece y porque ha sido señalado por un designio; usted podrá creerme o no, es su opción. Mire: nadie inventa estos libros, en el sentido de que no son mentira.»

el que Bonaparte no fue el emperador de los franceses y la historia cambió por completo. La nuestra, por ejemplo, ¿o se olvida de las conexiones entre las guerras napoleónicas y el proceso de independencia de las colonias españolas en Sudamérica? Lea, lea, se enterará de cosas muy interesantes. Quizá, incluso, si se decidiese a escribir una novela, podría servirle de inspiración.

—Como si Philip Dick o Keith Roberts o Norman Spinrad hubiesen pasado por... sucursales suyas en sus respectivos países y derivado de algún encuentro sus novelas, ¿no? ¡Está usted completamente loco!

—Yo no digo eso, los caballeros que usted nombró, a los que me permitiría añadir a Renouvier, a Kingsley Amis, John Brunner, Ward Moore, Harry Harrison, Frederick Mullally, Philip Roth y Michael Chabon, por mencionar sólo algunos, habrán tenido seguramente sus maneras de inspirarse. Pero imagino que hay más de un camino para acceder a esos mundos, dejando de lado inclusive que aquí exista este espacio y yo haya asumido la dirección de esta librería...

—Esto es una locura. No puedo creer que usted me esté tomando el pelo de esta manera; y si me dice lo que cree que es la verdad, entonces debería examinarse, porque es imposible que sea real lo que me está diciendo.

—¿Por qué imposible? ¿No se acuerda del *Aleph*, de Borges?

—¡Pero eso es una ficción! Si usted hubiese escrito un cuento sobre la porción del universo en la que coinciden todos los universos, yo lo hubiese leído con gusto... ¡sin embargo, otra cosa muy distinta

es querer convencerme de que me está diciendo la verdad! ¡Usted está ocultándome de dónde salen todos estos libros, está encargándose de encubrir a quien sea que escribe todos estos libros!

El librero tomó los libros que había dejado en el mostrador y miró sus títulos.

–Mire este libro –dijo–, es una biografía de Napoleón, ¿verdad? Fíjese en el pie de imprenta. 1901, tercera edición. Y mire las páginas, huélalas, considere la textura de las tapas, el estado de la encuadernación, las obvias reparaciones en la tela, las marcas de cinta adhesiva... este libro tiene más de cien años. ¿Cree que a principios de siglo alguien ya tenía la idea de crear estas historias apócrifas, estos libros falsos? Piense en este otro. La gran biografía de Joyce escrita por Richard Ellmann. Pie de imprenta: agosto de 1971, primera edición en esta colección. Repita la operación... este libro, claramente, tiene casi cuarenta años. Mire la diagramación de tapa, la tipografía... todo eso señala su época. Está posiblemente en peor estado que el otro, porque es una edición en rústica, hecha para el mercado masivo, no como se imprimían los libros por el 900. ¿Me va a decir que los falsificadores siguieron en activo setenta años después, con el mismo plan, pasado de padre a hijo, de generación en generación? Usted ha leído demasiadas veces «Tlön Uqbar», señor Stahl. O, quizá, se ha tomado demasiado en serio «El congreso». No hay tal conspiración liderada por un «oscuro hombre de genio» –trazó las comillas en el aire, como si fuera necesario recordarme que era una cita del cuento de Borges–; estos libros no son falsos, provienen de otros mundos tan reales como el nuestro.

–Sus argumentos, señor, no agotan la posibilidad de un grupo de bromistas con medios para hacer realidad sus fantasías. Lo único que quisiera saber es cómo han llegado a este país y por qué me han tomado como elemento para sus... vidas apócrifas, como quiera llamarlas.

«¿Estaba dejándome llevar por tonterías? Pensé que las palabras del librero habían logrado sugestionarme, y me pareció que no podía hacer nada mejor que distraerme.»

–Ah, veo que todo es una cuestión de vanidad, entonces. Se ha encontrado allí y no puede creerlo, quiere saber quién se ha metido con usted, si acaso lo ha considerado tan especial como... bueno, casi tanto como Napoleón, para inventarle un destino diferente –se cruzó de brazos–. Pero dejémoslo aquí. ¿Va a llevar estos libros?

Le tendí mi tarjeta de crédito. La pasó por la maquina y me entregó los libros en una bolsa.

–Que los disfrute –dijo, con una sonrisa de tiburón.

Me fui sin añadir una sola palabra.

Al llegar a casa releí el texto biográfico cuatro veces más. *Mecanismos* era un libro de poemas publicado en 1998, que dio a conocer a mi doble apócrifo; *Desintegración*, una novela sobre dos asesinatos en serie que usan a sus víctimas como elementos de una forma de arte ritual. El texto hablaba de la controversia y el escándalo causados por esta novela, que alejó a Stahl por unos años de la escena literaria. Regresó con un compilado de cuentos, *Malos recuerdos*, donde aparecían cuentos de ciencia ficción y fantasía escritos desde 1995 hasta la fecha de *Desintegración*. Los detalles urdidos por los conspiradores, o por el ucronista, parecían sólidos. Increíblemente los sentí plausibles; yo hubiese escrito cuentos de ciencia ficción, yo hubiese elegido *Desintegración* como título para una novela. ¿Estaba dejándome llevar por tonterías? Pensé que las palabras del librero habían logrado sugestionarme, y me pareció que no podía hacer nada mejor que distraerme. Fui hacia mi colección de CDs y pensé en qué música podía implicar un mínimo esfuerzo de concentración, por haber sido tantas veces escuchada y, a la vez, mantenerse tan sugerente como para resultar siempre fascinante. Los Beatles. Tomé el álbum blanco y puse el disco 2. «Birthday», «Yer blues», «Helter Skelter», todas aquellas canciones increíbles y proféticas pasaron ante mis oídos, alguna de ellas más de una vez, pero nada, nada lograba apartarme del diccionario, del Stahl apócrifo, de los títulos de las novelas, de la muerte en 2007 (un accidente de tránsito, decía), de las palabras del librero... Me encontré preguntándome ¿y si fuera verdad? ¿Y si realmente coincidían en esa librería tantas realidades? Pensé en la amplia extensión de sus pasillos y sus salas, que debía ocupar fácilmente media manzana o más, contradiciendo abiertamente la mínima fachada que daba a la calle. ¿Bajarían imperceptiblemente hacia un subterráneo? ¿Cuántas escaleras había subido y bajado deambulando entre aquellas grandes habitaciones llenas de libros? Además, toda mi vida había encontrado plausible, al leer ciencia ficción o incluso especulaciones científicas, la noción de realidades alternati-

vas... ¿Por qué iba a descreer ahora, que tenía ante mí lo que podía entenderse como evidencia?

No puedo estar pensando esto, concluí. O, en todo caso, necesito pruebas sólidas.

Miré el reloj. Eran las nueve y media de la noche. ¿Resolvería la cuestión hacerme con *Desintegración* o *Lineal* o cualquiera de los libros mencionados, leerlos con atención y descubrir en ellos algo que sólo yo puedo saber, algo que sólo yo y mi equivalente de otro universo podemos saber? No sería inverosímil creer que él y yo –nuestros destinos– nos separamos en un momento concreto de la historia. Decidí convertirme en académico en el 97; ¿y si en ese mismo momento nuestras vidas se separaron? Quizá él –en el pico de mi obsesión entendía perfectamente que pensar de esta manera era entrar en el juego del librero, que era de algún modo compartir su posible locura, pero no podía evitarlo– recordaría que fue en esa fecha cuando decidió convertirse en escritor. A partir de ese momento nuestros destinos divergen, pero antes de la bifurcación nuestras vidas debieron ser *la misma*. Bueno, quizá no, quizá su decisión de ser escritor había sido consecuencia de algún evento acontecido a sus ocho, nueve años, datando en el 86 o el 87 la bifurcación... Sin embargo, concluí, algún pasado en común debíamos tener, necesariamente. Si él había hecho referencia a ese pasado, siguiendo el hábito autobiográfico de tantos escritores, entonces yo podría reconocerlo y probar que había algo de realidad en esos libros, ya que nadie, ningún conspirador o imaginador de libros apócrifos, podía tener acceso a mis recuerdos más íntimos.

Era una chance mínima, pero si daba con ese detalle debía quedar la verdad de las palabras del librero firmemente establecida; si no, por otra parte, no implicaba demostrar que todo aquello no era cierto... pero, quizá, con el tiempo, yo podría olvidar el asunto, no pasar nunca más por la librería y asumir que todo había sido un embuste de un librero demente o bromista.

En otras palabras, debía hacerme con aquellas novelas. Pero no podía esperar hasta el día siguiente. Recordé que la librería tenía una bohardilla, a la que me condujo hacía bastante tiempo el librero, buscando un título en particular que yo había solicitado. Esa bohardilla o altillo estaba comunicada a la azotea del local. Si yo podía forzar mi entrada por ahí (sabía que la puerta principal tenía una alarma, había visto al librero en más de una ocasión cerrar todo a última hora, mientras yo me demoraba con algún libro especialmente interesante) quizá lograrse meterme en la librería sin llamar la atención. Por suerte yo no vivía lejos. Salí de mi apartamento y recorrí las cuadras que me separaban de la posible

«Me metí en un bar cercano y ordené unas empanadas y una CocaCola. Pensé que sería buena idea templar mis nervios, así que terminada la comida pedí un whisky doble, y luego otro.»

solución al misterio en quince minutos. Eran las diez y veinte, y la calle todavía estaba concurrida. Muchos estudiantes subiendo a la avenida desde la facultad de psicología, vecinos de la zona, volanteros de cybers y de casas de masajes... no podía arriesgarme a intentar trepar por un árbol o por la fachada en esas condiciones. Me metí en un bar cercano y ordené unas empanadas y una CocaCola. Pensé que sería buena idea templar mis nervios, así que terminada la comida pedí un whisky doble, y luego otro. Esperé, sintiendo que mis fuerzas y mi voluntad se cargaban como la energía de un personaje de videojuego, y a las once y media dejé el bar. La calle estaba casi desierta. Examiné la fachada de la librería y del local vecino, también una librería. Había un conducto de ventilación o tubería de gas que podía utilizar para la escalada y luego arriesgarme a dar un salto hacia el techo. Esperé que no pasara nadie y empecé a trepar. Me resbalé y caí cuatro veces, pero finalmente logré impulsarme hacia el techo de la librería. Era una extensión gris, sucia de cagadas de pájaros, ramas y hojas de árbol. Caminé agachándome lo más a ras del suelo que me permitió mi escasa flexibilidad y llegué a la bohardilla o altillo. Había una ventana de vidrio que podía permitirme entrar. Busqué por los alrededores una piedra y, al encontrarla, la arrojé hacia la ventana. El vidrio se hizo añicos, pero con un estruendo tan notorio que me quedé paralizado por un minuto, más o menos. No sonó ninguna alarma. Al recobrar el aliento terminé de romper con el codo (por suerte había llevado una campera de abrigo muy gruesa) las esquirlas remanentes, despejando un boquete lo suficientemente grande como para dejarme pasar. Entonces adelanté una pierna, agaché la cabeza y me impulsé hacia adentro. Estaba ahora rodeado de libros, en una oscuridad casi total invadida apenas por la luz del exterior. Esperé a que mis ojos se acostumbraran a la penumbra y, ayudándome con la pantalla de mi celular, encontré la puerta del altillo. Por suerte no estaba cerrada con llave. Se continuaba en

una escalerilla de madera, que bajé con sumo cuidado y lentitud, accediendo al pasillo que terminaba en el mostrador. La quietud de aquellas habitaciones me arrojó a un estado de nervios y ansiedad terrible. Me sentía un ladrón a punto de ser descubierto, y repasé en mi mente las múltiples excusas que había pensado para usar en caso de ser atrapado por el librero o la policía. El primero, supuse, lograría entender mi obsesión. Abriéndome camino casi a ciegas entre las estanterías (creo que tiré más de un libro al piso) logré encontrar un interruptor. Conté hasta tres reteniendo la respiración y deseando con todas mis fuerzas que no fuese una llave general que encendiese las luces de la vidriera, llamando la atención de todo el mundo. Por suerte se trataba apenas de la luz del pasillo, una lamparita sin pantalla colgada de un cable. Estaba en un área conocida, y logré identificar las puertas que conducían al área de las novelas apócrifas y, más adelante, a la sala ocupada por las biografías. Allí encontré otro interruptor y reparé en una puerta que no había visto por la tarde; la abrí y llegué a una sala casi idéntica, también llena de libros. Busqué el interruptor de la luz, lo accioné y pasé revista a los títulos de los tomos más cercanos. Eran libros de historia. Los primeros hacían referencia a *nuestro* mundo; los otros eran historias imaginarias de realidades alternativas. Un escalofrío me atravesó la espalda cuando pasé mis ojos por una cronología del siglo XX que incluía la derrota del VietCong y el ascenso de Nixon a la cabeza de una dictadura militar en Estados Unidos, depuesta en 1988 por un gobierno elegido democráticamente pero de extrema derecha conservadora. Aquello me asqueó y no pude leer más. Caminé hacia la puerta que asomaba desde el otro extremo de la habitación, la abrí y pasé a la sala siguiente, un poco más reducida que la de los libros de historia y con dos puertas. Miré los libros. Eran novelas en francés. Casi todos los títulos eran absurdos; obras de Camus escritas en fechas muy posteriores a su accidente automovilístico,

«Miré los libros. Eran novelas en francés. Casi todos los títulos eran absurdos; obras de Camus escritas en fechas muy posteriores a su accidente automovilístico, textos de Sastre, Perec, Robbe-Grillet, Sarraute y Duras completamente ajenos a todo lo que yo conocía.»

textos de Sastre, Perec, Robbe-Grillet, Sarraute y Duras completamente ajenos a todo lo que yo conocía. Y demasiados nombres desconocidos. Casi cedo a la tentación de ponerme a curiosear, pero ante la urgencia de encontrar *mis* novelas elegí una de las puertas y la abrí con impaciencia. Encendí la luz y di con una sala bastante pequeña llena de diccionarios. No quise encontrar léxicos o gramáticas de lenguas desconocidas, pero imaginé que allí podría encontrar diccionarios de Quenya o de la lengua de Tlön, por lo que opté de inmediato por la otra puerta. A partir de allí quizá alguna forma de fiebre se apoderó de mi cerebro, ya que recuerdo haber atravesado salones y salones, pasillos, escale-

ras y sótanos desde los que me provocaban títulos como *El Necronomicón en la versión de John Wilkins* o *Esteganografía comentada por sir Isaac Newton*. En una sala enorme, quizá la más grande hasta el momento, encontré cuatro novelas escritas por Jorge Luis Borges. Estaba encaminado. Una habitación más allá encontré libros de autores nacionales de los ochenta y noventa. Con energías renovadas busqué, frenético, arrojando los libros que no me servían al piso, y finalmente los encontré: dos ediciones diferentes de *Desintegración*. En la primera se mencionaba la muerte en el 2007 de Federico Stahl; en la otra –reedición aumentada y corregida en 2006, decía la portadilla– el autor había dejado el Uruguay para radicarse en Cataluña. Me guardé las dos en los bolsillos de la campera y seguí buscando. Encontré una edición de *Lineal* que tampoco consignaba la fecha de la muerte de Stahl y también otro título, *Espuma*, no mencionado en el *Índice* o en las minibiografías de las dos *Desintegración* o la *Lineal* que había encontrado. Me las guardé como pude entre el cinturón y el buzo que llevaba puesto y supe que era hora de volver a casa. Intenté desandar los pasos pero pronto encontré que no recordaba bien como había girado en las bifurcaciones. Deambulé totalmente perdido por casi media hora –eran las dos de la mañana–, reparando en que había dejado un montón de libros tirados y luces encendidas por ahí, hasta que una escalera que comunicaba con un piso superior me hizo pensar que por allí me acercaría al mostrador. Subí rápidamente y me encontré en un pasillo muy largo, con puertas intercaladas a la izquierda y una vasta estantería a la derecha. Corrí sin mirar los títulos de los libros, y di con una última puerta que me condujo a un área cuya distribución de estantes y secciones me resultó conocida. Era la salita desde la que se subía al altillo. Me así a aquella escalera un poco endeble con verdadera desesperación y trepé a toda velocidad. Lo que vi entonces logró paralizarme, como si fuese la peor escena de la película más terrorífica. Estaban los libros, asomando como duendes en la oscuridad, y estaba la ventana... intacta. Co-

rrí escaleras abajo y me precipité hacia el mostrador y la puerta de calle. No fue necesario encender las lámparas: la luz de la calle iluminaba fantasmalmente el espacio ocupado por los sillones, la mesita, el mostrador y la cafetera. Miré por el cristal de la vidriera: la calle estaba desierta y las siluetas de los edificios de la acera de enfrente no eran las que conocía. Creí entender que había menos árboles, o que los árboles eran distintos. También las rejas de las ventanas, las entradas a los edificios. Todo parecía un poco más siniestro que lo que hubiese esperado ver. Me acerqué a las estanterías, convertido mi terror en una voluntad férrea –y ajena a mi yo– que me conducía con morbo o masoquismo a la comprobación de lo que ya era evidente. Sin miedo a llamar la atención, encendí las luces. Entre las novedades de ensayo nacional había una *Historia de la dictadura*. La abrí en el prólogo. Leí: «El proceso militar que padeció nuestro país entre 1973 y 1992...». Cerré el libro. En el mismo estante había otro ensayo histórico con apariencia de novedad. Me fijé en el pie de imprenta: Abril 2009. En la contraportada se decía que el propósito del libro era explicitar las maniobras colaboracionistas de los militares al mando con el gobierno de Estados Unidos. Y, a continuación, lo que más me sorprendió: «las maniobras de apoyo de los militares que desembocaron en la cruenta guerra uruguayo-argentina». Miré a mi alrededor, lleno de terror. ¿Qué podían decirme *todos* aquellos libros, testigos de una realidad diferente y terrible. Imaginé al librero riéndose de mi incredulidad, de mi estúpida necedad. Allí estaba la prueba; ordenados a mi alrededor los testigos de otro universo, para los cuales *yo* era el monstruo, yo era la irrupción. Corrí hacia el pasillo y regresé a la sala en la que había encontrado las novelas de Federico Stahl; traté de orientarme por el laberinto de puertas y escaleras y, tras mucho caminar y no menos desesperar, llegué nuevamente al mostrador. Y este sí parecía el de mi mundo. Aliviado constaté que allí estaban las revistas de literatura fantástica que yo había estado examinando, que recordaba todas las novedades, que incluso, si buscaba entre las publicaciones académicas, podía encontrar algunas ponencias de mi autoría, sobre Joyce, sobre Borges y Proust. Aliviado y feliz, corrí hacia la escalera del altillo y subí a la azotea. Allí estaba la ventana rota, dejando entrar el aire frío de la noche a la oscuridad guardada por los libros. Salí casi de un salto y me acerqué a la cornisa, feliz, pensando que no me importaría caer y romperme una pierna, pues estaba en *mi* mundo. Entonces sucedió algo que jamás hubiese esperado. Después de bajar –mejor dicho, de casi dejarme caer, de deslizarme– por el conducto de ventilación, ya con los pies en la acera, escuché una voz de adolescente que me decía:

«Atesté un par de golpes, muy torpemente, y sentí que uno hacía impacto. La sensación de cortar un labio y recibir en los nudillos el filo de los dientes impactados.»

–Qué hacés valor saltando por los techos, la puta que te parió, sos chorro o qué te hacés. Largá toda la guita y no marqués...

Eran dos chicos de no más de quince o dieciséis años. Uno, no el que me había increpado, empuñaba una navaja, adelantándose para amenazarme.

–Dale, largá la guita, la puta que te parió.

Estúpidamente –no había pasado por un laberinto de mundos alternativos para caer en mano de dos ladronzuelos– intenté resistirme. El que me había hablado primero me golpeó en la cara. No sentí nada, y pensé que o bien el chico carecía de fuerzas o bien no sabía cómo golpear. Empujé al de la navaja, que sólo atinaba a mostrármela, como si no estuviese preparado para usarla, y traté de correr. Entonces el otro se me adelantó y me golpeó una vez más en la cara. Esta vez sí lo sentí. Intenté devolver algún golpe, pero debí hacer algo muy mal ya que de un momento al otro me encontré en el piso. Ante la posibilidad de que me fracturaran las costillas (o algo peor) a patadas decidí no resistirme. Sentí una mano que hurgaba en mi bolsillo trasero del pantalón, sacando mi billetera. Y otra que tomaba los libros de la campera. Eso encendió toda mi rabia.

–¡Los libros no! ¡Los libros no, pendejos de mierda!

Atesté un par de golpes, muy torpemente, y sentí que uno hacía impacto. La sensación de cortar un labio y recibir en los nudillos el filo de los dientes impactados. El chico retrocedió, murmuró algo que no entendí, y arremetió. Creí que podía contenerlo, pero entonces, en un instante que se demoró durante siglos, lo vi sonreír y, presintiendo que su compañero estaba por atacarme, me di media vuelta y recibí el golpe de una baldoza en la sien izquierda. Todo se volvió oscuridad.

Desperté rodeado de libros, acostado en un sillón que reconocí de inmediato. El librero me aplicaba un paño en la zona afectada por el golpe. Sentí el ardor y el frío del alcohol.

–Calma –me dijo–, ya pasó. Lo encontré hace un rato inconciente ante la puerta de la librería de al lado... y a unos metros su billetera, me temo que vacía. ¿Tenía mucho dinero?

–No... quinientos pesos, en realidad menos, trescientos y pico –recordé que había pagado las empanadas, la coca y los whiskys con un billete de quinientos. Traté de incorporarme.

–Despacio –dijo el librero–, ese golpe no debió ser moco de pavo... ¿Por qué se resistió?

Iba a decir algo pero me detuve en seco.

El librero sonrió.

–Sí, ya vi los libros. Entró por el altillo, ¿verdad? No crea que es la única persona que se ha obsesionado así. ¿Ahora me cree lo que le conté ayer, verdad?

Asentí con la cabeza.

El librero me alcanzó una taza de café con leche.

–Tómelo despacio. Lamento tener que insistir en este tema dadas las condiciones, pero créame que *debo* preguntárselo. En su campera tenía una novela de Federico Stahl, y dos más entre el pantalón y el buzo... ¿eso es todo? ¿No le habrán robado los asaltantes otro libro?

«*La lectura de las otras novelas –incluyendo las dos versiones de Desintegración, que no eran muy diferentes– me entretuvo por una semana entera.*»

Dudé un instante.

–No –mentí–, eso es todo. Me había llevado esos tres libros...

Aquello pareció aliviarlo.

–Mejor, mejor. Quizá pronto pueda explicarle por qué, pero... digamos que cada libro que sale de aquí debe, de alguna manera, estar *registrado* por mí. Debo saber quién lo tiene. No todos los libros, algunos. No pueden caer en ciertas manos. Sé que es un

riesgo, porque las colecciones a veces terminan vendidas a colegas o... pero muchos de ellos son confiables. No importa si no me comprende, ya le explicaré, a su debido tiempo.

Sentí una vaga inquietud, pero imaginé que los motivos del librero no debían ser de mi incumbencia.

–Hagamos esto –dijo–: Yo estoy dispuesto a olvidar su irrupción si me paga la ventana del altillo; en cuanto a las tres novelas, tiene sentido que usted las conserve, y pensemos que se trata de mi compensación por el golpe. Después de todo, si no le hubiese contado lo que le conté ayer usted ahora estaría tranquilo en su cama, durmiendo el sueño de los justos...

–Me parece muy bien... pásame el costo de la ventana y lo liquidamos.

–Cuentas claras –dijo, y me estrechó la mano.

Leer las novelas de aquel otro Stahl se sintió como un *dèja vú* constante. Había, sí, referencias a su infancia, especialmente en *Lineal*, donde encontré el texto que sigue: «hasta que antes de llegar a Gaboto me asaltó una mañana de 1998 en que regresaba a la vieja casa de mis abuelos un poco a esta misma hora, después de un baile en Facultad, y caminando por la calle Carmelo me dio los buenos días el aroma de las flores, rosas y jazmines y la luz impresionista del amanecer en los árboles, las sombras azuladas astillándose entre las hojas, manchitas de luz en mi ropa meciéndose con la brisa.». Si bien me resultaba un poco dudosa esa fecha de 1998 –que debía ser de *este lado* del punto de divergencia de nuestras historias–, lo que escribía Stahl sobre los jazmines y la «luz impresionista» me recordó mi adolescencia con claridad. La calle Carmelo, cada vez que regresaba de madrugada o al atardecer, se apareció en mi mente en términos que podían ser muy bien los de esa novela; es decir, dados mis recuerdos, yo podría haberlos narrado *de esa manera* en una novela. No sé si podía considerarse la evidencia que buscaba, pero sentí la conexión, la unión entre ese tal Stahl y yo. No éramos la misma persona, pero compartíamos al menos un sótano de nuestras memorias.

La lectura de las otras novelas –incluyendo las dos versiones de *Desintegración*, que no eran muy

diferentes— me entretuvo por una semana entera. Las releí con atención, registrando pasajes que resonaban en mi memoria o metáforas y giros sintácticos que evocaban elementos de mi propio estilo, mi manera de escribir las ponencias y monografías que hacían a mi carrera. También creí reconocer en esas imágenes el eco de los escritores que siempre he amado, muchos de ellos desde antes de la adolescencia, por lo que debían ser parte de ese fondo común que compartía con el Stahl de ese mundo. Más allá de las sorpresas y las confirmaciones, debo decir que leer a mi doble ucrónico me tranquilizó. Él era de otro mundo, y sus obras habían llegado a mí, pero la realidad que me rodeaba era sólida e inmutable, en parte porque todas lo eran, cada una en su lugar. La pluralidad de mundos no amenazaba, sentí, al mío; de hecho, más bien lo confirmaba. No puedo explicarlo, de hecho no puedo entender por qué, pero eso era lo que sentía.

También tenía claro que el librero y yo nos debíamos una larga charla en la que me contase más de su librería y del hecho increíble que permitía que estuviese en tantos mundos a la vez. Quería preguntarle qué sabía él sobre las otras realidades, si las había explorado en lecturas o si también las había recorrido *físicamente*. No me parecía inverosímil imaginarlo pactando con sus equivalentes de los otros universos, intercambiando sus puestos, permitiéndose indagar en mundos tan diferentes. ¿Había leído, por ejemplo, aquella historia de una dictadura dilatada hasta los noventa, con una guerra entre Uruguay y Argentina de por medio? ¿Había caminado por las calles de ese mundo en el que no existió Napoleón, o del mundo en que Nixon se convirtió en dictador? Recordé su memoria prodigiosa, que parecía sugerir su exacto conocimiento de *todos* los libros de la librería. ¿Se extendía esa facultad a las otras realidades? ¿Cuántas conocía, cuántas había explorado? ¿Cuántas versiones de Ballard, de Nabokov, de Shakespeare, de Dante? ¿Cuántos autores deslumbrantes e inexistentes para mí? Entonces sentí crecer en mí una oleada de entusiasmo, y también de envidia. ¡Si exploraba lo suficiente la librería me sería posible leer la versión definitiva de *En busca del tiempo perdido*, terminada y corregida por un Proust que no murió en 1922! ¡Podría leer el poema que nunca pudo concretar Mallarmé, o la versión completa del *Kubla Kahn* de Coleridge! ¿Y qué decir de las novelas de Borges, de *La novela luminosa* terminada por Levrero, de lo que pudo escribir Philip Dick de no haber muerto en 1982?

«Más allá de las sorpresas y las confirmaciones, debo decir que leer a mi doble ucrónico me tranquilizó. Él era de otro mundo, y sus obras habían llegado a mí, pero la realidad que me rodeaba era sólida e inmutable, en parte porque todas lo eran, cada una en su lugar.»

¿Y si podía llegar a comunicarme con el Stahl novelista, con el que no había muerto en 2007 y había viajado a Cataluña? ¿Podría ponerme a conversar con el Stahl de la versión de *Lineal* que había leído sobre nuestros recuerdos de adolescencia en las calles de aquel viejo barrio?

Un infinito de posibilidades se abría ante mí.

Esperé al viernes siguiente para visitar al librero, siguiendo mi vieja costumbre. Lleno de entusiasmo recorrí las calles que separaban la librería de mi apartamento y, bajando de la avenida, caminé la media cuadra hasta el establecimiento.

Estaba clausurado.

La puerta y la vidriera habían sido tapiadas con tablones, sin cartel alguno que explicase qué estaba pasando o si la librería se había mudado. Entré al local vecino y le pregunté a su dueño —también un librero conocido— si sabía qué estaba pasando.

—No sé bien, creo que el viejo andaba en líos de dinero. De un día para el otro la cerraron.

—¿Pero cuándo fue la última vez que lo viste?

—Vino con un camioncito de mudanzas el miércoles y se llevó algunas cajas. Después, a las dos horas, entró con dos muchachos y varias tablas, como si fuera a tapiar puertas y ventanas. A la hora u hora y media se fue, y esa noche, cuando estaba cerrando acá, vi que otra gente clavaba esos tablones en la vidriera y la puerta. No se despidió ni dejó dicho nada...

—¿Pero no tenés el teléfono?

–Tengo uno viejo, podés probar si querés. Esperá que lo busco.

Busco en un archivo de tarjetas de visita y me anotó un número en un volante de su librería. De vuelta en casa llamé, pero nadie atendió.

Por muchos días le di vueltas al asunto. Recordé una conversación telefónica que había escuchado, en la que el librero hablaba de dinero; también estaba aquel hombre de gris, y la discusión que habían sostenido en la que creí recordar la pregunta por un título específico. ¿Y la duda del librero sobre el posible libro robado? Le había mentido descaradamente y, cuando lo creyó, recuerdo que pareció aliviarse de una duda angustiada. ¿Qué había dicho? «Debo saber quién lo tiene. No todos los libros, algunos. No pueden caer en ciertas manos». ¿No será que ante la duda de un libro perdido (porque cabía pensar que en realidad no me había creído, o que no podía estar en verdad seguro de la verdad de mis palabras) terminó por preferir no arriesgarse y huir? ¿Pero era realmente necesario?

¿Se habría sentido *tan* amenazado como para dejar su negocio, el que había llevado por, hasta donde recuerdo, más de diez años?

«Hace un par de días pasé por la calle de la Feria y me detuve ante el lugar ocupado por la librería. Habían abierto un nuevo local, una tienda de discos. Entré y, supongo que inevitablemente, examiné la disposición de las góndolas llenas de CDs, los salones y pasillos.»

No había manera de responder aquellas dudas. Recorrí por semanas y meses la calle de la Feria, preguntando por las otras librerías y puestos ambulantes si lo habían visto o si se habían enterado de su paradero. Pero nada. Con el tiempo, los libros de Stahl, alineados en mi biblioteca junto a mis otros trabajos, empezaron a convertirse en formas fantasmales, arrancadas a la fuerza de algún sueño.

Hace un par de días pasé por la calle de la Feria y me detuve ante el lugar ocupado por la librería. Habían abierto un nuevo local, una tienda de discos. Entré y, supongo que inevitablemente, examiné la disposición de las góndolas llenas de CDs,

los salones y pasillos. Noté que habían tirado paredes y abierto espacios más amplios; sin embargo, ahora no había diferencia alguna entre aquel interior y lo que sugería la fachada. Encontré, sí, una puerta al fondo, desde la que el cartel DEPÓSITO - SOLO PERSONAL AUTORIZADO parecía despejar todas las dudas. También habían tirado abajo el altillo.

Movido por la curiosidad examiné algunos discos raros, buscando títulos que faltasen a mi colección. Entonces me pareció reconocer a una clienta que estaba pagando en la caja; era, o eso creí, la mujer que, hacía ya más de tres meses, había comprado la novela de Joyce. Me acerqué para hablarle pero parecía apurada, y abandonó el local antes que pudiese llegar a reconocerla sin duda alguna. Pero me sentía muy seguro de que fuese ella, y el hecho de que hubiese regresado a aquel local, además de parecerme una confirmación, me llenó de esperanzas. Después de todo, las posibles propiedades físicas (si es que por ese lado andaba la explicación) de aquel espacio no podían haberse desvanecido. Quizá todos los universos seguían confluyendo allí, por más que las puertas y las paredes flanqueasen el acceso a esos otros espacios.

De modo que he resuelto frecuentar la disquería, buscando entre todos sus discos alguna irrupción. Qué maravilloso sería, me repito cada vez que atravieso la puerta y saludo a los empleados, encontrar casi oculto en el fondo de una góndola un álbum de los Beatles grabado en 1978.

© Ramiro Sanchiz

El autor:

Ramiro Sanchiz. Nació en 1978 en Montevideo (Uruguay). Publicó por primera vez relatos en la revista local de ciencia ficción y fantasía *Diaspar*, números 3 y 4, a los que siguieron más cuentos en fanzines y revistas argentinos como *Axxón* y *Galileo*, y españoles como *AdAstra*, añadiendo hace poco *Letralia* y *Artifex*. También ha figurado en antologías como *El descontento y la promesa* y *Esto no es una antología*, de 2008, y en el mismo año la editorial Anidia, de Salamanca, publicó su novela *01.Lineal*. En junio se espera la edición, en Montevideo, por la editorial Estuario, de su novela *Perséfone*.

EL TIPO QUE ESCUCHA

por Alberto García Salido

Silencio en una sala con cuatro sillas. Tres de ellas vacías.

En la que está ocupada encontramos un tipo que apenas se mueve y parece estar esperando a alguien.

Se encuentra vestido con vaqueros, camiseta y zapatillas de deporte. Informal. Con el pelo húmedo, sin peinar, y unas gotas de agua tambaleándose sobre la punta de su nariz. Me referiré a él desde este momento como *El tipo que escucha*.

La puerta que da acceso al cuarto se abre y aparecen tres hombres. Los tres de mediana edad y vestidos con traje oscuro. Recién afeitados. Cada uno se sienta en una silla idéntica a la del que les estaba esperando.

Tenemos así a cuatro hombres sentados en el interior de una pequeña habitación. Este cuarto se encuentra en la tercera planta de una de las muchas plantas que hay en la ciudad. En uno de los laterales tiene una ventana que permite ver que junto al edificio hay un parque lleno de niños corriendo. Es verano y el aire acondicionado exhala una ventisca fría que hace que *El tipo que escucha* se frote un poco los brazos. Quizá se arrepienta de no estar más abrigado.

Cada uno de los hombres que acaban de sentarse tiene en el suelo, junto a su silla, un papel en blanco, un bolígrafo y un sobre. En el papel, como se les indicó antes de entrar, sólo deben escribir su profesión. En el sobre, eso no hizo falta explicárselo, introducirán el papel. Los tres, muy obedientes, cumplen con esto rápidamente. Cuando tienen el sobre cerrado se miran por primera vez entre ellos.

–Hola –dicen al unísono.

Es la última vez que van a estar juntos. Entre ellos no existe la más mínima relación y están hoy aquí porque la probabilidad de que pudieran encontrarse fuera de la sala es ridícula. Aún así se les hizo firmar un documento en el cual juraron que lo que se diga entre estas cuatro paredes quedará encerrado, olvidado, para siempre.

Por si acaso.

El tipo que escucha se pone de pie y recoge los sobres para dejarlos junto a su silla. Cuando se vuelve a sentar sonríe un instante y señala con el dedo índice al hombre que está sentado a su izquierda. Éste, sorprendido pues no esperaba ser el primero, le devuelve estúpidamente el gesto.

–Buenas tardes –comienza–. Realmente no sé muy bien lo que tengo que decir, no sé cómo empezar a hacerlo –se revuelve en su silla y el traje se arruga, como él mismo está haciendo sin darse cuenta al moverse–. Estoy aquí porque me dijeron, realmente me lo comentó un compañero de trabajo, que en este tipo de reuniones se puede hablar sin temor o restricciones sobre determinados temas.

Sus dos compañeros asienten.

–Sé que lo que voy a contarles supone un gran problema para mí... –traga saliva–. Pero no vine para que me ayuden a solucionarlo, no se preocupen. Vine para hacerlo salir y quitarme de encima el peso que esto provoca en mi interior –sonríe–. Quizá he sido demasiado místico con esto último que he dicho. Me explico mejor. Digamos que si hablo, si al menos puedo contar a otros lo que me ocurre, el problema a pesar de seguir existiendo será al menos algo que ya no queda sólo dentro de mí, en mi cabeza, lo habré compartido. Lo habré expulsado, de algún modo.

De nuevo los dos hombres mueven la cabeza afirmativamente. Al parecer comprenden la actitud del que habla. Por otro lado *El tipo que escucha* se mantiene inmóvil, mirando estático al tipo que habla.

–Allá va... –otra pausa, el traje cada vez más arrugado, dentro de él un hombre cada vez más inquieto–...cuando trabajo, sólo cuando trabajo, tengo unas ganas terribles de suicidarme.

Sus compañeros parece que, en este momento, han dejado de comprender pues no afirman con gesto alguno. En cambio abren sus bocas mostrando cierta sorpresa. No dicen nada pues están obligados a mantener silencio. Deben esperar a su turno para hablar y cuando lo hagan no pueden opinar en ningún caso sobre lo que oyeron. Ese es el trato.

El tipo que escucha permanece en la misma posición.

–No es una intención de suicidio normal, simple –continúa diciendo–. Cuando comienza la jornada no siento nada, no quiero matarme. La sensación aparece conforme pasan las horas, como si la idea fuera un oleaje que poco a poco va golpeando mi mente hasta hacerla caer. Avanza hasta que se convierte en una sensación irrefrenable que me obliga a detenerme en lo que estoy haciendo, a soltar los mandos. Me obliga a dejar que sea otro el que continúe con lo que estaba haciendo –calla y se quita la chaqueta–. A mí me gusta lo que hago, me gusta porque me permite tener una vida interesante, dinero, mujeres... sé que mi trabajo es prácticamente perfecto pero en cambio me quiero morir cuando lo hago –realiza una pequeña pausa–. Lo peor es que no quiero una muerte natural como un infarto o algo así, no. Quiero matarme. Dejarme llevar y acabar con lo que estoy haciendo. Así –golpea una mano contra la otra–. De golpe.

Silencio en la habitación.

–He venido aquí para contar esto. Quiero morir, matarme, suicidarme mientras trabajo. A mitad de la jornada laboral. Cuando esté rodeado de gente y cuanto más gente bajo mi responsabilidad mejor. Y me gusta mi vida, soy feliz, os lo seguro. Pero no consigo quitarme la idea de morir trabajando –se incorpora en la silla–. Quiero un gran suicidio para un trabajador bien remunerado. Eso es todo.

Sus dos colegas se muestran ligeramente incómodos. De hecho ahora entienden por que firmaron aquellos papeles antes de entrar.

Mientras tanto *El tipo que escucha* espera unos segundos para asegurarse de que *El suicida*, pues le llamaré así a partir de ahora, no desea seguir hablando. Cuando considera que ya ha pasado el tiempo suficiente señala al hombre sentado en el centro. *El suicida*, sin chaqueta, se gira un poco sobre la silla para verle mejor. Se muestra más tranquilo ahora que ya ha hecho todo lo que había venido a hacer. Tan solo debe oír, ver y callar.

–Bien –dice el hombre del centro–. No sé cómo seguir –sonríe de forma estúpida al *Suicida*–. Aunque creo que quizá lo mejor será empezar y ya está. Lanzarme a hablar sin preámbulos estúpidos. Explicarles la razón, la cosa, la cuestión, lo que ha hecho que hoy este aquí sentado... No sé cómo llamarlo –sacude las manos nervioso antes de seguir–. Me cuesta empezar, lo reconozco. Incluso puede que por esto, por no decidirme a empezar, ustedes ya hayan sido capaces de deducir lo que les quiero contar. O puede que no... El verbo poder es un castigo para mí. Como el verbo castigar, pero eso es otra historia. El caso es que yo estoy aquí porque, como están comprobando, dudo.

El suicida sonríe al tiempo que *El tipo que escucha* mantiene el mismo gesto que al inicio cómo si estuviera tallado en su rostro.

–Dudo, y no puedo hacerlo. Dudar es normal, pero no lo es tanto en mi caso. Todos dudamos, lo sé, pero yo... Yo soy una de las pocas personas que no debería dudar ya que me dedico, básicamente, a decidir. Durante diez horas al día estoy decidiendo, haciendo valoraciones, pensando en lo que me cuentan unos y me dicen otros. Buscando entre lo que debe ser, lo que puede ser y lo que realmente es. Pasadas esas horas, cuando ya no trabajo, siempre estoy dudando. Es absurdo. No sé si quiero vino o cerveza, si carne o pescado, si blanco o negro. No sé si prefiero la noche al día o el calor al frío. Pero no son dudas sencillas, simples, son dudas que se responden con otras dudas. Que se convierten en quebraderos de cabeza, en situaciones insufribles. Cuando voy andando, por ejemplo, a veces pregunto a mis pies cuál es el próximo pues no sé con certeza si con ellos voy o vengo. ¡No sé cuál debe ser el siguiente! –calla y se masajea la frente con los dedos–. Estoy desesperado. Cuando casi he llegado a una conclusión pienso que tiene que ser lo contrario.

«–No es una intención de suicidio normal, simple –continúa diciendo–. Cuando comienza la jornada no siento nada, no quiero matarme. La sensación aparece conforme pasan las horas, como si la idea fuera un oleaje que poco a poco va golpeando mi mente hasta hacerla caer.»

El suicida cierra los ojos pues parece querer concentrarse así en lo que escucha.

–Yo no quiero dudar en todo lo que hago. Prefiero dudar en el trabajo, pensar allí y dejarme cada una de mis neuronas en aquello que hago entre cuatro paredes. No quiero dudar al aire libre, convertir mi vida en interrogación. No quiero enfrentarme a la sonrisa de alguien, o a sus preguntas, como el que se enfrenta a una tortura. Quiero dormir sin pensar antes en todas las dudas que a lo largo del día he ido dejando detrás de mí, persiguiéndome. No quiero que cada posibilidad se convierta en otra que se vuelve más grande que la anterior. Quiero dudar en el trabajo e impedir que el resto sea una viceversa absoluta.

El tipo que escucha parece mirar fijamente ahora a los ojos del hombre que habla.

–Por eso estoy aquí, para que todas mis dudas, todo lo que soy yo en realidad, escapen de mi boca y se pierdan delante de ustedes –el hombre sonríe frustrado–. Vine aquí para decir que dudo. Para decirles que sólo decido cuando me pagan por ello y que mi vida, que debería ser gratis, me sale muy cara si tengo que pagarla con tantos razonamientos.

Diciendo esto último termina su intervención. Haré referencia a él como *El indeciso*, es obvia la elección de este sobrenombre.

El suicida regresa a su posición inicial y abre sus ojos para mirar al frente.

«Cuando trabajo siento la completa obligación de hacer cumplir mi cometido. No dejo lugar al error y extremo mis esfuerzos, hasta agotarme, buscando la manera de convertir en ejemplo todo lo que hago.»

Sólo uno de los tres hombres con traje queda por hablar, por decir qué hace aquí. *El tipo que escucha* no tiene esta vez que señalarle o mirarle para que empiece.

Es su turno.

–Como mis dos colegas ya han utilizado el saludo para empezar, y como creo que no hace falta que salude, yo directamente hablo. No quiero hacer que pierdan el tiempo con tonterías.

El suicida y *El indeciso* parecen agradecer este gesto.

–Si mis dos compañeros –continúa–, porque los considero ya compañeros, tenían uno problemas con su trabajo y otro problemas con su vida yo, para no alejarme mucho de ellos con lo que voy a decir, tengo problemas en ambos aspectos de mi existencia.

El suicida y *El indeciso* sonríen.

–Empiezo... Cuando trabajo siento la completa obligación de hacer cumplir mi cometido. No dejo lugar al error y extremo mis esfuerzos, hasta agotarme, buscando la manera de convertir en ejemplo todo lo que hago. No puedo darme nunca una tregua. Represento la excelencia en mi trabajo –al decir esto mueve su cabeza de un lado a otro, como si estuviera negando sus propias palabras–. En cambio cuando termina mi turno y empieza mi vida ésta se transforma en un reflejo perverso de lo que antes estuve haciendo. De algún modo me siento obligado a destruir lo que logro mientras trabajo. Debo robar, debo romper, debo mentir y debo hacer sufrir de la misma manera que el resto del día tengo que lograr lo contrario. Es una locura ser dos veces persona sin encontrar entre ambas el término medio.

El tipo que escucha le observa manteniendo la posición que mostró cuando hablaron los otros dos hombres.

El suicida frunce los labios de forma estúpida.

El indeciso, como era esperable, no sabe aún qué hacer.

–Me gustaría tener una mente en línea recta, o al menos con pocas curvas, para no tener que enfrentarme constantemente a este cambio perpetuo. Llega a tal la situación que a veces en las horas de trabajo debo solucionar los destrozos que logro en las horas de descanso. Voy por las calles buscando al culpable de algo que yo mismo he cometido –su voz tiembla, se convierte casi en un susurro que lucha por escapar de sus labios–. Yo quiero una vida en la que trabajar no sea tener que arreglar lo que antes, viviendo, he convertido en delito.

El último hombre calla dejando caer sus manos abiertas sobre las rodillas. *El reflejado* será su seudónimo.

nimo.

Reina finalmente el silencio.

Éste es diferente al que ocupó el inicio del relato. En la habitación están encerradas todas las palabras que han sido dichas. Si antes la ausencia de ruido era un preámbulo, ahora se ha convertido casi en un castigo. El silencio de ahora esta lleno de palabras incómodas e inaudibles que revolotean para perturbar al que las dijo y, por supuesto, al que las prestó atención.

El tipo que escucha mira su reloj. Se levanta de la silla y, con gesto afable, da la mano a cada uno de los que han participado. Después, siempre en silencio, les señala la puerta. Deben marcharse.

Los hombres, obedientes como al inicio, cumplen con lo que se les ordena. Sabían que cuando el último hombre dejara de hablar la reunión habría terminado. Diligentes abandonan el cuarto. *El indeciso*, tras detenerse un instante, es el último en hacerlo.

Al quedarse solo *El tipo que escucha* se sienta otra vez en su silla. Recoge los sobres del suelo y comienza a mezclarlos con los ojos cerrados pues no deben mantener el orden en el que los hombres los habían dejado. A continuación toma uno de ellos para abrirlo y lee lo que está escrito en voz alta tal y cómo le dijeron que debía hacerlo.

—¡Juez!

Coge el segundo.

—¡Comisario de policía!

Y, finalmente, abre el tercero.

—¡Piloto de avión!

Tuerce los labios y deja los sobres en el suelo ya que también le indicaron que los dejará allí.

El tipo que escucha se pone de pie y tras llevar sus manos a los oídos retira resoplando de ellos dos pequeños tapones de color azul que llevaban un buen rato molestándole. Sin saber muy bien por qué, los guarda en un bolsillo. Exclama un par de palabras para comprobar que es capaz por fin de escuchar lo que ocurre a su alrededor.

La puerta del cuarto se abre y el hombre sabe que llegó el momento de abandonar el lugar. No volverá allí nunca pues es un trabajo de una sola vez en la vida. Esta condición se indicaba en negrita en el contrato.

Se marcha, sin mirar atrás.

Quizá pensando en el dinero que ganó por observar a tres tipos vestidos de traje mientras hablaban uno tras otro. Dinero fácil y tapones de color azul, ese es su premio por prestar atención a palabras mudas sin apenas sentido.

Se cierra la puerta y todo queda en silencio.

Las sillas y un cuarto vacío.

Trabajo que acaba con un punto y final que sorprende al único que durante todo este tiempo estuvo escuchando aún sin utilizar sus oídos.

© Alberto García Salido

El autor:

Alberto García Salido (Madrid, 1981) cursó estudios de Medicina en la Universidad de Alcalá de Henares y realiza actualmente la especialidad de Pediatría. Tras resultar premiado en varios certámenes de escritura, ver a sus relatos formar parte en varias obras recopilatorias y publicar narraciones, cuentos breves y textos poéticos en diversas páginas de internet realizó su debut en el ámbito literario durante este mismo año con el libro de relatos "*El tipo que escucha*" editado por *Alfasur*. Si deseas más información visita el blog del autor: <http://citopiensoluegoexisto.blogspot.com>

SUMERSIÓN

por Lucía Lorenzo

Sumergirse se sumergen los que desean el contacto (siempre el contacto), como una condición indispensable. Él no. Él es poeta y los poetas sufren el calor. Sufren las condiciones indispensables de los otros. Lo necesario de los otros. La pretensión de sumergirse y el acto de sumergirse. Desde la sombra de la terraza, ve al hombre metiéndose en el mar. Siente el primer impacto del agua en los tobillos. El segundo impacto del agua en los tobillos. Mientras tanto, detrás suyo, recogidos bajo la humedad de la parra, los niños miran fijamente a tres cachorros y, a unos pocos metros de él, su hija adolescente lee a un escritor que a él no le gusta.

–Además, tus amigas no leen –le dice, descolgado y absurdo.

El hombre en el mar levanta los brazos, como si llamara o pidiera algo que le es inaccesible y se quejara. Pero ¿se queja? No, quizá sólo se sienta libre, o un poco libre, o quizá sólo se sienta como si estuviese siendo filmado; como un protagonista.

–Si se ahoga, no voy a ir a rescatarlo –dice él, mirando el mar.

Los poetas no rescatan a hombres que se ahogan por capricho. Los poetas sólo rescatan a pescadores, a mujeres o a niños. No a hombres que tienen como condición indispensable sumergirse en el mar sólo porque es verano.

–Ni loco –dice.

A un cachorro, parece, le late demasiado el corazón. Se dice, tiene una fábrica ahí adentro. Es tibio y corresponde que lo sea. Ninguno se alarma por eso. Pero la fábrica es súbita y generalizada. Alguien aprendió esas dos palabras hoy. Parece que lo dan vuelta y lo dejan apoyado sobre su espalda hasta que gira y aprieta el morro contra el piso. *Ahí no*, le advierten. *Así no*. Uno se acerca para darle una mínima información sobre la madre, le cuenta sus vicios y algunas pocas virtudes; la leche, por ejemplo. O que es mentira eso de que las madres nunca piden nada a cambio.

«Los poetas no rescatan a hombres que se ahogan por capricho. Los poetas sólo rescatan a pescadores, a mujeres o a niños. No a hombres que tienen como condición indispensable sumergirse en el mar sólo porque es verano.»

El hombre se sumerge contento. Nada como si estuviese solo en el mundo. Y eso, supone él, lo hace feliz. Las brazadas son largas y rítmicas y él imagina el cansancio posterior como un triunfo. Una parcela de triunfo que se alquila o a la que uno se asocia de forma vitalicia. Él no tenía ninguna relación con el triunfo. Quizá, dedicarse al deporte era una forma de acercarse.

–¿Me hablaste?

–Yo no hablé –dice su hija.

El hombre sale lentamente del mar (los hombres siempre salen lentamente del mar). Se sacude después como un perro, idéntico a un perro, sin pensamiento.

Quisiera ser él, piensa el poeta.

Y comienza a reunir, con asombro, todos los *quisiera ser él* que sintió, o al menos los que recuerda. Agradecería entonces el ser interrumpido. Pero nadie lo interrumpe. Si de pronto uno de los cachorros necesitara algo, un golpecito en el lomo o un rápido vistazo para asegurarles a todos que sí, respira. Pero no es interrumpido. Los cachorros están bien y su hija adolescente lee con atención a un escritor mediocre.

–¿Y tus amigas? –le pregunta. Ella no contesta.

–¿Y tus amigas?

El poeta se pone de pie y se estira. Se mira los brazos, el pecho, las rodillas. Levanta los brazos, deja los puños cerca de los hombros y piensa que es atlético. ¿Es atlético ahora? Y mira al hombre. Y el hombre mira el mar desde la orilla, empapado, envuelto en el triunfo del desgaste físico.

Uno de los cachorros es informado sobre el destino de su padre, la voz le explica que lo vio hace unos días corriendo por el camino al almacén, alejándose del camino al almacén; y después lo vio en los pastizales; y después del otro lado de los pastizales; y un día en el camino a la playa, echado y lamiéndose una lastimadura, tranquilo y lamiéndose una lastimadura. Porque a los perros les gusta mucho eso.

–¿Soy atlético? –pregunta él.

–No –contesta la hija.

No, no es atlético. Y hay algo ridículo en querer serlo. Entonces piensa un poco más en los hombres que tienen como condición de verano el sumergirse y nadar, y fingir estar solos, y fingir, entonces, todo lo demás.

«Ella no lee lo que él escribe. Nadie en su casa lee lo que él escribe. Asienten con las cabezas cuando un tercero dice cosas positivas sobre su poesía. Sonríen un poco y asienten, desconcertados.»

–¿No soy atlético?

–Nunca sos atlético, papá.

–¿Por qué no?

Ella levanta la cara para mirarlo. Él intenta parecer fornido. Ella se desinteresa en seguida y vuelve al libro sin decir nada. Él se acerca. La mira. Está sentada en el piso y él ve su nuca. Está de pie, detrás de su nuca, y quisiera poder golpearla. Pero es su padre y los padres no golpean a sus hijos. Los padres esperan, observan y escuchan, y tres meses o tres décadas después hacen un comentario

a destiempo sobre eso que vieron o escucharon.

Ella no lee lo que él escribe. Nadie en su casa lee lo que él escribe. Asienten con las cabezas cuando un tercero dice cosas positivas sobre su poesía. Sonríen un poco y asienten, desconcertados. Pero no lo leen y él no sabe ahora, mirando la nuca de su hija inclinada sobre un escritor mediocre, si eso es bueno o malo.

–Escribe mal –le dice a la nuca.

Ella levanta la cabeza, lo mira al revés y no le sonrío.

–Es horrible escribiendo.

Ella vuelve a bajar la cabeza y en él se reitera el deseo de golpearla, mientras detrás suyo un cachorro es informado sobre las diversas ventajas de tener hermanos.

El hombre se aleja de la orilla. Avanza por la arena como un deportista nato. Un ejemplo de sanidad física y mental. Tiene propiedades en la ciudad. Muchas propiedades, y los legajos de su historia personal son tan claros, tan poco ambiguos, tan fáciles de ordenar y desordenar y volver a ordenar, que hacen que el poeta se sienta viejo.

Y entonces el poeta se siente viejo. No desgraciado. Sólo viejo y curtido por algo que nunca conoció realmente. Piensa en el padre de los cachorros hundido en el calor de los pastizales, lamiéndose con pacífica dulzura sus lastimaduras, y quiere ser el padre de los cachorros también y tampoco ahora es interrumpido. Nunca es interrumpido y eso es irritante.

–¿Por qué nunca me interrumpen? –grita de golpe. Sus hijos levantan la cara, se detienen en él unos segundos, y casi en seguida vuelven a lo que estaban haciendo.

© Lucía Lorenzo

La autora:

Lucía Lorenzo (Montevideo, 1973). Escribe cuentos.

LAS ANDANZAS DEL MAGO DON FIDEL

por María Dubón

Bien sabido es que para dar en desjuiciado puede ser un buen camino la excesiva afición por los libros de caballerías, que lo que empieza en lecturas puede fácilmente terminar en andanzas; genios de las letras hubo que ya hablaron cumplidamente del asunto. También los amores contrariados han servido de justificación a más de un majareta de renombre. Sin embargo, poco se ha escrito sobre quienes devinieron en tal chaladura por su inclinación a los hechizos y brujerías, que haberlos hubo. Y tal es el caso de nuestro personaje.

A fe que don Fidel, cuando aún sólo era conocido por tal nombre, fuera hombre bien regido, que no existió otro más cuerdo en su época. Pero ya sabemos que de sabio es variar de opiniones, y así, por mor de sus aficiones, él vino a mudarlas del todo, que si bien antes su vida se distinguió siempre por lo reposado, desde que le entró la manía por las retortas, alambiques, sortilegios y demás historias, podemos asegurar que se acabó la tranquilidad, tanto para él como para los que le rodeaban, al punto que ya no acertaba a coordinar dos ideas seguidas. Y a tal extremo vinieron a llegar sus desatinos que, desde que un día erró en los conjuros y en vez de lograr un cólico miserere para el recaudador de tributos, que era lo que tenía proyectado, alcanzó a que se viniese abajo el tejado del pazo señorial en el que vivía, su familia se negó a reconocerlo como a tal.

Y en verdad que no había para armar tamaño alboroto, que nadie es tan infalible que no pueda equivocarse alguna vez, y máxime sabiendo que nuestro sabio era distraído de condición. Pero como fuese que sus allegados, dando pocas muestras de comprensión por su parte, diesen en considerar peligrosa aquella obsesión y decidieran encerrarle en un convento para evitar mayores males, viose nuestro hombre obligado a emprender huida, que nada le seducía aquel proyecto. Y así, optó por refugiarse en una casita aislada que le pertenecía por herencia de bisabuelos, enclavada allá por tierras de Orense.

No pocos inconvenientes hubo de resignarse a soportar el bueno de don Fidel con lo retirada de su existencia. No obstante, todo tiene su compensación, y pudo consagrarse sin trabas al ejercicio de sus aficiones mágicas. Su fama de chiflado trascendió pronto entre los lugareños de aquella comarca, que sentían por él un más que respetuoso temor cuando veían salir por la chimenea de su casa aquel humo rojizo tan característico de los experimentos prohibidos. Y aún su prestigio de personaje misterioso se acrecentó en mucho cuando se corrió el rumor de que había comprado a un pastor una cabra negra de cuernos retorcidos y que una lechuza que anidaba en su desván ululaba a la luna llena.

Como cabe suponer, no era lo narrado muy del gusto de aquellas gentes, aunque pronto hubo quien, venciendo sus recelos, acudió a consultarle buscando remedio para alguna enfermedad maligna a la que los físicos no le encontraban razón. Pero los que con más asiduidad dieron en recurrir a nuestro mago eran los que padecían mal de amores, que su fama de remediador a tales padecimientos cundió bien pronto. Tan es así, que muchos le visitaban solicitando de él pócimas y elixires con los que tornar fieles a los libertinos y ardientes a las frías.

Y en tales menesteres fue al cabo don Fidel ejercitando sus mejores oficios que, ciertamente, resultaban asuntos harto lucrativos para el poco trabajo que le reportaban. Unos polvos de cantáridas mezclados en proporción más que generosa con las semillas de acanthea y ya estaba lista la mixtura para solventar los casos extremos de inapetencia conyugal. La pócima obraba maravillas, y eso que nuestro mago no acertaba a calcular la cantidad que la prudencia hacía aconsejable administrar, pero considerando que el remedio no iba a matar a nadie y como la recompensa fuere el prurito carnal, a todos les importaba un ardite que los efectos del afrodisiaco resultasen, a menudo, excesivos.

Más nunca fue Fortuna, a quien no en vano se ha dado en llamar Veleidosa, modelo de justicia en lo que respecta al reparto equitativo de la humana felicidad, y, por obra y gracia de una malhadada suerte, hubo de pasar por la comarca, camino hacia Compostela, don Blas Agudo de los Montesaltos, canónigo, y, por más señas, inquisidor, quien no tardó en enterarse de los servicios que el mago don Fidel prestaba a sus convecinos.

Era don Blas Agudo de los Montesaltos, pese a estar impedido por los imponderables que su condición eclesiástica le imponía, aficionado al trato de las hembras, aún cuando apenas había tenido ocasión de gustarlo. Desde el seminario fue condenado a la absoluta renuncia de lo que en el fondo más seguía apeteciendo, y así el infelice mortal, que a trancas y barrancas lograba dominar sus naturales inclinaciones, se veía sumido en una constante tentación, en un desasosiego que lo traía trastornado. Y acaso fuera por aplacar su intención contrariada por lo que don Blas Agudo de los Montesaltos ejercía con notable celo su misión purificadora, que había llevado a la hoguera a más herejes de los que pueda darse cuenta en crónica alguna, pues tanta era su intransigencia en lo tocante a determinadas materias que hasta al mismísimo Papa hubiera puesto en un brete, si por azar llega a caerle a mano.

No guardaban por ello las gentes grato recuerdo del inquisidor y, por aquello de que nadie es tan perfecto que no tenga algún pecadillo que ocultar, los que lograron escapar con bien de aquella lotería de la muerte, quedaron tan atemorizados que mentar a aquel fiel servidor de la Iglesia y ponerse a hacer la señal de la cruz era para ellos uno.

Fácil es de imaginar que con tales antecedentes despertara entre los vecinos un más que supersticioso desasosiego, sólo había un lugar donde se le acogía con menor antipatía y era la posada de la villa. Mucho se hablaba en ella de las fórmulas magistrales del mago don Fidel, que conseguían holganzas dignas de unas buenas bacanales, algunos alardeaban de su potencia con las mozas, otros menudeaban en los detalles de alguna desvergonzada historia convenientemente aderezada con sal y pimienta, que no hay que olvidar que la lengua se desata con el calorcillo suave de un buen vino. Resumiendo, que don Blas Agudo de los Montesaltos sufría el desventurado viendo que para él quedaba vedado lo que para los otros era plato corriente y decidió vengarse en las carnes de ese mago don Fidel haciéndole el protagonista de uno de esos tenebrosos espectáculos en los que nuestro hombre ejercía de oficiante.

No imaginaba el cuitado del mago don Fidel que hubiese de pagar tan caras consecuencias, pero de todos son conocidos los nefastos resultados que puede acarrear la práctica de la brujería, máxime cuando uno se topa con la Santa. Grande ha sido la repulsión que siempre provocó en el ánimo de las gentes el olor a carne humana churruscada y ése era el fin que le esperaba a nuestro mago: la hoguera purificadora. Ya estaba preparada la pira, nuestro hombre entre rejas y el inquisidor almorzando en la taberna antes de presidir el auto, cuando el posadero quiso agasajar al mosén con un exquisito caldo de cierto barril centenario que guardaba en un lugar privilegiado de su bodega a fin de congraciarse con él, que con persona de tan significada condición más valía estar a buenas, por lo que pudiera acontecer.

Quiso el capricho del hado que por error, o váyase a saber si con intención, el posadero escogiese aquel excelente tinto en el que antaño vertiera un pomo de elixir que contenía cierta mezcilla de la invención del mago don Fidel. Y a fe que los resultados no se hicieron esperar, pues, como ya dijimos, nunca fue don Fidel dado a escatimar los efectos sus remedios. Sintió el inquisidor que se le encendían los más lascivos ardores y tan urgente se le hizo aplacarlos que dio en encerrarse en su habitación, donde se aplicó en sus habilidades manuales de forma tan desconsiderada, que del puro destrozo que se produjo hubo de recurrir a un físico para que le remediase.

No era poca la abrumación que sufría don Blas Agudo de los Montesaltos, pues una tacha así, siendo tan alto dignatario, le causaba gran desespero. El físico no supo hallar el oportuno remedio, que no eran muchas sus habilidades, dicho sea de paso, y al final hubo que recurrir a la sabiduría del mago don Fidel para aliviarle el mal. Nuestro mago le preparó una pomada, más como ya dijimos que era de naturaleza distraidilla, se equivocó con los ingredientes. La fórmula no resultó como debiera, y el desdichado inquisidor, en el paroxismo del dolor, salió a la calle dando saltos y clamando al cielo benevolencia para sus solitarios pecados. Más muerto que vivo, alcanzó a llegar nuestro personaje hasta el desvencijado carromato que le aguardaba dispuesto para proseguir viaje tras el torramiento, espoleó a las mulas y con gran afrenta huyó de aquel apuro, mientras, el pueblo entero le despedía bullanguero entre befas y chirigotas. El conocido descalabro anda en coplas.

© María Dubón

La autora:

María Dubón. <http://dubones.blogspot.com>.

LA GRUTA NOS ERA CONOCIDA

por Carlos Santi

La gruta nos era conocida, de alguna vez que escuchamos, con Clara, algunos rumores en alguna noche de turno.

Nos enviaron a la gruta, a quince kilómetros de Salto, como encaminándonos hacia las estancias del este, tirando a Treinta y Tres.

Clara y yo conocemos a muchos de los estancieros, aunque nos cuesta recordar cada señora y cada marca de ganado. Quizá Clara conoce más cinturones de hijos de estancieros que botas de peones. No sé. Lo que es yo no sé. Nunca hablamos tanto de su tiempo libre. Es más, ella se pondría muy enojada, muy enojada si supiera que yo estoy...

Pero yo no estoy...

¿Y yo? A mí me gustan las empleadas domésticas. Y me gusta mucho una comadre. Sólo una verdaderamente me gusta, me trastorna. Es una comadre que vive en una casa camino a Young. Su marido es buen hombre. Camionero. Es buen hombre. Una vez lo detuvimos con Clara. O nos mandaron a detenerlo. A medio camino, en medio de la ruta, creo que más cerca de Salto que de Paysandú.

—Y bueno, oficial. ¿Qué pasó? —me dijo esa vez el buen hombre, como canchereando. Como siempre, como todo a quien paré, que me cancherea.

—Bajáte un momento —le ladré un poco, respetuosamente.

Y lo bajé. No lo había identificado. Luego lo reconocí.

—Ah, ¡pero si sos vos, Comodoro! —le dije con vergüenza. ¿Por qué le decían Comodoro? Clara sabría por qué le decían Comodoro.

Y lo encaré allí mismo, en medio de la carretera, que es para eso que me habían mandado a registrarlo. Un buen hombre. Le revisé la carga.

—Clara, quedáte aquí —le advertí. Y le revisé la carga. Luego nos fuimos atrás del camión. Yo no estaba...

Es buen hombre. ¿Por qué me decía Chile ese hijo de puta mal nacido?

—Chile, vieja, dejáte de joder, ché. Chile, vieja, te lo juro, por la Comodora, si me zafás de ésta, ché, te lo juro, hermano, Chile, dejáme, pibe, dejáme...

Y me suplicaba, como un derrotado le habla a las imágenes entronizadas entre capullos de cristal, en los rincones de las iglesias de Salto. Las iglesias de Salto son bastante feas. Me suplicaba y agitaba, entre sus manos gruesas y callosas de camión, una esperanza sin colores.

¿Por qué carajo este hijo de puta buen hombre mal nacido me llamaba así, Chile?

No desenfundé. La tarde parecía lluviosa en mi recuerdo, aunque no sé si estoy recordando la misma tarde. Quizá la lluvia de otra tarde, la tristeza de otro hombre suplicándome, se pegó a mi recuerdo de esa tarde y a la única memoria que tengo de Comodoro. Quizá sí desenfundé y quizá sí le disparé a quemarropa, detrás de la nuca, luego de arrodillarlo, y quizá la memoria de otro que se me escapó, o la memoria de otro que sí sobrevivió se pegó a esta única memoria que tengo de Comodoro, y me fabricó este recuerdo. Por lo general, sé, por mis años en la fuerza, que la memoria de los vivos se pega a la memoria de los muertos, hasta fagocitarla. Cada recuerdo se compone de dos rostros, y uno de ellos nunca lo hemos recordado. Uno de ellos es uno que rematé en la nuca, mientras me balbuceaba de rodillas, y Clara se fumaba su Cerrito en el móvil patrullero.

Y si es así, ¿puede ser posible que otro recuerdo de un policía, un recuerdo tan artificial y prefabricado

«Clara y yo conocemos a muchos de los estancieros, aunque nos cuesta recordar cada señora y cada marca de ganado. Quizá Clara conoce más cinturones de hijos de estancieros que botas de peones. No sé.»

como éste, un policía que a lo mejor le decían Chile, fuera el que funcionaba en Comodoro al llamarme así? Sería muy conveniente que Comodoro fuera un recuerdo mío prefabricado, y que este recuerdo me prefabricara a mí, sería muy conveniente. Y ahora: ya me fui al carajo, ¡hasta en capicúa ya me fui!

Bueno, sí, quizá Comodoro ya está perdido. Un buen hombre ese camionero. Clara podría aclararlo todo. ¡Qué va a poder esa mina, si le pedí que se quedara en el móvil! Bueno, por lo menos podría aclararme a mí, ya que es imposible que dos personas tan distantes y tangenciales, como Clara y Comodoro, se hubieran puesto de acuerdo para prefabricarme a mí se hubieran puesto. ¡Hasta en capicúa! Así que yo estoy seguro. Yo, lo que soy yo, y mi arma de reglamento, estamos seguros.

Aunque si Clara se enterara que estoy... Me... El resultado sería malo. Aunque yo no estoy...

¿Qué pasó con el camionero? A mí me gusta mucho su mujer. ¡Cuántas veces fui camino a Young, a encaramarme sobre esa gorda tan hermosa, tan perfectamente gorda cuántas veces! Como buen milico, y como mejor salteño, soy adicto a las gordas. Me encantan, me provocan fascinación. Y Clara lo sabe, la muy hija de puta flaca de mierda descarnada, justo a mí me la vienen a asignar de compañera. Y se ríe. Se ríe de mí. En otra memoria, la muy descarnada se ríe de mí. Si mi arma de reglamento fuera una gorda, ¡si mi arma fuera una gorda!

«Nuestras linternas eran muy buenas. Empezamos a andar por la gruta. No era muy honda, y tampoco muy larga, ni escarpada. Era excesivamente húmeda. Uno exhalaba y la respiración chorreaba de la nariz. Lo que sí es que era tortuosa.»

Salto es una ciudad de gordas uruguayas, y de milicos que las amamos. ¡Y yo me tengo que ir casi hasta Young!

Así que, regresando del camino de Young, y agarrando para las estancias del este, nos mandaron a una gruta. Voy a ingresar en una gruta con la felicidad de una gorda todavía en mi paladar. Es increíble. Hay ciertos sabores que nunca logran abandonarnos. Se pegan a todo. Y provocan ricura y felicidad, con la fuerza de una ventosa. Voy a ingresar en una gruta.

Nos costó llegar por allí. Son quince kilómetros, pero no sé bien quién fue el retardado que los midió. Hay que agarrar por allí en un camino que le dicen el Camino de La Pasionaria, y que estoy

seguro que ni el mismo estanciero, que está allí al borde del camino, tiene la más pálida idea que le llaman así. Tampoco sé quién o qué es La Pasionaria, ni me interesa saberlo. Sé que si preguntamos por el lugar, toda respuesta fue un rumor que chocó con otro obtenido anteriormente. Hay estancieros que ni saben lo que tienen en sus campos, menos van a saber de una gruta, un hoyo inservible debajo de un campo también seguramente ocioso e inservible. Pero no. La encontramos. El estanciero no sabía nada de grutas o que estuviera en el suyo. Pero su campo sí que no era inservible.

Nunca había visto tantas. Ni siquiera en aquel Uruguay-Brasil, con el Estadio Centenario hasta los mambos, había visto tanto ganado junto, al mismo tiempo. ¿Cómo fue que fui a ese Uruguay-Brasil? Yo estaba franco y...

Nos tomó un rato hallar la boca de la gruta. El suficiente como para que anocheciera.

—¿Y a esta mierda nos mandan? —le observé a Clara cuando encontramos el hoyo.

Nuestras linternas eran muy buenas. Empezamos a andar por la gruta. No era muy honda, y tampoco muy larga, ni escarpada. Era excesivamente húmeda. Uno exhalaba y la respiración chorreaba de la nariz. Lo que sí es que era tortuosa. Lo que caminamos se torció tanto que en un momento sentí que habíamos dibujado un círculo.

Entonces llegamos a lo que parecía ser el nadir de la gruta. Ya no había más abajo ni más adelante. Alumbramos y no había mucha cosa. Luego alumbramos a un costado y, como acurrucado tras una uña de piedra, un ojo horrorosamente negro nos observaba. El minero parecía mirar sin mirar. Los ojos brillaban pero no parecían líquidos ni cristalinos. Su cara era muy deforme, como si le hubiera nacido enferma, o como si se la hubieran arreglado en un taller de chapa y pintura.

—¿Es éste? —dijo Clara, y acusó con su mano al minero—. ¿Es ésta la cagada que hemos estado buscando tanto tiempo?

Cada vez que decía una reada, yo la miraba más hermosa. Sus groserías chorreaban en la gruta, por la humedad.

Desenfundé y le apunté al minero, para que entendiera nítidamente nuestras intenciones. No se movió ni parpadeó. Retraje el martillo de mi arma de reglamento, y me acordé de los buenos hombres. El minero parecía muerto. Esperé un segundo.

Entonces reaccionó, como si lo hubieran reactivado desde otra tierra distante, carente de amo. Respiró casi a control remoto.

–Tranquilo, tranquilo, compañero cana, voy con ustedes –dijo, y mostró las manos pacíficamente. Su voz era pesada y sórdida, como si se la hubieran rajado del cantero de una piedra, buscando manganeso. Y encontraron esa voz, en vez de manganeso, y así como venía, pesada y sórdida, se la pusieron.

–Entonces éste es –dijo Clara, y también desenfundó sin dejar de iluminarlo.

–Tranquila, hermana cana –volvió a decir, dirigiéndose a Clara–, aquí estoy, ya está, tranquilos, aquí estoy, ya me encontraron.

Sus palabras fluían dóciles, y se le entendía con claridad, sin necesidad de domesticarlo ni golpearlo con alguna culata. Pero su docilidad era especial, gustosa, como si careciera de amo.

Un hedor insufrible, un hedor a perro sucio indescriptible emanó de él cuando me le acerqué a esposarlo. Me atajé las arcadas, casi vomité, eso sí, sin querer ofender el pudor del minero. Me acordé de mis gordas, y de todas las veces que tuve el inefable placer de encaramarme sobre mis gordas, y me fui calmando. Las náuseas se me aplacaron. Lo esposé. Aunque tuve arcadas.

Luego de que lo esposé lo sacamos de la gruta, con dificultad. Caminaba rengueando, como si tuviera la rodilla derecha desarticulada de la pierna y del muslo. Se la toqué, y la patela le flotaba como un chicle calcificado. No le servía para caminar. No le dolió cuando se la palpé.

El minero me preguntó si yo era pobre. Le dije que sí.

–Compañero cana, ¿me permite una palabra de revolucionario con usted? –dijo, casi como acostumbrado al procedimiento.

–No –le dije. Como sincerándome. Todo parecía lluvioso.

El minero cerró el hocico. Porque eso parecía. Sus ojos se hundieron en la noche, observando la estancia imposible de observar. No me dijo ni dejáme ni te lo juro, no sé, no lo recuerdo. No estoy seguro. Llevo muchos años en la fuerza. Y no estoy seguro ni siquiera de que sé contar años. No lo arrodillé ni le disparé en la nuca, ni lo celebré con Clara, ni nos repartimos lo que cargaba en su cuerpo hediondo, que creo que no era nada, ni lo arrojamos de vuelta al hoyo de la gruta. Lo esposamos. No lo sé. Clara podría despejarlo todo. Yo estoy...

Le quité las esposas. Eso lo recuerdo porque mis esposas siempre regresan conmigo. ¿Dónde se las quité? ¿En el móvil? ¿En la ciudad? ¿En la puerta del celdario? ¿En el hoyo de la gruta? ¿Lo tiré al fondo un barranco, y luego tuve que regresar a quitarle mis esposas? No lo sé. No lo recuerdo todo muy bien. Voy a regresar de la gruta. Voy a agarrar por la carretera, camino a Young. Voy a silbar mis canciones de bar, como un buen hombre. Si mis esposas fueran una gorda, ¡si mis esposas fueran una gorda!

«Un hedor insufrible, un hedor a perro sucio indescriptible emanó de él cuando me le acerqué a esposarlo. Me atajé las arcadas, casi vomité, eso sí, sin querer ofender el pudor del minero. Me acordé de mis gordas, y de todas las veces que tuve el inefable placer de encaramarme sobre mis gordas, y me fui calmando.»

© Carlos Santi

El autor:

Carlos Santi. Nací en Santiago del Estero, Argentina, en 1978, bajo el aire asfixiante de la dictadura militar. Hice algunos años en Ingeniería. Viajé por buena parte de la Argentina. Ahora vivo en Salto, Uruguay, sin resignarme, pero sin reprochármelo, milagrosamente.

LA VIDA SUCIA

por Carlos Ardohaín

1

Una vez tuve un gramo de cocaína tirado debajo de la cama durante un mes y medio. No es que no lo quisiera consumir, sino que lo olvidé.

En ese tiempo yo vivía con una mujer loca y no lo hubiera compartido con ella, ya bastante tenía con sus borracheras y sus gritos, sus pesadillas diurnas y sus celos de telenovela. No, ese papel era mío. Alguien me lo había dado una noche y yo lo había dejado ahí para ocultarlo en algún otro lugar más tarde. Pero lo olvidé. Cuando lo volví a encontrar ya estaba húmedo y no servía para nada, lo tiré a la basura.

Dije que esa mujer era loca y no era exactamente así, le faltaban un par de peldaños para alcanzar ese estado. A veces me parecía que su inestabilidad emocional era actuada. No hacía mucho que vivíamos juntos, más o menos seis meses, teníamos amigos comunes y nos habíamos conocido en un taller de teatro. Nos enganchamos enseguida, ella era muy sensual y nos entendíamos bien en la cama, al tiempo apareció la posibilidad de alquilar una casa muy barata sin necesidad de presentar garantía y nos mudamos sin más trámite. Enseguida me entraron dudas y pensaba si no habría sido un gran error. Todos los días me preguntaba por qué estaba con ella.

Ahora pienso tener no una respuesta, pero sí un indicio. Creo que el mal que la tenía prisionera no era compacto ni perfecto, tenía una grieta, una rajadura por donde ella podía respirar y darse cuenta de las cosas, y yo podía ver esa falla, y creía que hurgando en ella se podía agrandar hasta que esa caparazón de desequilibrio acabara por ceder y se rompiera por completo, y yo me veía como el héroe destinado a liberar a la prisionera del hechizo, el guerrero que mataría al dragón. Pero el enemigo era fuerte y pertinaz, y yo no estaba muy bien alimentado. Era más grande mi fe que mi destreza. Eso les ha bastado a

«Teníamos una perra como mascota, pastor alemán, esa raza que la gente llama de policía, era una cachorra encantadora aunque un poco boba.»

muchos héroes de leyendas y relatos fabulosos, pero en la vida sucia de todos los días no alcanza, son necesarios muchos otros atributos de los que yo carecía. De modo que todo se fue al diablo cuando pudo más el delirio que el amor o el deseo. Pero todavía faltaba para eso. En esos días yo estaba lleno de dudas, sin embargo tenía una confianza ciega en mi futuro, una palabra era mi talismán secreto, la palabra *todavía*.

No había hecho una obra, todavía. No había escrito nada interesante, todavía. No había viajado mucho, todavía. Y así. Con los años aprendí que tampoco cargaba tantos muertos a mis espaldas todavía. Esa manera algo irracional de creer en el futuro quizá era una forma de defenderme o de mantener más o menos a flote el barco.

Había adquirido una costumbre que alimentaba mi fantasía: imaginaba que los cables que colgaban entre los edificios tenían mensajes ocultos en su recorrido y yo intentaba descifrarlos. Primero copiaba en un dibujo la disposición de los cables y después los estudiaba en casa. A veces superponía el dibujo al plano de la ciudad y recorría a pie alguno de los trayectos que se marcaban como si fueran un diagrama estafalario de subterráneos. En ese deambular encontraba objetos que traía a casa como piezas de una colección arbitraria: fotos, relojes rotos, cartas, una caja de cartón bastante grande con la que pensaba hacer una escultura y otras cosas que mucha gente consideraría basura. Podía decirse que era un artista sin obra, pero tenía mis ínfulas.

No hacía mucho había conseguido un trabajo en una agencia de publicidad donde dibujada, armaba originales, un poco de todo, era una agencia chica y el sueldo era bajo, sin embargo con eso podía sobrevivir.

La casa en que vivíamos era modesta pero nueva, una de varias que había construido en la zona un

italiano para vivir de rentas en su vejez. Tenía un terreno al fondo donde crecía un pasto irregular y desordenado que yo casi nunca cortaba. El lugar había sido durante mucho tiempo un basural. Estaba ubicada en un barrio tranquilo de las afueras, muy cerca de la comisaría del barrio. El comisario era un hombre gordo de mediana edad, portador de reglamentario bigote, casado con la directora de la escuela, que también era gorda, y vivían en una casa frente a la nuestra. No teníamos trato con ellos salvo el cotidiano de vecinos, saludarnos con formalidad cuando nos cruzábamos y no más que eso. Yo veía en él una actitud de amenaza, era evidente que no le gustábamos mucho.

Teníamos una perra como mascota, pastor alemán, esa raza que la gente llama *de policía*, era una cachorra encantadora aunque un poco boba. Tal vez por no haberla adiestrado o a causa de un golpe terrible que sufrió cuando la atropelló un auto, vivía en una infancia eterna. Era cariñosa al extremo y bastante ladradora.

Me gustaba jugar con ella en el fondo cuando volvía de trabajar, me relajaba y me divertía, después la mojaba con la manguera para refrescarla y ella se tiraba a la sombra a descansar.

Una tarde, ya anocheciendo, escuché unos ruidos extraños en la puerta, como si alguien raspaba la madera suavemente, cuando abrí la vi tirada en la entrada, con la pata rascaba la puerta como pidiendo auxilio: temblaba o, más bien, se estremecía, y me miró llena de miedo. Entendí enseguida que se estaba muriendo. Envenenada. La metí en la casa y le hablé con dulzura para calmarla, tenía una expresión de inmensa perplejidad, como preguntándome qué le estaba pasando. Al rato murió en mis brazos. Me puse a llorar de dolor y de rabia. Más tarde llegó mi mujer y tuvo una crisis de llanto, gritos y demás. Nos quedamos mucho tiempo junto al cuerpo tratando de entender lo que había pasado.

«Mientras hacía un pozo cerca de la medianera intentábamos deducir quién había sido el que la había envenenado: el principal sospechoso era el comisario de enfrente.»

Cerca de la medianoche nos pusimos de acuerdo en enterrarla en el fondo. Mientras hacía un pozo cerca de la medianera intentábamos deducir quién había sido el que la había envenenado: el principal sospechoso era el comisario de enfrente. Mi mujer quería ir a golpearle la puerta y hacerle un escándalo, gritaba que tenía que ser él, que era un asesino hijo de puta. Tuve que calmarla y convencerla de que no teníamos modo de estar seguros de que hubiera sido él y que de todas formas, no nos convenía hacer nada de eso.

Mientras tanto seguía cavando. En un momento la pala golpeó algo duro. El pozo no era muy hondo todavía, supuse que sería una piedra y enfoqué con la linterna, parecía más bien un hueso, saqué algo de tierra de alrededor y cuando volví a enfocar, lo que vi me dio terror. Eran huesos humanos, una calavera y lo que parecía la parte superior de un tórax. Tuve que sentarme en el pasto, no podía tenerme en pie. Me vi a mí mismo inmundo de tierra, de un lado el cadáver de mi perra y del otro un pozo con restos humanos, enfrente tenía a mi mujer que estaba gritando desahogada. Intenté calmarla hablándole, pero era inútil, gritaba y gritaba. Su conducta se estaba poniendo peligrosa, entonces me paré y le di una bofetada para que se callara. Me miró con los ojos muy abiertos y se puso a llorar en silencio.

No sabía, no sabíamos, qué pensar ni qué hacer. Pensé en tirar a la perra encima de los huesos y tapar todo. No era sano ni aconsejable hacer una denuncia en la comisaría. Pensé también quemar los huesos y enterrar las cenizas y restos en otro pozo distinto al de la perra, pero me parecía un acto muy cobarde, paralelo al que los había enterrado la primera vez. De pronto tomé una decisión.

Seguí cavando hasta despejar del todo los huesos, me puse unos guantes y los saqué al pasto, no era un esqueleto completo, los huesos de las piernas faltaban o estarían enterrados más abajo, no sé, no tuve ganas de averiguarlo. Cuando terminé de sacarlos tuve que vomitar un par de veces entre las dalias del cantero. Vencí el asco y el miedo y enterré en el mismo pozo a mi perra, la tapé y planté encima de ella una de las dalias florecidas.

Fui hasta la casa y traje una botella con un resto de ginebra que me tomé muy rápido para darme coraje. Mi mujer no paraba de preguntarme qué iba a hacer, qué pretendía. Le hice una seña que la hizo callar y ayudarme sin más preguntas.

Llené el piletón del lavadero con agua mezclada con cloro y tiré los huesos ahí, la calavera tenía un

orificio de bala. Los cepillé con fuerza para limpiarlos, estaban bastante secos, pero tenían adherido algo que despedía un olor repulsivo y era difícil de desprender. Ese olor mezclado con el del cloro era de una fetidez insoportable, cada tanto daba vuelta la cara para respirar, mientras tanto no podía dejar de especular sobre quién habría sido esa persona, varón o mujer, joven o viejo, cuánto tiempo llevaría enterrado ahí y quién lo habría matado, porque estaba enterrado en nuestro terreno. Alejaba de mi mente las preguntas y volvían, una y otra vez.

En un momento oímos el ulular de una sirena que se acercaba, se me erizaron los pelos de la nuca y nos miramos aterrorizados, pero de a poco el sonido se alejó y se diluyó en la noche. Estuvimos en eso un par de horas largas y cuando me pareció que estaban más o menos limpios, desagoté el agua inmundada de la pileta y dejé que se escurriera hasta el final. Fui hasta mi habitación, traje la caja que había encontrado en la calle hacía un tiempo, envolví los huesos en papeles y los metí con cuidado en ella. Después la cerré y la até con un cordel grueso. Mi mujer me miró, me pareció que empezaba a entender. Enjuagué la pileta y limpié todo, me saqué los guantes y los tiré a la basura.

Ya estaba amaneciendo, en la parte baja del cielo asomaba una claridad lechosa. El mundo parecía nuevo e inocente, ajeno a toda contingencia humana.

Me fui a dar una ducha. Estuve un rato bajo el agua tibia y vomité otra vez, salí del baño temblando y con un fuerte dolor de cabeza, me faltaba el aire. Mi mujer se bañó también y nos fuimos a la cama sin hablar ni mirarnos. Faltaba apenas una hora o dos para que tuviera que ir al trabajo, todo había pasado muy rápido, sin embargo había sido una noche interminable.

Al rato me levanté y me vestí como un autómatas. Agarré la caja y me fui al centro con ella, antes de ir al trabajo pasé por el correo y la despaché con remitente falso.

2

Este whisky se pone mejor después del tercer vaso, siempre lo dije, a esta hora es bueno poner atención a los detalles, aparecen las cosas que tenemos guardadas, escondidas en la memoria, ya no me acuerdo cuánto hace de la última vez que estuve con ella, me gustaba mucho cuando se ponía frenética de tan caliente y saltaba encima mía como una buena puta de cualquier quilombo, pero después tomaba mucho y le daba por llorar y gritaba que yo era un milico de mierda, un asesino y torturador y un montón de huevadas más, muchas veces le tuve que pegar un bife para que se callara de una vez. Pero a pesar de tanto grito siempre me pareció que le gustaba que yo tuviera el arma en la mesa de luz mientras cogíamos, porque la miraba de una manera rara y un par de veces la había agarrado y hacía cosas con ella., Muchas veces me preguntó a cuánta gente había matado. Insistía con eso aunque yo nunca le contestaba. Por las dudas siempre la dejaba descargada, recién cuando me vestía le ponía otra vez el cargador, esa costumbre que uno se agarra en este oficio de tener siempre el arma a mano, en el escritorio de la comisaría o cuando está dándole máquina a alguien en la leonera. Ya ninguno de nosotros tiene presente que eso sirve para matar: es una herramienta, una prótesis, un juguete, qué se yo, parte de uno, eso dicen. Pero yo no lo digo, me gusta tenerla cerca pero me pesa, me recuerda que me pueden matar en cualquier momento. Ahora después de tanto tiempo viene a desenterrarse esta historia, menudo quilombo se armó con mi mujer cuando vio la caja en el living, no es que ella supiera, pero siempre sospechó algo raro con la de enfrente..., y ahora llegó este bulto que no dejé que abriera... como si hiciera falta..., los dos sabemos que viene del pasado, del otro lado de la calle. Malditas las ganas que tengo de ver eso ahora, qué puntería este roñoso venir a encontrar al fiambre. Pero la mugre siempre sale a relucir, yo sabía que a la larga alguien iba a encontrarlo, fue una boludez enterrarlo ahí, aunque esa noche yo estaba más borracho que ahora, estaba como loco. Cuántas cagadas hace uno, la mina me llenó tanto la cabeza, me dijo y me dijo tantas veces que el tipo la perseguía, que no la dejaba vivir, que la amenazaba, que al final lo boletió y a la mierda, quedó seco para siempre. Lo tendría que haber tirado al río, pero no sé qué me dio de plantarlo en el baldío, justo enfrente de mi casa. Ahora capaz que lo voy a tener que enterrar de nuevo, no sé..., no puedo andar por ahí con el muerto a cuestas, aunque a cuestas ya lo tengo. Y ahora qué se le dio a este hippie de mierda de mandármelo a mi casa, como si supiera. Pero saber no debe saber nada, debe ser de boludo nomás o por venganza por lo de la perra. Por algo no me gustaba que se vinieran a vivir ahí con la loca, todo muy mezclado, muy a la mano. ¿Ella le habrá dicho algo?, ¿le habrá dado la idea de que me mande el

muerto a mí, o no sabrá nada y será cosa de él? Si se ponen pesados lo boleteo a éste también, todavía me acuerdo cómo lloraba y me pedía que no lo matara al otro, creo que el tipo se cagó encima del miedo, se puso de rodillas, yo esperé un rato para pegarle el tiro porque me gustaba verlo humillarse. Por suerte nadie sabía que andaba con la mina. No lo buscaron mucho parece, no era un pescado gordo, aunque después tendría que haberlo hecho desaparecer, usar ácido o algo así, o llevarlo a la cantera de Arana que les tiran cal viva y no queda nada. Ahora ya es tarde, lo tengo en el living, en esta caja de mierda que mañana tengo que sacar de acá de alguna manera. O mejor esta noche, a la madrugada la cargo en el auto y la llevo hasta un parque. Ahora que lo pienso la loca me dejó casi enseguida después de eso, como si ya no me necesitara. Parece que una vez que le maté al machito que la jodía, mi trabajo estaba hecho, qué hija de puta. A mí me jodió porque estaba enganchado con ella, me gustaba lo que hacíamos y cómo era en la cama, nada que ver con la gorda, además de que es mucho más joven. Pero me dijo que mejor dejáramos de vernos, que era muy peligroso después de lo que habíamos hecho, no me dio más bola, cambió de actitud, después conoció a este flaco raro y se vinieron a vivir acá, no lo podía creer, justo donde había enterrado a ese infeliz. Y la muy perversa lo sabía, yo le dije al tano que no les alquile, que no le iban a poder pagar, pero la mina le cayó simpática y les alquiló igual, y encima tenían esa perra de mierda que se la pasaba ladrando y jodía la paciencia, era muy rompebolas. Muchas veces se pelean y discuten muy fuerte, desde acá se escuchan los gritos, sobre todo de ella, si la conoceré, pasada de alcohol, llorando y puteando y gritando contra todo, provocando hasta llegar a límites peligrosos. Me voy a servir otro whisky. Una noche les mandé un patrullero porque los gritos eran más fuertes y violentos que nunca, cuando se fueron los agentes apagaron todas las luces y se callaron por un rato, después se veía luz de velas y sombras moviéndose acompañadas en la pared, parecían fantasmas, pero eran ellos que estaban cogiendo. Después de todo ese quilombo se pusieron a culiar, hijos de puta. Hace unos días lo vi salir al flaco con una caja grande bien temprano, pero qué me iba a imaginar que era esto, que me la iba a mandar a mí y que era esto, para colmo cuando la trajeron estaba mi mujer, tuve que decirle que eran pruebas para un caso que estamos investigando pero no me creyó. Nunca mandaron un paquete con pruebas en todos estos años y menos a mí, ahora hay que ver cómo lo soluciono. Ahí está la caja, como una trompada. Me dan ganas de cruzar la calle y meterle un plomo a cada uno, a ella en la boca, al tipo en el pecho, o los pongo con estricnina como a la perra. Mirá si voy a tener problemas ahora con el tipo que limpié por esta loca después de haber zafado de tantos otros, siempre salí limpio sin drama. Me duele un poco la cabeza, tanto dar vueltas alrededor de lo mismo. Tengo tentación de abrir la caja y ver cómo están los huesos. Mejor no, mejor me deshago de ellos rápido y me olvido del asunto. Pero no puedo dejarlo pasar así nomás, el tipo sabe que los recibí, es una provocación, no me puedo hacer el boludo. O a lo mejor sí. Eso sería peor para él, que yo no reaccione, que lo que hizo sea inútil, como un boxeador que no acusa el golpe recibido. No voy a mostrar debilidad ni desequilibrio. Lo mejor será hacer de cuenta que esta caja no contiene lo que contiene, que no existe, que no llegó nunca. Si no llegó, nadie me la mandó, si nadie la mandó, no hay de qué preocuparse y el flaco de enfrente es un pobre gil. Ahora me tomo otro whisky, pongo la caja en el auto, la llevo a un baldío, entierro de una vez y para siempre el contenido, quemo la caja y me vuelvo a dormir. Y acá no ha pasado nada, no ha pasado nada de nada.

«Ya ninguno de nosotros tiene presente que eso sirve para matar: es una herramienta, una prótesis, un juguete, qué se yo, parte de uno, eso dicen.»

© Carlos Ardohaín

El autor:

Carlos Ardohaín. Poeta, actor y artista argentino (Mar del Plata, 1953). Reside en Avellaneda. Cursó estudios de artes plásticas en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Trabajó como actor en la La Plata formando parte del grupo Tal (1974-77), participando de las puestas en escena de *Homo Dramaticus* (A. Adelach) y *A través del espejo y lo que Alicia descubrió allí* (L. Carroll). Cursó estudios de cine y video con Rodolfo Hermida. Hizo talleres de poesía con Elizabeth Azcona Cranwell (1989) y con Arturo Carrera (2000). Trabaja como diseñador gráfico y redactor. Ha publicado las plaquetas *El ojo secreto* (1998), *La hoja bifida* (1999) y *Ojo x ojo* (2000). Su poemario *13* fue distinguido en 2004 con un accésit en el Concurso Poesía en Tierra, organizado por el Centro Cultural de España en Buenos Aires. En noviembre de 2005 realizó la curaduría de la muestra fotográfica de Robert Doisneau, "Renault por Doisneau", que se exhibió en el Museo Renault de Buenos Aires.

LA FLOR DEL FRÍO

por Jorge Luis Cáceres

*I would have told her then she was the only thing
I could love in this dying world but the
simple word "love" itself already died and went away.*

Marilyn Manson

O bien

*Le habría dicho entonces que ella era la única cosa
que podría amar en este mundo moribundo pero la
simple palabra "amor" ya había muerto y se fue*

Unos cigarrillos, un six-pack de cervezas y unos chicles, es todo. La caja registradora marcó siete dólares, Rodrigo paró en la gasolinera de la Av. Velasco Ibarra, estaba exhausto; era de madrugada cuando tomó la decisión de comprar algo en el mini market de la gasolinera para despabilarse y mantenerse despierto. Antes de encender su auto, prendió un cigarrillo sin preocuparse del lugar en el que se encontraba, un despachador de gasolina advirtió su actitud imprudente, pero cuando quiso actuar fue demasiado tarde, Rodrigo ya se encontraba en el camino manejando a gran velocidad su auto, un Alfa Romeo modelo 157, color negro.

El claxon despertó al guardia que vigilaba la casa del Valle de los Chillos, una propiedad a la cual no acostumbra ir mucho la familia de Rodrigo. Éste, alertado por la presencia de Rodrigo, activó el portón eléctrico como un zombie y siguió durmiendo profundamente. El cigarrillo se había consumido, Rodrigo decidió encender otro, no le molestaba la impavidez mostrada por el guardia a su llegada.

Dirigió sus pasos rumbo al pequeño departamento que había mandado a construir específicamente para él, alejado de la parte central de la casa y provisto de casi todos los lujos. Equipos de video de todas las marcas, reproductores de DVD, VHS y BETAMAX, sistema de sonido de última tecnología, TV plasma, y hasta un reproductor de películas en formato 8mm. Al llegar al departamento, un sobre de papel de color anaranjado, que se encontraba sobre el televisor, llamó su atención. En su interior se encontraba un disco formato DVD, marcado con el título que decía La Flor del Frío, lo tomó y activó el reproductor, inmediatamente, la bandeja se deslizó hacia afuera permitiendo colocar el disco en ella, luego se lo tragó hacia su interior. Una imagen colapsó el lugar mientras Rodrigo se ponía cómodo para presenciar la función de su vida.

* * *

Un día antes...

El Pipo se encontraba sentado en su auto matando el tiempo, había faltado a la última hora de clases de la facultad de economía. Se encontraba estacionado a un costado del parque de Santa Clara, en la calle Alonso de Mercadillo; con el vidrio del auto a media asta miraba detenidamente a los vagabundos del lugar, observaba sus gestos, el licor que bebían, la goma que metían en sus cuerpos. Cerca de ellos, un grupo reducido de niños de la calle jugaba dando volteretas en el pasto húmedo; al fondo, la pequeña pero sobria Iglesia de Santa Clara de San Millán, cuyas puertas se encontraban casi siempre cerradas, servía como guardián ciego de los residentes del parque.

Sin ser visto, el Pipo sacó una cámara fotográfica para tomar fotos a detalle de cada uno de los vagabundos, eran seis aproximadamente, agazapados en el corazón del parque procurando mantenerse ocultos por la maleza crecida en el lugar. Sobre todo se cuidaban de la policía y de los curiosos. Un mensaje llegado a su celular lo sacó del trance de camarógrafo aficionado. Sus amigos lo esperaban para planificar la diversión de la noche.

La casa del Toño, ubicada tras el Swiss Hotel, al final de un redondel sin salida, era el sitio donde se reunían desde la época de la infancia. Una pared saturada por hiedras trepadoras que llegaban hasta una pequeñísima ventana del segundo piso diferenciaba la estructura de las demás casas del sector. En una terraza que daba a la parte trasera de la casa, el Toño lo esperaba con una jaba de cervezas a medio terminar y una pista musical que anunciaba el Apocalipsis en la Tierra, el infierno y un dios mirando televisión. El Pipo se alegró por el recibimiento.

—Llegas tarde, Pipo, como de costumbre, dijo el Toño, con aspecto alegre, ¿dónde te habías metido? Por cierto, has vuelto a sacar un cero en economía básica.

—Estaba tomando fotos, contestó el Pipo, les tengo una sorpresa, a propósito ¿dónde están los demás? Estuve por el Parque de Santa Clara, qué lugar más espantoso, pero esa no es la buena noticia. La buena noticia es que encontré a seis vagabundos, estamos de suerte.

El Toño se alegró por la noticia e inmediatamente tomaron contacto con el Cámara.

* * *

El Cámara.

El Cámara era otro de los amigos del grupo, en total eran cuatro, todos se conocían desde niños. El Cámara era hermano de uno de los amigos del hermano mayor de Rodrigo y del Pipo, quienes eran hermanos. Su nombre real era Víctor, pero todos lo conocían como el Cámara. La razón: siempre cargaba una cámara de video a todas partes que iba. Grababa los chupes, las peleas, los tises de sus amigos y los suyos. La videgrabadora, una Sony Handycam 508, era una extensión más de su cuerpo, se podría decir que era un perfecto imperfecto sin ella.

* * *

El Toño vivía con su madre, una diplomática colombiana que se radicó en el país pero que, debido a cuestiones de trabajo, se ausentaba por largas temporadas. En recompensa por el tiempo perdido, ella dejaba hacer al Toño lo que se le venga en gana sin poner límites a sus caprichos. En más de una ocasión ella los acompañó y financió sus borracheras, talvez porque se encontraba sola o porque le gustaba Rodrigo, el mejor amigo de su hijo.

La primera vez que filmaron un video juntos fue por curiosidad. Rodrigo había llegado de los Estados Unidos, donde se encontraba de moda el bum-hunting (caza de vagabundos). A su regreso, reunió

«La primera vez que filmaron un video juntos fue por curiosidad. Rodrigo había llegado de los Estados Unidos, donde se encontraba de moda el bum-hunting (caza de vagabundos).»

a todos en su departamento y les comentó sobre lo fácil que era hacer un video de esas características. En la pantalla un título que anunciaba Bumfights (luchas de vagabundos) acompañado por un fondo de música hardcore resumía una pelea entre dos vagabundos matándose a golpes por unas cuantas monedas. En otra secuencia chocaban sus cabezas contra muros de concreto y ladrillo, alentados por el licor prometido por los realizadores del film. En otro video actúa el cazador de vagabundos, una especie de cazador de cocodrilos, pero, en este caso, un cazador de parias y desvalidos. Durante la exposición de videos, El Pipo no paró de reír y divertirse. Encontraba graciosa la forma de actuar de aquellos tipos y, con actitudes ridículas, imitaba a los vagabundos del video estrellando su cabeza contra la pared, provocando la risa de los demás. El Toño también se sentía emocionado, nunca había visto algo igual y tenía muchas ganas de poner en práctica lo observado. Además, hacía tiempo quería inaugurar unas esposas que su madre le regaló en uno de sus cumpleaños. Ciertamente era un extraño regalo, pero muy práctico para iniciar la cacería.

Varias semanas transcurrieron desde aquel día en el departamento de Rodrigo, casi a todos se les pasó la excitación producida por los videos, con excepción del Pipo, quien se dio la tarea de averiguar los lugares por donde deambulaban los «sin techo» en Quito. Su labor consistió en tomar fotografías y ubicar con exactitud los sectores de San Blas, Santo Domingo, San Francisco y el Terminal Terrestre. Conocía a los vulnerables y a los fuertes y, entre estos últimos, descubrió a un sujeto de raza negra, conocido simplemente como el Negro, quien era un verdadero titán de volumen colosal y aspecto tenebroso.

El Pipo había encontrado a la estrella del espectáculo. Después de semanas de investigación, decidió contarle a su hermano sobre su descubrimiento. Rodrigo contactó a los demás y en un solo auto fueron al encuentro del Negro para tratar de convencerlo y comprometer su participación en las filmaciones. Se dirigieron rumbo al sector del Terminal Terrestre. Al llegar, con lo primero que se toparon fue con un grupo de prostitutas. El Cámara pensó en secuestrar a una de ellas y grabar un video estilo sado, pero al Pipo se le había metido la idea de filmar peleas entre vagabundos, además sería mucho más fácil comercializar ese tipo de videos a diferencia de uno mostrando la violación de una mujer. Rodrigo se acercó al lugar donde se encontraban aquellas mujeres que lo recibieron con los brazos abiertos destilando coquetería, aquella de la que se compra con dinero. Pero Rodrigo no estaba interesado en probar los encantos de la noche, buscaba otra cosa, para ser exacto buscaba a un sujeto conocido como el Negro. Del interior de su bolsillo sacó un billete de veinte dólares y, acercándose al oído de una de las prostitutas, detalló las características del sujeto al que andaba buscando. Ella señaló con su dedo extendido en dirección a un chongo de muy mala reputación conocido como el Farol Rojo y, sosteniéndolo por el brazo, advirtió a Rodrigo sobre el peligro que correrían él y sus amigos al entrar en aquel sitio.

* * *

En el interior del Farol Rojo, un olor a cigarrillo, ron y un pasillo del inmortal J.J. se fundían con el miedo a lo impredecible. Tomaron asiento en una mesa y una gentil joven ligeramente tostada por el sol apareció con los tragos de cortesía. Rodrigo, el más calmado de todos, se dirigió hacia la barra para obtener información sobre el paradero del tipo conocido como el Negro.

—Negro, oye, Negro, unos gomelos están preguntando por ti, dijo el encargado de la puerta del chongo, dirigiéndose al colosal sujeto.

—¿Y qué quieren?, preguntó el Negro intrigado, mientras se incorporaba de una destartada silla. Con un gesto agresivo señaló a la persona que vino a alertarle sobre la visita de aquellos desconocidos.

Unos pasos fuertes dirigidos hacia la mesa donde se encontraban Rodrigo y los demás anunciaron la llegada de un tipo con aspecto poco amistoso y de volumen colosal.

—¿Qué quieren?, ¿quiénes son?, preguntó el Negro con expresión molesta. ¡Droga no tengo! Y será mejor que se larguen antes que me los lleve por delante, mocosos de mierda. El frío de la noche estremeció los cuerpos del Toño y del Cámara quienes, por inercia, sintieron deseos de salir corriendo sin mirar atrás. Hasta el Pipo estaba cagado del miedo.

—¿Qué quieren?, ¿quiénes son?, preguntó nuevamente el Negro, despidiendo de su boca un aliento fétido. Me estoy cabreando, si no responden...pero antes de que terminara la oración, Rodrigo lo interrumpió de un solo tajón.

—Mira, negrito de mierda, dijo, mejor te bajas del avión donde te has subido y me respiras de lejos que estás apestando, hemos venido a proponerte un negocio de mucho dinero, ¿qué dices?

—Y qué clase de negocio es ese, ricitos de oro, dijo el Negro (refiriéndose a Rodrigo) mucho más calmado. Al grano.

—Queremos que peles por nosotros en unos combates. Serías tú contra varios vagabundos, amigos tuyos, siguió Rodrigo.

—Yo no tengo amigos, respondió el Negro.

—No te pongas sentimental, la cosa es simple, buscamos algunos muertos de hambre como tú, les ofrecemos comida, droga, trago, lo que ellos pidan para que peleen por nosotros.

—Y yo ¿qué gano?, dijo el Negro intrigado y mucho más interesado por la propuesta.

—Para empezar, cien dólares y una bolsa de hierba, dijo Rodrigo lanzando la bolsa en dirección donde se encontraba el Negro.

—Pues si es así, añadió el Negro complacido por la oferta, yo mato a cualquiera. Trato hecho.

Concretado el negocio con el Negro lo demás venía fácil, esa misma noche se dirigieron rumbo a San

Blas, allí localizaron a dos vagabundos, al principio se portaron hoscos y desconfiados por la actitud apacible de aquellos extraños que invadían su territorio. Sin más preámbulos les hablaron de sus intenciones, pero los vagabundos, en un principio, se negaron.

–Creo que no va a ser tan fácil, dijo el Cámara, quien estaba filmándolo todo desde que entraron en aquel espantoso chongo en busca del Negro.

–Mejor nos llevamos a la fuerza a estos cabrones, dijo el Pipo. Rodrigo solicitó calma, en estos días como van las cosas basta con mencionar unos cuantos dólares y tendremos a estos pendejos sacándose hasta los pulmones si queremos.

Con el Negro y los vagabundos completamente convencidos, se dirigieron al lugar escogido para la filmación, una hacienda de propiedad del Toño, ubicada vía Tumbaco. Para esto, el Cámara se puso al frente de la situación asumiendo la postura propia de un director de cine, dando órdenes y solicitando entrega por parte de los actores.

–¡Quiero golpes, golpes y más golpes, sin piedad! Rodrigo interrumpiendo al Cámara y dirigiéndose al Negro, dijo:

–A ver, negrito, cómo prefieres pelear, uno por uno, o los dos a la vez. Para entonces, a uno de los vagabundos ya no le pareció tan buena la idea y mucho menos después de observar a su contrincante, éste tomó la decisión de devolver el dinero y largarse de allí. –Aquí está el dinero que me dieron, ya no quiero pelear.

«El vagabundo intentó huir, pero la acción lo atrapó de improviso. El Negro se adelantó con un fuerte golpe estrellando su cuerpo contra el desprotegido contrincante. El Cámara agradeció la toma lograda.»

–No es tan fácil, cabroncito, dijo el Pipo efusivamente, quedaste en algo con nosotros y vas a tener que cumplir lo pactado. El vagabundo intentó huir, pero la acción lo atrapó de improviso. El Negro se adelantó con un fuerte golpe estrellando su cuerpo contra el desprotegido contrincante. El Cámara agradeció la toma lograda.

–¡Bien, Negro!, ¡realmente eres una bestia! La pelea continuó con un ritmo vertiginoso y con un solo ganador y absoluto contendiente, los golpes no paraban de salir por parte de aquel mastodonte, mientras su rival yacía en el piso solicitando piedad hasta que ya no pudo hacerlo más. Los gritos del Toño eran coléricos,

eufóricos, se sentía excitado por la acción. Una cosa era ver aquellas cintas que Rodrigo les mostró y otra, muy diferente, era ver en vivo y en directo una masacre como la que el Negro les estaba ofreciendo. ¡Simplemente espectacular!, con todas sus letras.

–Qué más quieres que haga, ricitos, me parto al otro o lo dejamos para otro día, dijo el Negro, recuperando el aliento perdido, procurando mantener esa expresión de asesino rapaz.

–¡Mátalo!, gritaron el Pipo y el Cámara emocionados. Mátalo, que todavía sobra cinta. Dicho esto, el Negro agarró al otro vagabundo, quien se encontraba petrificado, lo sostuvo como a un muñeco por sobre su cabeza y lo azotó contra el piso de la vieja hacienda, aquel horrendo lugar escogido para la filmación. Acabada la jornada cavaron unos hoyos en la parte trasera de la hacienda y sepultaron los cuerpos de aquellos infelices. ¡Quién dijo que era difícil filmar asesinatos reales! No sentían remordimiento alguno por lo que habían hecho, total nadie iba a reclamar por aquellos olvidados quienes, en muchas ocasiones, eran asesinados por la propia policía. Acordaron con el Negro que ellos le avisarían cuando le tuvieran más contrincantes, para esto le entregaron un celular y le cancelaron los cien dólares. Cuando el Cámara apagó la videograbadora, el gesto del Negro no varió en lo absoluto, mantenía aquella expresión furiosa.

–Saben, mocosos, lo fácil que sería matarlos a todos, dijo el Negro manteniendo la mirada sobre Rodrigo. Pero a Rodrigo nunca se le escapaba detalle alguno por pequeño que éste fuera y, enseñando un arma que llevaba escondida en el cinto, miró al Negro con una expresión de odio particular.

–Y tú, negrito de mierda, sabes lo fácil que sería colocarte una bala en medio de los ojos.

–Era broma, ricitos, sólo una bromita para disipar el ambiente. Mientras me paguen, yo me como a

cualquiera, añadió el Negro riendo a carcajadas.

* * *

Realidad Nacional. Un periodista siempre debe estar enterado de los acontecimientos que lo rodean, del panorama nacional e internacional, debe ser un lector asiduo. Muchas veces su opinión es la opinión ciega de cientos de personas, de ahí la importancia de conocer sobre la realidad nacional. Mientras el esmerado profesor impartía su cátedra, devengando la miseria que les pagan a los profesores en este país, Julieta miraba con atención las noticias que circulaban por los medios de comunicación alternativos en la red, sobre la sistemática desaparición de vagabundos en parques y plazas de la capital.

www.centrodemediosindependientes.com

TEMOR Y ZOZOBRA POR LA CRECIENTE DESAPARICIÓN DE LOS «SIN TECHO» EN LAS CALLES DE QUITO

Virginia Díaz

En las inmediaciones de la Plaza de Santo Domingo, las palomas ya no acuden a esperar a Doña Clara. Las pocas sobras de comida recolectadas durante el día para su supervivencia y que, sin egoísmo, brindaba a sus blancas amigas de esperanza, ya no estarán más alegrando las tardes frías de la capital. Las crecientes denuncias hacia un grupo que, posiblemente, se encuentra desapareciendo a vagabundos, travestís y prostitutas de las diferentes plazas, parques y calles de la ciudad ha puesto en zozobra a aquellos que prefieren la penumbra de la noche para refugiarse y calmar la angustia de vivir en condiciones infrahumanas o de aquellos que esconden su verdadera personalidad en las sombras por temor al rechazo de la colectividad. Muchas de estas personas, como el caso de Don Vicente, quien, tras el feriado bancario lo perdió todo, se han visto en la necesidad de refugiarse en las calles y encontrar abrigo en medio de la basura. Los alberges se encuentran saturados de indigentes que claman por un techo digno para dormir seguros, aunque sea por una noche. Sienten miedo de la calle, comentan que existe un grupo que les persigue con el único afán de acabar con sus vidas.

–Pss..., Pss..., Felipe, enciende tu computador y conéctate al Internet, observa la noticia publicada en el portal de Medios Independientes. Trata sobre la extraña desaparición de indigentes en toda la ciudad.

A Julieta le fascinaban las noticias de crónica, aquellas que implican acción entre sus líneas, las que conllevan a desenlaces inesperados, talvez por eso decidió estudiar periodismo, para trabajar dentro de la redacción de crónica roja de algún prestigioso diario.

–Esta noticia nos podría hacer famosos, comentó Julieta mientras Felipe devoraba un sánduche en la cafetería de la universidad.

–De qué hablas, Juli, son sólo vagabundos. Con el tiempo, esta noticia dejará de ser importante. En vez de pensar en esas cosas, deberías prepararte para los finales que están cerca. Julieta notó un poco de recelo en las palabras de Felipe y decidió investigar por su cuenta, total, en otras ocasiones ya lo había hecho sin mucho éxito, por así decirlo. La noticia le impactó como para dejarse desalentar por las palabras del cobarde de su amigo, tal vez esa era la razón por la que Julieta no aceptaba las insinuaciones sentimentales que Felipe le hacía. Lo que más detestaba, después de los pasillos, eran los hombres cobardes y llenos de prejuicios o, para resumir, ¡maricas!

En plena «Era del conocimiento», el Internet se había constituido en un arma indestructible, incorruptible, brillante y casi con vida propia. Ningún otro medio de comunicación se preocupaba por la desaparición de los «sin techo». La televisión llenaba su raiting con basura. La radio prefería poner discos de Shakira o David Bisbal, dañando el oído de los radioescuchas; los diarios, a pesar de cernir mejor las noticias y de realizar alguna que otra tarea investigativa, centraban sus preocupaciones en los nuevos insultos que el Presidente emitiría en contra de sus adversarios.

Noticias sobre grupos de tinte neo-nazi o extremistas circulaban como rumor por toda la red. Sitios

web del exterior se preocupaban por averiguar la vertiente del problema y el modus-operandi de aquel oscuro grupo. Nada más alejado de la verdad. Las especulaciones iban desde asesinos a sueldo contratados por el propio gobierno, hasta caníbales que acechaban a los indigentes para probar su carne.

Julieta, mediante un correo electrónico, localizó a la escritora del editorial proveniente de la página del Centro de Medios Independientes, Virginia Díaz. Julieta desconocía que Virginia estudiaba en su propia universidad y que disfrazaba su verdadera identidad con un pseudónimo. Virginia, de casualidad, se topó con una noticia que hablaba sobre la desaparición de los «sin techo» en Quito y la transcribió añadiéndole cierto toque personal para que parezca realizada por un periodista de los nuestros. Al cabo de unos días, Julieta recibió contestación a su correo electrónico; en él, la nombraban corresponsal de noticias en Quito en representación del Centro de Medios Independientes. Se sintió orgullosa por haber logrado tal distinción y, sin más espera, tomó la determinación de encontrar la vertiente de aquel espeluznante grupo que azolaba las calles de la capital.

Manual del Investigador.- Primer paso: Cerciorarse del terreno, pisar en terreno firme y seguir, paso a paso, la secuencia de los hechos. Tomar contacto con los posibles testigos.

En la noticia, Virginia ponía, como punto de referencia, la Plaza de Santo Domingo, en el centro de la ciudad. Julieta confiaba ciegamente en la noticia escrita por una tal Virginia a la que ni siquiera conocía.

Manual del Investigador.- Segundo paso: No confiar en nadie.

Cuando llegó a la Plaza de Santo Domingo, el día casi terminaba, el frío incrementaba los alaridos en una ciudad a la que no se le podía tildar de aburrida, por lo menos en cuestiones de clima. Su primer contacto fue con un policía, grave error, lo único que logró fue una propuesta para tomar unas cervezas. Propuesta que, gentilmente, rechazó. Era una mujer muy hermosa como para estar emparentada con un chapa. Antes de que se negara a la invitación, el policía le advirtió sobre los peligros de la noche y más en el centro de la ciudad.

«Noticias sobre grupos de tinte neo-nazi o extremistas circulaban como rumor por toda la red. Sitios web del exterior se preocupaban por averiguar la vertiente del problema y el modus-operandi de aquel oscuro grupo. Nada más alejado de la verdad.»

—Una preciosura como usted no debería andar por ahí solita, dijo. Julieta dibujó una sonrisa en su hermoso rostro, dejando colgado al policía quien tuvo que conformarse con mirar la esbelta figura de Julieta desaparecer en lo profundo de la Plaza.

Manual del Investigador.- Tercer paso: Nunca solicitar información a un policía, o es corrupto o es parte de lo que estás investigando.

Su segundo contacto resultó ser más certero en la información. Se trataba de un lustrabotas del lugar.

—Verá, niña, yo trabajo en esta Plaza cerca de treinta años, hablaba con voz ronca, como si su saliva se encontrara atorada en su garganta, siguió hablando: sabe, niña, yo he visto de todo, se acuerda de aquel mal hombre, ese que asesinaba a los taxistas, yo le conocí de guagua y, para serle franco, hasta a políticos he conocido de esos que vienen a cobrar tributo a los comerciantes de los alrededores para no retirarles los permisos de funcionamiento de sus locales. Le puedo asegurar, niña, se están perdiendo los loquitos, les están desapareciendo a los loquitos, antes había más de ellos por aquí, inspeccionaban la basura, ahora vea la cantidad de desperdicios que hay en la Plaza. ¡No hay derecho!

—¿Qué más conoce?, insistió Julieta, desesperada por el tono de la voz del viejo lustrabotas. Cómo me gustaría darle un golpe en la espalda para que expulse aquello que no le permite expresarse con claridad. ¿Conoce de alguien implicado, siguió, o de alguien que haya visto o presenciado las desapariciones?

—No, mi niñita, pero de seguro son esos políticos, siempre son ellos, ¡ah!, pero sabe algo, en el Terminal Terrestre le podrán ayudar, allí siempre saben todo lo que ocurre en esta maldita ciudad.

* * *

—El Terminal Terrestre, bonito lugar para recorrerlo de noche, dijo Felipe, temblando del frío o del

miedo que sentía al estar en territorio casi prohibido para los de su clase.

—Sabes, Juli, la otra vez me contaron que cerca de aquí asesinaron a un tipo sólo por robarle un dólar, será mejor que nos vayamos, además, no estamos ni armados y, sinceramente, para entrar en un sitio como este hace falta el apoyo de, por lo menos, una brigada de policía y de fuerzas especiales.

—No seas miedoso, dijo Julieta mientras caminaba a paso acelerado, sé perfectamente hacia donde nos dirigimos, haré unas preguntas y nos vamos. Julieta conocía la debilidad que Felipe sentía por ella y aprovechó sus encantos para atraerlo hacia la boca del lobo. Felipe no hubiera entrado en aquel lugar ni muerto, pero los hombres son animales débiles que se dejan seducir fácilmente por una cara bonita.

Manual del Investigador.- Cuarto paso: Si decides contar con compañía en tu investigación, busca a un hombre valiente, arriesgado y sin compromisos, en caso de ser mujer. Y en caso de ser hombre, busca a una mujer hermosa y talentosa para que al final de la investigación cobres tu premio con ella.

Julieta comenzó a aflorar su vocación periodística, las ruinosas casas del sector iluminadas a luz de la luna no la intimidaban en lo absoluto, muy al contrario de Felipe quien, a cada paso, sentía que alguien le respiraba en la nuca. Julieta observó el único establecimiento abierto, un bar de características poco agradables con un foco rojo que iluminaba su entrada. El encargado de la puerta colocó su fuerte brazo en el umbral de la puerta.

«Julieta observó el único establecimiento abierto, un bar de características poco agradables con un foco rojo que iluminaba su entrada. El encargado de la puerta colocó su fuerte brazo en el umbral de la puerta.»

—Para dónde, niña, éste no es lugar para usted, dijo. Felipe intentó hablar pero la boca se le había secado y más aún con la mirada de aquel sujeto clavada sobre él.

—Oiga, socio, volvió a hablar aquel sujeto, este no es lugar para estar trayendo a su pelada, será mejor que se la lleve y, en tal caso, luego usted regresa o segurito que la desgraciarán a su noviecita. Julieta no entendió la advertencia de aquel sujeto que, antes de ser interrumpido por ellos, se encontraba apaciblemente leyendo un libro.

—Mejor le hacemos caso al señor, dijo Felipe con un hilo de voz, y larguémonos de aquí.

—Hágale caso a su noviecito, yo sé por qué se lo digo, ángel, éste no es lugar para una niña tan linda como usted, siguió el extraño. Felipe agradeció las atenciones de aquel sujeto y agarró fuertemente la mano de Julieta para salir lo más pronto posible de aquel espantoso lugar. Pero con lo voluntariosa que era Julieta apartó la mano sudorosa de su amigo y se quedó plantada en el umbral de la puerta.

—Tengo que hacerle unas preguntas, dijo sonando muy altiva. No demoraré más de unos minutos. El encargado de la puerta se sorprendió por la actitud despreocupada de la muchacha, pero, a la final, terminó por acceder al interrogatorio.

—No serán policías, dijo, aunque con ese porte y con ese mariquita que tiene usted por novio, no lo creo. Qué quiere saber, bonita, pregunte no más con confianza.

—¿Conoce sobre la desaparición de indigentes en Quito o ha escuchado sobre algún caso parecido?, preguntó Julieta mucho más calmada.

—Para serle franco, contestó el extraño, lo que se escucha son sólo rumores. Pero ahora que lo veo de este modo, aquel viejecito, ¡vagabundo todo él!, que solía venir a rogarme para que lo dejara entrar ya no ha vuelto a aparecerse por aquí. Para mí que ya le dieron el vire al viejito.

A interior del Farol Rojo, el Negro se divertía bebiendo y agarrando a cuanta mujer se le atravesaba, despilfarraba dinero a manos llenas llamando la atención de los demás clientes. Sintió deseos de ir al baño a desahogar su vejiga. En el trayecto, sus oídos interceptaron la conversación que mantenía Julieta con el encargado de la puerta del Farol Rojo.

Por una pequeña abertura de la puerta, colocó sus ojos y pudo diferenciar unos cabellos oscuros extremadamente rizados como los de una muñeca, una piel blanca y un rostro de finas facciones, se trataba de una niña muy hermosa.

—Se cagó todo, pensó, de esto tiene que enterarse el ricito.

Julieta agradeció la información recibida mientras el encargado de la puerta volvía a concentrarse en su lectura.

* * *

Rodrigo y el Cámara transitaban por la ciudad en busca de diversión, era la primera noche sin peleas de muchas. Llevaban varios meses filmando y los vagabundos seguían desapareciendo sin dejar reemplazo. Mientras circulaban en el auto de Rodrigo por la González Suárez, después de estar en la casa de una amiga de Rodrigo, a la cual visitaba con cierta frecuencia para hacerle el amor y luego marcharse como si nada hubiera ocurrido, recibió una llamada perturbadora. Rodrigo se sentía intranquilo, había husmeado páginas de Internet que señalaban la sistemática desaparición de vagabundos en la ciudad, pero le tranquilizó la voz de su cantante favorito emanando de la radio del auto envolviendo el ambiente con su estridente música.

* * *

Mientras tanto, en el interior del Farol Rojo el Negro se encontraba inquieto por la conversación escuchada hace pocos instantes. Tomó su chompa y salió para hablar con el encargado de la puerta.

—Para dónde se fueron la niña bonita y el mariquete que le acompañaba, preguntó el Negro. Pero el encargado de la puerta tomó una actitud esquiva al responder.

—No sé de qué niña estás hablando, Negro.

—No te me hagas el cojudo «Poeta», bien sabes con quién te metes.

—Espera Negro, espera, qué te traes, por qué tanto interés en una pelada, contestó.

—Ese es mi problema, mejor habla, «Poeta», por dónde se fueron.

—Está bien, contestó, subieron por la calle del mercado. Oye, Negro, tranquilo, no hagas nada de lo que te puedas arrepentir. Luego de obtener la información que buscaba, El Negro tomó la decisión de llamar a Rodrigo, sentía palpitations nunca antes expresadas en su cuerpo, temor, incertidumbre, aquella mocosa los iba a fregar a todos.

Cero, nueve, nueve, ya..., ya..., está. ¡Ricitos!, ¡Ricitos! En el otro extremo de la ciudad, el celular de Rodrigo sonaba copiosamente, bajó el volumen de la radio para atender la llamada. Qué quieres, negro apestoso, te he dicho que no me llames a este número.

—Algo se presentó, ricitos. Una niñita, vino al Farol Rojo y estuvo haciendo preguntas sobre la desaparición de los vagabundos.

—¡Mierda!

—¿Qué sucede?, preguntó el Cámara aprovechando el momento para hacer un paneo de la ciudad.

—Estamos cagados, contestó Rodrigo, alguien anda tras la pista de la desaparición de los vagabundos y, seguramente, tras la nuestra. Rodrigo sabía del peligro que corrían si esto pasaba a convertirse en una noticia bomba. Ordenó al Negro seguir a la muchacha, procurando ser lo más cauto posible.

* * *

—Es la última vez que accedo a tus locuras Julieta, dijo Felipe, mientras se despedía de ella en el portón del edificio donde vivía cerca del sector de la Ñaquito. Casi nos matan, de no ser por lo bien que se portó el tipo de la puerta del bar, no estaríamos aquí.

Mientras Felipe hablaba de lo mal que les había ido en el Terminal, a Julieta sólo le invadía la idea de redactar un artículo con toda la información recopilada. Felipe seguía protestando y ella pensaba en la manera de safarse de su molesta presencia, levantando sus brazos y emitiendo un bostezo, mencionó: «estoy exhausta, será mejor que entre a mi casa para descansar». Felipe se acercó a su mejilla pretendiendo arrancarle un beso, pero Julieta lo apartó en el acto.

—Ya hemos hablado de esto, dijo sosteniendo una postura seria, que para nada afeaba su rostro. Será mejor que te marches.

Felipe no tuvo más remedio que conformarse, una vez más, con el roce de su piel. Mientras caminaba rumbo a la parada del metro-bus de la Brasil, ubicada cerca de un conocido canal de televisión, pensaba en los puntos que se había anotado con Julieta, pero al doblar la esquina unos brazos poderosos lo sorprendieron, inmovilizándolo por completo.

—¡Cállate, cállate, hijo de puta!, o te mato aquí mismo.

Inmediatamente, el Negro llamó al teléfono de Rodrigo. Le indicó la dirección donde se encontraba.

—Ricitos, estoy cerca del canal cuatro. Te espero en la parada del metro. Te tengo una sorpresa.

Rodrigo volvió a alzar el volumen de la radio y condujo a toda madre hacia la dirección indicada. Al llegar, divisó a lo lejos al Negro quien cargaba a un tipo entre sus brazos. Detuvo el auto sin apagarlo, el Cámara, como siempre, captó toda la secuencia en video.

—¿Quién es tu amigo?, preguntó Rodrigo.

—Éste, Ricitos, nada más y nada menos que es el marica que acompañaba a la reporterita. El Cámara no dejaba de filmar, centró la lente de la videograbadora en el rostro de Felipe, quien, para ese momento, se encontraba nervioso y con los ojos bombardeados de lágrimas.

—¿Qué me van a hacer?, yo no sé nada, por favor.

—A ver, mariconcito, dijo Rodrigo, dirigiéndose a Felipe, quiero que digas por qué estás investigando sobre la desaparición de los vagabundos y más te vale que sea la verdad. Quiero saber, siguió Rodrigo, la dirección de tu casa, qué estudias, dónde trabajas, quién es la putita con la que hoy estabas por el Terminal, si es reportera, si trabaja para algún canal de televisión, etcétera, etcétera. Si colaboras, nada te pasará.

«A ver, mariconcito, dijo Rodrigo, dirigiéndose a Felipe, quiero que digas por qué estás investigando sobre la desaparición de los vagabundos y más te vale que sea la verdad.»

Felipe se encontraba entre la espada y la pared, pero era su pellejo el que estaba en juego. El auto seguía en marcha, los vidrios polarizados no permitían apreciar hacia donde se dirigían.

—Somos estudiantes de comunicación social, dijo Felipe asfíxiado por las manos del Negro que lo sostenían por el cuello, nos enteramos, bueno ella.

—¿Cómo se llama?, preguntó Rodrigo. Julieta, Julieta Giani, así se llama. Ella leyó una noticia en el Internet sobre la desaparición de varios vagabundos, continuó Felipe, me dijo que había tomado contacto con la periodista que escribió el reportaje y que, debido a esto, la habían nombrado corresponsal del Centro de Medios Independientes, en Quito. Es todo lo que sé, yo sólo la acompañaba por seguridad. El Negro aprovechó para darle un golpe en la cabeza, e imitando su voz, dijo, ¡seguridad!, ¡seguridad!, si estabas cagado del miedo, mariconcito.

El auto se detuvo de pronto. ¿Dónde estamos? preguntó Felipe, sin obtener respuesta. ¡Véndale los ojos!, ordenó Rodrigo

—¡Qué me van a hacer!, por favor.

Rodrigo bajó del auto, el Cámara solicitó unos minutos para cambiar la batería de la filmadora y aprovechó para alzar el volumen de la radio, así está mejor, dijo, con música todo es bueno, empezó a tararear una canción que hablaba sobre los medios de comunicación y la santidad. ¿Sabes hablar inglés?, preguntó dirigiéndose a Felipe.

—No, no, ¿qué me van a hacer?, contestó, con voz entrecortada.

—Te voy a traducir de lo que trata la canción:

*There was Christ in the metal shell
There was blood on the pavement
The camera will make you god
That's how Jack became sainted
If you die when there's no one watching
Then your raiting drop and you're forgotten*

*But if they kill you on their TV
You're a martyr and a lamb of God*

Estaba Cristo en la concha de metal
Había sangre en el pavimento
La cámara te hará dios
Así es como Jack se convirtió en santo
Si mueres cuando no hay nadie mirando
Entonces tu rating cae y eres olvidado
Pero si te matan en su TV
Eres un mártir y el cordero de Dios

El camino era de tierra, casi intransitable y rodeado por una espesa oscuridad que nublaba la visibilidad. Rodrigo abrió la cajuela de su auto y sacó del interior una linterna, luego se internaron entre los matorrales del costado del camino. El terreno era irregular, lleno de piedras y ramas por todos lados.

—Oye, Ricitos ¿por dónde estamos?, preguntó el Negro mientras agarraba fuertemente a Felipe para que éste no intentara escapar.

—Por Collacoto, contestó fríamente Rodrigo. El Cámara filmaba todo el trayecto, descendieron hasta llegar al filo de una quebrada. La incertidumbre de Felipe crecía a cada paso dado, la presión ejercida por el Negro en su garganta le impedía moverse con facilidad y el vendaje de los ojos le sumió en una profunda pesadilla. De pronto, todo quedó en silencio.

—¿Dónde están!, ¡qué me van a hacer, hijos de puta!, decía Felipe con el último aliento que le restaba. El silencio fue interrumpido por un destello de pistola. Rodrigo, apuntando en dirección al Negro, le ordenó colocarse de rodillas junto a Felipe.

—¿Qué vas a hacer, Ricitos?, preguntó el Negro, quien recién se percataba de lo peligrosos que eran sus nuevos amigos.

—¿Han escuchado la historia de cómo Lucifer cayó a los infiernos?, preguntó Rodrigo en un tono perturbador. Felipe y el Negro no entendieron el sentido de la pregunta. El Cámara amarró las manos del Negro fuertemente para que éste no pudiera escapar.

—¿Qué vas a hacer, Ricitos? Estoy de tu lado, decía el Negro, como intuyendo su desenlace. Rodrigo comenzó el relato:

—Cuentan que Lucifer era el ángel más hermoso de entre todos los ángeles de la creación, pero que su corazón al sentir envidia se corrompió al igual que se corrompe el corazón de los hombres. Tras organizar un gran ejército enfrentó a Dios y la lucha en los cielos se desató dando lugar a la creación del bien y el mal. Tras ser derrotado, fue expulsado de los cielos junto con sus seguidores y llevado a un lugar horrendo lleno de espanto, lujuria, corrupción y maldad. Algo muy parecido al reino de los hombres. Al descender a los infiernos Lucifer reconoció su derrota y dijo: «¡Oh, millares de espíritus inmortales!, ¡Oh, potestades a quienes sólo puede igualarse el Todopoderoso! Aquel combate no careció de gloria, por más que su resultado fuera desastroso, como lo atestiguan esta mansión y este terrible cambio que me es odioso expresar», pero el ser derrotado no demuestra nada más que el comienzo de una nueva guerra.

El viento soplaba fuertemente blandiendo las ramas de los árboles, Rodrigo permaneció en silencio unos instantes antes de retomar las riendas de los acontecimientos.

—Voy a darles un chance, dijo, una oportunidad de convertirse en dioses o caer hacia los infiernos.

—Víctor, toma el arma y mata al periodista. El Cámara dudó, nunca había matado a nadie, sabía sobre las consecuencias de hacerlo. Esto ya no era un juego como el que habían estado jugando con los vagabundos. Una cosa era asesinar a personas sin importancia y otra, muy diferente, era asesinar a un tipo por el que, seguramente, estarían preguntando.

—Eres un marica, dijo Rodrigo soltando un disparo. Una ráfaga centellante emergió del arma que sostenía en su mano matando de contado a Felipe quien, tras recibir el impacto, cayó rendido hacia lo profundo de la quebrada.

El Negro comenzó a suplicar por su vida, no quería acompañar a Felipe seguramente en lo que se constituiría su sepulcro.

Pero a Rodrigo el corazón no le temblaba en lo absoluto. Hace mucho tiempo que su corazón blanco terminó por teñirse de odio en un crepuscular incendio.

Como único solista, Rodrigo orquestaba las acciones y, dirigiéndose al Negro con un tono de voz apacible, le mencionó la palabra perdón. El Negro, al escuchar esta palabra, se reconfortó, las palpitaciones volvieron a normalizarse, pero, antes de que agradeciera el perdón ofrecido por Rodrigo, éste le propinó una patada en la espalda que lo mandó a volar por los aires rumbo a su caída infinita.

Luego de cometidos los asesinatos, Rodrigo y el Cámara abandonaron el lugar de los hechos. En el camino Rodrigo le comentó al Cámara la felicidad que sintió al matar a aquellos dos desdichados. Sólo eran ángeles caídos, igual que todos, dijo.

* * *

Julieta redactaba la noticia de los vagabundos desaparecidos, ajena a lo acontecido a Felipe. La noticia le apasionaba demasiado como para dejar pasar la oportunidad de escribirla y hacerse famosa. Se encontraba frente a la pantalla del computador pensando en los premios que, seguramente, le acarrearía dicha noticia tanto a nivel nacional como internacional. Al finalizar se apresuró a conectarse a Internet y mandar por correo electrónico el fruto de sus pesquisas, señaló el destinatario, tenía por nombre Virginia Díaz.

* * *

Al llegar a su casa Rodrigo estaba furioso, se le estaba yendo de las manos su juego prohibido. El Pipó, como siempre, no se encontraba en casa. El Cámara decidió seguir filmando la noche y sus fiestas, y del Toño, nadie conocía su paradero.

«Julieta redactaba la noticia de los vagabundos desaparecidos, ajena a lo acontecido a Felipe. La noticia le apasionaba demasiado como para dejar pasar la oportunidad de escribirla y hacerse famosa.»

Rodrigo se tomó la noche para meditar sobre el problema que faltaba por resolver, aunque primero debía desaparecer las filmaciones.

Al siguiente día, Rodrigo acudió hasta la universidad donde estudiaba Julieta, preguntó por los pasillos de la facultad de comunicación social por el nombre de Julieta Giani. Pocos le dieron información, aunque unas chicas se portaron muy atentas con él. Rodrigo tenía su encanto, era un tipo bien parecido, simpático y agradable a la vista, quién podría sospechar de

alguien así. Al llegar a la cafetería de la universidad, divisó a Julieta, no la conocía, pero por la descripción dada por Felipe antes de morir, intuyó que se trataba de ella. Julieta se encontraba sentada de espaldas, sosteniendo un libro entre sus manos.

—Hola, ¿eres Julieta Giani?, preguntó Rodrigo.

—Sí, ésa soy yo, y tú ¿quién eres?

—Perdón, ¿puedo sentarme? Rodrigo retiró una silla y se sentó junto a ella como si la conociera de toda la vida. Mi nombre es Hernán Puerto, dijo, soy periodista del Centro de Medios Independientes para América Latina de la agencia Buenos Aires. A Rodrigo, su aspecto le permitía pasar fácilmente como extranjero. Julieta desconfió por un momento, pero después pensó que su sueño se estaba cristalizando. Rodrigo recordó lo dicho por Felipe sobre la noticia que circulaba por Internet escrita por una tal Virginia Díaz.

—¿Virginia no te advirtió de mi visita?, qué descuido, tal vez he sido yo (el yo con acento definido), al que se le olvidó mandar el mail. Como sabés, continuó Rodrigo, el Centro está muy interesado en cubrir pormenorizadamente la noticia de la desaparición de los vagabundos en Quito, más aún cuando este fenómeno no es tan aislado como se creía en un principio. Julieta empezó a interesarse por el tema. Como vos debés saber, en Argentina, a raíz del debacle bancario, el nivel de indigentes y sin techo subió a niveles escalofriantes, elevando la cifra de desempleo, este problema no sólo acarreó déficit en la economía del país sino que incrementó la brecha social ya existente pero, que antes del

corralito, permanecía imperceptible. Esto te cuento porque los grupos neo-nazis a los que se les endosa la gran cantidad de «sin techo» desaparecidos han ido en aumento y, a mi parecer, algo muy parecido puede estar sucediendo acá. Antes de venir, tuve la oportunidad de leer en la prensa la noticia de la agresión por parte de estos salvajes hacia una periodista de una radio muy conocida. Con estas palabras salidas de la boca de Rodrigo, a Julieta no le cabía la menor duda de estar hablando con un periodista de renombre internacional.

Manual del Investigador. Quinto paso: Lo que estás buscando posiblemente está más cerca de lo que imaginas.

Podemos continuar la plática en otro lugar, insinuó Rodrigo. Te invito a un café, así aprovecho para conocer la ciudad, ¿qué decís?

Julieta y Rodrigo se dirigieron a un café cerca de la calle Juan Rodríguez, una pequeña callezuela de adoquín fundido con césped, con bancas de hierro a los costados, particularmente oscura como una tarde de película a blanco y negro. En el café, Rodrigo pidió un capuchino y esperó algún gesto de Julieta. Al no recibirlo pidió otro capuchino para ella.

La conversación se extendió por horas. Durante un rato hablaron de política, luego sobre los proyectos que Julieta planeaba para su futuro, también sobre las hipótesis que ella barajaba de los posibles grupos que estaban asesinando a los «sin techo» en la ciudad. Rodrigo aprovechó un intermedio en la conversación para pedir dos cafés más, aquel intermedio que generalmente se presenta cuando dos desconocidos empiezan a conocerse y cuando los temas de conversación se han agotado, o el también llamado silencio incómodo. A medida que la conversación recobraba su fuerza inicial, Rodrigo tomó la decisión de no hacerle daño a aquella muchacha, no podía caer tan bajo. Después de despedirse de Julieta, hablaría con los demás para terminar de una vez por todas con su juego macabro.

* * *

Un día antes...

El Pipo llegó tarde, como de costumbre, a la casa del Toño. Se encontraba emocionado, eran varias semanas las transcurridas sin haber hecho un nuevo video y le comentó al Toño sobre los vagabundos que encontró cerca del Parque de Santa Clara mientras se servía una cerveza. Luego de beber un par de cervezas más, decidieron no esperar a los demás y actuar por su cuenta.

* * *

Julieta se encontraba complacida por la visita del periodista argentino, no esperaba llegar tan alto y menos en tan corto tiempo; en recompensa, el Centro le encargó la investigación de un caso mucho más importante. Se encargaría de investigar la malversación de fondos por parte del Superintendente de Compañías. Se había convertido en periodista internacional de la noche a la mañana. Pero aún tenía pendiente una última entrevista para entregar el material completo a Virginia.

Manual del Investigador. Sexto paso: Cuando te recomienden abandonar el caso, materia de la investigación, hazlo sin pedir explicaciones.

* * *

El Pipo y el Toño se encontraban cerca del Parque de Santa Clara, esperarían con paciencia en el auto a que la noche se hiciera presente para actuar. Cuando sintieron que la penumbra se apoderaba de todos los rincones, descendieron del vehículo. Sigilosamente avanzaron aprovechando la oscuridad que les brindaba la sombra proyectada por la Iglesia, saltaron de entre la penumbra sorprendiendo a un vagabundo que, presuntamente, se encontraba descansando, pero al hacerlo se encontraron con una sorpresa, una mujer lo acompañaba.

—¿Qué hacemos con la chica?, preguntó el Toño.

—Nos la llevamos, dijo el Pipo, sin testigos, ya lo sabes. Con un pañuelo impregnado por un somnífero inmovilizaron a la mujer y al vagabundo, luego los subieron al balde de la camioneta del Pipo procurando cubrir sus cuerpos con unas mantas para no llamar la atención.

El Cámara ya los estaba esperando en el sitio donde regularmente realizaban los videos. Intentaron contactar a Rodrigo pero su celular les enviaba al buzón de mensajes.

* * *

Rodrigo ignoraba de las acciones realizadas por su hermano y los demás. Al conversar con aquella hermosa mujer llena de vida y planes futuros, se percató del rumbo equivocado que le estaba dando a su vida. Cómo una simple conversación puede cambiarlo todo. Decidió ir a dormir a la casa del Valle, apagó su celular para no ser molestado, mañana iría a visitar a Julieta, la invitaría a almorzar y aprovecharía el momento para robarle un beso y, quizás, hasta confesarle sobre el repentino cambio que sentía al estar cerca de ella.

Detuvo el auto en la gasolinera de la Av. Velasco Ibarra. Unos cigarrillos, un six-pack de cervezas y unos chicles, es todo.

Al llegar al portón de la casa del Valle, tocó el claxon en repetidas ocasiones, sin obtener respuesta bajó del auto y golpeó la ventana de la garita del guardia. Éste, sin inmutarse, activó el mecanismo del portón eléctrico y siguió durmiendo profundo. Observó el auto de su hermano parqueado en la cochera. No le dio mayor importancia. Luego, se dirigió hacia su departamento, allí se encontraban las grabaciones de todos los videos que habían realizado a costa de los vagabundos y que el Pipo bautizó con extraños nombres. «La Perla Negra y el fin de los tiempos», «El Cordero de Dios», «Las aventuras del cazador de vagabundos» eran algunos títulos de las filmaciones realizadas.

Se despojó de la chaqueta de cuero, algo llamó su atención: eran ya como las siete de la mañana. Un sobre de color anaranjado que reposaba sobre el televisor alertó sus sentidos. Lo tomó para cerciorarse de su contenido. En su interior, se encontraba un disco formato DVD, con un título que decía La Flor del Frío. Activó el reproductor, inmediatamente la bandeja se deslizó hacia afuera permitiendo colocar el disco en ella, para luego tragarlo hacia su interior. Pronto, una imagen colapsó el lugar mientras Rodrigo se ponía cómodo. Reconoció las voces, eran el Pipo, el Toño y el Cámara, detrás de ellos se encontraba al parecer una mujer atada por las muñecas al tronco de torturas que habían conseguido para ambientar las filmaciones. La risa del Pipo era inconfundible. El Cámara aprovechó y realizó un zoom del rostro destrozado de la víctima. Rodrigo permaneció impasible sin lograr distinguir a aquella mujer de cabello rizado que estaba siendo machacada por el Pipo. Al cabo de unos segundos, el Pipo pidió al Cámara acercar más la toma para captar el rostro de aquella mujer en primer plano. La imagen que apareció llenando la pantalla del televisor dejó deshecho a Rodrigo, era Julieta quien había caído víctima de su juego, un juego que lo hacía responsable por acabar con su propia felicidad. Al dejar caer el sobre de sus manos, Rodrigo observó en el suelo una nota que llevaba la escritura incomprensible de su hermano.

«El Cámara aprovechó y realizó un zoom del rostro destrozado de la víctima. Rodrigo permaneció impasible sin lograr distinguir a aquella mujer de cabello rizado que estaba siendo machacada por el Pipo.»

—Ojalá te guste el regalo, lo preparamos especialmente para ti.

Le habría dicho entonces que ella era la única cosa que podría amar en este mundo moribundo, pero la simple palabra «amor» ya había muerto y se fue.

© Jorge Luis Cáceres

El autor:

Jorge Luis Cáceres (Quito, 1982). Es graduado en Leyes por la Universidad Internacional del Ecuador. Ha escrito los libros de cuentos *Desde las sombras* (Ed. El Conejo, Quito 2007) y *La flor del frío* (Ed. El Conejo, Quito 2009). Cuentos suyos aparecen en la antología *Línea del Ecuador* (Ed. Yerba Mala, Bolivia, 2009) y en publicaciones de revistas y suplementos culturales impresos y virtuales de Ecuador, Perú, Venezuela y Estados Unidos. Ha sido gestor cultural, formó parte de una banda de rock durante cuatro años y es parte del segmento cultural “El círculo imperfecto” del programa de radio *El Poder de Uno*, que se retransmite a través de radio La Luna de Ecuador. En abril del 2009, fue escogido para el encuentro organizado por el Ministerio de Cultura del Ecuador denominado “Fiesta por el Libro: los nuevos escritores ecuatorianos” como uno de los veinte autores menores de 35 años con mayor proyección del Ecuador. Blog: www.jorgeluiscaceresa.blogspot.com.

NACIDA PARA MENTIR

por Sara Martínez

Cuando esta mañana de invierno han despertado al mundo, tus ojillos plenos de pureza no podían ni siquiera imaginar que contemplarían tan patética visión. Y no tienes la más remota idea de lo que esto me duele: a juzgar por tu carita de ángel y el candor que ruboriza tus mejillas, no llevarás más de diez años caminando por esta vida cruel. La culpa me devora por dentro, pues sé que todavía eres muy joven para escuchar las verdades que regirán tu destino.

Mil veces te habrás preguntado, en tus más dulces fantasías, cómo sería tu primer encuentro con un hada madrina. Habrás entrelazado ensoñaciones de casitas en bosques y montañas, de damas ancianas que revelan secretos y te auguran el amor de un príncipe azul. Y aquí me tienes, sin embargo, envuelta en un chal ajado y acurrucada en mis miserias, temblando como una mendiga a las puertas de tu jardín. Mi mirada ha perdido la alegría de antaño; mis alas están desgarradas y languidecen sin vida a mis espaldas. Pensándolo bien, atribuirme el título de hada madrina es un tanto pretencioso a estas alturas. Al fin y al cabo, ellas me desterraron de su círculo hace demasiado tiempo. Renegaron de mi pertenencia a su estirpe.

Me derribaron, pequeña; me despojaron de mi dignidad.

A pesar de que mi bondad fue mi único pecado.

Pero no te compadezcas de mí, porque mi guerra aún no está perdida. Me quedan largos años de lucha, mentiras que destapar. Siéntate a mi lado, hija mía, que te contaré una historia.

No tengas miedo, princesa. Esta noche te acostarás siendo un poquito más sabia.

Si tengo que serte sincera, mentir no se me da bien. Desde que tengo uso de razón, hasta la farsa más piadosa se me antoja un pequeño juego de traición; y eso me ha supuesto trabas en este universo de locos, que exige enfrentarse al día a día con un poco de malicia... Pero cuando empezó mi instrucción para seguir la tradición de mis mayores, entendí que mi conciencia estaba destinada a sufrir un golpe brutal. Porque la red social de las mías se teje con madejas de engaños, falacias y oscuras quimeras que se disfrazan de buenos presagios.

Sabes cómo funciona, ¿no es cierto? Cuando una criatura de la realeza viene al mundo, el hada que la amadrina tiene el derecho y el deber de escoger con qué don bendecirá sus días. Puede otorgar al bebé los talentos más insospechados; puede conferirle belleza, valentía legendaria o don de gentes. Pero tenemos muy claro que existen limitaciones: nadie, absolutamente nadie, puede regalar el milagro de la felicidad consumada. No obstante, no es eso lo que mis compañeras hacen entender a la humanidad. Cuando un príncipe o una princesa alcanza los doce años de edad, abandona el palacio de la mano de su aya, en busca del saber y el consejo de su hada madrina. En su morada, esta le narrará la historia de su glorioso destino: un relato de triunfos ganados sin sudor, amores perfectos y final invariablemente feliz. Una falsedad deliberada. Las aldeanas, que ignoran cuál es la realidad y anhelan ser princesas, hablan de cuentos de hadas sin ser conscientes de lo acertado del término. Porque, lo mires por donde lo mires, los cuentos, cuentos son.

Incapaz de comprender que mi raza fuese cómplice de tamaño fraude, yo siempre me cuestioné nuestro supuesto lugar en el mundo. ¿Acaso no habíamos nacido para ser consejeras fieles? Mientras mis amigas se esforzaban por aprender el arte de la mentira, yo me rebelaba ante mis maestras; mientras ellas acataban cada orden con sumisión, yo tenía el valor de expresar opiniones que me salían caras. Sufrí repetidos castigos, y pronto aprendí mi lección: si fuéramos sinceras, si rompiésemos el corazón de los niños, los hombres ya no querrían contar con nuestros servicios. Se extendería como la pólvora nuestra fama de portadoras de desaliento; los reyes, ansiosos por mantener a sus retoños envueltos en los algodones de la ingenuidad, dejarían de poner en nuestras manos la misión de darles guía espiritual. ¿Qué les importaría el recuerdo de sus propias frustraciones pasadas, si ninguna verdad duele cuando la escondemos bajo la alfombra? Seríamos rebajadas de rango en la jerarquía universal. Nuestro nombre caería en el olvido más atroz.

Nosotras, las hadas madrinas, nacemos para mentir.

Aplastada por este rígido precepto, me fui sumergiéndome poco a poco en un pozo de resignación. Me convertí en la pupila modelo que todas esperaban ver en mí, diestra en hilar patrañas sobre príncipes hechizados, zapatitos de cristal y muchachas que resultan ser las más bellas del reino. Asumí cuál era mi papel y lo acepté con entereza... hasta que llegó ella.

Se llamaba Sarabeth. Tenía las manos menudas, los cabellos castaños recogidos en un moño del que diversos bucles se desprendían con gracia. Pese a todo, me dije, había visto princesas más hermosas; y sin embargo intuía que aquello no le supondría obstáculo alguno. Sus ojos oscuros destilaban una inteligencia nata, un carácter reflexivo y paciente, una sagacidad destinada a transformarla en una gran mujer. Sonreí para mis adentros: era la primera niña a la que había amadrinado años atrás, y no me cabía duda de que mi bendición estaba dando sus frutos. Porque había florecido en ella el don de la sabiduría.

Conociendo el funcionamiento de la vida, aquella chiquilla sabría hacer frente a los envites del infortunio. Por eso supe que, si le engañaba, no me lo perdonaría jamás. En una ráfaga de coraje suicida, decidí desnudar las verdades que me habían enseñado a camuflar tras cortinas de colores.

–Bienvenida a mi gruta, criatura –le dije con sencillez–. Yo soy tu hada madrina, la que te vio nacer y compartió con tu madre el júbilo de tu primer balbuceo. Yo asistí a tu bautizo, escruté tu rostro y deliberé sobre las virtudes humanas. Elegí concederte las armas del razonamiento y el juicio, más poderosas que las espadas de los héroes y las dagas sedientas de sangre. Ahora te miro a los ojos... y sé que no me equivoqué. Princesa Sarabeth, las normas de mi hermandad me dicen que he de mentir, que debo inventar utopías para poner una sonrisa en tus labios. Tal vez debería hacerlo. Podría asegurarte que un príncipe vendrá en su corcel alado, que te llevará a su castillo en una carroza voladora y gobernaréis con justicia rodeados de una dichosa prole. Pero no me siento capaz, hija mía... Sencillamente, no puedo. Sensata como tú eres, apreciarás esta advertencia: las sendas de la existencia no son caminos de rosas, sino senderos de guijarros y espinos con bestias acechando en la maleza.

»Cuando un joven ocupe tu corazón, es probable que observes que las cosas no son como te las han contado. Y es que puede que ames a un príncipe, sí; pero tal vez sucumbas ante la agudeza de un campesino, la risa de un mísero esclavo, la voz de un soldado avocado a morir por causas que no son la tuya. Es posible que el hombre al que te entregues no sea bienvenido en la Casa Real; y no habrá nadie, excepto tú misma, dispuesto a apostar por ti. Pero pelearás por tu sueño, princesa. Si los vientos soplan a tu favor, quizá logres remontar el vuelo. No obstante, debes tener claro que podrías estrellarte en el intento; pues, incluso cuando el triunfo parece ya cercano, todo se puede torcer. Rara vez el primer amor resulta ser el definitivo..., pero el final es igualmente doloroso. Si ocurre que vuestro romance se torna tragedia de la noche a la mañana, solo te quedará levantarte... y resistir. Resistir con fortaleza. Busca a lo largo del trayecto los pedazos de tu ánimo perdido; reconstrúyelo y no permitas que las adversidades te corten las alas. De la esperanza se vive cuando todo lo demás nos falla... Si te ampara la buena estrella, vendrá la felicidad tarde o temprano.

»Mientras tanto, sé cauta y discreta; escoge muy bien tus compañías, puesto que el interés y el poder mueven los mecanismos del planeta. No cierres los ojos a las guerras, la enfermedad y otros males del mundo, porque puede que llegue el día en que ya no los sientas tan lejanos. Si la Providencia lo tiene a bien, tú reinarás sobre estas tierras. No dejes que los fracasos te ahoguen, Sarabeth; y piensa con lucidez, porque solo controlándote a ti misma sabrás controlar el timón de un reino. No desoigas mi palabra, te lo ruego; y no olvides rezar por llegar a buen puerto.

La niña, que había escuchado cada sílaba con atención, se rascó la nariz en silencio y asintió con la cabeza. Se regaló unos segundos para extraer conclusiones; esbozó una tímida sonrisa, y habló con serenidad:

–Entiendo tu mensaje, madrina venerable; y lo encuentro acertado en extremo –repuso con la retórica elegante que corresponde a una doncella de su cuna–. Invertiré largas horas en meditar lo aprendido; cada noche suplicaré al Padre que la prudencia guíe mis pasos. Agradezco y admiro tu franqueza.

–Era mi deber, muchacha –suspiré–. Aunque haya quien discrepe al respecto...

Sin más dilación, dejándole macerar mis enseñanzas, la acompañé a la boca de la cueva, donde la institutriz aguardaba con impaciencia. La despedida consistió en unas cuantas formalidades, aderezadas

con las miradas insondables de quienes comparten un secreto sagrado. Después, maestra y alumna emprendieron el regreso a casa.

–¿Y qué te ha dicho esa hada tuya, si se puede saber? –oí que curioseaba el aya, apretando la mano de Sarabeth en un ramalazo maternal.

Mi ahijada se encogió de hombros.

–¡Oh! Nada que no me imaginara... –respondió con una ternura que rozaba lo teatral–. Un príncipe vendrá a buscarme en su corcel alado. Me llevará a su castillo en una carroza voladora, gobernaremos con justicia y tendremos muchos bebés. Seguro que es guapísimo, ¿verdad? ¿Crees que tendrá los ojos azules?

Reprimiendo una indecorosa carcajada, me retiré a mis aposentos. El aire se me antojaba más fresco; la vida, un tanto más alegre. Mi espíritu se removía de gozo en un océano de paz interior...

Toda aquella armonía se desvanecería en un instante.

Cuando regresé a la alcoba, unas pupilas antiguas como el cosmos se clavaron en mí como puñales... y supe que había caído.

No hubo misericordia alguna por parte de mis hermanas; ningún alma caritativa se avino a interceder por mí. La condena fue implacable y eficaz, sin atisbo de clemencia ni segundas oportunidades: me arrancaron del lugar al que llamaba mi hogar; me azotaron hasta la extenuación, para que la vergüenza quemara mi piel y dejase marca hasta el fin de mis días. Despedazaron mis alas y me abandonaron en la linde del bosque.

Sola, desnuda y sumida en el desamparo más profundo.

Me acurruqué junto a un árbol, y quise dejarme morir.

Pero las luces del alba se abrieron paso entre mis lágrimas, bañándome con su calidez y despertando en mí un nuevo optimismo. La suave brisa matinal me acariciaba los miembros doloridos, transportando hasta mis oídos los cantos de los pájaros y los primeros sonidos de la ciudad en la distancia. Me recosté sobre la hierba, permití que mis músculos se relajaran y recapacité: si tiraba la toalla tan pronto, si cedía a la soledad y el hambre, haría flaco favor a aquellos que me necesitaban. Había decidido ser una rebelde, con todas las consecuencias... Los héroes rebeldes, me recriminé, mueren con las botas puestas.

Con esta seguridad por bandera, sequé mis mejillas, me incorporé y reuní los pocos retazos de dignidad que me quedaban. Me alimenté de algunas bayas y me limpié en el río, dejando que el agua arrastrase el deshonor de mis años pasados. Rica o pobre, bella o grotesca, me descubrí decidida a ser aquella que siempre había deseado ser: la voz que combate las calumnias de esta época de engaño universal. Me encaminé hacia la capital, donde veía la compasión y la lástima dibujadas en cada rostro. Pero no me derrumbé, pequeña... Quien tiene una causa por la que luchar, no se derrumba tan fácilmente.

Y así ha pasado el tiempo, princesa. Así ha proseguido mi cruzada. Desde aquel amanecer de redención, mi única misión en la Tierra es peregrinar de reino en reino... en busca de gente como tú. Comprendo que no todos sois como mi asombrosa Sarabeth, pues no habéis desarrollado tanta astucia y vuestra juventud os ciega. Y, sin embargo, sé que pronto recordarás este encuentro y todo encajará en tu mente; porque esto no es un cuento, niña. Esta es nuestra realidad. Mi único anhelo es que propagues mi mensaje entre la humanidad, que actúes con sabiduría y ayudes a mejorar este mundo.

Yo, mientras tanto, viajaré con mis verdades a cuestas.

Hasta mi último aliento.

© Sara Martínez

La autora:

Sara Martínez (Logroño, España. 1984). Es licenciada en Filología Inglesa y estudia su segunda carrera: Magisterio en Lengua Extranjera. Segundo premio en el concurso literario *Crónicas de la Torre* –organizado por la web de la escritora Laura Gallego García– con su relato *Curvas* (2006). Primer premio en el concurso *Agenda Idhún 2008* con el cuento *La acción más hermosa*. Ha colaborado anteriormente con distintos fanzines y revistas literarias, como *Degeneración Espontánea*, *Ícaro Incombustible*, *Tau Zero* o la propia *Narrativas*.

EL SUBALTERNO

por Pepe Pereza

Paulino había sido un subalterno toda su vida. Sus escasos estudios le impedían optar a algo mejor y con el tiempo había asumido que seguiría así hasta que la jubilación lo apartase de su oficio. Pero hasta que llegase ese momento, seguiría limpiando oficinas. Como era el último mono, cualquier pichicato podía ordenarle limpiar lo que otro había ensuciado y él se veía obligado a obedecer sin dejar de sonreír. Tantas horas de sumisión alteran el carácter y la personalidad de cualquiera, volviéndolo débil y cobarde. Llega un momento en el que agachar la cabeza, ya no importa demasiado. Te convences a ti mismo de que lo que realmente importa es la nómina a fin de mes. Al final, en lugar de protestar por tus derechos más legítimos, clavas la mirada en el suelo y dejas que cualquiera pase por encima de tu orgullo y dignidad. Pero Paulino tenía un método para no caer en el indigno hábito de doblegarse a los demás, una válvula de escape para soltar toda la mierda que tragaba allá donde limpiaba: Sado-maso. Acudía a aquellos locales y en cuanto *se calzaba* la máscara de cuero, se transformaba en un tipo dominante que dando órdenes sin titubear, sometía a una puta disfrazada de señora de la limpieza. Si no era obedecido de inmediato, sacaba la fusta y azotaba las nalgas de la mujer hasta hacerlas sangrar. Entre aquellas cuatro paredes, él era el puto amo y la puta, su esclava. Con la máscara de cuero él era un hombre que ostentaba un gran poder. Un poder de alquiler y pagado de antemano pero néctar vigorizante para su orgullo y dignidad al fin y al cabo. La puta lamía literalmente sus botas mientras él, henchido de satisfacción, le gritaba:

—¿Quién es tu puto amo?

—Tú y solo tú. —Le contestaba la puta.

Paulino era consciente de que todo era un juego, pero las palabras de la puta le sabían a gloria bendita. Allí, con ella, él era un h-o-m-b-r-e, no un empleado encargado de limpiar la mierda que otros con demasiada prisa dejaban flotando al fondo del retrete.

—¿Quién es tu puto amo?

—Tú y solo tú.

—¡Dilo más alto! —Gritaba Paulino.

—¡¡TÚ!! —Gritaba la puta.

—¡Más alto, que te oiga todo el mundo!

—¡¡¡TÚ, TÚ Y SOLO TÚ!!! —Se desgañitaba la puta.

Entonces Paulino eyaculaba en su cara, dando por terminada la sesión. En cuanto se quitaba la máscara, dejaba de ser altivo y arrogante y volvía a su personalidad habitual. Salía del local con la cabeza gacha y la mirada clavada en el suelo para no encontrarse de frente con las miradas de los que no tenían que recoger la mierda ajena. Llegaba a su minúsculo apartamento pagado con cientos de miles de horas limpiando baños y suelos, y se metía en la cama a esconderse de la miserable vida que le había tocado vivir. Al día siguiente, mientras limpiaba lo que otros ensuciaban con una sonrisa perenne en su cara, pensaba en su puta favorita recibiendo el esperma en la boca y entonces su pene se levantaba como un puño en alto, protestando por tanta servidumbre, su miembro se elevaba como un estandarte inhiesto que demostraba que aun quedaba algo de orgullo y dignidad dentro de él. Y ya que él se tenía que doblegar a diario, en compensación y por justicia que su polla hiciera lo contrario.

© Pepe Pereza

El autor:

Pepe Pereza. Ex-actor de cine y teatro durante más de veinte años. Trabajando en compañías independientes y otras no tanto como La Fura Dels Baus. En cine protagonicé la película de Juanjo Jiménez Peña *Nos hacemos falta*. Guionista de cine y cómics. Director de cortometrajes. Y aprendiz de escritor con un librito de poemas publicado en la editorial 4 de Agosto. Blog: <http://peperezaza.blogspot.com>

UNA CITA A LAS SEIS DE LA TARDE

por Blanca del Cerro

Tenía una cita a las seis de la tarde, una cita con sabor a amapolas y lirios frescos, un encuentro plagado de magia, algo que se venía produciendo desde no recordaba cuándo, tal vez hacía semanas o tal vez meses, no podría precisarlo, porque el tiempo se le iba de las manos sin sentirlo y se escurría como polvo ceniciento entre los dedos aposentándose en láminas muy delgadas sobre la vida, su vida, un poco tibia y un poco seca. A lo largo del día, su mente y su corazón se devanaban en sueños profundos y apretados, ríos de arena que se estiraban en flecos de nostalgia, deseando que llegara la hora mágica, la hora maravillosa en que saldría al jardín y se encontraría con su amado.

Empezó a arreglarse despacio, con cuidado y esmero, un puntito de ternura, mientras en su alma se formaba una madeja de somnolencias prietas, similares a puños muy pequeños en los que recogía inmensos ramos de ilusiones desparramadas.

Dado que la habitación carecía de espejo, le fue imposible contemplar su rostro y su cuerpo, pero se imaginó bella porque se sentía bella, como nunca antes se había sentido. La luz del atardecer le hizo arrumacos en la piel llenándola de chispitas tenues. Se vio peinada de soles y lunas, y vestida de estrellas. Se vio radiante, esplendorosa, espectacular, única.

Todo había empezado sin saber cómo, una tarde de lirios y azucenas en la que una brocha guiada por manos invisibles pintaba el cielo de colores malvas un tanto descabalados. Y aquel día salió al jardín, como siempre, y paseó, como siempre, recorrió senderos, pateó veredas, acarició flores, y allá en la lejanía, medio oculto por unos pinos frondosos en forma de sueños, apareció él. Lo vio allí, allí lo encontró, callado, quieto, tan dulce y sereno, sumido en un silencio infinito, y a ella le pareció que sonreía, le pareció que le hacía señas y la llamaba. Y ella se acercó, se miraron con ojos ardientes de somnolencias, se saludaron un poco tímidos, y empezaron a charlar, primero del tiempo, tan esplendoroso a esas alturas del año, y después de otros temas diversos, de sus vidas, de sus pesares, de sus recuerdos. Parecía un hombre serio y educado. Parecía... distinto. Y tenía nombre de flor.

«Era una pena no tener perfume, porque un toque de perfume hubiera impregnado con chorros de alegría su piel, pero lo supliría con el aroma de las rosas, los jazmines y los nenúfares recién nacidos en el jardín.»

Era una pena no tener perfume, porque un toque de perfume hubiera impregnado con chorros de alegría su piel, pero lo supliría con el aroma de las rosas, los jazmines y los nenúfares recién nacidos en el jardín. Era una pena no tener un vestido más elegante o unos zapatos más sofisticados, o incluso alguna joya, aunque fuera pequeña. Desde su conocimiento, desde sus encuentros, desde la primera vez que se vieron y se hablaron, hubiera deseado poseer un sinfín de objetos para engalanar su cuerpo y mostrarse más bella a los ojos de su amado. Hubiera querido adornarse de lunas nuevas y vestirse de bruma callada para, en silencio, acercarse a aquel hombre y desplegar sus encantos. Pero carecía de todo aquello con lo que se adornan las mujeres para resaltar su hermosura. Porque ella era hermosa, estaba segura, y ahora más que nunca, con el amor saltando y brincando por todas sus venas.

Se arregló como pudo, dada la escasez de elementos con los que contaba.

Él era dulce. Y sonreía como nadie. Y le contaba historias. Le hablaba de su vida y de su alma, y él escuchaba, también como nadie la había escuchado hasta ese momento. Y las horas pasaban sin sentir, porque el tiempo a su lado parecía humo. Por eso ansiaba la llegada de la tarde, para verse, para encontrarse de nuevo, para compartir cientos de secretos y de añoranzas.

Se acercó a la ventana de su habitación y contempló el jardín. Los parterres reventaban henchidos de flores.

Debía faltar muy poco tiempo para las seis.

Se pasó los dedos por el cabello para componerlo, porque tampoco tenía peine. Una serie de ruidos confusos taladraron sus oídos.

Había llegado la hora, por fin, las seis de la tarde, el momento de la reunión con su amado. Y suavemente, como transportada por los hilos calientes de la pasión, se acercó a la puerta ahora abierta y salió al pasillo. Bajó las escaleras hasta la planta baja, junto con algunas de sus compañeras, y el jardín la recibió con una cascada de soles ocultos tras las ramas de los árboles.

Su corazón rebosaba. Iba a verlo de nuevo, iban a hablar, a contarse nimiedades, las pequeñas cosas de la vida, secretos, confidencias, y allí estaría él, tan gallardo, tan firme, tan elegante, con sus ojos oscuros y su barba poblada, y una sonrisa tierna rebosando en sus labios. El día merecía la pena tan sólo por esos momentos.

Su alma era un cúmulo de sensaciones subiendo y bajando, como una noria fabricada de nostalgias, alegrías y sueños. Muchos, muchísimos sueños.

Anduvo directamente, sin necesidad de nadie a su lado, y se dirigió hacia la zona trasera del jardín, donde se elevaban los pinos. El resto de sus compañeras permaneció en la parte delantera dispersándose hasta la verja de color verde. Estaba cerca, a unos minutos, a unos pasos. El aire parecía más tierno, como si estuviera plagado de caricias, como si unos dedos suaves acariciaran su piel y la cubrieran de primavera, y el viento más limpio, y la luz más nítida, y sus sienes... sus sienes se asemejaban a un timbal de sentimientos desorbitados.

*«Su corazón empezó a pal-
pitar con más fuerza y por
unos instantes pensó que
iba a salir corriendo por las
veredas y tendría que co-
rrer para alcanzarlo. Allí
estaría él, su adorado, a
unos segundos, esperando,
queriéndola, escuchándola,
amándola como jamás na-
die la había amado.»*

Tras los pinos, una rotonda.

Su corazón empezó a palpar con más fuerza y por unos instantes pensó que iba a salir corriendo por las veredas y tendría que correr para alcanzarlo. Allí estaría él, su adorado, a unos segundos, esperando, queriéndola, escuchándola, amándola como jamás nadie la había amado.

En la rotonda, un parterre plagado de flores, especialmente petunias que albergaban toda la gama de colores del universo.

Sí, allí estaba, aguardando, aguardándola.

Una inmensa sonrisa iluminó el rostro de aquella mujer delgada y triste, construida de soledades y silencios.

En el centro de la rotonda, sobre un pedestal de piedra, se erigía una estatua de mármol negro.

La mujer avanzó unos pasos y se detuvo en seco. Sus labios se abrieron repletos de luceros y sombras.

La estatua se levantaba majestuosa. Representaba a un hombre de unos cincuenta y muchos años, tal vez sesenta, alto, serio, cabal, firme, los ojos perdidos, la nariz recta, los labios finos, la barba poblada. Tenía el cabello ondulado y un poco largo. En sus manos sostenía lo que podría ser un legajo o un documento.

Ella, ahora parada ante aquel ser inerte, lo contempló arrobada, como transportada por un millón de estrellas hacia alturas infinitas.

En el centro del pedestal había una placa dorada en la que podía leerse: Don Jacinto Santoña Prados.

La mujer formada de tristezas permaneció quieta, como queriendo disfrutar de aquel instante mágico.

La estatua de Don Jacinto Santoña Prados, el fundador y promotor del Centro, tenía los ojos perdidos en el infinito.

Y a ella le pareció que el entorno se hacía luminoso, una especie de paraíso terrenal para los amantes, para los enamorados, para ellos dos solos porque, en ese momento, estaban solos. Todo había desaparecido a su alrededor. Y allí permaneció hablando y hablando con Don Jacinto, y explicando sus culpas, sus dolores y sus pesares a su amado, a su silencioso y querido admirador con el cuerpo erguido y

con nombre de flor. Y el tiempo se derritió como niebla entre sus dedos.

La tarde se desgajaba lentamente en el cielo.

Sonó una sirena. La mujer miró a Don Jacinto y, guardándose una sonrisa en el borde de los labios, se despidió de él hasta el día siguiente a las seis. Dio media vuelta y dirigió sus pasos hacia la gran casa blanca, con el alma henchida de sensaciones y deseos.

Las puertas del Centro Psiquiátrico se cerraron a sus espaldas mientras una aguja grandiosa e invisible hilvanaba los bordes del cielo con puntadas muy pequeñas.

© Blanca del Cerro

La autora:

Blanca del Cerro nació en Madrid. Cursó sus estudios en el colegio de Jesús-María, en esta misma ciudad. Estudió Filología Francesa, Traducción e interpretación y lleva veinte años dedicada a la labor de traductora, aunque su asignatura pendiente ha sido la escritura. Tiene publicado el libro *Luna Blanca*.

* * *

Relato

INVENTRÉN

por Sergio Borao Llop

Al amigo Coiro, que sueña trenes.

Lo que vemos desde aquí no es más que un modesto edificio de una sola planta, con una puerta de madera y dos ventanas. Se adivina que en otro tiempo estuvo pintado de blanco, pero ahora toda la fachada está repleta de desconchones y lo que parece ser un impreciso conglomerado de restos de pintura, con diversos colores mezclados de forma aleatoria, como lo haría un niño. «Ese estrago no es obra de niños» dice el Gringo. El Gringo era actor. Vino hace casi treinta años a participar en una película, descubrió la melancólica noche de nuestras ciudades y la insondable desnudez de nuestros yermos, y nunca más volvió a su tierra. Desde entonces vaga por ahí con su videocámara y un ansia insaciable de escenas por grabar, de mundos por descubrir y relatar.

Si nos acercáramos un poco más, veríamos que se trata de la oficina ya inútil de un apeadero abandonado, último residuo de un pasado que se nos va marchando lentamente. Un poco más cerca, observamos que la puerta, que alguna vez fue verde y ahora es un mero trozo de madera reseca, ha sido abierta, quizá forzada, y que las ventanas no tienen cristales. Pensamos que acaso alguien se los llevó para venderlos, o que estarán esparcidos por el suelo, fragmentados en miles de pequeñas astillas transparentes que dentro de un rato, cuando el sol esté alto, sembrarán de reflejos el entorno, multiplicando la aridez de este paisaje.

Nuestros pasos, lentos, resuenan sobre la calma del amanecer austral mientras nos vamos aproximando a la caseta. A pocos metros hay un auto, que parece tan abandonado e inútil como todo lo demás. El volante y el cambio de marchas han desaparecido, así como tres de las ruedas. La cuarta está destrozada. También faltan la puerta del conductor y los espejos. Ese auto tiene un no sé qué de animal herido. De bestia moribunda que se ha arrastrado hasta aquí a exhalar su último aliento, al lado de las vías por las que una vez circuló esa especie de hermano mayor: el tren. Pero también las vías han emigrado a otras latitudes. No queda por allí ni un solo hierro. Algunas traviesas de madera, uno que otro

tornillo enterrado, la hierba seca marcando el lugar donde antes hubo raíles, como queriendo contar una historia, una vieja balada de destierros y encuentros.

Dentro del inmueble en ruinas hay alguien. Se asoma al acercarnos. Es el Marmota. Le llaman así porque siempre parece estar durmiendo. La realidad es que padece una suerte de insomnio crónico, que le impide dormir durante la noche. Eso hace que se pase el día dando cabezadas. Antes la cosa era diferente: El Marmota trabajó, como todos nosotros, en el ferrocarril. Fueron años dichosos. Uno se pone a contar anécdotas y no termina. Ganamos algo de plata, hicimos buenos amigos, recorrimos este país hermoso, vivimos. Luego todo terminó de repente. La casa donde vivía el Marmota en esa época estaba a unos doscientos metros de las vías. Cada noche, antes de acostarse, escuchaba pasar el tren de las once, que iba hacia el norte. Media hora más tarde, con bastante puntualidad, podía escuchar, a veces ya desde la tibia región del duermevela, el que venía atravesando la estepa rumbo al sur. Ese era el mejor indicio de que el mundo seguía marchando, de que todo estaba bien. Después —esto ya lo supo todo el país por los diarios o la televisión— esa ruta quedó obsoleta y se suspendió el tráfico. Muchos de nosotros nos quedamos sin trabajo. Aquella primera noche sin trenes, el Marmota permaneció acostado cara al techo durante horas, esperando, sin saberlo, el sonido que había venido escuchando y amando desde que tenía conciencia. El bárbaro silencio no lo dejó dormir. Desde entonces, cada noche no es más que un reflejo borroso de aquélla, la pesadilla de la que no le es posible despertar.

Por eso no es extraño que haya sido el primero en llegar. Nos saluda con un gesto. Nos muestra el interior. Un armario desgajado y un par de sillas raídas, un tablón de anuncios con cuatro o cinco chinchetas oxidadas, un botiquín vacío. También hay un diminuto baño con las paredes desnudas. Habrán aprovechado las baldosas. «No es mucho, la verdad» murmura el Gringo. «Hay que ser cautos» dice alguien. «No sabemos bien de qué va esto. Ya se verá».

Todavía falta gente, no sabemos cuánta. Nos sentamos afuera, en el suelo, a la sombra. Aún no hace calor, pero es el lugar más agradable para esperar. Fumamos en silencio, con la mirada perdida en un punto inconcreto, cada uno sabrá qué es lo que ve en esa intersección imaginaria.

Un rato más tarde aparecen dos mujeres con un bulto. A lo lejos, parece una especie de alfombra enrollada. Se oye un susurro: «Son ellas». Caminan despacio, quizá el peso les impide avanzar más aprisa. Dos de los hombres se incorporan, tiran sus cigarrillos al yermo donde antes estaban las vías, y van al encuentro de las mujeres. El tercero sonríe. Hace años que las conoce. Sabe lo que va a pasar, como si ya lo hubiera visto antes, como si no hubiera hecho otra cosa en su vida que ver una y otra vez esa misma escena: Se encontrarán a mitad de camino, o un poco más lejos, allí donde un letrero sujeto con alambre al poste inclinado todavía indica el nombre del apeadero, y una flecha mínima, insignificante, señala la dirección a seguir. Después, ellos se ofrecerán a llevar el pesado fardo. Ellas, educada pero firmemente, rechazarán la propuesta. Habrá una breve y acalorada discusión. Luego, ellos regresarán a paso ligero, sin mirar atrás, mientras ellas se van aproximando con lentitud, saludando con la mano de vez en cuando y parándose a descansar un par de veces.

Cuando llegan, apoyan el fardo sobre uno de los muros y saludan a todos. Hay sonrisas y abrazos. Queda olvidado el incidente de unos minutos antes. Somos una misma cosa, las pequeñas contrariedades no deben afectarnos. Tenemos un objetivo, aunque aún no sepamos muy bien cuál es. Así pues, nos saludamos y charlamos durante algunos minutos. En realidad, no sabemos de qué: Lo importante en ese momento es el sonido de las voces, saber que estamos ahí, que hemos regresado del exilio al que nos sometimos, o al que no pudimos escapar.

Luego, todos callamos. En el horizonte ha aparecido el Catalán. A esa distancia parece más pequeño, pero así y todo, no pasa desapercibido. Alguien pregunta «¿Se habrá acordado de traer los cuadernos?». Es una pregunta retórica. Todos conocemos la extrema seriedad y eficiencia del Catalán. Resulta extraño verle con traje y corbata en un día como hoy y en un lugar como éste. Al caminar, sus pies levantan pequeñas nubes de polvo que se quedan durante un instante posadas sobre el camino terroso y después se desvanecen como fantasmas inexpertos. Trae una maleta en la mano derecha, una

«Cuando llegan, apoyan el fardo sobre uno de los muros y saludan a todos. Hay sonrisas y abrazos. Queda olvidado el incidente de unos minutos antes. Somos una misma cosa, las pequeñas contrariedades no deben afectarnos.»

maleta pequeña. Nos sorprende un poco reparar ahora en que los demás no hemos traído equipaje. No pensábamos que fuese necesario, y quizá no lo sea, mas el hecho de ver a uno con una maleta nos hace pensar en ello por primera vez desde que iniciamos esta aventura. Entendemos, porque así se nos dijo, que todo empieza en este lugar y en este día, pero nada sabemos de lo que vendrá luego. «¿Y no es siempre así en la vida?» se pregunta uno de nosotros, imposible saber quién.

Ha ido llegando más gente. Unos charlamos, otros permanecemos callados mientras oteamos la lejanía por si vienen más. La mañana va floreciendo. Nadie mencionó una hora concreta; no obstante, algunos empezamos a estar un poco intranquilos. Aunque nadie va a volver sobre sus pasos, eso no lo dudamos. Así que nos ponemos a esperar. Fumamos y charlamos; caminamos y fumamos, alguien canta por lo bajo. El día va transcurriendo. Hay quien piensa que tal vez sería hora de regresar a su casa; sin embargo, aquí nadie se mueve. No sabemos qué, pero en el fondo todos confiamos —o nos dejamos mecer en ese espejismo— en lo que ha de venir, aunque nos sea imposible cifrarlo o definirlo. Escrutamos la inmensa extensión que se extiende en torno; creemos adivinar, a lo lejos, sombras que se mueven, autos que van o vienen, aunque sabemos que no hay ninguna carretera cercana. Llega la primera penumbra del crepúsculo. Tal vez nos preguntamos si en verdad es posible aún esperar algo. Como un ronroneo creciente, la noche se acerca y nada ha sucedido. Sobre el murmullo, se escucha un rasgueo

«Escrutamos la inmensa extensión que se extiende en torno; creemos adivinar, a lo lejos, sombras que se mueven, autos que van o vienen, aunque sabemos que no hay ninguna carretera cercana. Llega la primera penumbra del crepúsculo. Tal vez nos preguntamos si en verdad es posible aún esperar algo.»

de guitarra, una voz que entona una milonga, otra que le acompaña. Al otro lado, en el yermo, se repiten los ecos nocturnos de los lugares abandonados para siempre. Entre todos estos ruidos tan familiares, se cuele uno nuevo, inexplicable: Si no fuera imposible, diríamos que se ha oído el traqueteo de un tren en la distancia. «Habrà sido un camión» farfulla una voz, aunque le falta convicción. Un rato después, el sonido se repite. Pedimos silencio. En efecto, hay un rumor, lejano aún, pero inequívoco. Esta vez nadie tiene dudas. Al fin y al cabo, somos todos del oficio. «El viento lo habrá traído desde la ciudad» musitamos, tratando de negarnos esa ambigua ilusión que comienza a asentarse en nuestro ánimo. Sin embargo, aguzamos el oído por si nos es dado establecer de dónde viene; escudriñamos el norte y el sur, el este y el oeste, convencidos de la inutilidad de nues-

tra solicita vigilancia, y al mismo tiempo con la secreta esperanza de ver aquello que deseamos, distante quimera que nos alzó de nuestros lechos y nos condujo hasta este minuto en el que todo va a tener sentido, o a perderlo. El sonido es real y poco a poco aumenta su volumen. Crece entre nosotros un griterío apagado, hay movimientos inquietos, miradas interrogantes, cierta confusión. De pronto alguien grita mientras señala un punto luminoso en el sur: «Allí, allí». Ya no es sólo el traqueteo remoto. Ahora lo acompaña una luz que se nos va acercando, una luz que viene del Sur. Desconcertados, nos miramos. Nos gustaría ensayar una hipótesis, fijar con unas pocas palabras eso que está sucediendo y que no tiene explicación, mas nadie dice nada. El sonido se va elevando hasta resultar casi insoportable. El círculo de luz también ha aumentado ostensiblemente su tamaño. No puede ser, pensamos. Pero es: Una locomotora antigua, cubierta por la tierra de todos los caminos, erosionada por todas las lluvias que el mundo ha visto, se acerca, poderosa y desafiante, hacia el lugar en que estamos, hacia este apeadero inútil, hacia este yermo desolado, provocando un rechinar, una agria resonancia, fantástica música que escuchamos con el corazón encogido. Con un chillido de frenos viejos, desacostumbrados, se detiene justo al lado de este barracón donde esperamos, arracimados y anhelantes. Vemos al conductor. Le reconocemos. Era cierto, entonces. Una voz se eleva por encima del murmullo general. La voz, resuelta, garabatea en el aire un pensamiento común: «Vamos subiendo. Es la hora».

© Sergio Borao Llop

El autor:

Sergio Borao Llop. Narrador y poeta nacido en Mallén, Zaragoza (España). Colaborador habitual en varias revistas y boletines electrónicos. Incluido en diversas antologías y en las revistas Nitecuento, Imán, Alhucema *senda inexcusable*. Fue finalista en los certámenes de Poesía y Relatos "Ciudad de Zaragoza 1990". Blog, "Al andar".

CORRESPONDENCIA NICARAGÜENSE (III)

por Berenice Noir

*voy pareciéndome a la noche
protectora de ensombrecidos seres*

Consuelo Tomás

A tu primera pregunta tengo que responderte que no.

A tu segunda pregunta tengo que responderte que sí.

A tu tercera pregunta tengo que cesar de responderte.

Paso a saludarte, si es que aún necesitas ser saludado. Prométeme que mis cartas sólo serán leídas de noche. Yo trabajo el agua todo el día, en el Cocibolca. No soy la misma. ¿No lo dice también tu canción, aquélla que estrenaste en el Festival Gastón, «De noche no somos lo mismo / no somos lo mismo»? Y aquella noche no ganaste. No pensaron que habías sido tan bello, diciendo tan sólo una verdad.

Te saludo, entonces, como el agua saluda la sal que la dulcifica. Nosotras nos hemos prohibido llorar dentro del lago, para no dulcificarlo.

La terraza está cálida. Mis ojos purifican la luz del fuego. Alrededor de mis perros echados, las sombras flotan como algas recién tiradas a la superficie del agua. Las venas de la noche pasan por mi casa. Mis perros no se despiertan.

Aún no sé exactamente cómo escribir tu nombre. Mis opciones a elegir son dos: o tienes demasiados, o no tienes ninguno. Yo sólo sé escucharlo. Te nombro, entonces, como el agua nombra sus membranas, sus seres vivos, sus matanzas, sus nacimientos milagrosos hechos casi en la roca. Dejo que Managua te haga el resto.

Todas las otras mujeres duermen ya en sus casas. Sin embargo, todos los perros del pueblo duermen en mi terraza. ¿Cómo se entiende esto?

Me comentaste que te gusta explicarle el contenido de mis canciones, las que me escribiste a mí, a alguien. Ese alguien no apareció en lo que me contabas. Luego te atajaste, supongo que por temor a que te descubriera mintiendo, y luego cambiaste de tema y te pusiste a hablar de Managua. No tenés que temer. Si hablás de mí de día, todo dependerá en qué canción me presentás. Si hablás de mí de noche, todo dependerá a quién me estás presentando. Tienes que decidir: ¿a quién, y cómo, le negociarás mis caricias? ¿En qué momento de mis canciones descenderás de mi nombre, apagarás la luz y te enroscarás en un cuerpo, en un hueco, en un chagüite, y estallarás?

Qué suerte la tuya: la de tener, aunque te haya enjaulado, un pueblo a quien cantarle.

Qué suerte la mía: la de tener, aunque me haya liberado, un pájaro enjaulado en un pueblo.

Tenés que hablarme menos de la capital y más de lo capitalino. Apenas puedo soportarte.

Tengo que hablarte más de la noche y menos de lo nocturno. Apenas puedo soportar mi propia lectura antes de mandar mi correspondencia. Trabajar menos y escuchar más el radio me ayudará. Me gustará.

Trabajo menos. Y escucho más el radio. Me gusta.

Puedo quererte sin que me necesites, tengo que advertírtelo antes de que lo arruines preguntándome. Sí, puedo. Las otras mujeres lo saben. Yo lo sé de ellas. El pueblo lo sabe. Cuando se reúnen en mi casa para contar el trabajo reunido previamente en el lago, ninguna de ellas me dice «Berenice, arrepíentete de lo que sabes o, de lo contrario, lo ocultarás». Ninguna de ellas sabe cómo arre-

pentirse.

Tu correspondencia me agrada. Aunque algunas partes, especialmente las íntimas, me fastidian. No sé el porqué. No sé si es que todo se reduce a un choque de poderes. O si es por algún punto lejano y muerto de mi historia, ubicado en alguna mujer anterior (tallada por un guardabarranco que vos no eras) ya muerta, un mensaje que hice sólo para mí en mi botella antes de lanzarla al mar, y que no encontré miles de años después, a pesar de que naufragué todos los años, en todos los puertos.

Quizá me hacés recordar una esperanza que yo abracé, como se abraza una bandera, una cara hecha de risas añidadas, un útero lleno, un poema de amor, un fusil de asalto, un músculo contraído. Algún punto muerto que tus correspondencias palparon inadvertidamente.

Porque ¿qué son tus palabras acerca de tu vida en Pancasán, íntimas y densas y lindas y violentas como un poder, sino un intento, un amague, por tocarme donde más me gusta? ¿Qué sos sino la inercia de una maquinaria de miles de piezas, chiquitas como un gesto?

Pero mi lago es muy grande. Mis manos no carecen de fauna. Se necesitaría mucha densidad y mucha violencia para tentarme.

Yo tuve una vez un padre. Y luego un maestro. Luego un hombre. Luego di un esclavo que se convirtió en rey. Y me gobernó. Yo tuve un soldado, que mató a mi rey. Y me gobernó. Yo tuve una montaña. Yo tuve un pozo con muchos huesos. Tuve perros. Yo tengo un lago muy grande. Y un pueblo que me custodia, como si yo fuese la madre que engendró el mismo rey muchas veces. ¿Eso contesta tu pregunta?

Yo amo a mi pueblo.

Aquí no estamos ni al sur ni al norte del paraíso. No tenemos brújula para hallar el edén. No nos hemos movido. Tampoco tenemos nada que nos invisibilice para que los restos del espíritu santo, rabioso por lo que nosotras le hicimos, nos pase por alto. ¿Qué hicimos? Cantante, ¿qué hicimos?

Aquí simplemente estamos en un hoyo, dentro de un lago muy grande que un terremoto le arrebató al océano, un poco antes de que vos y yo nos conociéramos en aquel baile en el Salón Azul.

Yo tampoco sé cómo arrepentirme.

¿Cómo puedo ocultarme? ¿Dónde puedo aprender a ocultarme? ¿Debo llorar de día dentro del agua, en el lago, al oído de los peces, para poder escribir en la noche, dentro del llanto? Al oído de cada córdoba con que compré cada secreto sin que ningún secreto se enterara de que ya era mío.

Quiero hablar de tu cuerpo. Tengo muchas cosas para decir de tu cuerpo.

Escríbeme o purifícate. Si es que aún puedes sospecharme en cada cosa, encontrarme en cada radio, en cada guitarra. No temas por ser viejo. Tu correspondencia te ablandará. Escribe.

No temas por estar viejo. Ten temor a cantar y no poder callar, a matar sin que nadie nazca, a nacer sin que nadie muera. A saltar y no descender, a nadar sin branquias, a volar sin límites. A eso debes tener temor. No sé si con eso respondo tu inquietud. En Managua nunca eres viejo, no te preocupes. Lo dice, lo demuestra, el radio, ¿no me crees? Si me estás leyendo de noche, como te advertí, créeme.

Escríbeme contando de esto, de todo esto. En verdad te lo digo: sólo con vos pude hablar así, con armas, con ganas, con rabia, con paz, con árboles frutales, con los pelos de la semilla de mango entre los dientes, con las respiraciones de los perros del pueblo limpias en la nocturnidad, qué lindo como respira un perro manso cuando duerme, qué lindo.

Escribir con carcajadas, como si el agua en la ribera pincelara los archipiélagos en mi risa. Guardo mi risa para el momento de trabajar con las otras mujeres.

*«¿Cómo puedo ocultarme?
¿Dónde puedo aprender a
ocultarme? ¿Debo llorar de
día dentro del agua, en el
lago, al oído de los peces,
para poder escribir en la
noche, dentro del llanto? Al
oído de cada córdoba con que
compré cada secreto sin que
ningún secreto se enterara
de que ya era mío.»*

Guardo tu próxima respuesta para mi árbol frutal. La noche me irá escalonando, hasta hacerme semilla, yema, brote, de todo lo oculto.

Esta mañana las nubes se desengancharon de su platero y rodearon uno de los conos volcánicos. No pregunté a las mujeres en el lago por quién morían esas nubes, o a qué criatura recibían. Las nubes se acodaron alrededor del cono volcánico con firmeza, como si fueran una partera. Luego se ennegrecieron. Todo el día llovió en Ometepe, intermitentemente. Las mujeres y yo lo vimos desde acá. Quizá aún llueve, quizá la montaña todavía está grávida. Sí, lo huelo en la humedad.

¿Por quién mueren esas nubes, desenganchadas de su platero? Los pelotones de ojos y matas de cabello hermoso, negro, me hubiesen observado mientras trabajábamos, hasta hundirme, o hasta arrastrarme hacia el archipiélago. No quiero preguntar más.

Las mujeres, trabajando el agua conmigo, me hubiesen respondido.

Beso, si es que debo. Abrazo cordial, mientras hablo de tu cuerpo con mis algas y con las respiraciones de mis perros.

© Berenice Noir

La autora:

Berenice Noir (Rivas, Nicaragua. 1975). Artesana, tatuadora y escritora nicaragüense. Constantemente viaja por Centroamérica. Todavía no tiene un nicho definido.

* * *

Relato

CRIMEN PERFECTO

por Carlo Reategui Avilés

*“No quería hacer el amor,
solo quería que sintiera algo mío dentro de ella”*

Fernando Ampuero

El primer día que entré al Paraíso me dijeron que todo lo que sucedía ahí —como en Las Vegas— se quedaba ahí. Y recordando viejos tiempos decidí avanzar hacia el bar y acodarme con unos bohemios del lugar, compartiendo una pequeña jarra de cubalibre y un cigarro que rondaba entre los asistentes a mi ilusoria reunión. Conocía a uno de ellos y como tenía amistades en su «selecto» círculo de acompañantes no se inmutó cuando tome el vaso y me serví como si nos conociéramos de años. Como siempre, ese día esperaba a Catalina.

Su llamada me sacó de mi oscura realidad de investigador en las oficinas del mejor diario del país. Su voz me remontó en algún momento a las pocas noches que pasamos en el Paraíso, cuando apenas teníamos claro lo que íbamos a estudiar. Yo con mi loca predisposición por estudiar derecho y ella con su complaciente sonrisa de estudiante de artes. Éramos de alguna manera extraños cuando estábamos juntos, volteaban las miradas al vernos cuando caminábamos por el campus o por la avenida Larco. No distinguía bien los lugares en mis pensamientos, el aire se estaba viciando y yo ansioso la seguía esperando.

Cuando nos conocimos yo me afanaba a una de sus amigas. Ella me ayudaba. Tal vez en ese momento

empezó un esbozo del final al que llegaríamos. Todas las tardes me volvía loco por armar con ella situaciones que lograrían que su amiga me aceptara. Creamos un sinfín de estrategias, desde las más sutiles hasta las más perversas. Una de esas nos desgració.

Mi forma de caminar, mi forma de correr, la forma de afanarme para que siquiera me mirase de reojo era impresionante. Muchas veces mi madre me regañaba, me decía que pasaba horas en casa de Catita y no apoyaba en nada en casa. Por mi parte hacía oídos sordos a sus reclamos mientras mi obsesión se engrandecía cada tarde. Experimenté una especie de alienación, empecé a emborracharme porque eso –según la estúpida tradición– hacen los verdaderos hombres. Con Catita organizábamos reuniones donde al final se quedaban los que quería tomar con nosotros toda la noche. Mi madre por esos días enfermó y tuve que turnarme entre arreglar la casa, arreglar salidas con Cata, arreglar las cosas del colegio, arreglar nuestras fiestas informales y embarcarme sin retorno a la boca del lobo.

07 de mayo. Esa noche mi madre regresaba del hospital y en su honor mis tías le prepararon una fiesta sorpresa porque su cumpleaños lo había pasado internada. Descorcharon un vino borgoña y el brindis empezó. Mis tías, mis tíos, mi madre, se divertían. Mis primos y yo apenas nos mirábamos. A mis 16 años todavía tenía recelo en mostrar mi amistad a algunas personas, aunque fuesen de mi familia. 07 de mayo, según nuestro calendario personal, sería el día en que me mandaría a Rebeca. Dentro de mi casa yo respiraba un aire denso y mi madre se divertía como si no hubiese estado enferma. Catita llamaba cada cinco minutos para confirmar la hora del encuentro. Será en el Paraíso, es una taberna que recién abrieron hace poco, dicen que es recontra chévere para que le caigas yo te ayudaré a entrar, el barman es mi amigo.

Esperé a que todos estuvieran medio ebrios, me di cuenta cuando empezaron a poner música de los años 80 ó 70. En ese instante me escabullí del los besos y los pellizcos en las mejillas de mis tías, tomé

«Cuando nos conocimos yo me afanaba a una de sus amigas. Ella me ayudaba. Tal vez en ese momento empezó un esbozo del final al que llegaríamos. Todas las tardes me volvía loco por armar con ella situaciones que lograrían que su amiga me aceptara.»

la casaca azul preparada para esa noche y como si hubiese tenido ganas de ir a comprar el pan levanté la mano y el taxista me dijo que mi destino costaba 10 soles. Mientras recorría las calles me puse a pensar en Catalina. Cómo se sentiría ella, ¿realizada?, ¿a mí me gustaría arreglarle una relación con otro varón? No sé por qué me empezó a invadir un sentimiento de culpa que no pude sosegar. El Paraíso se impuso frente a mi taxi cuando andaba en esas divagaciones y decidí que todo ocurriera como se presente. Dejé que todo fluya.

Ellas me esperaban en la puerta y entramos. Dentro un calor cargado invadía la pista de baile y una jarra de cubalibre esperaba en la que se supuse era nuestra mesa. Todos se disputaban a Cata para bailar, como si se hubiesen puesto de acuerdo para que simplemente quedemos solos Rebeca y yo. Tengo a admitir que muchos meses de planear la situación perfecta hicieron que me olvide de lo esencial: iba ser la primera vez que escucharía su voz.

Al instante quise que todo se acabara, que la vida me dé un tiempo técnico para poder replantear mis ataques y mis defensas, para no quedar como un imbécil frente a ella y a toda la pista de baile. Entonces empecé a aburrirla. Tocaba temas que en poco tiempo adormecerían el encanto de su sonrisa y terminaría bailando con el barman que se reía por lo bajo al verme tan nervioso. Nada sale bien cuando lo planeas solía decir mi madre siempre. Por qué crees que tu padre se murió.

La noche no fue tan desastrosa y al final logré articular una frase interesante que hizo que se riera durante medio minuto, bailamos, tomamos más de cubalibre y estaba tan empilado que decidía caerle en ese instante. Me caí de cara. Se rió un poco más y fijó su mirada entre mis ojos: Eres lindo pero creo que soy un poco madura para ti. Mi castillo de naipes se fue al piso y la baraja se empezó a mojar en el vaso de cubalibre que me esperaba en la mesa. Como por coincidencia –porque las mujeres siempre hacen coincidir las cosas– su papá llegó a recogerla y se despidió con un tierno beso en mi frente. Como si fuera un niño al que se le cae el chupete que se calma con un beso en la frente y un malo chupete, malo.

Tal vez estaba en lo cierto porque como ese chiquillo sin chupete yo me servía vasos y vasos de cubalibre, como si mi vida se hubiese acabado cuando me dijo que no, como si en el espacio Júpiter se

hubiese salido de su curso y su maldición recayera sobre mí directamente. Cata me acompañaba fielmente, me consolaba con sus caricias, la gente empezaba a irse. Ella me recogía de la barra donde me acodaba como un perro faldero esperando a sus dueños. Nos poníamos a bailar pero yo no podía cambiar de gestos. ¿Acaso comprendía lo que se estaba formando alrededor mientras le hablaba? Creía en ese efímero momento que Rebeca era una estúpida, que yo era un estúpido y que toda la gente que había procurado que nos uniéramos en labios esa noche era estúpida.

A las tres de la mañana recibí la llamada preocupada de una de mis primas. Yo apenas estaba en mis cabales, le dije que dormiría en casa de un amigo y regresaría hasta el mediodía. Cata me miraba medio ebria y absorta, me abrazó y juntos no bailamos, juntos nos acodamos en la barra una vez más, pedimos otra jarra de cubalibre. Esta jarra nos la acabamos los dos, me dijo, es nuestro pacto de esta noche. Yo asentía y el barman se nos acercó.

—¿Ustedes son enamorados?

—No, él es mi mejor amigo.

—¡Ah!, y qué están celebrando.

—La amistad

—Pues déjenme dedicarle una canción a su celebración.

Calamaro esa noche empezó a cantar y me pareció que éramos solo los dos en la barra del Paraíso, que siempre estuvimos enamorados y que simplemente lo había negado de una forma egoísta. Esa noche la besé por primera vez, esa noche pude resolver la pregunta de cómo saben sus besos. Esa noche empezó cuando Crímenes Perfectos empezó a sonar en los parlantes.

Abrazados y al son de esa única canción en nuestras mentes empezamos a balancearnos en la pista junto con las otras parejas. Desde esa noche empezarían a mirarnos como la pareja extraña de la ciudad. Esa ciudad que nos ofreció apenas un cuarto donde pudimos sellar nuestro pacto de amistad mientras ella se mecía, gemía y me arañaba la espalda, mientras yo iba y venía entre sus piernas y mis labios tocaron algo más que sus labios. Nuestras manos apenas se despegaron, nuestras frentes apenas permanecían secas en algún espacio, nuestros cuerpos apenas podía separarse mientras entramos a realidades no preparadas para nosotros, no preparadas para disfrutarlas los dos al mismo tiempo.

Con el tiempo empecé a quererla y comprenderla, con el tiempo empezó a conocer realmente lo que sentíamos. Pero nunca salió de nuestros labios un te quiero, o un me gustas. Esas palabras estaban vetadas de nuestro vocabulario desde esa noche, nosotros solo habíamos cometido nuestro crimen perfecto y lo seguimos cometiendo mientras estudiamos en la universidad.

Cuando se fue del Perú cerré mi álbum de deseos. Ese día sentí que se acababa larga etapa de mi vida. Ese día decidí volver al Paraíso y escuchar detenidamente la letra de nuestra canción. Supe que las cosas empeorarían y decidí olvidarme de lo que había vivido. Decidí crear una laguna mental deliberada para que nunca más me fastidie el espectro, el cuerpo del delito de nuestro infortunio, de nuestras reuniones ocultas en algún cuarto de la ciudad, de las cajetillas de cigarro que ambos fumábamos caminando por la playa. Decidí volver cada noche al Paraíso para tratar de esperar al fantasma de una mujer que nunca llegaría. Decidí que siempre me acodaría con bohemios del lugar que no se inmutarían cuando coja la jarra de cubalibre y pida la misma canción de Calamaro.

© Carlo Reategui Avilés

El autor:

Carlo Reategui Avilés (Ayacucho, 1992). Estudiante de letras en la Pontificia Universidad Católica del Perú, aspirante a periodista. Premio Excelencia Académica 2008 del Colegio Salesiano de su ciudad natal, también dirigió el grupo de periodismo escolar de dicho colegio. Administra el blog <http://sobreprotexion.blogspot.com> donde cuenta pasajes de su actual vivencia. Prepara su primer libro.

SIEMPRE TE ENCONTRÉ

por José Ángel Beckett

Siempre son las 8:45. Dejo a mi madre delante de mi casa. Levanta el brazo y me dice adiós. Yo corro hacia el autobús. No me gustan los espacios abiertos. Me dan miedo y tengo ganas de gritar.

Siempre me siento en el mismo sitio. Me gusta mirar por la ventana. Me gusta imaginar que el mundo se mueve deprisa y que yo estoy quieto en mi sillón. Me gusta imaginar que las cosas pasan deprisa delante de mis ojos y que yo no cambio. No me gustan las cosas que cambian. Me dan ganas de gritar.

Miro los coches pasar. Leo las matrículas y sumo los números 8426 DGS = 20. No me gustan las palabras, con los números me siento mejor. Es un mundo más perfecto. No entiendo las palabras. Significan cosas que yo no puedo entender. La gente habla y no consigo comprender lo que dicen. Un número no engaña, no miente, no cambia.

4589 ACH = 26

Miro la carretera. Me gusta creer que es un río que une mi casa y el colegio. Los únicos sitios donde me encuentro bien. Los únicos sitios donde la gente no pregunta. Los únicos sitios donde la gente no me mira mal. Allí me aceptan tal como soy. Nadie tiene que explicar nada. No me gusta la gente extraña.

1263 GSP = 12

A mi lado siempre se sienta la misma joven de cada día. No sé su nombre. Nunca me lo ha dicho. Ella tampoco habla. Nunca ha hablado. Mira el techo azul del autobús y calla. Me cae bien. Ella como yo no necesitamos hablar. Ella como yo nunca hemos hablado. Yo miro la carretera y sé que no estoy solo. La siento respirar. Pasa un coche...

2573 BGT = 17

No sé su nombre, pero qué me importa. Solo necesito saber que está a mi lado.

Siempre son las 8:45. Me subo al autobús. Hoy es un día diferente. No me gustan los cambios. Hoy ella no vendrá. Mi madre me ha avisado. No vendrá nunca más. Tengo ganas de gritar. Hoy ya no la tengo a mi lado. No la siento respirar. Nunca he hablado con ella, nunca hablaré con ella. Pero ahora sé que me hubiera gustado decirle mi nombre. Me hubiera gustado acariciarle la mano. Me hubiera gustado decirle que las cosas pasan por nuestro lado y que nosotros nos quedamos. Que los coches tienen números. Que los números no engañan.

Pero yo no hablo, nunca he hablado, nunca hablaré. Miro por la ventana.

5191 DHJ = 16.

*«Miro los coches pasar.
Leo las matrículas y
sumo los números
8426 DGS = 20. No me
gustán las palabras,
con los números me
siento mejor. Es un
mundo más perfecto.»*

© José Ángel Beckett

El autor:

José Ángel Beckett Barcelona (España). Licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma de Barcelona. Doctorado en Filosofía política y moral por la Universidad Autónoma de Madrid. Ha ganado el Premio de narrativa Can Rajoler 2006, el concurso de novela Mirada prohibida (2007) y el de novela histórica Centro Cultural Can Butjosa (2008).

LA LEY DEL MÁS FUERTE

por Carlos Manzano

Nunca había sido testigo de una reacción tan brutal y desproporcionada como aquella. Ni tampoco había visto golpear con semejante saña a un hombre indefenso sin motivo alguno. Y si hubiera sido un poco inteligente, debería haber sido la última vez que presenciaba algo así, porque bien podía representar el adelanto de lo que me esperaba a mí mismo si no ponía fin de una vez por todas a la amistad que me unía a uno de los seres más sádicos y violentos que recuerdo haber conocido jamás: el Chinas.

Yo me había alejado unos metros de ellos, como hacía siempre que él y Ana se entregaban al excitante y licencioso juego del magreo, actividad en la que se prodigaban cada vez con más frecuencia sin importarles el lugar o el momento y mucho menos que alguien pudiera sentirse ofendido por aquella beligerante muestra de impudicia. Entonces yo me separaba unos pasos, tímido y decoroso, a la búsqueda de un lugar donde, sin perderlos de vista, no quedaran directamente al alcance de mi mirada, dejando clara de esa forma mi intención de no inmiscuirme en asuntos que debían pertenecer por derecho propio —aunque ellos no parecieran pensar lo mismo— al ámbito de la más estricta intimidad.

En esta ocasión, estaban apoyados en un Renault Megane de color gris metalizado que había aparcado justo a la salida del bar donde nos veíamos todos los días. No me hacía falta mirarlos directamente para distinguir cómo las manos del Chinas iban y venían bajo la escasa ropa de Ana, cómo investigaban con codicia bajo sus prendas íntimas, cómo hurgaban en sus orificios más recónditos. Ella, huelga decirlo, no se quedaba a la zaga, dando lugar a un espectáculo un tanto escabroso que no entendía de decencia ni de buenos modales. En esos momentos se hallaban tan profundamente enfrascados en sus juegos que por nada del mundo se me hubiera ocurrido interrumpirles. Ni a mí ni a nadie que conociera mínimamente al Chinas.

Entonces vi al hombre que se aproximaba con las llaves en la mano y pude leer en su rostro un leve gesto de disgusto, de callado malestar, tal vez por el descarado espectáculo que aquellos jóvenes estaban brindando en plena calle. Sin embargo, segundos después comprendí que se trataba del dueño del coche y que se disponía a subirse a él. Me temí lo peor. Al llegar junto a ellos se detuvo unos segundos, con la vana esperanza de que su sola presencia consiguiera interrumpir por un instante su escandaloso manoseo y poder así, como era su deseo, arrancar el automóvil. Pero como ni el Chinas ni Ana daban muestras de haber advertido su presencia, al final, con una amabilidad que rayaba en la burla, se vio obligado a decir algo.

—¿Os importa? Tengo que arrancar el coche.

Lo vi todo unas décimas de segundo antes de que sucediera, como si estuviera investido de la facultad de anticiparme a los hechos. Vi casi a cámara lenta cómo el Chinas, con ese gesto de hastío que tan a menudo teñía su rostro, dirigía suavemente a Ana unos pasos hacia atrás para que no se viera afectada por lo iba a suceder; vi perfectamente cómo, sin ni siquiera mirarle a la cara, como si en realidad no hubiera nadie frente a él, como si aquel tipo cada vez más sorprendido ante las acciones que aquel joven iba desplegando frente sus ojos con la sordidez de una venganza largamente ansiada no mereciera la más torva de sus miradas, la más inútil de sus palabras, se giraba lentamente hacia el hombre y, de repente, en un movimiento tan rápido que incluso a mí, que ya lo había anticipado todo, me pilló desprevenido, le lanzaba una patada tan certera y potente que a punto estuvo de derribarlo. Después, como en esas ridículas películas de kung-fu que a veces todavía ponen en algún que otro canal de televisión local, el Chinas golpeó de nuevo el cuerpo cada vez más maltrecho de aquel hombre hasta dejarlo tumbado el suelo sin posibilidad de defensa. Y cuando ya estaba caído sobre la acera, presumiblemente sin sentido, inmóvil como un muñeco de paja, todavía le pateó la cara un par de veces más

«Entonces vi al hombre que se aproximaba con las llaves en la mano y pude leer en su rostro un leve gesto de disgusto, de callado malestar, tal vez por el descarado espectáculo que aquellos jóvenes estaban brindando en plena calle.»

con una rabia que me sorprendió incluso a mí mismo, acostumbrado como estaba a la violencia de aquel salvaje, de modo que llegué a pensar que lo había matado.

Ana, de pie justo en el lugar donde el Chinas la había colocado, lo miraba todo tan sobrecogida como yo, aunque de su boca no salió ni una sola palabra que instara a su novio a detener aquella brutal agresión. Yo, totalmente pasmado, tampoco fui capaz de decir ni de hacer nada. Me limité a mirarlo todo como el cobarde que soy, con el callado deseo, eso sí, de que esta vez el Chinas se hubiera pasado de la raya y hubiese acabado por matar a aquel pobre hombre.

Nadie de los que allí había hizo nada por ayudar a aquel desgraciado. No estábamos muchos, cierto es, pero todos conocíamos de sobras al Chinas y su mal carácter, así que preferimos mirar hacia otro lado mientras se cebaba con el cuerpo desmadejado de lo que segundos antes era un ciudadano corriente, de mediana edad, presumiblemente de buena posición y educadas maneras.

—Estos hijos de puta se creen que tienen derecho a lo que les dé la gana. Así aprenderán a respetar a los demás, a aprender que el mundo no es solo suyo.

No hacía falta justificación alguna, nadie se la pidió, ni siquiera Ana. Pero tal vez para dejar clara su inmensa superioridad, o quizá porque aquella agresión estaba tan falta de sentido que hasta él mismo pudo pensar que se había pasado de la raya, tuvo el detalle de explicarnos las razones que le habían llevado a apalear a aquel tipo, convencido como estaba de que nunca hacía nada que no estuviese plenamente justificado.

«¿Qué podría decir de ella sin resultar empalagoso o redundante? Éramos compañeros de instituto, compartíamos clase en nuestro último curso de secundaria, y yo estaba locamente enamorado de ella.»

Si hubiera sido inteligente, como he dicho al principio, aquella debería haber sido la última vez que veía al Chinas maltratar a alguien. Pero no lo soy. Y además, aunque sea ridículo admitirlo, estaba tan profundamente enamorado de Ana, su novia, que hubiera aceptado someterme a los vejámenes más degradantes con tal de que se me permitiera permanecer a su lado unos minutos cada día. Así de tonto era yo por aquel entonces. Un tipo ridículo de los pies a la cabeza.

No obstante, antes de juzgarme, bueno sería que hubieran conocido a Ana. ¿Qué podría decir de ella sin resultar empalagoso o redundante? Éramos compañeros de instituto, compartíamos clase en nuestro último curso de secundaria, y yo estaba locamente enamorado de ella. Era mala estudiante, le caían los suspensos como si fueran gotas de lluvia durante un chaparrón, todavía arrastraba algunas asignaturas del curso anterior y parecía evidente que tendría que repetir curso el año siguiente. Pero era la muchacha más hermosa que he visto nunca, una chica tan maravillosa que jamás se me pasó por la cabeza que en algún momento yo pudiera llegar a significar algo para ella, así que tampoco lo busqué.

Pero quizá a causa de ese sexto sentido que tienen las mujeres para distinguir qué chicos se pirran de verdad por ellas, cuáles de entre sus amigos darían la vida por uno solo de sus besos o la más timorata de sus caricias, pero a los que por ningún motivo —o quizá por eso mismo— aceptarían considerar más que como un inocente hermano o un familiar más o menos apreciado, debí de causarle tal lástima que un día, tan de sopetón que llegué a pensar que se trataba de una broma de mal gusto, me invitó a salir con ella el fin de semana. Lo que yo no sabía era que su invitación no solo no escondía ningún propósito furtivo, sino que, por el contrario, incluía presentarme al chico con el que estaba saliendo en aquel entonces y que no era otro que el Chinas, un personaje sucio, violento y asocial donde los haya, vulgar y ramplón a manos llenas, pero que, sin que aun hoy consiga entender muy bien el motivo, me acogió con toda la cordialidad del mundo.

No sabría señalar muy bien los motivos, aunque yo era de ese tipo de personas que suelen caer bien en casi todas partes. Era —sigo siéndolo— muy tímido, y mi deseo de no causar incomodidad a los demás me obliga a comportarme siempre con exquisita educación. Nunca una palabra más alta que otra, nunca un reproche fuera de lugar. Lo cierto es que mis maneras eran lo menos parecido que se pueda encontrar a la brusquedad y la zafiedad del Chinas. Pero tal vez porque Ana le había hablado maravillas de mí, o porque doy cierta imagen de bonachón complaciente, ni siquiera imaginó que en lo más hondo de mi corazón lo que de verdad deseaba era que alguien le partiese de una vez por todas la cara

de chulo que lucía con indignante arrogancia y poder birlarle para siempre a su novia.

Ana, por si no lo he dicho ya, era, además de hermosa, una muchacha un tanto simple, vitalista, alegre y simpática, pero también extremadamente dócil. He de añadir, no obstante, que el Chinas no la trataba mal. Si bien es cierto que jamás dejaba de comportarse como un tipo tosco y primario, que es lo que era, a Ana sin embargo la trataba con una deferencia especial, aunque sin llegar nunca a dar muestras de verdadero cariño –un comedimiento, por otra parte, muy similar al que observaba conmigo–. A pesar de eso, más de una vez fui testigo de alguna pequeña bronca entre ellos, en realidad tontas discusiones de enamorados donde él siempre acababa imponiendo su voluntad. Por lo demás, al menos en mi presencia, Ana nunca le dio motivos para que actuara de otra manera. Aquella chica podría haberse comido el mundo en dos bocados con solo proponérselo. Pero, en vez de eso, salía con aquel engendro humano cuyas mayores virtudes eran fumar hachís como una locomotora y liarse a hostias con el primer idiota que se le pusiera a tiro. Y así, un poco por inercia y otro poco porque cada segundo que pasaba junto a Ana se convertía en el instante más valioso de mi vida, me vi metido en aquel círculo vicioso de impudicia y vulgaridad sin poder siquiera imaginar a qué punto me conduciría todo ello.

Solo en una ocasión me atreví a mostrarle a Ana mis objeciones respecto del carácter profundamente desabrido de su novio, un tarde en que nos encontramos ella y yo al final de la última clase.

–Ya sé que tiene un carácter difícil y unos prontos muy suyos –me dijo–, pero no es malo, nunca actúa con mala intención ni por fastidiar a los demás. Lo que pasa es que tiene su manera de ver las cosas, eso es todo, pero no roba ni hace nada malo. Y cuando está de buenas es encantador, tú mismo has podido comprobarlo.

Yo no supe qué decir. Me sentí totalmente desarmado, como si de un zarpazo me hubieran roto todos mis argumentos. Aquella palabra, «encantador», independientemente de la pertinencia de su elección, me pareció la mayor de las blasfemias. El Chinas era un cabrón de tomo y lomo, un hijoputa de manual, incluso cuando, como había dicho Ana, «estaba de buenas». Ya su forma de vestir, aquellos desusados pantalones de chándal que jamás se quitaba y esas camisetas de tirantes o de fútbol tan poco apropiadas para alguien como él, transmitía por si sola una imagen repugnante y nauseabunda. Y qué decir de su tono de voz: autosuficiente, soberbio, rasposo, con ese tono de arrogancia tan insoportable... No había nada en él que pudiera considerarse correcto o proporcionado: el Chinas siempre me pareció el ser más despreciable del planeta. El porqué del afecto que sentía Ana por aquel tipo es algo que nunca conseguiré explicarme cabalmente.

A veces nos íbamos los tres hasta las afueras de la ciudad, junto a uno de los puentes del ferrocarril que circula por el extrarradio. Allí, el Chinas sacaba una buena piedra de hachís y nos fumábamos unos cuantos porros en amistosa camaradería, como si de verdad nos uniera algo más que una relación espuria y circunstancial.

Normalmente, el Chinas y Ana se comportaban con cierta discreción cuando estaban conmigo. Eso no quita que de vez en cuando, como ya he dicho, les gustara entregarse a una nada breve sesión de besuqueo y tocamientos sin importarles que yo o alguien más pudiera estar delante, pero rara vez pasaban de ahí. En una ocasión, no obstante, una vez que nos habíamos ido los tres solos a fumarnos unos canutos junto a las vías del ferrocarril, surgió en ellos un súbito deseo sexual tan impulsivo que decidieron desfogarse allí mismo sin dejar pasar ni un segundo. Tras pedirme que les esperara y prometer que volverían enseguida, ambos se fueron hacia el túnel que cruzaba bajo las vías de tren y desaparecieron tras uno de sus arcos. Tengo cierta tendencia al *voyeurismo*, me gusta espiar a los demás cuando no se dan cuenta, y aquella me pareció una oportunidad inmejorable para observar a mi amada Ana en su más sagrada intimidad. De modo que segundos después de desaparecer de mi vista me lancé con la mayor imprudencia del mundo tras sus pasos, convencido de que no tendría muchas oportunidades como esa para espiarlos mientras fornicaban y de que, si me mantenía a la distancia adecuada, era muy posible que no me vieran.

«A veces nos íbamos los tres hasta las afueras de la ciudad, junto a uno de los puentes del ferrocarril que circula por el extrarradio. Allí, el Chinas sacaba una buena piedra de hachís y nos fumábamos unos cuantos porros en amistosa camaradería, como si de verdad nos uniera algo más que una relación espuria y circunstancial.»

Fue solo unos segundos, el miedo a que el Chinas advirtiese mi presencia y me partiera la cara o algo peor me aconsejó regresar lo antes posible al lugar donde debía estar esperándoles, pero, durante un instante al menos, allí los vi a los dos, junto a la pared interior de túnel, apareándose como dos perros en celo.

Ana estaba de cara a la pared con la falda remangada a la altura de la cintura y las bragas en los tobillos, y él, desde atrás, con los pantalones bajados, la asaetaba a trompicones con una furia propia de un animal enfebrecido. Incluso a la hora de follar no podía aquella bestia actuar de otra manera. Sus embestidas no parecían brotar de ninguna clase de amor, ni siquiera de la simple búsqueda de placer, sino que surgían a resultas de una brutalidad primaria, básica, terriblemente dominadora, que busca ante todo imponer su autoridad de macho. No había nada de excitante en observar aquel juego duro, rápido, urgente como una pura necesidad vital. Contrariamente a lo que había imaginado, verlos follar me produjo más repugnancia que excitación. Era como ver a dos animales en medio del campo, sin el menor rasgo de sensualidad. Así que no quise mirar más. Me di media vuelta y me volví a mi sitio, que nunca debería haber abandonado. Lo único que pensé es que Ana no se merecía ese trato, que su dulzura y su amabilidad exigían que alguien la tratara como la muchacha encantadora que era. No pensé, sin embargo, que a lo mejor eso era precisamente lo ella quería, que jamás en la vida hubiera aceptado otra cosa, y que por eso salía con el Chinas, porque la trataba con aquella desconsiderada animalidad.

Cuando volvieron junto a mí, quizá porque mi rostro cariacontecido expresaba como nunca la desazón que impregnaba mi ánimo, el Chinas me miró fijamente, como si de pronto se hubiera percatado de mi presencia, y me soltó:

—¿No me digas que todavía no has follado nunca?

«Ana estaba de cara a la pared, sujetándose con ambas manos, la falda subida a la altura de la cintura y las bragas en los tobillos, y él, desde atrás, con los pantalones bajados, la asaetaba a trompicones con una furia propia de un animal enfebrecido.»

Yo no respondí; no hizo falta. Mi rostro súbitamente enrojecido lo dijo todo. Bajé la mirada como un niño y sonreí como un estúpido, en un torpe intento por hacerle comprender lo poco que me gustaba hablar de ese tema.

—Pero por lo menos te la cascarás de vez en cuando, ¿no? —insistió, con un deje irónico que me hizo mucho daño.

Aquello fue la puntilla. Miré a Ana con mi rostro a punto de explotar a causa de la congestión y vi sus ojos tenuous, su mirada comprensiva y amable, eximiéndome de todo pecado, aceptándome en mi infinita torpeza, con todos mis miedos y mis carencias, sin decir nada pero comprendiéndolo todo, mi

amor por ella, las cientos de pajas que me había hecho imaginando su cuerpo desnudo, su rostro beatífico, sus sonrisa perfecta, su amor imposible... No nos dijimos nada, no pronunciamos ni una palabra, pero creo que nunca hubo entre ella y yo un momento mayor de intimidad.

A pesar de todo, he de decir que tuve suerte. Estando yo con él, el Chinas se metió por lo menos en tres o cuatro peleas absurdas de las que pude escabullirme sin comprometerme demasiado. Creo que, dentro de su poco talento y su escasa capacidad de comprensión, era perfectamente consciente de mi cobardía y mi repulsa a todo acto de violencia, y que por eso toleró que las veces que hubiera necesitado de mi ayuda, yo se la negara. Yo sabía que trapicheaba con hachís, pastillas y cosas así: de vez en cuando, algunos jóvenes venían en su busca y se iban aparte con él, dejándonos a Ana y a mí solos, para intercambiar por dinero pequeñas papeletas y bolsitas cuyo contenido era fácil adivinar. A mí, la verdad sea dicha, aquellos negocios me preocupaban bastante poco. Además, gracias a ellos, el Chinas siempre iba bien surtido de hachís (de ahí su apodo), lo que nos permitía a los demás fumarnos nuestros buenos porros sin desembolsar ni un duro. Pero desconocía por completo cualquier otro aspecto de su vida. Ana no hablaba mucho de él conmigo y a mí, salvo el suceso narrado un poco más arriba, me daba un apuro tremendo mentar siquiera su nombre ante ella. Así que no sabía mucho más de él.

Una tarde en que, como se iba haciendo costumbre, nos dirigíamos los tres a aquel espacio frío y desangelado que era el viejo puente del ferrocarril que casi habíamos hecho nuestro, casi a punto de llegar, el Chinas se volvió hacia mí y me dijo:

—Hace bastante calor. Vete a bar, anda, y tráete unas cervezas bien frías. Ana y yo iremos liando unos canutos entre tanto.

Enseguida comprendí que lo que quería era que les dejase solos para fornicar con absoluta impunidad. Y eso me supo muy mal. No sabía decir por qué, pero me molestó muchísimo que prescindieran de mí de esa forma, como si yo fuera un simple lacayo, o peor aún, un estorbo al que pueden arrinconar cuando les viene en gana, y no un amigo con el que se comparte los mejores momentos.

No dije nada, pero me volví muy serio sobre mis propios pasos tratando de dejar claro lo poco que me había gustado aquella orden. Me sentía rabioso, molesto por la forma en que aquel cerdo me ninguneaba. Si les molestaba que los viera follar, que se fueran a su casa o se encerraran en los baños de cualquier bar, como hacían otras veces. Ya me estaba cansando de obedecer siempre sin que lo que yo pensase importara lo más mínimo, como si los demás solo estuviésemos aquí para hacer realidad las santas apetencias del Chinas. Ahora sé que no fui del todo justo. No quería reconocer que lo que de verdad me molestaba era que me hubiera hurtado la posibilidad de volver a verlos aparearse como animales, la oportunidad de espiar su más estricta intimidad y comprobar, como ya había visto una vez y suponía que sucedería siempre, la manera poco dúctil y atropellada que tenía el Chinas de penetrar el sexo siempre candoroso de Ana, de tomarla como a un simple objeto, de violentarla sin el menor miramiento. Aquello era lo máximo que podía obtener de ella, y hasta eso me negaban.

Cuando llegué al bar, unos tipos con pinta extraña, extranjeros desde luego, de aspecto fornido y poco amigables, rodeaban al camarero mientras le hacían ciertas preguntas comprometidas. Yo, con la mayor discreción posible, me situé a cierta distancia a la espera de mi turno para ser atendido. Sin embargo, no pude dejar de oír sus palabras, pronunciadas en un castellano torpe y primario, mal aprendido, pero perfectamente comprensible. Indagaban acerca del Chinas. El camarero, que sabía lo que se jugaba, contestaba con evasivas, tratando de negar cualquier relación con él. Se trataba de un cliente más, insistía, ni siquiera de los más asiduos. En ningún momento revelaron los motivos por los que querían dar con él, pero todo indicaba que no se trataba de un asunto demasiado amistoso. Yo, con cautela, aproveché un inciso en el interrogatorio para pedirle al camarero los tres botes de cerveza que el Chinas me había encargado. Después salí distraídamente a la calle, como si nada de lo que allí sucedía tuviera que ver conmigo y no estuviese a punto de reunirme precisamente con el tipo que aquellos individuos andaban buscando.

«Nunca podré justificar mi comportamiento de aquella tarde con la torpe excusa de que no sabía lo que hacía o que ignoraba lo que sucedería a continuación.»

Justo en la esquina de la calle me detuve. Esperé un rato hasta que los vi salir del bar. Eran tres, y aunque nunca he sido muy bueno a la hora de identificar la nacionalidad de la gente, me parecieron rumanos o kosovares o algo así, de por esa zona. Cuando llegaron adonde yo estaba, y sin saber muy bien lo que hacía, me dirigí a uno de ellos, el que había estado haciendo las preguntas.

—¿Buscan al Chinas?

Nunca podré justificar mi comportamiento de aquella tarde con la torpe excusa de que no sabía lo que hacía o que ignoraba lo que sucedería a continuación. Era perfectamente consciente de que estaba poniendo en riesgo mi propia vida sin que de ello se derivase con claridad ningún beneficio personal. A pesar de todo, los invité a que me siguieran y a que tras mis pasos dieran con el lugar donde, presuntamente, el Chinas y Ana debían de estar entregados a su juego favorito, y que, una vez allí, aclararan a su manera las cuentas pendientes. En un principio, me mantuve a una distancia prudencial, tratando de no comprometerme más de la cuenta pero sin perder de vista el escenario donde se iban a desarrollar los acontecimientos. Sin embargo, segundos después me lo pensé mejor; di la vuelta y me volví a casa. Comprendí que era preferible no ver nada, no saber, no presenciar lo que, con toda seguridad, iba a ser la gran venganza de mi vida. Así que yo solo me bebí las tres cervezas que todavía guardaba conmigo y luego, casi como en un último e inútil homenaje, me entretuve imaginando a Ana siendo penetrada con dureza por su novio, el infame Chinas, el mayor hijoputa que nunca he conocido ni probablemente conoceré jamás.

Al día siguiente, como me temía, Ana no fue a clase. Alguien comentó que la habían llevado al hospital, que estaba ingresada en la UCI, pero nadie aportó más detalles. Era pública mi relación con ella y

con el Chinas, todos sabían que nos veíamos a menudo, pero yo me hice el tonto lo mejor que supe, aduciendo que desde hacía tres días por lo menos no los veía.

Cuando la policía se presentó en mi casa, supe que era inútil seguir ocultándolo. Ellos me confirmaron que al Chinas le había partido la cabeza, que le habían propinado tal paliza que lo había dejado en coma y que era muy posible que ya no saliera jamás de él. Nunca hasta ese momento había pensado seriamente en las consecuencias de mi delación ni en la más que segura venganza del Chinas, pero aquella noticia me ayudó a respirar con tranquilidad: la suerte estaba de mi parte. También me informaron de que Ana había sido violada salvajemente, mucho más salvajemente –quise pensar– de como él lo hacía habitualmente. Yo les dije lo que sabía, les conté con pelos y señales quién era el Chinas y lo que hacía a diario y confesé sin dejarme ni un detalle cómo llevé a aquellos tipos hasta su objetivo. No fui acusado de nada –lo cual era lógico, porque aparte de fumar porros yo no había cometido ningún delito–, así que la cosa quedó ahí, en una simple declaración judicial. Mis padres se llevaron el disgusto de su vida –no sabían nada de mi extraña convivencia con aquel submundo marginal y temerario y lo vivieron como el descubrimiento más terrible de su vida–, pero lo único que hicieron fue agradecer a su dios que al final no me hubiera pasado nada y siguieran conservando a su hijo sano y salvo tras tanto despropósito. De modo que volví a mi vida habitual y me reintegré como si nada a ese espacio de clase media banal, leve, apenas relevante, al que pertenecía por derecho natural. A partir de entonces, puse todo mi empeño en comportarme como un ciudadano ejemplar, en no hacer nada que no debiera hacer, en ser en definitiva un buen tipo.

Debo añadir que ninguna de las circunstancias vividas a lo largo de esos meses ha dejado en mí trauma alguno. De hecho, podría decir que aprendí mucho durante aquel tiempo. Tampoco sentí el menor remordimiento.

«Debo añadir que nada de lo que viví durante esos meses ha dejado en mí trauma alguno. De hecho, podría decir que aprendí mucho durante aquel tiempo. Tampoco sentí el menor remordimiento.»

Simplemente, había llevado hasta sus últimas consecuencias la máxima que regía la vida del Chinas y de los tipos que, como él, son incapaces de entender el mundo desde otra óptica distinta a la suya: había hecho valer la ley del más fuerte. Solo que esa fortaleza no se había expresado de la manera en que suele hacerlo, como una mera demostración de testosterona, sino de una forma mucho más sibilina y sutil, más eficaz, más inteligente en cualquier caso. Él se había fiado de mí, pensó que no era más que un pobrecillo incapaz de hacer daño a una mosca, y aquel error acabó por salirle demasiado caro.

A Ana no he vuelto a verla desde entonces. Y, no nos engañemos, no creo que vuelva a verla nunca más. Es probable que alguien le contara que fui yo quien los delató, que aquel tipo cobarde y miserable que estaba tan perdidamente enamorado de ella los entregó sin razón alguna a un grupo de delincentes que casi los matan. Y aunque no lo supiera, tampoco merecía la pena hacer ningún esfuerzo por acercarme a ella. En cualquier caso, Ana nunca habría sido mía, ni siquiera en el hipotético caso de que hubiese roto con el Chinas. Yo no significaba nada para ella y jamás lo significaría. Así que era mejor dejar las cosas como estaban, cada uno en su mundo respectivo, sin interconexiones absurdas. Ni siquiera lamenté lo que le pasó por mi culpa: quien juega con fuego se quema. Era una estúpida si no lo sabía.

El único riesgo real que todavía subsistiría durante un tiempo era la posibilidad de que el Chinas saliera algún día del coma. Entonces tal vez la ley del más fuerte se volviera en contra mía y la venganza de aquel individuo cayese sobre mí con toda la contundencia del mundo. Pero solo el tiempo podrá confirmarlo. Vivir obsesionado con la posible venganza del Chinas es estúpido, no me va a servir de nada. Si por desgracia algún día llegara ese terrible momento, ya vería cómo afrontarlo. De momento, yo había salido vencedor, y él, derrotado. Es justo que me regodee en mi victoria. Había vencido al Chinas. Yo era el más fuerte.

© Carlos Manzano

El autor:

Carlos Manzano (Zaragoza, España. 1965). Ha publicado las novelas *Fósforos en manos de unos niños* (Septem, 2005), *Vivir para nada* (Mira Editores, 2007) y *Sombras de lo cotidiano* (Mira Editores, 2008). Página web: <http://www.carlosmanzano.net>

LA REBELIÓN DEL INANIMADO

por Julio Blanco García

A Marga

Somos un amasijo de instintos. Uno de los más poderosos es el de autoafirmación. Hasta Dios, para ser Dios ante los hombres, dijo con solemnidad a Moisés: *Yo, Yahvéh, soy tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la casa de la servidumbre. No habrá para ti otros dioses delante de mí.* Sin embargo ejercer la libertad individual ha sido, es y seguirá siendo una de las opciones más combatidas, más sofocadas y humilladas... ¡Me opongo a esa injusta y cruel persecución! La bandera de la autoafirmación debe ser izada en lo más elevado de nuestras almas y tenemos que defenderla con uñas y dientes de las constantes agresiones que pretenden arriarla, aunque sea en aras de la tan manida convivencia. ¡La convivencia! Esa tan alienante como inútil aspiración social, y por tanto artificial y bastarda, inventada y alimentada por los autócratas de turno.

Por eso actué como lo hice. Trataré de explicarme...

Hace dos años, un miércoles por la tarde víspera de Jueves Santo, el notario del reino, Deogracias Tabanera Garcés y su bella esposa Paloma, a los que tan bien conozco, penetraron en el amplio garaje donde fueron recibidos por la intensa luz de los fluorescentes y una lejana algarabía como de cantina cuartelera. Como tantas veces, Paloma, profundamente seducida por su espléndido Sky-Toboso, se acomodó en el asiento tapizado de piel de ternera y Deogracias tomó delicadamente el lujoso volante de cuero repujado. Mis amigos se miraron a los ojos, intercambiaron una sonrisa de complicidad y él giró mecánicamente la llave de contacto. Un gruñido sordo, como de rechazo, se dejó oír...

«Hace dos años, un miércoles por la tarde víspera de Jueves Santo, el notario del reino, Deogracias Tabanera Garcés y su bella esposa Paloma, a los que tan bien conozco, penetraron en el amplio garaje donde fueron recibidos por la intensa luz de los fluorescentes y una lejana algarabía como de cantina cuartelera.»

—¡Demonio!

Giró la llave nuevamente y obtuvo como respuesta un rezongo más ruidoso y desafiante que el anterior. Pero no se dió por vencido hasta que lo puso en marcha. Su satisfacción desapareció cuando, al asomarse a la calle, tropezaron con la intensa luz del atardecer.

—¡Por Cristo crucificado!

—¿No lo limpiaste ayer? —preguntó Paloma.

—¡Claro...! —respondió Deogracias—. ¡Maldita sea!

—Tranquilízate, Deo.

—¡No me digas que me tranquilice! Ya sabes que me gusta llevar el coche limpio. Un coche sucio es como un coche viejo. ¡Y fíjate...! —exclamó, señalando una ligera veladura marrón que cubría el aerodinámico parabrisas—. ¡Esto no puede ser! Cuando volvamos hablaré seriamente con Eulogio.

El fallo del motor del elegante vehículo y la suciedad que no debía estar ahí porque Eulogio siempre había sido un conserje limpiísimo y mantenía como los chorros del oro el garaje y los coches que allí se encerraban, hicieron sospechar a Paloma, acertadamente por supuesto, que algo anormal estaba sucediendo. Sin embargo, no quiso comentarlo con su esposo para no ponerlo nervioso antes de iniciar el largo viaje. Con la suavidad, rapidez y silencio acostumbrados, el flamante Sky-Toboso les llevó como en volandas por calles y plazas hasta alcanzar la salida de la ciudad. Minutos después

divisaron el arranque de la carretera que da entrada a la autopista y el desvío a Las Casetas.

Poco antes de llegar a la bifurcación, Deogracias pulsó el intermitente señalando que torcía a la derecha y aminoró la velocidad, disponiéndose a entrar en la autopista. En ese instante un horripilante estruendo rasgó el aire y el robusto techo del suntuoso Sky-Toboso comenzó a vibrar vehementemente, como agitado por la gigantesca zarpa de un cíclope. Por la parte superior del parabrisas apareció como una exhalación una enorme sombra que patinó por el vidrio y el capó y cayó sobre el asfalto. El notario, atónito ante semejante emergencia, dirigió el coche a la cuneta y paró el motor.

Un grueso gigante, el mismo Sansón redivivo, descendió de la Harley-Davidson y se le acercó con un acongojante balanceo de hombros. Vestía ceñido pantalón y chupa de cuero negro adornada con chinchetas de colores y de sus prendas pendían multitud de cadenas cromadas de todos los tamaños. Mientras caminaba, sus anchas y gruesas manos cogieron el casco que le cubría la cabezota y tiraron de él hacia arriba con inusitada violencia, dejando al descubierto el robusto rostro, las largas y rubias hebras de su cabello que comenzaron a mecerse con el cálido vientecillo, la diminuta calavera roja tatuada en mitad de la frente y el inmenso mostacho rubio que ocultaba los gruesos labios, cuyas anchas puntas blanquecinas terminaban un palmo por debajo de su barbilla.

—¿Qué cojones te pasa, tío? —bramó.

—Sujete el tuteo, caballero —respondió Deogracias a aquel *rara avis*, haciendo gala tanto de su esmerada educación como de su proverbial sangre fría.

—¿Por qué indicas el desvío a la izquierda y luego te metes por la derecha, mamón? —inquirió amenazador aquel energúmeno—. ¿Acaso pretendes abreviar a alguien?

«Dejaron atrás la oscura cinta que recorta la falda sur de los Montes Negros, atravesaron el luminoso y sofocante erial que llega hasta Fraga y disfrutaban del paisaje que se ofrece antes de la salida de Montblanc, cuando escucharon una desgarradora explosión. El augusto vehículo dió un brusco bandazo y enfiló, imparable, hacia el arcén.»

El notario quiso responderle *affirmanti incumbit probatio*, pero se echó atrás al pensar que aquel no era el interlocutor ni el momento adecuados.

—He señalado a la derecha —se limitó a decir.

—¿Me quieres tomar el pelo, cabrón?

—¡Le digo que he señalado a la derecha! —respondió Deogracias alterado por los insultos, pero pendiente de no actuar *ab irato*; hombre familiarizado con la autodisciplina, no le costó demasiado controlar los primarios impulsos de lanzarse al cuello de aquella mala bestia, reacción que por otra parte hubiera sido suicida.

Durante un instante el coloso pensó humillar a aquel pirado de ojillos de rata, pero cambió de idea: un susto de nada no merecía una escabechina y ensuciarse de sangre. Se limitó a lanzar un rebufe y en dos zancadas llegó hasta donde había caído su moto, montó furioso en ella y se alejó ruidosamente.

—¡Las buenas motos no son para todo el mundo! —le gritó entonces Deogracias, por no soltar el más rotundo y ofensivo *jex nihilo, nihil!*

—Deberíamos volver a casa... —recomendó Paloma—. Este coche no anda fino.

—¿Lo dices porque se ha calado? —respondió Deogracias, abstraído en la comprobación del estado del vehículo.

—Y por la suciedad... Pero especialmente porque el intermitente te ha desobedecido. Son demasiados fallos seguidos para que se deban al azar.

—Tonterías... ¡Fíjate! Es milagroso. ¡Nada de nada! Le ha pasado por encima un tanque pilotado por un elefante y no tiene ni una abolladura, ni una raya, ni siquiera una mancha... A partir de ahora el viaje va a ser un paseo.

Ignoraba, pobre ingenuo, que la fiesta no había hecho más que comenzar.

Dejaron atrás la oscura cinta que recorta la falda sur de los Montes Negros, atravesaron el luminoso y sofocante erial que llega hasta Fraga y disfrutaban del paisaje que se ofrece antes de la salida de Montblanc, cuando escucharon una desgarradora explosión. El augusto vehículo dió un brusco bando y enfiló, imparable, hacia el arcén. A la derecha, más allá de la débil barrera quita-miedo y de la valla de alambre entrecruzado, se abría la verde boca de un profundo barranco dispuesta a tragarse al hermoso vehículo con todo su contenido. Respondiendo a su instinto, *audaces fortuna iuvat*, Deogracias levantó el pie del acelerador y con admirable sangre fría se abrazó al volante. Durante unos segundos aquella prodigiosa máquina siguió su trayectoria, pero al fin, como un potro salvaje que acabara de ser domado, se dejó conducir dócilmente hasta el arcén.

–Ha reventado una rueda. ¡Dios mío! Si ocurre un poco antes, cuando íbamos a ciento cuarenta, nos matamos –reconoció el notario.

Paloma, todavía con el susto grabado en su hermoso rostro, se asomó a la ventanilla.

–Deo, el coche no desea ir a Cambrils –dijo, preocupada.

Paloma volvía a las andadas. Deogracias, fastidiado, decidió no entrar al trapo y ocuparse de sustituir la rueda inservible. Después, salieron de la autopista y, cuando se encontraban frente a las murallas medievales de Montblanc, ella, conciliadora, quiso romper el silencio.

–¡Ignoramos tantas cosas, Deo! Sabemos que las hojas de las plantas ansían la luz del sol y que sus raíces buscan el agua para alimentarse. Conocemos los efectos del frío y el calor en sus organismos, también del hambre y la sed. Sin embargo no somos capaces de advertir en ellas la exaltación del amor, el temblor de la ternura, el ahogo de la pena o el miedo a la muerte. ¿Sabes por qué? Porque nos falta sensibilidad.

–Tal vez... Pero ¿qué tienen que ver las plantas con el coche? Un coche, aunque sea tan magnífico como el nuestro, no es más que una máquina. ¡Lo sabes! Me saca de quicio tu desorbitada preocupación por mantener limpios los electrodomésticos, tus desvelos para que no se rayen ni se calienten demasiado, tus excesivos cuidados para evitar que caigan al suelo, se golpeen o se estropeen.

–¿Crees que hago mal?

Lo volvió a desarmar. No era eso exactamente, pensó por enésima vez el notario. No hacía mal, desde luego. Ni en eso ni en nada. Todo el mundo la quería y respetaba. Sus perros se criaban sanos y se comportaban casi como si fueran personas, las plantas de la terraza crecían más lozanas, emitían un olor más agradable e intenso y vivían más que las de sus vecinas. Y, para colmo, sus electrodomésticos se hacían eternos.

Sin duda era cuestión de casualidades. ¿Quién sabe? Pero la consideración, la dedicación de Paloma hacia todo cuanto la rodeaba, fueran seres vivos o cosas, no debía ser perjudicial. Procurando no desentenderse del tráfico, desvió la mirada hacia ella. Con los años había cogido algún kilo de más, pero su cuerpo seguía teniendo un inmenso atractivo. Ella, ajena, mantenía la mirada perdida en el horizonte, más allá del amplio parabrisas, con esa expresión ausente que dotaba a su bello rostro de un hálito de apacible exotismo, haciéndola parecer más joven y más hermosa. ¡Qué difícil no amarla *ad infinitum, in aeternum...*, pensó! Y, aprovechando el rojo del último semáforo de Vilafortuny separó su mano derecha del volante y la posó suavemente sobre sus rodillas. Ella le agradeció la caricia con una adorable sonrisa.

Se las prometían muy felices. Al día siguiente, Jueves Santo, tenían previsto visitar la abadía de Ripoll. Pero al bajar a la calle no encontraron su magnífico Sky-Toboso en el aparcamiento. A pesar de que estaban seguros de haberlo dejado allí y, efectivamente así era, durante un buen rato deambularon por los alrededores tratando de dar con él.

Desolados, acudieron a la policía. Un oficial con el rostro picado de viruela, mirada de hielo y gesto

«Paloma volvía a las andadas. Deogracias, fastidiado, decidió no entrar al trapo y ocuparse de sustituir la rueda inservible. Después, salieron de la autopista y, cuando se encontraban frente a las murallas medievales de Montblanc, ella, conciliadora, quiso romper el silencio.»

desdeñoso, a lo Christopher Walken, les machacó a preguntas mientras un descacharrado transistor emitía como en sordina las dulces notas de *La casa del sol naciente*, de ese conjunto inglés conocido como The Animals. Al terminar Paloma su relato, el funcionario giró la cabeza dos o tres veces de izquierda a derecha.

–¡Mal asunto! Cuando roban uno de estos coches tan valiosos comienzan por pintarlo de color diferente, luego le rectifican el número de bastidor, le cambian el de matrícula y finalmente lo venden en la otra punta del país o en el extranjero...

–Nuestro coche no ha sido robado –afirmó Paloma, con rotundidad.

El policía se echó hacia atrás, entrecerró los párpados como si tratara de desentrañar un profundo misterio y se rascó la oreja derecha mientras emitía un carraspeo. Seguidamente inquirió, socarrón...

–¿Qué quiere decir, señora?

«Aquella noche, ya en el apartamento, Paloma cayó en un estado de sosegada melancolía y Deogracias se negó en redondo a tomar alimento. Se encontraban tan a disgusto que al día siguiente, Viernes Santo, sin aguardar a que concluyera el plazo de descanso en la playa que habían planeado, decidieron volver en taxi a Zaragoza.»

–No haga caso, agente –terció Deogracias, temiendo que Paloma hablara de sus pensamientos–. Mi esposa es muy inteligente, pero a veces tiene ideas incompatibles con el sentido común.

Aquella noche, ya en el apartamento, Paloma cayó en un estado de sosegada melancolía y Deogracias se negó en redondo a tomar alimento. Se encontraban tan a disgusto que al día siguiente, Viernes Santo, sin aguardar a que concluyera el plazo de descanso en la playa que habían planeado, decidieron volver en taxi a Zaragoza. Nada más llegar, Deogracias se sentó en el sofá con intención de escuchar el telediario y a los pocos minutos roncaba como un bendito. Paloma lo despertó para que subiera del trastero

una garrafa de aceite.

Encontró el garaje como siempre, muy iluminado, pero le llamó la atención la misteriosa neblina, apenas perceptible, que daba a los coches, motos y columnas un aspecto irreal, fantasmagórico... Por una vez no se oía el acostumbrado bullicio cuartelero y sus propias pisadas sonaban como secos y rotundos golpes de tambor, provocando infinitas resonancias en las amplias calles. Al llegar a su aparcamiento le sorprendió verlo ocupado. ¿Quién se había atrevido a dejar allí otro Sky-Toboso? Curiosamente, tenía el mismo color que el suyo, era idéntico al suyo, pensó. El número de matrícula lo sacó de dudas...

Durante casi diez minutos se mantuvo inmóvil mirándome anonadado. Luego sacudió la cabeza, como el que quiere olvidarse de un mal sueño, se me acercó despacio, alargó su mano hacia mi limpiísimo y refulgente capó y lo acarició dulcemente con la yema de los dedos, como el adolescente que alcanza a rozar por primera vez los virginales y turgentes pechos de su amada. A continuación, Deogracias Tabanera Garcés, notario del reino, algo escéptico por naturaleza y pragmático de toda la vida, acercó sus delgados labios a mi perfecta estructura y depositó un cálido beso sobre mi fastuosa piel metalizada. Al hacerlo, me estremecí de satisfacción y mis bielas dejaron escapar un leve pero imperceptible gemido...

Desde aquel día mis dueños no han vuelto a llevarme a la costa. Han comprendido que me repugna acercarme allí porque el salitre estropea mi perfecto y ferroso organismo.

© Julio Blanco García

El autor:

Julio Blanco García (Barcelona, 1945), reside en Zaragoza desde hace muchos años. Ensayista e historiador, ha obtenido el Premio de Ensayo e Investigación de la Delegación del Gobierno en Aragón (2003). Dramaturgo, escritor de relatos y articulista, colabora en diarios y revistas impresas y digitales, y en emisoras de radio y cadenas de televisión. También es conferenciante y recientemente se ha iniciado en la edición de libros.

REGRESO AL PASADO (1ª parte)

por Enrique García Díaz

Edimburgo, 1691

1

Lady Stephanie Brumlow se encontraba presa de un nuevo ataque de nervios por culpa de uno de los muchos desplantes a los que su marido la tenía acostumbrada. Una vez más había desaparecido dejándola sola para que acudiera a la recepción en casa de los condes de Bedford. No le extrañaba lo más mínimo su comportamiento, ya que desde que había contraído matrimonio con él, sus atenciones con ella se habían limitado a la noche de bodas y poco más. Más preocupado por sus diversiones favoritas, el juego y las mujeres, Richard Sinclair estaba dilapidando su fortuna con gran celeridad. Stephanie había aceptado casarse con él por el hecho de proceder de una de las familias más adineradas e influyentes de Escocia. Se había encaprichado con él de la noche a la mañana, pero no porque realmente lo quisiera o se sintiera atraída, sino por dar celos a otro hombre. Su único y verdadero amor. Y ahora su capricho se había convertido en un infierno del que no veía ninguna salida salvo quitarse la vida a sí misma o acabar con su marido.

A su llegada a la casa de los Bedford éstos la recibieron como al resto de invitados. Tras preguntar por su marido e inventar una nueva excusa para justificar su ausencia, tomó una copa de licor, mientras su hermano, John Fraser, trataba de adivinar qué era lo que la tenía tan preocupada. Aunque a juzgar por lo sola que estaba no hacía falta ser un adivino.

–No he visto a Richard esta noche, hermanita, ¿te ha acompañado? –le preguntó intentando romper el hielo, pero con un tono que denotaba cierta burla que no gustó a Stephanie.

–¿Richard? –le preguntó con un tono sarcástico mientras levantaba sus brillantes ojos negros de la copa de champaña y taladraba con éstos a su hermano–. A veces me olvido que es mi marido. Son tantas las veces que acudo sola a los bailes y las fiestas que ya ni me permito pedirle que me acompañe.

–Como de costumbre. Es una lástima –le comentó chasqueando la lengua al tiempo que controlaba sus gestos por el rabillo del ojo.

–¿Una lástima? En ocasiones hasta agradezco que no venga conmigo; ya que aparte de que suele propasarse con la bebida acostumbra a humillarme en público. ¿Por qué dices eso? –le preguntó llena de rabia e impotencia por ser siempre el centro de todas las miradas y de todos los corrillos.

–Me refería a desperdiciar a una mujer como tú, hermanita –el tono empleado para referirse a ella por su parentesco volvió a encender a la mujer.

Stephanie dirigió a su hermano una mirada gélida, y de haber sido otro hombre tal vez hubiera hecho algún comentario subido de tono.

–La verdad es que nunca he logrado entender por qué te casaste con él. Todo Edimburgo sabía la clase de personaje que es Richard. Me extrañó mucho que...

–Es suficiente –le dijo mientras entrecerraba los ojos y apretaba la copa entre sus manos con tanta fuerza que si John no se la hubiera quitado la habría hecho añicos–. Ya me basto yo sola para martirizarme con ello. Me equivoqué. Lo admito.

–Me sorprende comprobar que admites tu culpa. Por otra parte, ¿no crees que tu equivocación es algo cara? –señaló enarcando sus cejas.

«Tras preguntar por su marido e inventar una nueva excusa para justificar su ausencia, tomó una copa de licor, mientras su hermano, John Fraser, trataba de adivinar qué era lo que la tenía tan preocupada. Aunque a juzgar por lo sola que estaba no hacía falta ser un adivino.»

Stephanie apretó las mandíbulas tratando de contener toda su rabia. Aquello era demasiado. No entendía el comportamiento de su hermano, quien ya le había dejado claro en varias ocasiones que no le gustaba su marido. En ese momento si alguien le clavara un objeto punzante apostarí a que no sangraría.

–Todos pensábamos que te casarías con Edgard Ravenswood.

Al escuchar su nombre Stephanie sintió un escalofrío recorriendo su espalda y cómo las manos le comenzaban a sudar más de lo normal. Su rostro mudó de color, algo de lo que John se percató al instante, así como del ligero temblor que se había adueñado de su cuerpo.

–¿Qué te ocurre, hermanita? Parece como si hubiera mencionado a un fantasma –recalcó mirándola por encima del borde de su copa.

–No me pasa nada –le dijo reaccionando al instante apartando su mirada de su hermano para que éste no pudiera leer en sus ojos su desesperación.

Su respiración se había agitado haciendo que su escote se volviera más voluminoso por momentos. Aquellas dos ondulaciones de blanca y aterciopelada piel comenzaron a agitarse más de la cuenta. Stephanie sintió que su corazón latía desbocado golpeándole incesantemente las costillas, y que si no se relajaba podría caerse redonda allí mismo. Inspiró en repetidas ocasiones tratando de dominar sus nervios, mientras las piernas parecían no quererla sostener por más tiempo.

«Su respiración se había agitado haciendo que su escote se volviera más voluminoso por momentos. Aquellas dos ondulaciones de blanca y aterciopelada piel comenzaron a agitarse más de la cuenta.»

–Creo que aún sientes algo por él –comentó con toda intención John.

–¿Por quién? –le preguntó con un tono que intentaba mostrarse distraída.

–Buen intento, Stephie, pero conmigo no te vale. Soy tu hermano y te conozco demasiado bien. Para tu información te diré que Edgard sigue vivo.

–¿Y qué me puede importar eso? –le preguntó mientras se retorció las manos presa de su nerviosismo.

–No lo sé. Dímelo tú. Vive en una casita a las afueras de la capital –le dejó caer mientras volvía a observarla por encima del cristal de la copa de la que ahora sorbía.

–No entiendo a qué viene tu comportamiento, la verdad –le comentó algo azorada mientras sus mejillas comenzaban a sonrojarse.

–Abandona a tu marido y recupera a Edgard –le susurró provocando un remolino de sentimientos que recorrieron su mente y su cuerpo. De pronto el recuerdo de días pasados en compañía de otro hombre inundó su mente de manera frenética. Sintió la sacudida en el lado izquierdo y cómo parecía que el estómago le daba vueltas sin poderlo controlar.

–¡Recuperar a Edgard! –exclamó como si pretendiera estar escandalizada–. No sabes lo que dices –le dijo apretando sus dientes hasta que los sintió rechinar, y sus ojos se convertían en dos carbones encendidos.

–¡Maldita sea, Stephie! –masculló su hermano mientras se encaraba con su hermana en un intento por hacerla reaccionar–. Es el hombre al que siempre has querido. Y no acepto que digas lo contrario. Pero te dejaste llevar por tu capricho de casarte con un hombre a quien no le importas lo más mínimo salvo por tu fortuna. ¿Por cuál de sus amantes te ha cambiado esta noche? –le preguntó frunciendo el ceño mientras se acercaba más a ella y sentía su ira creciendo por momentos.

–Nuestro padre estaba de acuerdo que me emparentara...

–Esa es una disculpa barata –le reprochó entre dientes–. Sabes que nuestro padre apreciaba a Edgard.

–Pero no tenía título –le recordó Stephanie con un tono frío en su voz.

John la contempló con el gesto contrariado durante unos instantes. Intentó vislumbrar algún senti-

miento que le indicara lo contrario de lo que su hermana acababa de decir. Percibió su nerviosismo y cómo le faltaban las palabras.

–No hablabas en serio, ¿verdad? –le preguntó en un tono más comedido.

Stephanie intentó hacer deslizar el nudo que se le había formado en la garganta y que amenazaba con ahogarla de un momento a otro. De repente una ligera niebla cubrió sus ojos haciendo las imágenes más borrosas. Sus dos ojos refulgían en exceso por el agua que se había formado a su alrededor. Tras varios intentos consiguió que el nudo pasara por fin de su garganta hacia el estómago al mismo tiempo que la niebla de sus ojos se disipaba. Tomó aire con fuerza mientras recomponía su rostro. Se pellizcó las mejillas para que el color volviera a éstas y esbozó una sonrisa ante el rostro de preocupación de su hermano.

–No hablabas en serio –le susurró algo más tranquilo por el comentario último de su hermana–. Ya sabes que no soy muy buen bailarín, pero estoy dispuesto a sacar a bailar a la mujer más hermosa de la fiesta.

–¿Por qué no te dedicas a bailar con alguna joven en edad casadera? –le sugirió Stephe con un toque de ironía y reproche a partes iguales.

–Me niego rotundamente.

–Deberías estar casado y en cambio andas revoloteando de flor en flor.

–En la variedad está la diversión hermanita –le susurró mientras se adentraban juntos en la pista de baile.

El vals fue de lo más gratificante para Stephe, quien por unos instantes se olvidó de Richard, de los comentarios de los invitados, pero no de Edgard Ravenswood. Sintió una nueva punzada en el lado izquierdo de su pecho, allí donde habitan los sentimientos. Y apostaría a que no haría falta rebuscar mucho para que éstos salieran a la superficie. «Edgard Ravenswood», pensó mientras su mirada quedaba suspendida en el vacío por unos instantes. John miraba de reojo a su hermana contemplándola mientras en su interior se debatía una lucha de sentimientos encontrados. ¿Cómo podía presentarse delante de Edgard y pedirle perdón? No había vuelto a saber nada de él durante los dos últimos años. Tal vez su hermano tuviera razón y ella siguiera enamorada de él. Pero, ¿y él? ¿Cómo reaccionaría cuando la viera aparecer en su casa? ¿Sería capaz de perdonarla?

«Cuando la fiesta hubo terminado, Stephanie fue acompañada por su hermano en su carruaje. De nuevo volvía a aquella casa tan grande y tan poco acogedora. Sintió un escalofrío sólo con pensar que tendría que ver a Richard. Si había llegado de su partida de cartas, claro.»

Cuando la fiesta hubo terminado, Stephanie fue acompañada por su hermano en su carruaje. De nuevo volvía a aquella casa tan grande y tan poco acogedora. Sintió un escalofrío sólo con pensar que tendría que ver a Richard. Si había llegado de su partida de cartas, claro. Aunque sabía a ciencia cierta dónde habría pasado la velada. En uno de los muchos clubes privados para hombres.

El coche de caballos se detuvo y antes de que Stephanie abriera la puerta y descendiera, su hermano la retuvo sujetándola por el brazo al tiempo que la miraba con gesto serio.

–¿Quieres venir a casa?

–No –respondió muy segura mientras esbozaba una tímida sonrisa tratando de hacerle ver a John que todo estaba en orden.

–No tienes porqué...

–Richard es mi marido y... aunque no nos llevemos bien no significa que no podamos estar juntos –le confesó armándose de valor mientras experimentaba un leve temblor en sus piernas y que no era producido por el frío.

–Recuerda lo que te dije –le dijo con toda intención mientras enarcaba sus cejas.

–¿Qué? –le preguntó con gesto distraído.

–Tú ya me entiendes, hermanita.

–Te veré mañana –le dijo despidiéndose de él mientras descendía con ayuda del mayordomo, quien había acudido solícito a ayudar a su señora en cuanto escuchó el trote de caballos.

–Newtowngrange. No tiene pérdida –le dijo antes de dar la orden al cochero de partir.

Stephanie sonreía mientras se retorció las manos nerviosa. Respiró hondo y alzando el mentón para dirigirse a la puerta de su casa. Ascendió los tres escalones de la entrada y caminó al lado de Sawyer, el leal mayordomo.

–¿Ha llegado mi marido? –le preguntó sin interés.

–Está en el salón desde hace una hora.

–¿Ha preguntado por mí?

Swayer cedió el paso a Stephanie mientras carraspeaba tratando de evitar responder a aquella pregunta. Ella lo contempló con una sonrisa irónica y apoyando su mano sobre su antebrazo le dijo:

–No te esfuerces. No me extraña lo más mínimo.

«Richard esbozó una sonrisa llena de ironía mientras se incorporaba hasta quedar de pie frente a ella. Él era más alto y corpulento. La miró con ojos penetrantes sin hacer caso de su petición.»

Se encaminó hacia el salón donde lo encontró sentado junto a la chimenea leyendo el periódico. Ni siquiera levantó la vista cuando ella se encontró a su lado. Richard permanecía impassible concentrado en alguna noticia de su interés. O simplemente fingía que leía para no prestarle la más mínima atención. Ella lo observaba y sonría en su fuero interno. «Tal vez me lo merezca», se dijo mientras se giraba para salir del salón, pero entonces notó la mano de Richard aferrándose a su muñeca y la mirada clavada en él. Stephanie lo contempló desde la ventaja que le daba estar de pie y se mostró sorprendida.

–¿Qué quieres? –le preguntó sin importarle lo más mínimo su interés.

–¿Qué tal la fiesta? –le preguntó de manera desinteresada.

–Como todas. Me preguntaron por ti.

–¿Y qué les dijiste?

–Lo mismo de siempre, y ahora te agradecería que me soltaras. Me haces daño –le dijo con mucha calma.

Richard esbozó una sonrisa llena de ironía mientras se incorporaba hasta quedar de pie frente a ella. Él era más alto y corpulento. La miró con ojos penetrantes sin hacer caso de su petición.

–Eres mía. Como lo son mis perros, mis caballos y mi carruaje –le recordó entre dientes.

–No lo soy –le espetó armándose de valor.

–Te equivocas, querida. Eres mi esposa y como tal me perteneces, ¿o ya no recuerdas tus votos matrimoniales? –le comentó sonriendo mientras mostraba sus dientes.

–Te odio, Richard –le dijo con una mirada llena de furia al tiempo que trataba de soltarse–. Suéltame o juro que...

–¿Qué? –le preguntó desafiándola.

–O juro que te mato.

–¿Tú? ¿Quién te crees que eres para amenazarme? Tú que te arrastraste hasta mi suplicándome que me

casara contigo –le dijo con desprecio mientras tiraba de su brazo y la atraía hacia su cuerpo–. No puedes escapar de mí, querida –le recordó mientras su boca se apoderaba de sus labios y sus lengua se abría paso de manera violenta y posesiva hacia el interior para encontrar la de ella. Intentó rechazarlo en todo momento, pero su fuerza era mayor. Por un breve instante la soltó y Stephanie pudo contemplar la expresión de triunfo que se le había quedado, mientras sonreía de manera maliciosa–. Y ahora ven a complacerme –le susurró mientras se quitaba el pañuelo del cuello.

Stephanie abrió los ojos al máximo aterrorizada por aquella visión. Richard era su marido y como tal le debía respeto y obediencia, pero nunca le permitiría tomarla por la fuerza. Eso jamás. De manera que se armó de valor y se dispuso a repelerlo.

–¡Estás borracho! –le dijo mientras trataba de apartarse de él.

Richard sonreía mientras se iba desabotonando la camisa.

–He dicho que vengas –le ordenó mientras sus ojos refulgían de ira.

–Jamás. No permitiré que me vuelvas a tocar –le espetó apretando los puños para defenderse.

–Ya lo veremos.

Richard se abalanzó sobre ella sujetándola por el brazo. Stephanie forcejeó con todas sus fuerzas para soltarse, pero la mano de Richard parecía un grillete sobre su muñeca. La atrajo hacia él para besarla de nuevo. Sintió su boca sobre su piel, su aliento a alcohol sobre su rostro y su mirada aterradora. La mirada de un demente. Levantó una mano para atraparle uno de sus pechos mientras ella se resistía.

–Eres mi mujer. Tú lo quisiste.

–No, ya no soy nada tuyo –le espetó mientras le tiraba de los cabellos.

Richard emitió un alarido de furia mientras la soltaba. Momento que Stephanie aprovechó para abandonar el salón trastabillándose con su vestido, pero finalmente logró salir por la puerta de la casa, y tras cruzar corriendo la calle, se subió a un carruaje que había parado en la otra acera. Su corazón latía acelerado como si quisiera hacerla llegar antes al coche. La sangre le corría por las venas y le golpeaba en las sienes. Le costaba trabajo respirar debido al forcejeo y a la tensión vivida. Al llegar junto al cochero le dio la dirección que primero le vino a la mente.

«Richard se abalanzó sobre ella sujetándola por el brazo. Stephanie forcejeó con todas sus fuerzas para soltarse, pero la mano de Richard parecía un grillete sobre su muñeca. La atrajo hacia él para besarla de nuevo.»

–Newtowngrange.

Subió al coche y cerró la puerta para dejarse caer sobre el respaldo tapizado en color burdeos. Justo cuando el cochero fustigaba a los caballos y arrancaba vio el rostro de Richard pegado a la ventanilla, y sus puños aporreándolo.

Stephanie se sobresaltó al verlo de tal manera que el corazón le dio un vuelco. Su rostro palideció y un sudor frío recorrió toda su espalda provocando un sinfín de calambres. Cerró los ojos y lloró de manera desconsolada y amarga mientras ocultaba su rostro entre sus manos. A lo lejos escuchaba las voces de su marido asegurándole que la encontraría.

2

La casa de ladrillos rojos y tejado de gabletes, arquitectura típica de Edimburgo, era el único edificio que había en aquella dirección. La voz del cochero así se lo indicó cuando detuvo el carruaje frente a ésta. Stephanie descendió lentamente del carruaje sin saber muy bien qué estaba haciendo allí. Pero era el único lugar en el que creía que podría sentirse a gusto.

–Espere un momento. El hombre que vive aquí le pagará el servicio –le dijo con la voz temblorosa, mientras emprendía el camino de adoquines hacia la cancela de la entrada.

Descorrió el cerrojo y un chirrido espeluznante acompañó sus pasos hasta que la cerró detrás de ella. Había una luz en una ventana por la que ahora se asomaba un rostro de hombre. De inmediato la puerta de madera maciza se abrió y una silueta enorme quedó recortada en la claridad de la luz. Stephanie lo reconoció en seguida. ¿Cómo podría haberlo olvidado? Edgard avanzó con un farol en la mano para iluminar el camino y a la persona que ahora se acercaba hasta él. ¿Quién podría ser a estas horas? Nadie lo visitaba desde hacía semanas. Pero cuando Edgard levantó el farol su rostro reflejó la reacción típica de una persona que no esperaría aquella visita por nada del mundo.

–¿¡Stephanie!?! –murmuró entrecerrando los ojos porque no creía la imagen que éstos contemplaban.

–¿Puedes encargarte de pagar al cochero? –le preguntó con la voz entrecortada.

Edgard iluminó su rostro y por su aspecto dedujo que no pasaba por un buen momento. Asintió aturdido mientras se encaminaba hacia el carruaje para abonarle la tarifa correspondiente. Cuando el cochero se despidió de él, Edgard regresó de inmediato junto a Stephanie. Ésta se había quedado allí de pie esperando impaciente su regreso. Tenía los brazos alrededor de su cuerpo abrazándose para controlar la tiritona fruto del estado de nervios en el que se encontraba. Al momento sintió la presencia de Edgard junto a ella, mirándola como si se tratara de un fantasma que había regresado de la muerte tal vez para atormentarlo.

–¡Por San Andrés, estás tiritando! Vamos dentro –le dijo mientras caminaba con ella bajo su brazo.

«Edgard paseaba su mirada de halcón por el rostro de Stephanie. Sus cabellos estaban algo despeinados, como si hubiera estado forcejeando, y varios mechones caían libres sobre su rostro, los ojos hinchados y rojos de haber estado llorando.»

Stephanie sintió el calor que emanaba el cuerpo de Edgard y cómo conseguía reconfortarla. Se dejó conducir hacia el interior de la casa si objetar nada. Y una vez en el interior, Edgard apagó el farol y condujo a Stephanie hacia su salón. No era muy grande, pero sí se respiraba un ambiente acogedor. La chimenea estaba encendida arrojando su calor por toda la habitación, lo que hizo que se sintiera mejor y que sus temblores fueran desapareciendo. Edgard, de pie en mitad de la habitación, le lanzó una mirada llena de curiosidad. ¿Qué hacía allí? Sintió una extraña sensación cuando la vio, y que ahora se volvía más intensa. No en vano era la mujer que había amado durante tanto tiempo. La única mujer a la que había cortejado de manera formal y con

la que por primera y única vez había concebido la posibilidad de casarse.

–Ven y acércate al fuego para calentarte. ¿Quieres una taza de té?

Stephanie asintió ligeramente, ya que en esos momentos era incapaz de hablar. Estaba bajo los efectos que la escena con Richard había producido en ella. Pero también del hecho de volver a ver a Edgard. Durante el breve espacio de tiempo que él tardó en volver, Stephanie paseó sus ojos por aquel salón de manera distraída con el fin de evitar mirarlo a él a lo ojos. Sin embargo, su curiosidad pudo con ella y tras breves segundos de contemplar en silencio el contenido de la taza, levantó sus ojos y lo miró a la cara buscando algún resquicio del hombre que ella conoció una vez y que le había propuesto matrimonio. Edgard se apoyó sobre la chimenea atizando el fuego para que desprendiera más calor. Lo vio arrodillado sobre la alfombra deslustrada del salón. No lo recordaba tan atractivo. Sus cabellos negros estaban algo enmarañados. Sus ojos azules estaban apagados. Parecían carentes de vida. Sus facciones eran más duras, y una barba de varios días cubría sus mejillas. Se volvió hacia ella y fijó su mirada penetrante en su rostro provocándole cierta inquietud. Sin duda alguna esperaba una explicación de porqué estaba allí.

Edgard paseaba su mirada de halcón por el rostro de Stephanie. Sus cabellos estaban algo despeinados, como si hubiera estado forcejeando, y varios mechones caían libres sobre su rostro, los ojos hinchados y rojos de haber estado llorando. Casi podía distinguir el trazo que las lágrimas habían dejado en sus mejillas. Ella, por su parte, lo miraba asustada por la reacción que Edgard pudiera tener. De momento la había aceptado en su casa sin más. Sabía que no debería estar allí. Era el último lugar donde debería haber acudido. Por su parte, Edgard nunca hubiera imaginado que ella se presentaría allí algún día después de tanto tiempo. Pero lo había hecho, y ahora no había vuelta atrás. Había abierto una puerta que él había cerrado hacía dos años. Sólo el destino sabía lo que les deparaba a ambos.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó con la voz dura; fría, tratando de mostrarse indiferente.

–Me... me he escapado de casa... –respondió tiritando mientras sentía la fría mirada de él sobre ella.

–¡Escapado! –exclamó sorprendido por su respuesta.

–No soporto a Richard –soltó sin pensarlo ofuscada por la vida que llevaba junto a él.

Edgard chasqueó la lengua y sonrió burlescamente.

–Hace dos años no pensabas lo mismo.

–Hace dos años no sabía quién era –le espetó tratando de reunir fuerzas suficientes para no mostrarse débil. ¿Es que iba a reprocharle su comportamiento al igual que su hermano había hecho en la fiesta? Se había equivocado en su decisión pero ello no implicaba que se lo estuvieran recordando siempre.

–¿Y ahora? ¿Lo has descubierto? –El tono de su pregunta era mordaz, tratando de hacerle daño.

–Sí –logró murmurar mientras bajaba la mirada hacia la taza de té sintiendo que las fuerzas le abandonaban. Que no sentía las fuerzas necesarias para seguir hablando siempre de lo mismo.

–¿Por qué te has escapado? –le preguntó con un tono más serio y cargado de temor por lo que pudiera sucederle.

–Al llegar a casa lo encontré borracho. Quiso obligarme a acostarme con él –le respondió mientras tragaba y alzaba la mirada hacia él escrutando su rostro.

Edgard apretó las mandíbulas y su mirada se volvió hielo. Frunció el ceño e inspiró sin decir nada. No quería mostrarle sus verdaderos sentimientos, pero en su interior se debatía en una lucha atroz. Quería demostrarle que haría lo que fuera con tal de apartarla de su marido, que lo mataría con sus propias manos si se atrevía a ponerle la mano encima. Después de todo, la seguía amando como el primer día. En su interior se moría de ganas de arrodillarse ante ella y estrecharla entre sus brazos, sentir su cuerpo junto al suyo, respirar su aroma femenino y permitir que lo embriagara como ninguna otra mujer había conseguido jamás. Pero en vez de eso volvió a sacar al hombre frío y despechado que llevaba dentro.

–Está en su derecho. Es tu marido. ¿Lo has olvidado?

–No, no lo he olvidado, pero no pienso consentirle que me...

–Déjalo. Ahórrate explicaciones –le dijo sacudiendo la mano en el aire como si todo ello no le importara-. ¿Sabe que estás aquí? –le preguntó escrutando su rostro para ver si le estaba mintiendo.

Stephanie negó con la cabeza mientras miraba por el rabillo del ojo los movimientos de Edgar. Éste se había vuelto hacia la chimenea. Había apoyado sendas manos sobre la repisa de ladrillos sintiendo la ola de calor ascender por sus brazos. Entrecerró los ojos mientras los fijaba en las llamas que crepitan devorando los leños.

–No, claro. Es el último sitio donde te buscaría –murmuró para sí mismo-. ¿Qué pretendías con venir aquí? –le preguntó girándose hacia ella, empujado por el deseo de contemplarla, de comprobar que no era un sueño y que ella estaba allí de verdad.

–No lo sé. Tan sólo que el coraz... no lo sé. Tal vez mi hermano...

–¿John? ¿Qué tiene que ver en todo esto? –le preguntó mientras entrecerraba los ojos hasta convertir sus pupilas en dos destellos luminosos.

–Me dijo que seguías vivo.

–Bueno, sí, es verdad –corroboró luciendo una sonrisa encantadora que Stephanie agradeció. Era la primera vez que alguien la sonreía de aquella manera en mucho tiempo-. ¿Qué quieres de mí?

–Ayúdame, por favor –le respondió en un tono que le pareció cargado de sinceridad. Era la primera vez que Stephanie le parecía asustada. No, aterrada más bien. Tenía escalofríos y titubeaba constantemente. Estaba preciosa enfundada en aquel vestido en tonos malva que dejaba ver una porción generosa de sus encantos femeninos. Edgar desvió la mirada de esa parte de su anatomía para centrarse en

el significado de sus palabras—. No puedo regresar a casa. Si lo hago Richard me matará. Lo ha prometido.

—No lo dudo. Es un salvaje. Lo que no logro entender es cómo acabaste con él.

—Lo sabes muy bien.

—Sí, claro que lo sé. Los Ravenswood perdimos todos nuestros títulos y posesiones tras la guerra. Y, claro, yo no podía ofrecerte nada a cambio de... —Edgard se detuvo en la narración. Cerró sus ojos y recordó días pasados. Días felices en los que él la cortejaba y en los que el mundo era el lugar más maravilloso.

—Lo siento, Edgard.

—Lo sientes —asintió contrariado—. ¿Después de dos años? ¿Cómo puedes tener el valor de presentarte aquí y decir que lo sientes? Stephie, eres increíble. ¿No recuerdas las palabras de tu padre en la recepción por tu cumpleaños? —le preguntó mirándola fijamente mientras ella cerraba los ojos. Sabía a lo que se estaba refiriendo, pero ya no podía volver atrás. No podía remediar lo que había hecho—. Esas palabras las llevo grabadas a fuego aquí dentro —le dijo señalando su pecho mientras tensaba las mandíbulas.

—Créeme que lo lamento —le dijo poniéndose de pie mientras dejaba la taza de té sobre una mesita.

—Y luego tú. Diciéndome que...

—No lo digas, por favor —le suplicó mientras sus ojos se abnegaban de lágrimas.

—Que los Ravenswood no le llegáramos a los talones a los Sinclair —le recordó con un tono duro y frío que rasgaba la piel de ella como un látigo, mientras la miraba a los ojos—. Mi familia fue durante siglos la encargada de guardar y custodiar el sello real de Escocia.

—Estaba ofuscada. Quería darte una lección —le dijo mientras dos perlas cristalinas rodaban libres por sus sofocadas mejillas.

—¡A mí! Maldita sea ¿por qué? —le preguntó extendiendo las palmas de sus manos.

—Te vi en varias ocasiones flirteando con Rose Marie Monroe —le confesó en voz baja mientras las lágrimas caían sobre su regazo dejando dos manchas en éste.

«—Lo sientes —asintió contrariado—. ¿Después de dos años? ¿Cómo puedes tener el valor de presentarte aquí y decir que lo sientes? Stephie, eres increíble.»

—¿Flirteando? Pero, ¿de qué...? ¡Por San Andrés! —exclamó poniendo cara de no entender de qué iba todo aquello—. Tal vez... ella pudiera haber estado interesada en mí, pero yo no lo estaba en ella —le dijo mientras la sujetaba por los hombros y sus miradas se encontraban frente a frente—. Nunca tuve ojos para ninguna otra mujer que no fueras tú, Stephie. Nunca los he tenido —murmuró sintiendo que le faltaban las fuerzas. Que los ojos se le empañaban, y que la boca se le secaba.

Durante unos instantes ninguno de los dos dijo nada. Ambos permanecían en una especie de hechizo que ninguno de los dos quería romper. Edgard sintió que la piel se le erizaba al recordar los momentos tan maravillosos que habían compartido, pero por otra parte, la herida era profunda. Cerró los ojos y se apartó de ella para dirigirse a la ventana y fingir que miraba a través de ella. Stephanie lo siguió con su mirada, mientras se retorció las manos y se mordía el labio inferior. Aguardaba su decisión. Sabía que no sería fácil recuperarlo, y que tal vez nunca lo hiciera.

—Necesito tu ayuda. No te la pediría si no estuviera en peligro —insistió mientras se incorporaba del sillón e intentaba caminar hacia él.

—Ahora me necesitas. Para salvarte de tu marido. Qué irónico —exclamó mirándola por encima del hombro. Stephie se sentía culpable de todo lo sucedido; y Edgard seguía sin creer lo que estaba pasando—. ¿Qué quieres? ¿Que mate a Richard? —le preguntó esbozando una sonrisa maligna.

—Sólo quiero que me protejas.

—Imagino que estás al tanto de que si me encuentran contigo soy hombre muerto. Tu marido tiene ami-

gos poderosos en las altas esferas. A ti te acusarían de adulterio. Richard te repudiará, y si maneja los hilos con destreza posiblemente te deporten al Nuevo Mundo; pero yo perdería el cuello –dijo riendo–. Tiene gracia.

–¿Lo qué? –le preguntó contrariada Stephanie.

–Que haya buscado la muerte con tantas ansias en la guerra contra los ingleses, y ahora se presente ante mí en una apariencia tan atractiva –le dijo paseando su mirada por su cuerpo hasta hacer que Stephanie se ruborizara.

–No lo sabía. No obstante si no quieres yo...

–La cuestión no es si yo quiero. Se trata de si sabes lo que me estás pidiendo. Porque una vez que se empieza no hay vuelta atrás. Y no vale arrepentirse. Por cierto, ¿cómo piensas pagarme mis servicios? –le preguntó alzando una ceja. Aquella propuesta le heló la sangre a Stephanie. Nunca pudo imaginar que le cobraría por su ayuda. «Quiere humillarme. Regodearse con mi desgracia», pensó mientras trataba de controlarse–. Como verás mi situación económica no es muy solvente, y no me vendría mal alguna gratificación extra –le dijo abarcando con sus brazos la habitación.

–Ahora mismo no tengo dinero. Ni siquiera tengo donde ir –le dijo implorando cierta comprensión mientras su respiración se agitaba bajo el vestido y su escote se volvía más atrayente.

Edgard frunció el ceño dándole vueltas a la cabeza sobre la manera en que podría cobrarse sus servicios. Quería humillarla como ella había hecho con él. Hacerla pasar apuros como los que había atravesado él, aunque ello conllevara hacerse él mismo daño. No podía ni quería verla sufrir, pero tampoco podía olvidar su desplante y su rechazo a su proposición de matrimonio.

–Ya sé lo que quiero a cambio de protegerte y liberarte de tu marido.

–¿Qué? –le preguntó deseando conocer el precio a pagar.

–A ti –le dijo con calma.

–¿A mí? –le preguntó sin salir de su asombro mientras sentía un repentino palpito en su pecho.

–Sí, has oído bien. Tú. Quiero que tú seas mi recompensa. Si no tienes dinero...

–¡No soy una furcia! Puede que esté desesperada pero no hasta ese punto –le espetó rabiosa por aquella declaración. Sacó fuera toda su ira y su odio. Estaba cansada. Dolida.

–No me he referido a pasar la noche contigo. No me has entendido, o tal vez no me he explicado bien. No se trata de eso. Me refiero a ti. Si quedas libre te quedarás conmigo para siempre.

Stephanie se sintió algo decepcionada porque no se estuviera refiriendo a pasar la noche con ella. Ese comentario la hirió en cierto modo en su orgullo femenino, ya que había creído que ningún hombre podría resistirse a sus encantos. Y más él, quien durante años fue su pretendiente.

–Y esta noche...

–Puedes quedarte aquí, por supuesto. Arriba encontrarás una habitación con una cama.

–¿No subes a indicarme cuál es? –le preguntó con cierto toque sensual en su voz. ¿Por qué lo había adoptado si acababa de rechazarlo? Quería dominar la situación. Sentirse deseada por él. Pero para su desilusión Edgar siguió comportándose de manera fría y distante.

–La primera a la derecha –le dijo con un tono frío–. Encontrarás ropa en el armario.

Stephanie asintió mientras se encaminaba hacia la escalera.

–Que descanses –le dijo mirándolo por encima del hombro mientras ascendía los peldaños.

Edgard se tumbó sobre el viejo sofá de color ocre que ahora recibía los destellos del fuego haciéndolo parecer oro. No tenía ganas de irse a dormir. En parte porque tenía mucho en lo que pensar. Y además, ella se había quedado con la cama. Clavó su mirada en el fuego viendo cómo las llamas crepitaban y consumían lentamente los troncos arrojados sobre ella. No pudo evitar que su mente se sintiera invadida con los recuerdos de aquel fatídico día. Y aquellas palabras que ahora volvían a retumbar en su

cabeza: «Damas y caballeros, quiero anunciarles el compromiso de mi hija Stephanie con el caballero Lord Richard Sinclair». Recordó la cara que se le había quedado cuando escuchó la noticia. Ni siquiera fue capaz de felicitar a los contrayentes. ¿Para qué? Tenía bastante con aquella comedia como para seguir actuando en ella. Salió de allí en dirección a la parte vieja de la ciudad para emborracharse en las tabernas. Amaneció tumbado en los jardines de Princess Street con una resaca considerable. Se dirigió a casa y se acostó. Se pasó encerrado varios días hasta que las noticias de la llegada del príncipe Guillermo de Orange anunciaron el cambio de gobierno. Llamaron a filas a los defensores del rey Jacobo Estuardo, y él se alistó sin pensárselo dos veces. Durante dos años no volvió a saber nada de ella, hasta esa noche. Había coincidido con su hermano, a quien salvó la vida en Killiecrankie, pero no tuvo fuerzas para preguntarle por ella.

—Maldita sea —masculló entre dientes mientras se incorporaba para quedar sentado—. ¿Por qué has tenido que venir a abrir esa puerta que durante tanto tiempo he procurado mantener cerrada? Se ve que aún hay algo latiendo por ti. Soy un sentimental. La guerra no me ha endurecido todo lo que yo creía. Más bien todo lo contrario. Juré que no te ayudaría nunca más, pero veo que has sabido tocar esa fibra sensible que... ¡Por San Andrés, que aún siento algo por ti, Stephanie!

Se quedó dormido sobre el sofá hasta que la luz de la mañana comenzó a filtrarse por las ventanas y a darle de lleno en el rostro. Sin embargo lo que lo despertó fueron los golpes de alguien aporreando su puerta.

3

Edgard se puso de pie al momento y con todos sus sentidos alerta. Caminó descalzo sobre la alfombra que amortiguaba sus pasos. Lanzó una mirada hacia lo alto de la escalera cuando estuvo al pie de ésta. Stephanie estaba allí de pie en lo alto enfundada en una camisa suya que le quedaba bastante grande. Sus cabellos caían en cascada sobre sus hombros mientras en sus ojos aparecía una mirada de terror.

«Edgard se tumbó sobre el viejo sofá de color ocre que ahora recibía los destellos del fuego haciéndolo parecer oro. No tenía ganas de irse a dormir. En parte porque tenía mucho en lo que pensar. Y además, ella se había quedado con la cama.»

Temía que fuera Richard quien estuviera aporreando la puerta. Sintió que las piernas le temblaban mientras no apartaba la mirada de Edgard. Estaba desnudo de cintura para arriba y ahora podía observar su esbelto cuerpo surcado por algunas cicatrices. Edgar se giró hacia ella y le indicó que se escondiera en la habitación.

Cuando se cercioró que estaba oculta caminó hacia la puerta con paso firme. Nadie podía sospechar que ella estaba allí. Y menos su actual esposo, quien estaba seguro de que él la odiaba. Hasta anoche. Descorrió la cortina de la ventana un poco para ver quién estaba ante su puerta y cuando descubrió que era John, el hermano de ella, respiró aliviado. Abrió la puerta y fingió que estaba descansando aún. El rostro de John mostraba la preocupación lógica por la desaparición de su hermana. Probablemente todo Edimburgo sabría ahora que la esposa de Richard Sinclair estaba desaparecida.

—¿Qué haces aquí tan temprano?

—Stephanie ha desaparecido —le respondió alarmado.

—¿Y por qué has venido a decírmelo?

—Porque anoche le comenté que viniera a verte para...

—Shhhh —susurró mientras le indicaba con la cabeza que entrara.

—¿Está aquí? —le preguntó hecho un manojo de nervios.

—Stephie —llamó Edgard en dirección al piso de arriba.

Al momento ésta apareció en lo alto de la escalera. Había reconocido la voz de su hermano preguntando por ella a Edgard. Descendió los peldaños con rapidez mientras sus cabellos flotaban en el aire y los bajos de su camisa se levantaban revelando parte de sus muslos, que no pasaron desapercibidos

para Edgard.

John dirigió una mirada inquisidora a Edgard al ver a su hermana con tan poca ropa; pero él se limitó a encogerse de hombros sin saber qué decir.

–¿Cómo estás? Me tenías preocupado –le dijo John abrazándola al tiempo que depositaba un fraternal beso sobre su cabeza–. ¿Qué ha sucedido? Richard se presentó en mitad de la noche en mi casa buscándote como un poseso.

–Me escapé, John –le dijo con seriedad mientras por el rabillo del ojo controlaba los movimientos de Edgard.

–Sí, eso me ha quedado claro. Ahora la pregunta es ¿por qué? –le preguntó frunciendo el ceño y entrecerrando sus ojos para intentar adivinar lo que se le estaba pasando a su hermana por la cabeza.

–No lo soportó –le espetó mientras se retorció las manos fruto de los nervios y de la tensión que experimentaba. Se volvió para caminar por la alfombra sin dirección alguna.

–¿A quién? ¿A Richard? –le preguntó sin dar crédito aquella acusación después de la conversación mantenida la noche anterior en casa de los condes de Bedford. Luego, giró el rostro para mirar a Edgard, quien se había retirado y ahora se encontraba sentado en su sillón.

–A mí no me mires. Eso mismo me contó cuando anoche se presentó en mi casa.

–¿Por qué has venido aquí? –le preguntó sacudiendo la cabeza sin entender lo que le pasaba a su hermana.

–No sabía dónde ir. Recordé la dirección que me diste al despedirnos. Supongo que... –Stephanie se pasó las manos por los cabellos para retirarlos de su rostro e intentar aclarar sus ideas. Ahora caminaba por el salón bajo la atenta mirada de Edgard, quien hacía verdaderos esfuerzos para no delatar su excitación. Verla vestida con su camisa y cómo ésta dejaba ver sus muslos de piel blanca y suave... No podía negar que Stephanie era irresistible, y que por mucho que intentara odiarla por lo que le hizo sabía que él estaba encadenado a ella. Se engañaba a sí mismo cuando se decía que no la quería y que la había olvidado. Se rió de manera burlona mientras hablaba con su corazón. «¿Creía que habías aprendido la lección? Ahora me doy cuenta que todos mis esfuerzos fueron en vano».

–¿Qué opinas, Edgard? –le preguntó John de repente sacando a aquél de sus pensamientos.

–Bien, si es verdad lo que cuenta... –comentó distraído pues su atención había estado puesta en aquella sensual mujer de exquisitas formas.

–¿Cómo que si es verdad? –le preguntó encarándose con él.

Edgard se estremeció al ver cómo lo miraba. Sus ojos irradiaban rabia y enojo por su comentario. Sus mejillas encendidas y sus labios entreabiertos invitándolo a tomarlos. Y ahora el cuello de la camisa rebelando el descenso hacia las perfectas formas que se marcaban bajo la tela. Cuando Stephanie descubrió el motivo por el que Edgard la miraba se irguió y se abrochó hasta arriba la camisa mientras lanzaba una mirada de furia a éste. Sin embargo, tuvo que admitir que le había gustado que él se fijara de aquella manera en su escote. Significaba que después de todo él no era una roca como quería hacerle ver.

–¿Entonces dudas de su historia? –le preguntó John dando un paso al frente.

–No. La creo, ya que esta casa sería el último lugar a donde se dirigiría –dijo con una voz fría y segura, mientras el semblante de su rostro se endurecía al mirarla.

Stephanie sintió la frialdad de aquella mirada. Sus ojos penetrantes clavados en su rostro. No sabía muy bien si aquella mirada le aterraba o por el contrario le gustaba, pero lo cierto es que sus piernas parecieron comenzar a flaquear y decidió sentarse.

–¿Y ahora? ¿Qué vais a hacer? –les preguntó John pasando la mirada desde su hermana hasta Edgard.

–Ella puede quedarse aquí todo el tiempo que haga falta –respondió Edgard muy seguro sin apartar su mirada de Stephanie–. Richard no se atreverá a asomar por aquí. Es el último lugar donde la buscaría.

–¿Y qué pasará si por casualidad indaga y descubre que está aquí? Pueden acusarte de haberla raptado.

–¿Quién, yo? ¿Raptarla? –le preguntó sorprendido Edgard mientras esbozaba una sonrisa burlona–. ¿Por qué? ¿Qué motivo tendría para hacerlo? Todo Edimburgo sabe que la odio por lo que me hizo.

–Por eso mismo. Te rechazó por Richard –respondió John con el gesto comedido–. Él podría conven- cer a la gente de que es tu venganza.

–Tal vez incluso me agradezca que se la haya quitado de en medio.

–¿Qué insinúas? –le preguntó Stephanie saltando del sofá para enfrentarse con Edgard de nuevo.

–Según tengo entendido por las malas lenguas de la ciudad, tú a Richard le importas muy, muy poco –le comentó no exento de sarcasmo.

–Pero, ¿cómo te atreves a decir eso? –le preguntó avanzando hacia él.

–Es la verdad. Todo Edimburgo sabe que Richard no te toca porque no te quiere. Sólo le interesa tu fortuna, no tu cuerpo. Estoy por apostar a que ni siquiera te ha hecho el amor.

–Pero, ¿quién te crees que eres para hablarme así? –le preguntó con el rostro encendido por la ira y los ojos abiertos al máximo como si fueran a salirse de las cuencas–. Para tu información te diré que Ri- chard sí me ha tocado y se ha acostado conmigo.

–Me creo la persona que te va a salvar el cuello. Y te recuerdo que tú has venido a buscarme. Por otra parte te puedo asegurar que tú no despiertas un gran interés de Richard. Estoy seguro –asintió Edgard esbozando una sonrisa burlona mientras disfrutaba viéndola humillada de aquella manera mientras intentaba zafarse de los brazos de su hermano.

–Estate quieta, Stephie. Y tú, Edgard, guarda tus comentarios más mordaces para otra ocasión –le dijo señalándolo con su brazo extendido.

–¡Te odio! –le gritó mientras se veía libre de su hermano.

Su respiración se había agitado más de la cuenta y ahora adoptaba una posición de ataque que divirtió a Edgard. Con los puños apretados sintiendo cómo sus uñas se clavaban en sus palmas y cómo sus nudillos palidecían retó con su mirada a Edgard.

«Se volvió ante la atónita mirada de ambos y comenzó a subir las escaleras en dirección al dormitorio. No lloraría delante de él porque sería admitir su triunfo. Apretó los dientes con rabia mientras se sentaba en la cama y respiraba hondo.»

–Durante dos años yo he sentido lo mismo por ti. Por otra parte te diré que te equivocas, Stephie. Me amas más de lo que tú crees –le dijo con el mismo tono burlón que había empleado antes.

–¡Mentira! ¡Nunca te he querido y nunca lo haré. Puedes estar seguro de ello!

–Entonces sal de mi casa y vete con John. Que él te proteja. Porque si de algo estoy seguro, es de que has venido a buscar mi ayuda porque en el fondo soy el único amigo que tienes. Y puedo asegurarte que sigues enamorada de mí; y si no es cierto lo que digo abandona mi casa –le dijo señalando la puerta mientras su voz se asemejaba a un trueno. La contempló con el ceño fruncido y los ojos lla- meando ira.

Stephanie seguía en la misma posición mirando fijamente a Edgard mientras ahora él aguardaba su decisión con los brazos cruzados sobre el pecho. Su apuesta era arriesgada porque si vencía su orgullo ella desaparecería igual que había venido. ¿Le daría la razón, o sería capaz de poner su vida en peligro para no reconocer que lo amaba? John miraba ahora a su hermana deseando que no cometiera una estupidez. Lo cierto era que él no tenía mucha idea de lo que debía o podía hacer para protegerla; pero Edgard sí.

–John, ¿tienes un coche a la puerta? –le preguntó con la voz cortada por la emoción que la embargaba. Sus ojos comenzaron a nublarse y un nudo se le formó en la garganta. El corazón comenzó a latir más lento como si quisiera detenerse. Tenía ganas de llorar y desahogarse–. Sólo será cuestión de un mo- mento.

Se volvió ante la atónita mirada de ambos y comenzó a subir las escaleras en dirección al dormitorio. No lloraría delante de él porque sería admitir su triunfo. Apretó los dientes con rabia mientras se sentaba en la cama y respiraba hondo. Trató de recomponerse ante el pequeño espejo ovalado que había sobre una rústica cómoda. Se pasó las manos por el rostro y se pellizcó las mejillas para que adquirieran color. Se desprendió de la camisa de él y se quedó con ella en la mano durante unos instantes. Luego sin saber el motivo de su acto pasó su mano por ella sintiendo su suavidad. Su aroma varonil la había rodeado toda la noche y ahora su propio cuerpo destilaba ese olor. Se vistió de inmediato con sus propias ropas y se dispuso a bajar. No quería estar ni un minuto más en aquella casa. Odiaba a Edgard por su comportamiento, pero también a sí misma por no querer reconocer sus sentimientos hacia él.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó John mientras Edgard paseaba por el reducido salón con las manos a la espalda y la cabeza inclinada.

«Se pasó las manos por el rostro y se pellizcó las mejillas para que adquirieran color. Se desprendió de la camisa de él y se quedó con ella en la mano durante unos instantes.»

—¿A qué te refieres? —le preguntó a su vez éste con aire distraído.

—A ponerla entre la espada y la pared. A eso me estoy refiriendo.

—Yo no la he puesto en ningún lado ni entre nada —le aclaró levantando la cabeza y mirando fijamente a John—. Le he ofrecido mi ayuda nada más.

—A cambio de que reconozca que sigue enamorada de ti. ¿Te parece justa la elección? —le preguntó mostrando las palmas de sus manos e intentando hacerle ver que era injusto.

—Sí. Si me voy a jugar el cuello por ella, quiero saber que lo hago por algo más que por huir de un marido borracho y pependenciero. Quiero saber que después de esto habrá un futuro para ella y para mí. No quiero que se vuelva a marchar, John. No. Otra vez no. No podría soportarlo —le confesó mientras sentía que el pulso le latía acelerado en el interior de su cuerpo.

Es mentira lo que le has dicho —susurró John mientras miraba con recelo a Edgard.

—¿A qué te refieres? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Que la odias.

Edgard cerró los ojos al tiempo que apretaba las mandíbulas con rabia.

—La odié en un principio por lo que me hizo —le confesó finalmente mientras aflojaba la tensión que agarrotaba todos sus músculos.

—¿Pero...? —inquirió John alzando sus cejas.

—Aún así nunca he dejado de quererla. Ese odio era una coraza para protegerme de mis sentimientos hacia ella. Una excusa para no reconocer que la seguía y la sigo amando, John —le confesó mirando a su amigo a los ojos.

—Sabes que ella sí te quiere.

—¿Y tanto le cuesta reconocerlo? ¡Maldita sea, he pasado dos años en el infierno y tú lo sabes! Dos años en los que buscaba la muerte desesperadamente porque creía que nunca más la volvería a ver, ni a tener la mínima posibilidad de recuperarla. Porque en esos momentos mi vida carecía de sentido sin ella. Estaba vacío. Además, mi familia había sido desposeída de los títulos y posesiones por el nuevo rey, por el hecho de ser leales a los Estuardo. Y mira por dónde el destino me brinda una segunda oportunidad; pero quiero que esta vez se quede —le dijo mientras extendía las palmas de sus manos en gesto de súplica.

—¿Por ese motivo te arriesgaste a sacarme del paso de Killiecrankie cuando los ingleses nos sorprendieron? Porque buscabas que una bala acabara contigo.

—Eres mi amigo, John —le comentó posando sus manos sobre los hombros de éste—. Iría al infierno para salvarte.

–Aun a riesgo de tu propia vida –sentenció éste mirándolo con admiración por ello, pero también por ser un cobarde–. Si la quieres no la dejes marchar, Edgard. Retenla contigo. Si Richard la encuentra la matará –le aseguró aferrándose a los brazos de su amigo mientras sus miradas quedaban suspendidas la una en la otra.

En ese momento escucharon los pasos de Stephanie bajando las escaleras. Se había arreglado lo mejor que había podido. Quería aparentar que todo estaba bien y que las palabras de Edgard no la habían afectado como él esperaba. Con el mentón alzado y los hombros hacia atrás descendió el último peldaño y se acercó a su hermano.

–¿Nos vamos? –le preguntó con el semblante serio y sin volver el rostro hacia Edgard, quien en esos momentos estaba hechizado por la presencia de ella.

–Quédate –murmuró mientras la agarraba por el brazo.

Stephanie sintió el chispazo de sus dedos sobre la tela de su vestido y cómo su intensidad la atravesaba con gran facilidad. Al momento el pulso se le disparó hasta cotas insospechadas. No quería volverse, pero aquella quemazón por toda su piel la estaba obligando a hacerlo.

–Siento lo que te he dicho. No quería molestarte. Por eso te pido que te quedes, y no porque me ames o me odies, sino porque esta casa es el lugar más seguro para ti en estos momentos.

Stephanie seguía mirando a su hermano, quien enarcaba las cejas en señal de asombro. Ella volvió su mirada hacia Edgard y éste sintió que su interior se fundía como el hielo en primavera. Toda su furia se evaporó con aquella mirada. Le había hecho daño a juzgar por sus ojos. Había llorado. Sin duda ella lo había ido buscando para pedirle ayuda, y él sólo había pensado en vengarse porque lo rechazó hace dos años. Se había dejado llevar por el odio y la amargura que lo había rodeado durante ese tiempo. Pero sabía que siempre amaría a aquella mujer. Por mucho que le costase, por muchas batallas que tuviera que librar, y por mucho que le costara reconocerlo. La amaba como a ninguna.

–¿Sin ningún compromiso?

–Ninguno.

Stephanie miró a Edgard a los ojos y vislumbró cierta complicidad en su mirada.

–Puedes irte, John –le dijo a su hermano.

–Ven cuando quieras a traernos noticias de la ciudad. Sería conveniente estar preparados para cualquier cosa –le sugirió Edgard.

–Os veré lo antes posible.

–Vigila tus espaldas. No sería descabellado que te siguieran.

–Lo tendré en cuenta. Y tú cuídate –le dijo a su hermana mientras la besaba en la frente.

Se despidió de ambos y abandonó la casa. Cuando se quedaron a solas Edgard se sintió por primera vez en mucho tiempo como un adolescente que no sabe qué hacer con una mujer como aquella.

–¿Te apetece comer algo?

–¿Sabes cocinar? –le preguntó sorprendida.

–Sé hacer muchas cosas. Mi situación no me da para contratar un servicio –bromeó mientras esbozaba una sonrisa.

–De acuerdo –le dijo con un tono frío.

«Se despidió de ambos y abandonó la casa. Cuando se quedaron a solas Edgard se sintió por primera vez en mucho tiempo como un adolescente que no sabe qué hacer con una mujer como aquella.»

© Enrique García Díaz

El autor:

Enrique García Díaz. Doctor en Filología inglesa por la Universidad de Salamanca (Especialidad: Origen y evolución de la novela histórica inglesa: Las obras de Walter Scott).

Israel Centeno

Caracas (Venezuela), 1959

<http://israelcenteno.blogspot.com>

* * *

Israel Centeno nació en Caracas (Venezuela) en 1958. Es escritor de cuentos y novelas, facilitador de talleres de creación literaria y promotor cultural. Es director de la editorial Memorias de Altigracia desde hace once años. Esta editorial está dedicada a la difusión de la narrativa hispanoamericana contemporánea y tiene veintidós títulos en su catálogo.

Libros publicados

- *Calletania* (Monte Avila Editores, 1992; Editorial Periférica, 2008)
- *Rabo del diablo y otros cuentos* (Grupo Editorial Eclepsidra, 1993)
- *Hilo de Cometa y otras iniciaciones* (Editorial Planeta Venezolana, 1996)
- *Exilio en Bowery* (Editorial Troya, 1997; Ediciones Nuevo Espacio, 1999)
- *Criaturas de la noche* (Editorial Alfaguara, 2000)
- *El Complot* (Alfadil, 2002)
- *La Casa del Dragón* (Alfadil, 2004)
- *Bengala* (Editorial Norma, 2005)
- *Iniciaciones* (Editorial Periférica, 2006)
- *Hilo de Cometa (y Retrato de George Dyer)* (Editorial Periférica, 2007)

Reconocimientos

- 1986. Premio de cuentos Lola de Fuenmayor (Universidad Santa María).
- 1987. Premio Federico García Lorca del Instituto de Cooperación Iberoamericana ICI, España.
- 1993. Premio CONAC de narrativa, por su primera novela *Calletania*.
- 1993. Mención Honorífica Premio Municipal de Narrativa de Caracas.
- 1997. Premio Bienal de Guayana Lucila Palacios por *Hilo de cometa y otras iniciaciones*.
- 1998. Mención honorífica Premio Bienal Mariano Picón Salas. Mérida.
- 2003. Premio Anual de Cuentos El Nacional, por "*Según Pasan los Años*".
- 2009 Su novela inédita *Bajo las hojas* formó parte del short list de las diez novelas seleccionadas entre 489 manuscritos participantes en el III premio Iberoamericano de narrativa Planeta/Casa de América.

* * *

Entrevista

NARRATIVAS: *¿Cómo ha evolucionado Israel Centeno como escritor desde sus primeros años en Caracas a la actualidad? ¿Ha cambiado de alguna manera su visión de la literatura?*

ISRAEL CENTENO: A veces uno piensa en evolución. Uno comienza escribiendo historias, buscando estructuras adecuadas para expresarlas, y por allí se transita, entre formas y contenidos. Creo que como a todo el mundo, me atrajo la literatura porque antes fui lector, eso pienso a veces. Pero recuerdo la capacidad que tenía o que tuve siempre para algunas abstracciones e imagerías. Al principio estaba parado sobre unos cuantos dilemas, hoy continúo parado sobre otros tantos, pero el dilema de la época, para entonces, tenía que ver con el contenido y las formas. Mis primeros trabajos en publicaciones periódicas, papeles literarios y revistas, fueron ambiguos en ese sentido. Una vez resuelto este dilema de la evolución a través de las historias que he contado, y de los temas que han sido recurrentes, es que esas historias son expresadas con un manejo particular del lenguaje. Y allí viene el rollo de la voz, de la impronta, de la sensibilidad. Todo esto va a depender de si resuelves otro dilema, eres un artista o eres un técnico. Me explico. Sólo necesitas una caja de herramientas y una historia para contarla, y eso por sí solo expresa el cuento o la novela, o

todo lo contrario, consideras que tu sensibilidad manejará el lenguaje de una manera particular para abordar temas, historias, celajes, etc. Hoy en día, si vamos a hablar de evolución, veo esto con claridad. Un buen cuento o una buena novela siempre es lenguaje más historia más tema y nunca al revés.

N.: *En una entrevista, hace algún tiempo, afirmabas: "Un lector no es fanático ni prejuiciado, al menos en el momento en que lee, allí está él o ella, solitario, con un mundo que lo arrebató y lo despoja de la pertenencia delimitante y se entrega, se rinde, a una condición trascendente"; y más adelante, añadías: "Se escribe por lo mismo", de lo que se desprende que, a tu juicio, tanto leer como escribir supone en ambos casos un profundo acto de liberación.*

IC.: Imagino que será muy difícil leer por ejemplo, *Plenilunio* de Muñoz Molina, *Los Cuentos de la Guerra Civil rusa* de Isaac Babel, o *Los Cantos* de Ezra Pound si el lector no se despoja de sus prejuicios y entra en esos universos particulares que te brinda cada uno de los autores. Mi afirmación tiene mucho que ver con las limitaciones de una persona. Ni siquiera Internet, este mundo virtual que hoy está al alcance de mucha gente y que crea cierta ilusión de globalidad, te hace vivir todas las vidas posibles, como sí lo hace, en cambio, una buena biblioteca, sea ésta electrónica o de papel. Yo puedo ser un pirata en el mar de Java, un asesino en el este de Londres, un misionero en África o la mujer araña en una celda de aquel Brasil represivo y militarista. En fin, cada vez que abro un libro puedo ser uno y todos los personajes, puedo ser protagonista o antagonista, es un acto de enajenación más que de libertad. Pero paradójicamente me libera de la mismidad y me entrega a todas las posibilidades de ese universo que he abierto. El lector, digo el buen lector, no puede tener prejuicios nacionales, religiosos, raciales, sexuales, y si los tiene, los debe poner fuera como hacen los suecos con sus zapatos antes de entrar a sus casas, para abordar la lectura que se presenta. Y eso mismo sucede cuando escribes, si no eres capaz de desdoblarte, de convertirte en un personaje e incluso de desarrollar empatía con personajes o situaciones que adversarías en tu vida cotidiana, dudo mucho que puedas escribir una historia honesta. Entonces tenemos que no hay un acto de liberación absoluta en nada, pero sí hay un performance y más que un performance, hay un despojo liberador y necesario de todas aquellas cuestiones que nos identifican, bien sean valores patrios, religiosos, etc. Para de esta manera entrar desnudos, bien sea a escribir o a leer, que es un acto de entrega y de sujeción a realidades que probablemente te sean completamente ajenas. Aunque por ahí digan que nada de lo humano es ajeno. Yo no puedo gozar *El Amante* de Margarita Duras como venezolano, ni como marxista liberal; lo disfruto ubicándome dentro de la obra. Sería como hacer el amor con ropa, con sobretodo.

N.: *Has reconocido en alguna ocasión tu deuda con los escritores que protagonizaron el famoso boom latinoamericano de los sesenta.*

IC.: Comencé a leer a muy temprana edad, y recuerdo que mis primeros libros eran clásicos. Uno llegó a mis manos por casualidad, a un tío mío que había reunido un álbum de barajitas, le dieron como premio *Cien mil leguas de viaje submarino* y me lo prestó. Creo que por allí comenzó mi aventura que pasó por algunos clásicos, autores rusos, léase Chéjov, y mucho Dostoievski, que luego retomé en España, en aquellas colecciones baratas de Bruguera. Fueron autores rusos, de la guerra civil, Babel, Ostrovski, y el mismo Gorki. Luego, más rusos, franceses, norteamericanos. Para darme cuenta luego de que en muchos de los casos ni siquiera los estaba leyendo a ellos, sino a sus traductores. Creo que comencé a leer en lengua española cuando en la escuela me obligaron a leer a Rómulo Gallegos, a quien ahora leo con mucho respeto y mis primeros fragmentos de *El Quijote*. Más adelante, con estas ideas en mente, surge el Boom y me asombro, por ejemplo con *Los Cachorros* de Mario Vargas Llosa, *Un lugar sin límites* o *El Coronel no tiene quién le escriba*, y de allí bueno, todo ese abanico de escritores que se abre tanto que me lleva al preboom y aun más, a interesarme por la tradición escrita en mi lengua. Imagínese, todo esto va a conducirme al Siglo de Oro, porque si quería entender los retruécanos de, por ejemplo, Guillermo Cabrera Infante, de alguna manera terminaría bebiendo de Luis de Góngora y Argote. Así como también llegué a Goitisoló, Sánchez Ferlosio, Delibes, Marsé. Por eso la afirmación, que en ningún momento es limitante. Hoy en día leo todo lo que caiga en mis manos, aunque reconozco que hay que establecer sistemas. No se puede leer con dogma y esto se va a corresponder con la pregunta anterior. Pero no se deben desconocer cuáles han sido los detonantes en tu vida de escritor o de lector. Por ejemplo, a Marsé llegué a causa del excelente prólogo que le hizo Vargas Llosa a *Últimas Tardes con Teresa* y a veces tengo *Tirant lo blanc* en mis manos y vuelvo sobre el prólogo de Vargas Llosa a ese portento que se salvó de la hoguera del cura de Alonso Quijano.

N.: *Se podrían identificar ciertas constantes que, en mayor o menor medida, se incrustan en buena parte de tus novelas, como el sexo, el desarraigo, la violencia o el desencanto. ¿De qué habla Israel Centeno cuando escribe?*

IC.: De sus temas. Usa sus historias, que podrían ser todas estas que ha mencionado. Israel Centeno trata de mirar al mundo y los temas que lo mueven. Ahora muy distópico, y eso.

N.: *He creído observar también una persistente búsqueda formal en tu trabajo, un intento de llevar el lenguaje un poco más allá de las formas expresivas convencionales. ¿Es consciente esa búsqueda o una simple percepción del lector?*

IC.: Hay respuestas sobre esta pregunta en la primera. A mi entender, el lenguaje es importante. Ojo, no el lenguaje sin tema, sin historia. Tengo claro que la unidad de sentido es fundamental en el cuento y en la novela. Pero un escritor no puede perder las perspectivas. ¿Para qué se le da verosimilitud a una historia, por qué se dejan unos cabos sueltos, por qué se unen otros? ¿Por qué se balbucea a veces, por qué se decide narrar por omisión, se esconde el dato, se fractura la estructura sintáctica? Allí es donde comienza el propósito estético, allí es donde cobra sentido artístico el trabajo. En la forma. Mientras más nos arrimemos, sin hacer poesía, a ella, sin tener miedo a ese prejuicio contemporáneo, más estaremos expresando esa parte inefable del negocio.

N.: *¿Cómo te planteas la escritura de una novela? ¿Tienes claro desde el principio cómo se va a desarrollar la historia? ¿Cómo nacen los personajes?*

IC.: Tengo mis temas. Y he tenido épocas en que me han interesado unos más que otros. Estos temas necesariamente son genésicos. En estos temas están los personajes y están las historias. Pero hay que estar sobre eso, sobre el tema, y para mí es importante, antes de recurrir a lo que ahora llaman la caja de herramientas, ver, es una epifanía, dirán, pero necesito que aparezca la imagen de las historias de forma contundente, que empiecen a cruzarse los personajes como fantasmagoras, sesgos o seres muy concretos. Una vez que sucede esto, puedo hacer un mapa, enfocar mis investigaciones y decidir quién va a narrar la historia, quién no la va a narrar, si usaré diálogos, si haré una historia coral, etc, y no a la inversa. No podría plantearme nunca este reto, hacer una historia coral y luego salir a la caza de la imagen.

N.: *¿Cómo describirías la situación de la literatura contemporánea en tu país, Venezuela?*

IC.: Tan saludable como la de otros países latinoamericanos. Tengo bien claro que un asunto es la salud editorial y de mercado y otra diferente la calidad de las obras que se están escribiendo. En estos momentos la literatura venezolana es diversa, aunque a veces se perciba algo de frivolidad en ella, (pero ¿hasta qué punto la frivolidad no es válida? ¿Hasta qué punto sólo hay que dejar que las cosas sucedan? Si como liberal me opongo a la excesiva regularización de la economía, ¿por qué voy a promover que se regularice algún tipo de búsqueda en lo estético? Si hay algo que no se debe regularizar es eso) y alguna que otra crónica literaria, hay un amplio abanico de escritores que son muy honestos con su trabajo, que se han dejado leer, que se están dejando leer y que se dejarán leer en el futuro.

N.: *Eres también director de la editorial Memorias de Altagracia, dedicada a la difusión de la narrativa hispanoamericana contemporánea. ¿Son muy distintas las visiones que se obtienen desde la posiciones de escritor y editor respecto de las circunstancias que rodean al hecho literario?*

IC.: Imagino que sí. El problema es que Memorias de Altagracia en estos momentos sobrevive a una situación particular. La editorial tuvo un sentido y trata de mantenerlo, pero no encontramos la manera de sustentarlo económicamente. El sentido inicial era darle espacio a nuevas voces que llegaban y a las que les era difícil en un primer intento acceder a editoriales más grandes. Partíamos de una línea editorial, pero siempre es algo que te contrapone y a veces hasta es mal visto, porque es innegable que en un círculo literario pequeño edites a autores que te son cercanos, vendrán las críticas de que estás creando y promoviendo un gusto o una tendencia, o haciendo un club de amigos. Respondiendo a la pregunta, siento que la visión autoral puede incidir sobre la línea editorial. Estoy más tranquilo porque he delegado ese asunto. Más que editor me considero un asesor. Pasado el tiempo, no quisiera que pesasen mis prejuicios, que todos los tenemos, en la selección editorial de los pocos textos que podemos afrontar. Puedo ser más un asesor, un lector, que un editor, sencillamente porque quiero escribir. Pero si algo dice el catálogo de Memorias de Altagracia, que puede verse en internet, es que se manejó con bastante amplitud, siempre con un presupuesto muy pequeño, convivieron voces y autores diversos, contrastados, se leyeron estéticas distintas aunque la editorial en sus inicios pretendió darle espacio a "la narrativa urbana", un asunto que hoy en día me niego a suscribir. La dinámica que se terminó imponiendo fue distinta, ahí hay narrativa, y podríamos leerla ahora sin etiquetas, no urbana, no rural, no intimista, narrativa. Y aún más, con todas las restricciones del mundo, siempre reinventándonos, hemos creado una colección de poesía, cuando se pensaba que era imposible que este proyecto continuara.

»De un tiempo para acá, el peso de la producción, dirección y selección de textos, recae casi absolutamente en Graciela Bonnet, a quien eventualmente le sirvo de asesor. Y así todos tranquilos.

N.: *Como lector, ¿cuáles serían tus preferencias en el terreno de la narrativa en castellano y tus autores favoritos?*

IC.: Soy ecléctico y no tengo dogmas. A mi criterio es suficiente con que sea buena literatura. Luchó permanentemente contra las etiquetas, a veces es difícil, creo que el universo autoral es tan

vasto y rico que sería injusto hacer una lista acá.

N.: *Por último, ¿en qué proyectos literarios está ahora trabajando Israel Centeno?*

IC.: Desde hace algún tiempo vengo trabajando al borde. Busco hacer una extraña fusión de realismo, literatura fantástica y particularmente de algunos elementos góticos en un escenario distópico y futurista, es terriblemente feo decirlo así. Israel Centeno hoy en día está Orwelliano, en la onda de Orwell. Eso no quiere decir que mañana no vuelva sobre mis pasos. Me gusta la literatura borderline, la que establece correspondencias entre géneros, etc. ¿En qué ando? Acumulando manuscritos, porque trabajo cada día, como me enseñaron, en su momento, mis mayores.

* * *

Relato

EL CÍRCULO DEL PÉNDULO LUMINOSO

por Israel Centeno

I

Germand sintió un reloj de arena volcarse dentro de su pecho, soplabla el Mistral, su caja torácica se crispaba. Él y el viento cónsonos, persistentes, ásperos. Los Cristales hacían añicos la luminosidad mediterránea, fragmentos de luz sucia, ojos glaucos cubiertos por el ala de un murciélago.

Germand Verne era un hombre de negocios. Le gustaba precisar que era un empresario en el ramo del turismo. Tenía un hotel, varias pensiones, un pequeño casino y una casa de veraneo que ha servido como locación de exitosas películas pornográficas. Reconoce en su genealogía a una estirpe de piratas y aventureros corsos que incidieron anónimos y modestos en la historia del Mediterráneo.

Su padre, el viejo August Verne, fue un sobreviviente. En los tiempos de la ocupación alemana a Francia, Marsella era un hervidero de espías, de gente que buscaba la manera de escapar, un mar saturado de peces llenos de carne. La pesca era segura y provechosa, se trabajaba con modestos e improvisados anzuelos, redes descosidas y hasta con las manos. Por ese entonces la fortuna de la familia Verne se consolidó. August se encargaba de que no faltara canard o poisson fumé en la mesa de quien lo pudiera pagar. Era un ecléctico. Para un hombre práctico en momentos de desesperación y de guerra, el futuro de su familia, si atinaba en las decisiones, podía verse entre puntos, como una pintura de Rembrandt. Fue natural que forjara pasaportes y salvoconductos e invirtiera en el negocio de las armas. No era un filántropo ni un patriota de la resistencia. Si hubiese necesidad de calificarlo, el nombre de August el sobreviviente le calzaría como la zapatilla a La Cenicienta.

Manejaba la economía del sobreviviente, una ecuación simple, «para salvarme, algunos deben huir y otros deben morir». Es la mecánica intrínseca y sencilla de la vida.

No estuvo frente a un dilema en casos como el de Monsieur Cécil. Una mañana estival le dijo que la libertad lo esperaba en un muelle clandestino, la Gestapo se encargaría de someterlo al insensible molinete de la realidad. Nunca llegaría al norte de África, tampoco recomenzaría la vida en América. Era un asunto de economía, los fondos de Cécil estaban exangües, el mundo sólo le podía brindar oxígeno en un campo de concentración. Ponderar éstas y muchas otras circunstancias convertía al viejo August en un ángel del creador.

Germand sentía la ruda caricia del Mistral y el otoño llegaba a su vida, había incrementado la fortuna familiar en los tiempos de posguerra. Miraba la prosperidad con una fría expresión de sus ojos glaucos, esa mirada lo hizo confrontar a la verdad, desdibujada pero cierta, como debía ser.

–C'est fini, el futuro está en Suramérica –dijo–. Más allá de la nata que cubría sus ojos, unos figurines de papel graznaban en torno a las embarcaciones de pesca. Eran las gaviotas.

Eligió una ciudad al azar, recordó a su estirpe, viajeros, piratas, comerciantes, buscadores de oro.

El Ávila surgía de la luz. Así vio al cerro, pincelado. Desde la nada se enseñoreaba como una totalidad

de verdes pinares, espigas púrpuras y mates insistentes en el tronco y en las hojas de los eucaliptos. Llegó a Caracas con las emociones encontradas del descubridor y se internó en su caos con una cuenta abierta en euros. Actuaba por instinto, pensaba en la nueva Marsella resguardada por una fortaleza natural, el cerro. Compró un apartamento en una zona de clase media. Salía cada mañana a subir por los caminos del Ávila, saludaba a los excursionistas con entusiasta amabilidad.

—¿Todo bien?

Respiraba con fuerza y ascendía por La Julia a un lugar llamado El Tanque, allí se quedaba escuchando el rumor de una quebrada de agua y oía a la ciudad, tenue y soberbia. Viva, subversiva y cambiante.

No perdió tiempo y se abocó a rediseñar su inmueble. No tendría más de cien metros, uniformes y descoloridos. Disfrutaba del balcón, quería poner romanillas coloniales, persianas de madera desde donde pudiera contemplar detrás de sus telarañas a una de las avenidas de la urbanización. Era una calle como una calle cualquiera de Marsella, árboles frondosos —apamates— un camión de verdulero, señoras coquetas y cargadas en carnes regateaban al vendedor, ejecutaban una danza amorosa y lograban sacar buenos precios en los calabacines y en las berenjenas. Los vagos, eventuales asistentes del marchante, ofrecían sus servicios, podían llevar bolsas repletas de tubérculos, frutas o ramas, reparar tuberías o reventarle el culo a la mujer del turco de la esquina.

No perdió tiempo y puso manos a la obra, debía reformar todo aquello antes de la llegada de la primavera a Francia. Hablaba un español aprendido en Ibiza.

—Buen día vecina, ¿todo bien? Oh, la lá. Hoy llueve y mañana no, Venezuela es una lotería, un desastre, vecina, un absoluto desastre. ¿Ça va? ¿Ça va bien?

Trabajó en los planos de remodelación y decidió tumbar paredes, acabar con habitaciones y baños y hacer de su hogar caraqueño un gran salón, un buen sitio para cocinar. Puso persianas de madera en la terraza y se convirtió en el voyeur de la avenida de los apamates: Allá va la turca, allá va, con el turquito atrás.

—Mon dieu —reía—. Siento un vigoroso renacimiento espiritual —se llevaba las manos a los testículos y hacía un gesto en homenaje a la fertilidad.

Pulió el mármol del piso, hizo una barra en la cocina, creó una bodega para sus vinos. En las noches contemplaba a los vagos juntarse en la esquina, destapaban latas de cerveza, miraban al cielo más allá de las copas de los árboles y olían cocaína como si estuvieran poniendo alcanfor en sus narices. Germand tarareaba canciones de Gilbert Bécaud, su cara roja y cuadrada era la de un hombre tocado por una súbita espiritualidad. Cada mañana una mueca acompañaba sus saludos. Era una expresión de la nueva era, una afirmación de Derek Chopra. Saludaba a las plantas en sus porrones, a la ancienne madame que despintaba sus recuerdos en la sala de las áreas comunes del edificio, al simpático y salvaje vendedor de periódicos.

Se compró un Renault e hizo contactos con grupos esotéricos. Creía en el péndulo. Los maestros desencarnados se comunicaban en coordenadas y transmitían sus grandes enseñanzas al mundo de las ilusiones. ¿Era un místico Germand Verne? Todos los piratas creen en los infiernos, en las almas atormentadas, sienten un horror reverencial por el más allá y buscan aún entre las llamaradas, mapas de tesoros ocultos, la salvación o una tarde de Rembrandt en el Sena.

Lumiére le había recomendado El Círculo del Péndulo Luminoso.

—Allí encontrarás tu destino, mon ami —le dijo una tarde de Mistral en Marsella. Al darle la espalda dejó escapar una sonrisa hipeante.

No se equivocó Lumiére. Allí lo esperaba un coronel del ejército y Jacinta. Ambos muy interesados en Marsella.

—Siempre ha sido un refugio de aventureros —comentó el coronel.

«Llegó a Caracas con las emociones encontradas del descubridor y se internó en su caos con una cuenta abierta en euros. Actuaba por instinto, pensaba en la nueva Marsella resguardada por una fortaleza natural, el cerro.»

–Es un mito, cher ami.

–Es una ciudad que sabe hacer negocios.

–Oh la lá, mon ami, ha sido su razón de ser.

Jacinta acompañaba al oficial del ejército. Era esmirriada. Era elegante. Ella le sostuvo la mirada; luego de sonreírle le preguntó:

–¿Usted cree en la reencarnación?

–Sin duda, amiguita.

–¿Cree usted que nuestro presidente es la reencarnación de alguien en especial?

No podría asegurarlo un cien por ciento, pero me arriesgaría a creer que vuestro Libertador ha vuelto.

–Se escuchó un murmullo general en el salón de sesiones–. O, nuestro Napoleón ha reencarnado por estos lados. –Esta acotación la hizo en voz baja, pocos la escucharon.

–¿Sabe? –prorrumpió el oficial, pasando un brazo por el hombro de su amigo marsellés–, usted me gusta, es claro y tiene el don mediúmnico.

Germand mostró sus dientes amarillos y estiró el mentón.

–En tiempos de revolución social usted no puede eximirse de una relación étnica.

Verne volvió a mostrar su dentadura de dueño de plantaciones de tabaco.

–¿Todo bien?

Alzaron las copas y brindaron por Víctor Hugo, un gran espiritista. Un gran luchador social.

Jacinta era perfecta. No tenía nada en común con las mujeres indias de Los Andes, nunca bajaba la cabeza ni eludía una mirada, orgullosa y segura de sí misma, conocía los misterios del conde de Saint Germain, la llama violeta, los secretos telúricos de María Lionza y las energías intrínsecas de los procesos revolucionarios.

No se convirtió en el amor de Germand. Él no creía en el amor. Era su complemento, su afín. Los afines se buscan, se encuentran y se defienden. La afinidad se remontaba a la estirpe de Jacinta, era de la etnia wayúu, aventureros y contrabandistas. ¿Algo en común? Lo suficiente.

Había que tomar decisiones. Las decisiones debían ser oportunas y rápidas. Se aproximaba la primavera en Europa. Le restaba casarse. Entonces retornaría a Marsella, con una visión distinta sobre el destino de sus negocios.

La ceremonia fue sobria. Pocos amigos, los del Círculo del Péndulo Luminoso, tres coroneles de las fuerzas armadas, las amantes de los coroneles y un hombre misterioso de barba cana. El matrimonio se consumó una tarde calurosa, de poca brisa, húmeda como todas las tardes calurosas de Caracas. Comenzaba la temporada de tormentas tropicales. Fuera los apamates resistían el peso del agua, las gotas caían una tras otra como el asalto de una brigada de paracaidistas. El jefe civil fue al salón, Germand recordó a August y dijo: «Mira lo lejos que hemos llegado, viejo, estamos en Caracas». Descorcharon champaña y botellas de vino. Los oficiales se habían hecho traer varias cajas de escocés. Los militares, a través de sus campañas, aprenden verdades incuestionables.

–El vino amariquea –largaban carcajadas mientras movían con el dedo índice el hielo de sus gúisquis.

II

Bastian Savagne era la mano derecha de Germand Verne. Un hombre endurecido por la vida en los bajos fondos. No cabía duda, era el hombre para Caracas. Más que un amigo, una herencia. El viejo Antoine Savagne fue el durmiente donde descansaba la supervivencia de August. En determinado tipo de negocios no basta una vida para ser un hombre de confianza.

–Hay nobleza en esto, somos una estirpe de piratas y traficantes.

Germand era un hombre de pocas convicciones, pero ésta era una de ellas. El marfil, la seda, las especias, la heroína, el oro y las mujeres que compraban los burdeles de Europa, entraban por Marsella. Un día llegó la peste y la peste no acabó con la tradición milenaria. ¿Y cómo no iba a llegar la peste? Era un exudante, a ella no sobrevivieron los aferrados al frívolo deseo de sobrevivir a la muerte. No fueron los hombres y sus vidas miserables los que sobrevivieron a la peste, fue Marsella, la inmortal. De esta madera estaba hecho Savagne, quizá por ello se negaba a extraviarse en un lugar remoto del trópico, moriría, su nexo con la vida eran las gaviotas rasando al mar picado por el Mistral, o el falcón sobrevolando al Tramontano, los empedrados y los bares cerca del muelle.

–No, no, no –repetía. Movía la cabeza de un lado a otro–. Tout va bien ici, no veo motivos para moverme.

–No te irás de Marsella, Bastian, descubrirás que Marsella está en todo lugar, estarás al frente de nuestros negocios en Caracas. Odio decir cuánto te necesito, cocu.

–¿Qué es Caracas?

–La nueva Jerusalén. No te pongas difícil. Hice una conexión, ampliaremos nuestros negocios. Finalmente, Marsella se mueve hacia donde se mueve un marsellés.

Bastian le pintó una paloma con un gesto, le pidió que no le dijera mierdas, no se iría a un lugar insano para ser devorado por la fiebre amarilla y los mosquitos.

–Je t'en prie ¡esa gente bebe whisky con banano!

–Bastian, ¿recuerdas a Papillón?

–¿A Henriette? ¿Aquella vieja mentirosa y maricona?

Germand le contó a su amigo que todo estaba listo, había hablado con los magrebíes.

–Sobre ruedas, camarade, así marchan las cosas, no vengas a echar arena en el camino. Sólo confío en ti. Se trata sólo de pasar los inviernos en Caracas.

–¿Y el Mistral? –dijo–, no, no, no, oublie ça.

III

Jacinta se miraba en la media luna del espejo. Se había contemplado en los espejos de agua de muchos ríos, el cielo estaba abajo lleno de ondas y luces. El piso de Germand Verne era amplio y amable, el de Caracas era sólo un remedo. Llevaba la vida holgazana de una novela decimonónica, sólo le faltaba un amante. Visitaba a los miembros del Círculo del Péndulo Luminoso en Marsella, recibía visitas, tomaban el vermouth y trabajaba la llama violeta. Se convirtió en promotora de los libros de Conny Méndez y como no tenía mala voz, en las veladas nocturnas se hacía acompañar de un pianista y dejaba fluir en tono agudo:

*«... arrullamos a los niños
con el Himno Nacional.»*

Sus invitados prorrumpían en risas, algunas irónicas, otras complacidas. Un sentimiento de la gran patria latinoamericana. Asentían.

–¡C'est la voix! ¡Bravo, bravo Jacinta, ma petite wayúu!

Al final, luego de varios pernodes, el orgullo nacional se hacía francés, todos, incluida Jacinta, cerraban la fiesta con La Marsellesa.

La anfitriona se levantaba tarde, abría las hojas de los ventanales y tomaba un baño de espuma «Allons enfants de la patrie...»

(¡Bah. Benito! ¡Benito, trae champaña! debo enjuagar el aliento de Pepe le pu, es todo un sacrificio un beso francés con este francés.)

Sumergida en la tina, miraba tras los ventanales a las gaviotas, les eran familiares, pero sólo eso, eran

familia de las gaviotas que en realidad conocía, los recortes en la luminosidad del Caribe, blanco sobre blanco, una gaviota. Por más que sus nuevos amigos se empeñasen en convencerla, Marsella no era luminosa, ni en verano. Con ese cuento a otros, había sol, luz, eso es distinto, pero era una luz degradada, no faltaba más, hacia el gris. Si Reverón hubiese tenido su Castillete en esta ciudad, no habría hecho brotar de la luz que ciega una forma, pensó, y mientras bajaba la segunda copa de champaña, insistía en que las gaviotas en Marsella son figuras sobre un plomo engañador, plomo blanquecino, pero plomo al fin. Los almendros se mecen en verano, un viento cálido enloquece a los ciudadanos, el malecón es gris más acá del blanco posible en el Mediterráneo. Detalles, así pensaba. Marsella se parece a la muerte, luz mortecina de tísico, tornados de basura y sal con sabor a bronce. El viento soplabla sobre piedras ennegrecidas por la sangre de otros siglos.

Germand irrumpió en su baño; ella cubierta por las espumas y medio borracha le preguntó:

–¿Ça va bien?

–¡Ah merde! –Le largó una sonora cachetada.

–¡Pepe le pu! –Se echó agua en la cara para que no le corrieran las lágrimas.

Al día siguiente Jacinta se marchaba a París. Calzaba zapatos sin tacón, la cubría un vestido oscuro, era verano, y un par de gafas negras la dejaban sin mirada. Inescrutable y misteriosa. No lloró, ni hizo una escena. No pidió explicación. Ella también tenía sus negocios, un mandato.

IV

Bastian Savagne se definía como riguroso y disciplinado, virtud que retribuye rutinas. Temprano en las mañanas, se reunía con las bancas de apuestas, luego despachaba mercancía hacia Mónaco; cuando el sol lanzaba su mirada oblicua sobre la ciudad, iba a un set de filmación, cerca del puerto, como un traficante de esclavos de la antigua Louisiana, tocaba, palmeaba, miraba detrás de las orejas, dentro de las bocas, entre las piernas a las mujeres que llegaban de Europa Oriental. Era el secreto del éxito, ser fieles a las expectativas étnicas del mercado. Luego revisaba contratos, años de servicio, incondicionalidad, las hacía firmar y les retenía el pasaporte. Con un beso en ambas mejillas les daba la bienvenida a la nueva vida.

Iba al hotel y abría una ronda de negocios con inversionistas americanos, traficantes persas y magrebíes. En la tarde oscura, se hacía acompañar por un comisario de la policía y tomaban un vermouth.

Nunca dejaba por fuera a Germand, siempre coincidían, una, dos veces.

Bastian Savagne y Germand Verne movilizaban el efectivo del día a día, ambos tenían acceso a la caja chica porque los pagos debían hacerse a tiempo, eran quisquillosos, cuidaban de su reputación y de sus vidas.

Llega el día en que toda persona desaparece, algunos son heridos por un infarto o un derrame cerebral, otros van por la vía lenta y se apagan a plazos, otros son arrollados, abaleados o apuñalados en la calle de la amargura. Nada de esto le sucedió a Bastian Savagne el viernes en que le dijo adiós a Marsella. Como todos los viernes a la hora crepuscular, se dirigía al café del muelle, tenía una reunión con Gilgamesh. Bastian salía del hotel sin guardaespaldas ¿quién siendo Savagne necesitaba guardaespaldas? Hay un momento para todo, el mejor amigo de Germand, el hijo del socio de August, fue abordado por dos corsos y lanzado a la parte trasera de una Renoleta. Lo golpearon, lo despojaron del dinero y lo tiraron sobre una alcantarilla en los suburbios. Apenas se dio tiempo para metabolizar la paliza, tenía dos costillas rotas, se arrastró hasta una cabina telefónica e hizo un par de llamadas. No hay que hacer un esfuerzo para interpretar sus increpaciones. «Hay que encontrarlos y matarlos» diría; quizá. Germand repondría el dinero a los persas, respiró, sacó de su bolsillo un cigarro, lo encendió, por sus mejillas corrían lágrimas, una mala jornada, Germand no respondía, lo llamó a la casa del amigo y al celular, la maldita voz de la cosa, el sonido atonal de una contestadora. Gilgamesh esperaba en el café. Apagó el cigarro y lo devolvió al bolsillo. Llamó a Jean Villon, el asistente del socio, un bueno para nada, éste le dijo que Germand estaba en París. El corso maldijo su suerte, no era un hombre de frases, se negaba a pronunciar una frase: qué día ¿no?

Se comunicó con las bancas para conseguir efectivo, todas tenían el dinero colocado, tardarían hasta el día siguiente. Es un problema de liquidez, los persas entenderán. Jean Villon lo recogió en su auto y fueron al café.

–Unos hijos de puta me han asaltado, se llevaron su dinero –le escupió a Gilgamesh.

–Siento que te hayan quitado tu dinero –el persa encendió un cigarro–, el nuestro como siempre ¿no?

–¿No entiendes?

–Sí, te han robado –alzó la mirada Gilgamesh, estaba sentado frente a un vaso de agua gaseada.

–Dame un día, mon ami, mis hombres están buscando a los desgraciados, no saldrán de Marsella, al menos no lo harán vivos –lanzó una tímida y solitaria carcajada.

–Pobre Bastian y sus problemas. ¡Claro que comprendemos! –dijo Gilgamesh–. Te esperamos hasta las doce, no puedo más, tú entiendes ¿no? Yo tengo mis problemas, tú tienes tus problemas, yo te ayudo un poquito. –Le dio una chupada a su cigarro–. Anda, ve, ve, tómallo con calma, yo espero. Hace una linda noche.

Oscurecía y tras las nubes, sobre las dársenas, se deslizaba una media luna.

El rostro de Savagne enrojeció ¿Plazos a él?

–Tengo hasta que a mí me de la gana, Gilgamesh.

«La noche de la selva
tiene mucho de
muerte, la bulla
silencia y trasciende
sobre el escándalo
salvaje la soledad
total y absoluta.»

–Es un punto de vista.

–Mi punto de vista vale en esta ciudad –se llevó la mano debajo del saco. Los hombres de Gilgamesh se pusieron de pie. Villon sacó una Beretta y vació la cacerina.

–¿Qué has hecho, cocu? –Le mostró un cigarro apagado y a medio fumar–. ¿Ves? –Le arrugó el habano en la nariz. Ambos corrieron, se montaron al auto–. Detente.

–No puedo, debemos salir de acá. –Contestó Jean.

Bastian haló el freno de mano, el auto dio un giro sobre el pavimento mojado por una lluvia fina y se detuvo, metió la mano debajo de su saco, tomó su revólver, le disparó en la cara a Villon y de una patada lanzó el cuerpo fuera. Soltó el freno de mano y apretó el acelerador.

–Sí puedes.

La vida de un hombre de negocios da vuelcos inesperados.

Germand y Jacinta estaban en un Hotel en Montmartre. La misma calle, el mismo hotel. Una canción. París se mostraba exultante, la cruzaban turistas de todas partes del mundo. Un día azul de primavera, intenso y cargado de polen. Los campos Eliseos y los jardines de Luxemburgo, el Sena, todo, una tarde alegre de Maupassant, un momento detenido de Rembrandt, el pedaleo fatigoso de Emile Zola, la gente parecía andar sobre monociclos y lanzar globos de colores al cielo abierto. Jacinta le había dado cuerpo a su pelo, recibía sin anteojos la luz solar, exponía su cara redonda, su mirada oblicua, una sonrisa congelada. No estaba feliz, sólo estaba allí.

La pareja descorchaba una segunda botella de champaña en el momento en que apareció Savagne. Lo recibieron con los brazos abiertos y besos en ambas mejillas. Él no encajaba en aquel París bucólico, sudaba, se atropellaba al hablar. Germand movía la cabeza, sabio como el péndulo del círculo luminoso, a veces parecía reprochar, a veces buscar ideas; otras, lamentarse por la mala y buena suerte de su amigo. Todo tiene su razón de ser.

–Ni modo, Bastian. Jacinta hablará con su embajada. Te irás mientras se aclaren las cosas.

Veinticuatro horas más tarde, Bastian Savagne arribaba al aeropuerto Internacional Simón Bolívar, lo escoltaba un funcionario de la embajada y en la sala protocolar lo esperaba Gilda, su esposa.

V

Gilda, su esposa, la esposa de Bastian Savagne, era una mujer joven, su pelo negro, sus ojos negros, la piel blanca. Sus dientes perfectos, sonrisa ingenua, entregada y limpia. Una sonrisa virgen, solía decir su último amante. ¿Convertirse por obra y gracia de un juego diplomático en la esposa de un matón de Marsella desvirgaría su candidez? Nunca, podría afirmar su ex amante, poeta de café, hombre despreocupado, comprometido con los versos de servilletas y las sentencias lúcidas de los primeros güisquis. Un día, con el despecho por delante, esculpió el estigma. Cara virginal y alma de puta, ésa es Gilda.

Savagne no tuvo tiempo para cumplir sus deberes conyugales. La misma tarde de su llegada mantuvo una reunión con el Círculo Luminoso del Péndulo. Luego de mover un péndulo de diamante sobre el tablero e inspirarse en dimensiones «desconocidas» entregó al Coronel el inventario de armas cortas, de armas largas y de bazucas antiblindados de corto y largo alcance. A la mañana siguiente cruzaron el verde territorio sobre una avioneta bimotor. En medio de la selva lo esperaba otro miembro del Círculo Luminoso del Péndulo. Allí estaba el hombre de la barba cana; repetía las exclamaciones de Germand:

–¿Todo bien? ¿Todo bien?

Parco, ése era su estilo, Bastian hablaba muy poco el idioma, abrió un catálogo de armas. El hombre de la barba cana, el supremo sacerdote del Péndulo, le hizo saber que de inmediato haría depositar el dinero acordado en las islas francesas y se puso a trabajar frente una mesa improvisada, allí hizo movimientos rápidos sobre el teclado de una laptop como un pianista o un mal amante.

La noche de la selva tiene mucho de muerte, la bulla silencio y trasciende sobre el escándalo salvaje la soledad total y absoluta. Bastian fumaba un cigarro, bebió aguardiente blanco, deseaba aturdirse, sentía pánico, creyó estar cubierto en una boscosa sepultura. En su descenso a los infiernos lo acompañaban monos araguatos, notó que sus rugidos no se diferenciaban de los rugidos de un gran felino. Echaba mano a los recuerdos, los cafés de Marsella a las orillas del muelle, la dársena inmemorial, los restaurantes, las mujeres rollizas del puerto, una luz matizada, justa y necesaria en su precisa frialdad. Fue ganado por un llanto mudo.

Regresó a Caracas, apenas dispuso del tiempo para notar que su mujer, Gilda, tenía grandes y generosas tetas, firmes como las de su primera novia. De inmediato fue trasladado a una oficina en una de esas aberrantes torres de concreto y cristal. Le salió al paso un hombre impecable, llevaba un traje de civil. Le ofreció asiento, le entregó la correspondencia electrónica, algunas cartas de Germand dirigidas a él. Debía ir a las islas francoparlantes y hacer las transferencias a sus bancos en Berlín. Lo llevaron a La Carlota en donde lo aguardaba una avioneta. Despegue apacible, vuelo turbulento, confrontaron al denso Caribe, necesitaba dormir un poco, pero las turbulencias eran verdaderos sismos, cada vez que atravesaban una formación cumular lo embargaba la sensación de que serían despedazados. Hizo las transacciones en Guadalupe. Un tipo que usaba guayabera amarilla y fumaba un enorme habano lo invitó a almorzar, le entregó dos pasaportes. Volvió al andén del aeropuerto, Bastian debió corroborar que el inventario de las armas se correspondía con las que embarcaban en un hidroavión.

–Van a entrar por el río –le dijo el hombre de la guayabera– y tú te vas en el primer vuelo a Panamá.

Así anduvo, era su muerte, el descenso al hades, entre cuencas y selvas, apenas hacía toques fugaces en Caracas.

En la ciudad buscaba a Gilda y Gilda no estaba. Gilda era su mujer. Se convertía en un imperativo abrazarla, encontrar consuelo en su seno. Dicen que el viaje es sinónimo de libertad; sin embargo era reo de un destino, de un edicto sobrenatural, de los dictámenes del Círculo del Péndulo Luminoso.

Apenas se duchaba. Maldormía, se afeitaba, arrancaba pedazos de su piel, se echaba encima una camisa de seda con estampas de palmeras tropicales y retomaba el itinerario que le señalaba desde lejos el buen Germand.

Antigua, Barbados, Trinidad, san Juan de las Galdonas, Miami, San Fernando de Atabapo, Barranquilla.

Cumplió años y recibió una postal electrónica de Jacinta. Le recordaba que el Caribe fue refugio de sus ancestros corsos. «Querido amigo, los místicos, luego de interpretar la danza oracular del Péndulo

Luminoso, hablan de la nueva Jerusalén. Te aseguramos que te encuentras en la nueva Marsella. El viejo mundo es un museo en donde apenas sobrevive una mafia folclórica». Savagne pensó en Gilda. ¿Dónde estará Gilda? Pálida, de ojos negros, de grandes y hermosas tetas. Trató de recordar aquellos pezones dibujados detrás de la franela y sufrió un extraño mareo.

Bastian savagne decidió hacer una larga parada en Caracas. La ciudad estaba agitada. Inmersa en una huelga. El mareo lo acompañaba de día y de noche así como los grillos de la selva, todos los grillos amazónicos se le habían metido en los oídos y dormían su cara. Fue al departamento que había arreglado Germand, encendió la computadora, se conectó a Internet y bajó sus correos, el último lo ha debido llenar de esperanza: «Mon ami, hemos producido suficiente dinero como para cancelar el recuerdo».

Levantó sus brazos, se olió las axilas, olía mal. Fue al baño, se dio una larga ducha. Al salir continuaba oliendo a especias y a mandrágora, a cocido de coles, a hervido de granos, a huevos revueltos con romero y tintura de marihuana, olía sobre todo a comino. Dejaba abierta la puerta principal del departamento, buscaba aplacar el calor, atenuar la nostalgia. Pensaba en Gilda, temió por ella, había desaparecido. Tomó el teléfono y llamó al coronel, al amigo del Círculo del Péndulo Luminoso y lo inquirió con propiedad.

–¿Dónde merde está mi mujer?

Se había olvidado que sólo había visto a su mujer en un tiempo fragmentado, en una realidad molecular.

–La necesito –agregó.

–Podemos salir juntos, conozco burdeles de primera –respondió el místico oficial.

Sintió que su corazón se hinchaba, que su cabeza giraba hacia una súbita compulsividad, era la pasión bruta e intransigente.

–Usted no comprende, estoy perdido sin ella.

Pasaron los días y Gilda no apareció. Volvió a marcar el teléfono.

–Insisto, debo ver a mi mujer.

A los minutos recibió una llamada de su buen amigo Germand Verne. Intercambiaron duras palabras.

–Me quitaste Marsella. Ahora me quitas a Gilda.

–No seas bête.

–¿Dónde está Gilda? –comenzaba a girarle el mundo.

–¿Te has vuelto loco? Tienes que volver a Marsella, todo se ha olvidado. Gilda no es tu mujer.

–La necesito –gimió, era la primera vez que gemía en su vida.

–Deja de hablar mierda, es imposible que sientas necesidad por una desconocida.

–¿Ah, sí? Escucha –el mareo se hizo dentro y fuera y comenzó a gritar. Al principio era un quejido, le dolía algo, luego rabia, reclamo, dolor. Al final nostalgia.

–Es mi mujer –fue la última frase que pronunciara en su vida.

–¡Por favor, Bastian! –Al otro lado permutaban gritos y la irrupción de metales y trastos, un cacero-lazo.

Bastian Savagne lloraba de mareo y dolor, estaba atrapado bajo los cacharros de la cocina, fuera, los vecinos hacían sonar sus cacharros, había protesta en toda la ciudad, fuera, más allá de la terraza, sobre las copas de los apamates creyó ver a la Osa Menor.

–Ale, Ale, ah, ah.

Su madre le señalaba a la Osa Menor en un muelle de Marsella.

Su madre lo abrazó y se parecía tanto a Gilda.

© Israel Centeno

ENRIQUE REDEL, EDITOR DE IMPEDIMENTA

por Pilar Adón

Hay mucha luz en el centro de trabajo que acoge los esfuerzos y los libros de la editorial Impedimenta. Ubicada en Madrid, en un despacho no demasiado grande que parece menos grande aún al estar atestado de manuscritos, de catálogos, de archivos y de alguna planta verde, Impedimenta tiene menos de dos años de edad, pero ya luce en sus estanterías premios de la categoría del Llibreter y del Nacional a la Mejor Labor Editorial Cultural 2008, distinción que recibió junto con los otros seis proyectos que integran *Contexto*, una asociación de jóvenes editoriales independientes nacida con el propósito de crear una red que facilite las relaciones entre editores, lectores, libreros, etc.

El editor, Enrique Redel, cuenta que para trabajar necesita tres ordenadores potentes (Mac), muchos libros, mucho café, y un teléfono. «A nivel técnico, poco más», explica. «Una editorial puede ubicarse perfectamente en cualquier habitación de una casa». Lo que desmitifica bastante el concepto del editor rodeado de glamour que podríamos imaginar desbrozando textos en un edificio inteligente. ¿O será que no estamos pensando en el mismo tipo de editor?

Con uno de los libros más recientes de la editorial entre las manos, *Un médico rural y otros relatos pequeños*, de Franz Kafka, iniciamos la conversación:

PREGUNTA: En la actualidad, da la impresión de que el oficio de editor es más propio de expertos sorteadores de obstáculos que de reposados estudiosos de textos literarios, que serán futuros tesoros editados. ¿Te parece que ambas son imágenes antagónicas o pueden combinarse en una misma persona?

RESPUESTA: La dinámica de un editor independiente en la actualidad es muy diferente a la de editores de generaciones anteriores. Por suerte (o por desgracia) antes, cuando no podíamos contar con el auxilio de las mismas herramientas tecnológicas que ahora, era casi obligado que muchas labores especializadas, como la maquetación, el diseño, la corrección de textos, se externalizaran. Ese sería el ideal, de hecho, que permitiría que un editor se liberara de pesadas tareas técnicas para leer, buscar títulos interesantes, viajar y conocer nuevos autores y colaboradores. Lo paradójico es que, asumiendo muchas de esas tareas «de cocina» sigamos haciendo también la labor de prospección que nos habilita como editores literarios. Por fortuna, la tecnología, que nos ata, también nos permite conocer cosas a las que antes solamente podríamos acceder de un modo muy costoso. En cierto modo, el conocimiento se ha democratizado, por lo que para encontrar un tesoro simplemente tienes que saber discernir entre las toneladas de información que nos llegan cada día.

P: La imagen del hábil practicante de slalom no parece tan tradicional, o prototípica, como la del pausado hombre-anclado-a-su-silla, inalcanzable, que recibe (si es que recibe) a sus autores desde una mesa de madera oscura que perteneció a su abuelo. ¿Tú eres más asequible?

R: Evidentemente. De todos modos, creo que por mi manera de ser me diferencio bastante de esos editores elitistas atrincherados tras una mesa de caoba en un piso señorial del centro de la ciudad, con secretaria y una agenda con lacito dorado. Más bien creo que mi perfil es el del editor flexible con ordenador a cuestas, con un ojo puesto en los gustos de sus iguales, que habla con libreros, lectores, críticos y compañeros de profesión, intentando ver por dónde van los gustos de esos tipos excepcionales que compran libros y los leen. Eso no quiere decir que el producto final de mi trabajo o del de otros editores como yo no sea de la máxima calidad, o al menos se aspire a ello. Sin embargo, a veces pienso que estoy bastante más anclado a mi silla de lo que a mí me gustaría.

P: ¿Qué te aporta editar libros?

R: Desde que fundé Impedimenta, hace ya casi dos años, duermo por las noches a pierna suelta. Entiendo perfectamente a los creadores que se sienten plenos y felices con lo que hacen, por mucho que existan dudas y que éstas les atormenten, o que se trate de un trabajo que les absorbe personalmente, que se come toda su vida, que nunca es a tiempo parcial. Creo que la creación de un catálogo es muy parecida a la creación de una obra artística; también es como amueblar una casa inmensa, con muchas habitaciones, en las que además, sabes que va a vivir gente. O al menos a eso aspiras. A la hora de amueblar la casa puedes elegir la vía cómoda, o bien pensar que el tipo que va a vivir en ella no es tan simple y previsible

como todo el mundo nos hace creer que es. Quieres que las cosas que se encuentren le recuerden hermosos hechos pasados, historias de su infancia, o bien que le ayuden a soñar, o que le empujen a conocerse mejor a sí mismo. En suma, editar libros es una labor de tú a tú que necesita grandes dosis de paciencia y empatía. En esta profesión solo pides que el lector, el destinatario final de tus libros, siga confiando en tu trabajo, y por eso a él te debes. Quizás es que nosotros somos también lectores privilegiados, así que construimos la casa en la que a nosotros nos gustaría vivir.

P: ¿Qué lugar ocupa el editor en la cadena de producción de un libro? ¿Es un lugar cómodo?

R: Yo no me siento incómodo, sinceramente. Creo, no obstante, que lo que ocurre es que tengo suerte con mis colaboradores, con la gente que me ayuda a que esto marche y sobreviva. Sin autor no hay libro, y tampoco lo hay sin un buen impresor o un distribuidor que lleve tus libros a las librerías, sin las que tampoco es posible que esto funcione. El editor, sin embargo, es la pieza sobre la que pivota toda la estructura. Puede decirse que soporta todas las presiones del sistema entero, pero también tiene la ventaja de que reparte juego. Ante los retos de sacar adelante un proyecto coherente, el editor tiene dos opciones: trabajar en coordinación con sus colaboradores y compañeros, o bien en su contra. Si te lanzas por la pendiente del enfrentamiento *per se*, y conozco casos clamorosos de ello, estás abonado al fracaso. No conozco a ningún editor exitoso que queme puentes. Conozco muchos que los construyen, y muy bonitos. Así es más fácil y placentero editar.

»Por otro lado, todos sabemos que el negocio de la edición no es el más lucrativo del mundo. Si uno tiene dinero y quiere multiplicarlo rápidamente monta un bar, no una editorial. Crear, amamantar y hacer crecer una editorial tiene algo de tarea de lunático. La mortandad es altísima. Los actores de la industria están muy necesitados de reconocimiento, cuando no simplemente de apoyo para lograr sobrevivir. Así que tienes que intentar ponerte cómodo y disfrutar con tu trabajo. Es lo menos que tu empresa te debe.

P: ¿Tienes la impresión de que todo lo que rodea al mundo editorial está cambiando o, al menos, iniciando un importante proceso de cambio? ¿Qué opinas, por ejemplo, de la amenaza (o la promesa) del libro electrónico? ¿Te produce vértigo o, por el contrario, te estimula?

R: Creo que vivimos un cambio de paradigma tecnológico que indudablemente traerá consecuencias, cambiará las reglas del juego del libro, e incluso el concepto mismo de libro. Básicamente, nuestra labor como editores es la de gestionar información y derivarla por determinados canales (ahora el papel, luego otros formatos) a un destinatario final. Es una labor de comunicación, bien entendida, de transmisión de información. De poner en contacto a gente: autores (creadores, y aquí incluyo a los traductores) con lectores. No creo que el libro electrónico sea una amenaza, sino más bien una oportunidad de «liberar» al libro de cargas seculares que lo limitan (las tiradas, la escasa disponibilidad del libro, la falta de inmediatez, y la ineficiencia ecológica del papel) y un medio para llegar a más gente, lectores al fin y al cabo. En ese sentido, quiero negar dos lugares comunes: el libro en papel no desaparecerá, y, por otro lado, la lectura no se «democratizará» (seguirá habiendo canales prescriptivos).

P: ¿Cuál es la misión esencial del editor?

R: La respuesta es complicada, por lo que me atenderé al manual y luego haré alguna salvedad. Nuestra misión, básicamente, es la de seleccionar (con un criterio propio) aquellos contenidos que creamos que pueden ser interesantes para un destinatario final, el lector, que pueda tener gustos parecidos a los nuestros. Para llegar a ese lector, sin embargo, no basta con «lanzar» esos contenidos de manera neutra al mercado. Es necesario que el editor los «ponga en valor», por medio de una política editorial (un catálogo que arrope cada nueva apuesta) y de un determinado criterio estético. Todo junto es lo que hace que un editor haga bien su trabajo o no.

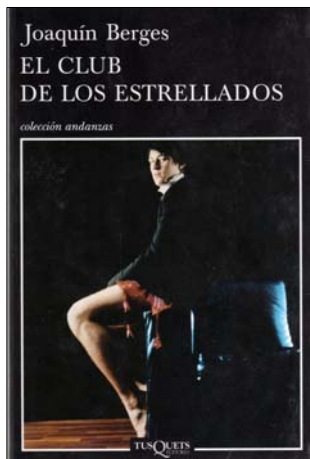
P: ¿Y los próximos proyectos de Impedimenta?

R: Tras las dos apuestas de la temporada (*Las vírgenes sabias*, una rara *roman à clef* de Leonard Woolf, marido de Virginia Woolf, que narra los amores tempranos de la pareja, y *Francia combatiente*, de Edith Wharton, una fascinante recopilación de sus crónicas de guerra por el frente francés de la IGM), en septiembre publicaremos una magnífica novela de la escritora norteamericana Eudora Welty, *La hija del optimista*, que ganó el Premio Pulitzer y que nunca hasta ahora había sido traducida al castellano.

Muchas gracias.

A ti.

© Pilar Adón



EL CLUB DE LOS ESTRELLADOS, de Joaquín Berges

Tusquets Editores
Colección: Andanzas
Fecha de publicación: 2009
280 páginas
ISBN 978-84-8383-170-0

* * *

DE LA METAMORFOSIS Y LOS COMETAS

Que alguien te confunda con otro es la ocasión perfecta para vivir una aventura. Imagínatelo. Por error un tipo te entrega un sobre y tu *trabajo* consiste en encontrar al destinatario. La oportunidad para dejar de ser un vulgar insecto y creerte un agente secreto en misión especial.

Muchos hemos querido alguna vez protagonizar ese sueño pelicularo.

Que una casualidad ponga a una mujer adorable en la órbita de un solitario es un golpe de suerte. Como encontrarte un billete de lotería premiado en mitad del desierto. Lo malo es que el décimo tenía un hilo atado en un extremo y el dueño tan sólo tiene que dar un tirón para recuperarlo y dejarte a ti con las manos vacías.

Pero *El club de los estrellados* no es una simple aventura urbana ni una triste historia de amor intimista. Son dos amigos, dos hombres, dos historias, dos líneas que parten del mismo punto muerto. Y que como en esos gráficos de las cotizaciones en bolsa, llevan el mismo camino pero en sentidos opuestos, mientras una sube la otra baja. Los dos se arriesgan, pero uno vence y el otro pierde. Uno actúa, el otro contempla y escucha. Mientras uno –*jamesbond narizotas, orejón y peludo*– vive su propia aventura repleta de sexualidad y valor que le hará ganar el amor, el otro pasa los días coleccionando por entregas un monólogo devastador y cruel que al final le dejará sin premio.

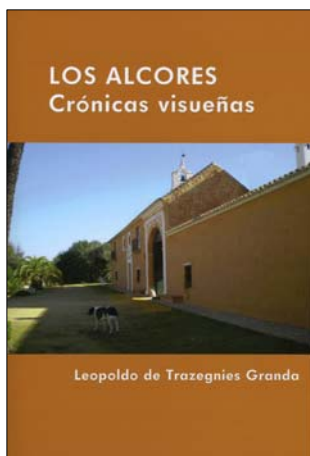
Los dos forman parte de un club de solteros, divorciados o viudos que se dedican los sábados por la noche a observar estrellas para huir de alguna de las múltiples versiones de la soledad. Lo que pasa es que uno –*fetichista de la ropa interior femenina, hermafrodita y voyeur*– que combate la depresión de su rutinaria soledad con ansiolíticos y que duerme recurriendo a la química, se lanza por un tobogán que le hará transformarse en un kamikaze enamorado; mientras que el otro –*tímido crónico*– apuesta al amor con la desventaja del gafe y el destino del *pagafantas*: ser el perfecto confidente, el amigo fiel. A uno la casualidad le lleva hasta la mujer adecuada, al otro la casualidad le trae junto a él a una mujer herida de cáncer y amor incurable. Uno es capaz de entrar en territorio enemigo y liberar rehenes, el otro tendrá que contemplar las típicas sonrisas, la emoción del reencuentro, los nervios frente al armario y el espejo dedicados a la cita con otro hombre.

Los dos asisten a un *striptease* emocional: uno al propio, otro a uno ajeno. Uno encuentra la mirada, el cuerpo y el sabor, las caricias y el silencio que llenan el vacío de su vida, el alumbramiento que le llevará a luchar en una guerra a la inversa, a luchar no para sobrevivir sino para dejar de estar muerto. El otro contemplará sin sexualidad ni deseo el cuerpo desnudo de una mujer y tendrá que soportar la dolorosa exhumación del pasado, escuchar resignado las palabras que le dejan fuera de juego. Los dos descubren algo: uno lo que no sabía y llevaba tiempo buscando y el otro la confirmación de lo que ya conocía.

La novela de Joaquín asombra y divierte, desgarrar y duele, habla de liberación y secretos, conquistas y despedidas, de aves migratorias y crisálidas; hace posible lo increíble y dolorosamente real lo imposible. Habla de la metamorfosis animal de un hombre, un extraño héroe con peluca, liguero y tacones; y de un solitario melómano, astrónomo privilegiado, que tuvo la suerte de contemplar, sin telescopio y a plena luz del día, a un hermoso cometa, una estrella fugaz e inalcanzable, que quizás, porqué no, algún día regrese.

© Luis Borrás

<http://aragonliterario.blogspot.com>



LOS ALCORES. CRÓNICAS VISUEÑAS, de Leopoldo de Trazegnies Granda

Asociación Cultural Grafein / Bubok

Fecha de publicación: 2009

142 páginas

ISBN 978-84-613-2325-8

* * *

A veces uno se encuentra casi sin querer con un libro de esos que desde sus primeras páginas parece absorberte por completo, que sin saber muy bien cómo, casi como si hubieras caído preso de un extraño sortilegio, consigue tocarte una fibra sensible, un punto íntimo que te saca de la vulgaridad de la vida cotidiana y te aloja por unas horas en las más recónditas estancias de lo humano. Eso precisamente es lo que me ha sucedido con *Los Alcores. Crónicas visueñas*, de Leopoldo de Trazegnies Granda, un libro preciso y hermoso que conjuga el placer de la lectura con la solidez y el rigor del pensamiento, una obra que no resulta fácil clasificar pues camina serpenteante entre el relato, la reflexión, la crónica y la memoria, ofreciéndonos un brillante repertorio de historias y discursos que revelan la extrema sensibilidad de su autor para percibir más allá de lo aparente, para bucear en las profundidades de la comarca de Los Alcores y traernos a los que no somos de allí el espíritu y la idiosincrasia de aquellas tierras.

Un total de veintinueve textos conforman este libro, textos por los que pasean figuras tan dispares y curiosas como el torero japonés Atsuhiko Shimoyama, los tigres del zoo de Carmona o el hispanista francés Jorge Bonsor, junto con otras de sobras conocidas, como Fernán Caballero, Antonio Machado o Ángel González. Resultaría del todo imposible dar cuenta de la totalidad de historias que conforman este libro, así que no me queda más remedio que destacar algunas de ellas, sin que de ello deba desprenderse el más mínimo menosprecio de las restantes, como esa «bella historia de amor» que habla del nacimiento de la niña María, venida a este mundo con la ayuda de la ciencia para salvar la vida de su hermana Clara, enferma de leucemia a la que solo un trasplante de médula puede mantener viva; o la que cierra el libro y que nos cuenta la especial relación que se estableció entre la escritora andaluza Fernán Caballero y el hispanista Washington Irving alrededor de una finca cuyo verdadera ubicación Trazegnies se encarga de situar; o la conversación sobre poesía china que el autor entabla con un profesor de español de la universidad de Pekín; o la crónica del duelo fratricida que mantuvieron en Sevilla en 1987 los entonces maestros ajedrecistas Karpov y Kasparov, duelo que, por cierto, acabó en tablas.

Merece la pena, igualmente, destacar algunos de los textos con que Trazegnies va enriqueciendo el libro, textos que aportan el sedimento intelectual oportuno a las diferentes historias y anécdotas que articulan la obra. Por ejemplo, en el capítulo que lleva por título «Elogio de la mentira», donde el autor elucubra acerca del origen de la literatura, de la narración oral, se dice lo siguiente:

«La gran revolución intelectual se produce cuando a un primer humano se le ocurrió mentir. Separó de ese modo el lenguaje de lo que era la realidad conocida creando un sistema extra real, es decir, comenzó a fabular y creó la metáfora de la vida».

Igualmente, encontramos la siguiente reflexión en el capítulo «La luz oscura», donde trata el caso pintoresco de un viejo amigo que ingresó hace años en un convento pero que ahora se considera a sí mismo ateo:

«La seducción de lo irracional es peligrosa, tanto para San Agustín como para todo el que quiera vivir de espaldas a la Razón. Autoriza a aceptar hipótesis que no necesitan demostrarse. Permite creer que la Naturaleza es sabia, que está evolucionando con una inteligencia interna que la hará llegar a la Perfección. Permite creer que lo principal en el hombre es su voluntad de poder; que los astros influyen en los niños al nacer, como la luna en las mareas; permite creer que las piedras están vivas, hasta en Dios permite creer».

No querría acabar esta breve reseña sin hacer referencia a otro texto que, ubicado en el capítulo «El sueño de James Dean», en el que se fusiona con especial brillantez la construcción de la nueva biblioteca de Alcalá de Guadaíra, la muerte de James Dean y la generación *beat* norteamericana, Trazegnies reflexiona acerca del sentido último de las bibliotecas y del acto mismo de leer:

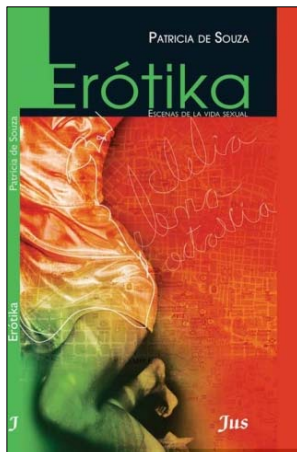
«Creo que los verdaderos fantasmas que habitan las bibliotecas son los recuerdos, las historias y las leyendas de los que intentan comprender sus angustias, sus decepciones o la

enigmática bifurcación de sus destinos... los que pretenden escapar de la soledad leyendo, aún a sabiendas de que leer es un esfuerzo inútil».

Queda, pues, por añadir que estamos ante un excelente libro de un autor que, aunque no ocupa un puesto destacado en la lista de escritores mediáticos o de moda, lleva ya muchos años en esto de la literatura produciendo excelentes libros que no merecerían quedar en el olvido. Al menos, este *Los Alcores. Crónicas visueñas* prueba su más que sobrado talento literario y su innegable y profunda humanidad.

© Carlos Manzano

<http://www.carlosmanzano.net>



ERÓTIKA, de Patricia de Souza *

Editorial Jus
Colección: Contemporáneos
Fecha de publicación: 2008
100 páginas
ISBN 987-607-412-002-8

* * *

Erótika, escenas de la vida sexual de Patricia de Souza (Cora-Cora, Ayacucho, Perú, 1964), un libro que aborda el universo femenino (y masculino) en el contexto hispanoamericano. Lo que en la primera parte plantea como escenas homónimas, deriva hacia un discurso profundo, puntual y reflexivo en la segunda parte, con *Imaginario*. La autora utiliza con sutileza las referencias de sus preferencias literarias en lo erótico y demuestra a través de un acercamiento íntimo y complejo la labor que debe ser constante entre todos nosotros: tener la capacidad de separar el deseo del afecto. Y a las mujeres les corresponde controlar los límites de su elección, duración y exclusividad desde los deseos sexuales, sus predilecciones, sus sueños y fantasías, su iniciación... Para ello, éstas deben «levantar la voz para decir: aquí estoy, no tengo miedo, sigo mi deseo», quizás, la única forma de romper con los cánones establecidos.

Su lectura más que sorpresas nos llena de interrogaciones; quizás no emocione pero seduce, inquieta, pues la pulsión erótica que la autora mantiene a lo largo de sus páginas, más que darnos imágenes para la imaginación (valga la redundancia asociativa), conduce —o mejor, induce— a penetrar en un universo en el cual las mujeres asumen su sexualidad, su condición de mujer, para rechazar ese «miedo absurdo» que produce el dilema moral religioso poblado de dogmas, barreras, falsedades etc., en donde estuvieron sometidos por siglos el cuerpo y sus deseos, siempre inexplorados e inexplicados, lo que lleva a un personaje a plantear «...el sexo es y será parte de nuestras vidas, una imagen secreta, olvidada y vuelta a revivir por la fuerza de la evocación».

Bajo esa óptica femenina, los personajes desfilan con espontaneidad, desenfado y sencillez a lo largo del libro, aunque algunos parecen salidos del cine y deformados por una lente que no enseña pedazos rotos de un cuerpo en búsqueda de placer sino de identidad, de espacio para decidir. Decidir sin culpa su forma de pensar, sus sensaciones, frente al deseo sexual, forjado desde el laberinto personal que la autora ofrece como espejo y sacrificio —como pantalla— y que sirve de sustrato para la lucha continua en contra de la imagen parcial, frágil y dependiente de la mujer, no tener «miedo de su cuerpo ni de decir: aquí estoy». Por eso se expresan dueñas, más que de su propia nariz (no se puede ser feliz en la fragmentación), de su cuerpo.

Narrado en primera persona, casi en su mayoría, salvo *Oscuro deseo* relatado por un hombre, acaso para demostrar y diferenciar el sentido de la persecución y de la búsqueda, más que en el discurso, como un equivoco «no en el sentido moral, sino más bien como un desapego». Y muestra con precisión de detalles el mundo de los personajes femeninos que no buscan un amor platónico «...como un sentimiento exclusivo, hacia una sola persona, y recuerdo haberme preguntado si eso implicaba que no podíamos querer a otra persona al mismo tiempo». No, aquí no hay dramas o lástimas, ni perversidades o rarezas, al contrario, utiliza un lenguaje íntimo, explícito y

* Publicado en España por Barataria (ISBN 978-84-95764-86-7)

directo, sin rodeos, lleno de sinceridad con imágenes sensuales y sexuales intensas, donde las mujeres buscan su libertad con acciones, no con excusas o con desconsoladas defensas. Por otro lado, se arbolan con el derecho de decidir mostrar lo bello, lo íntimo, la búsqueda del placer, la iniciativa al sexo, de modo independiente y sin remordimientos, porque la libertad por encima de la necesidad, del papel moldeador de la religión, o del placer como algo sucio... «Recuerdo que esa vez yo me estremecí de placer. Pero muy pronto comprendí que ese placer se me hacía sentir como una falta, algo sucio, como si yo fuese un ser que carecía del órgano prominente que tenían los varones, y entonces empecé a sentir mucha frustración».

El ritmo del sujeto narrativo transcurre con naturalidad y agilidad, destilado, ofreciéndonos imágenes precisas, muy próximas, de mujeres, a veces masoquistas, perversas o sádicas; otras inocentes, ávidas o iluminadas; recorriendo los espacios, los tiempos, a veces en retrospectiva, donde un personaje puede especular con lo intrigante y fascinante que puede ser perder la virginidad; o describir el ambiente de la iniciación sexual hasta el control de los límites del deseo. Con estas impresiones la autora esboza su ambición: revertir la visión preestablecida de valores predominantes en el mundo de la literatura erótica, al ser ésta enfocada hacia el deleite del deseo exclusivo masculino. Para eso hay que «deshacer, descifrar y rebelarse» contra esa imposición identitaria. La mujer debe elevar su autoestima y autonomía y exigir que la persona que la quiera también la respete, por encima de los *dilemas morales* impuestos por sentimientos religiosos o temores infantiles que se producen al fijar «la prueba de amor» como algo que debe ir asociado a ese «sentimiento exclusivo», casi como una devoción, cuando en una relación de pareja, dice una personaje, «...saber ponerle límites al deseo es saber qué queremos en la vida, y no sé si sabemos qué queremos en la vida porque hay como una falla que nunca nos permite ver bien».

Si las mujeres son independientes, altaneras y tienen empuje, los personajes hombres aparecen frágiles, indefensos o sirven de brújula que les oriente sexualmente hacia «una sensibilidad distinta en los sentidos» o «que buscaban una sensación de seguridad» que no esté definida por el dominio y sí por la búsqueda del auto y mutuo descubrimiento de «...aquellos que nunca se sienten bien en su rol masculino, y se hunden en la melancolía, aquellos que tienen un aire de indefensión que desarma, y que suelen ser leales». A pesar de quejarse de la falta de compromiso, de sensibilidad, de indiferencia y de incapacidad para intuir la idiosincrasia femenina, tanto los hombres cuanto las mujeres «...tiene[n] que librar contra su propio deseo; lucha que muchas veces exige ser valiente y perder el miedo de exponerse y entregarse»; a pesar de que la sociedad no los (nos) señala, y los problemas derivados de la culpa lo sienten (sentimos) menos, también son (somos) parte de esa lucha.

La capacidad de observación de De Souza la lleva a abordar en abundantes situaciones las relaciones de poder y sentimientos como el amor, la violencia, la infancia, etc., que desplaza lo erótico a un segundo plano, buscando a partir de la perspectiva femenina –desde la primera relación pasando por los sueños ingenuos de la infancia hasta parejas de edades distintas, desarrollo de fantasías sexuales– llegar incluso a cuestionar una «escritura femenina» cuando un personaje dice que «el género no define la manera de escribir». Quizá quiera expresar una distinción entre los sexos en el enfoque de las peculiaridades al acercarse a la vida real. Posiblemente no haya una regla, pero sí un ritmo y compás para mostrar, ordenar, razonar...

Huelga decir que lo consigue eliminando ruidos, quitando asperezas, desprejuiciando las relaciones y añadiendo «situaciones que pueden ser consideradas como iniciadoras y propiciadoras del juego sexual», al elaborar una dicción a partir de la voz de mujer y de hembra, donde la mirada y el disfrute –aunque surjan de la duda del cuerpo como una metáfora o de la anatomía como destino, basados en la diferencia de la igualdad o en la igualdad de la diferencia– sean más que un desafío, una realidad. Es decir, desviar el enfoque fuera del imaginario masculino e intentar deshacerse de las fantasías que lo dominan. Desde ese punto de vista, aquí reside su gran logro, trazar un límite entre lo erótico y lo pornográfico, mostrando las ideas de sexualidad y de deseo, sin miedo, pues como dice un personaje: «...la sexualidad nunca me ha interesado como un valor de intercambio –a cuántos hombres podemos seducir con nuestro cuerpo– sino como una forma de sabiduría.»

Al buscar una salida de ese laberinto cuestiona un discurso adjudicado a las mujeres, cuyo papel aparece impuesto como un rol fijo y estereotipado; más que escenas de una experiencia sexual o sensorial, delinea una forma venerable de indagación, reflexión y aceptación de la sexualidad como un valor perteneciente a la libertad individual y no como un placer aureolado de culpabilidad o una «especie de cura» de una falla de debilidad. Acaso no sea suficiente para recuperar el cuerpo encadenado a la cárcel social, tanto del cristianismo como del dominio sociocultural hete-



CONSTRUYENDO BABEL, de Hilario J. Rodríguez

Editorial Tropismos
Fecha de publicación: 2004
232 páginas
ISBN 978-84-934068-0-6

* * *

ALMA DE PAPEL

Cuando terminé *Construyendo Babel*, de Hilario J. Rodríguez, me acordé de una frase de José Antonio Lozano: «De vez en cuando, la vida se toma contigo un café». Y eso fue lo que sentí. Me sentí un tipo con suerte. Con la suerte de que Hilario se haya cruzado en mi camino. La suerte de leerle. La suerte de poder compartir con él su *alma de papel*.

Muchas veces he pensado que si pudiera pedir un deseo pediría dejar de ser raro. Ser una persona normal. Alguien que disfruta pasando la tarde del domingo siguiendo la jornada de liga y que a diario, después de cenar, se queda tumbado en el sofá viendo la televisión hasta quedarse dormido. Pero en lugar de eso todas las noches subo a la falsa de casa y me encuentro con mi biblioteca. Y disfruto viendo, tocando los libros. Los nuevos, los viejos, los leídos, los por leer. Disfruto trasteando, recolocando los libros, las fotografías, los dibujos, las postales, los cachivaches de las estanterías.

Leer a Hilario me ha hecho recordar el primer libro que compre. Y buscarlo en los estantes. Y encontrar en la primera página, escrita con letra infantil, una fecha lejana y un lugar desaparecido. Un recuerdo que vuelve, despierta, sale de su escondrijo. Hilario, igual que yo, ha robado libros; escribe en sus páginas en blanco; guarda en su interior papeles, recortes, cartas, pedazos de vida. Va dejando dentro de los libros huellas, rastros, pequeñas anotaciones de un diario disperso y sin orden. Porque para Hilario «Una biblioteca es, en realidad, un libro escrito de forma dispersa entre líneas de otros miles de libros».

Quizás algunos no lo entiendan, pero para los que tenemos a los libros como único remedio para no hundirnos, para escapar, huir y salvarnos, sabemos que una biblioteca es una biografía. Por todo lo que encierra, por todo lo que hay dentro, por todo lo que guarda. De esta «historia en construcción» de Hilario lo que más he agradecido es su sinceridad. La sinceridad parece algo sencillo pero no lo es. En realidad la mayoría de la gente inventamos, mentimos, exageramos. Hilario no. Hilario es sincero. Habla de sus heridas, tristezas y lágrimas. Habla de familia, dolor, distancia, silencio y reconciliación. Habla de amor y separación, de cambios, nuevos lugares y volver a empezar. Y todo eso, *infancia, juventud, madurez y futuro*, unido siempre a un libro. Del libro primero como descubrimiento, como método para hacer el horizonte más lejano, más amplio el lugar de la existencia. Del libro como conocimiento y asombro, del libro como revolución, como medio para *Fundar una patria. Levantar una biblioteca. Construir Babel. Cartografiar el libro de nuestras vidas*. Y del libro, pasada la media distancia de la vida, como medio para volver atrás, recordar, hacerte hablar y escribir. Del libro como espejo donde verte reflejado.

Hilario habla de libros porque mientras leemos vivimos, y también porque vivimos leyendo. Y siempre algo de nosotros mismos se queda unido al papel. Un nombre sin rostro, una persona, un lugar, un ayer, una porcelana rota, un amigo, un padre. Hilario nos cuenta que los libros pueden abrir y cerrar heridas, que son ventanas y puertas al dolor y el perdón. Que un libro puede tender puentes, puede ser llave, salvoconducto, linterna o abrigo.

Construyendo Babel me ha hecho preguntarme ¿por qué comenzó todo? ¿Para qué tanto esfuerzo, tanto tiempo robado a todo lo demás, tanta necesidad de soledad y silencio? ¿Qué buscamos, qué encontramos en los libros? ¿De qué nos salva el leer? ¿Por qué leo?

No lo sé. A veces pienso que leo para huir de mi mismo. Pero creo que en realidad leo para encontrar. Y esta vez he tenido suerte. Fortuna. Hilario se ha cruzado en mi camino, y la vida, de su mano, se ha tomado un café conmigo.

© Luis Borrás
<http://aragonliterario.blogspot.com>

MANUEL RIVAS Y *LA DESAPARICIÓN DE LA NIEVE*

por María Aixa Sanz

Una, que es fiel seguidora y admiradora de Manuel Rivas, tuvo la suerte y el placer de pasar la tarde del primero de abril oyendo cómo Rivas nos contaba historias al oído, pues ésa, la facultad de oír, cuando uno no deja que se pierda, sino que la cultiva, puede ser uno de los mayores y serenos placeres que arrullan al alma. Porque a mí, humilde contadora de historias, si algo hay en el mundo que me gusta es oír las que otros me quieran contar. Manuel Rivas nos contó *El viaje a lo desconocido*, una historia en la que solo se podía hacer una cosa tan simple y compleja a la vez como es aprender, pensar y dilucidar en qué mundo queremos vivir, qué opción tomar.

Después vino la *palabra*:

*Veñen as palabras reclamar o seu, o subtraído.
Vienen las palabras a reclamar lo suyo, lo subtraído.
Venén les paraules a reclamar el que és seu, la resta.
Berea eskatzera datoz hitzak, ebatsitakoa.*

Manuel Rivas, el contador de historias, el custodio de las palabras, el que les concede todo su valor, el peso, la medida, la magnitud que en verdad tienen, es el fiel y pertinaz vigía de las palabras en este surrealista siglo XXI. Él fue quien con una suerte de sensibilidad mágica e infinitos gramos de ilusión de niño nos presentó el poemario *A desaparición da neve - La desaparició de la neu - Elurraren urtzea - La desaparición de la nieve* (Alfaguara).

40 poemas que, con la complicidad de la editorial Alfaguara, Rivas ha conseguido que en el mismo ejemplar se unan en la traducción del gallego, al castellano, al valenciano-mallorquín-catalán y al euskera, formando un mosaico que borra las fronteras.

«Me gusta pensar, en vez de en el papel en blanco, en la nieve, puesto que debajo de la nieve está escondida una primavera y el escritor como el panadero la hace fermentar, elevarse, mostrarse...», nos dijo Rivas.

Eso es *La desaparición de la nieve*, una muestra de la adoración que el escritor siente por las palabras. Recuerdo cómo en su algo más que una novela *Los libros arden mal*, sobre uno de sus personajes decía: «Antonio Vidal rebuscaba en el fondo del bolsillo. Más que monedas, lo que buscaba eran palabras rápidas, ligeras, de poco gasto, para salir del paso» o todas las reflexiones sobre las palabras del gran *Polca*, otro de los personajes. *Los libros arden mal*, recientemente traducida y publicada al francés (*L'éclat dans l'abîme*, Gallimard). Pero *La desaparición de la nieve* es algo más, aparte de una balada de amor hacia la palabra, es una pequeña revolución, la que siempre provoca Rivas en nuestro interior para que abramos bien los ojos, observemos y estemos atentos como las liebres, como la arca o becada.

Hay ciertas cosas que siendo consciente uno no puede permitirse perder. La literatura de Manuel Rivas, la lectura de sus poemas, es una de ellas.

Palabras imprescindibles para la existencia, sustento para el alma: eso es Rivas.

© María Aixa Sanz
<http://mariaaixasanz.blogspot.com>

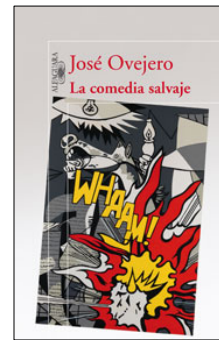
Novedades editoriales

La comedia salvaje

José Ovejero

Editorial Alfaguara, 2009

Benjamín ha recibido una misión que se le antoja desmesurada: detener la Guerra Civil. Aunque no cree que sea posible, recorrerá un país que se ha lanzado, al parecer con entusiasmo, a su propia destrucción. Y de camino irá encontrando estrambóticos personajes, apariciones delirantes que le harán pensar que se ha vuelto loco. Menos mal que ahí está la mano de Julia para devolverle de vez en cuando a la realidad. Esta novela es un disparate. Un mundo de alucinación, en el que las escenas realistas conviven con sucesos imposibles, aunque nunca se sabe si las situaciones más esperpénticas están sacadas de la realidad o de la imaginación del escritor. En *La comedia salvaje* no hay héroes ni biografías ejemplares. Más que un libro sobre la Guerra Civil, éste es un libro sobre la guerra, sobre todas las guerras.



Tanta gente sola

Juan Bonilla

Editorial Seix Barral, 2009

Hay en este libro una mirada que sólo con cierta ironía podría definirse como metaliteraria. Uno de sus personajes trata de llevar a la realidad un relato de Borges, un poeta es contratado para dar un recital en la despedida de soltera de una admiradora, un hombre colecciona los recuerdos de gente anotados en la obra *Je me souviens*, de Péric... Los protagonistas de estos relatos no lo saben pero tienen mucho en común, ya que entre todos van construyendo el tejido de una soledad que no puede compartirse. Traspasando las barreras que delimitan el cuento, *Tanta gente sola* constituye una narración en la que conviven trágicos disparatados con personas capaces de transformar su enfermedad en ventaja o una suma de fracasos en un gran éxito. Juan Bonilla engarza personajes y situaciones con la precisión de un relojero que domina los recursos de su oficio. En sus cuentos siempre hay sorpresas, regalos que abren nuevas puertas a otras lecturas, ingenio, y, por encima de todo, un minucioso cuidado por el lenguaje.

El material humano

Rodrigo Rey Rosa

Anagrama, 2009

El nuevo libro de Rodrigo Rey Rosa se presenta como una novela, pero se desarrolla en las arenas movedizas entre lo ficticio y lo histórico. Con la forma suelta y aparentemente ligera del diario de apuntes y notas, Rey Rosa elude la novela de personajes, y la narración funciona como un gran fresco histórico o alegoría sobre la represión sanguinaria que ha sufrido Guatemala a lo largo de los últimos siglos. La certera elección del género le permite acomodar los hechos de su vida personal, contaminada por la violencia de Estado, y combinarlos con una dudosa investigación en un vasto y caótico archivo policial. Esta posibilidad de atacar el mismo problema desde varias perspectivas y en un texto aparentemente libre de toda obligación para con una sola línea argumental también abre camino para dosificar la ambigüedad, que constituye lo más logrado de su novela y que es característica de las ficciones de este extraordinario autor.



Ellos dos

Patricia de Souza

Editorial Jus, 2009

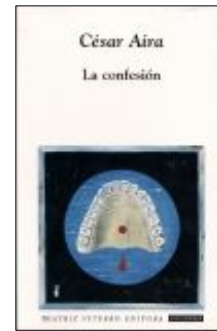
¿Cuando se termina una relación es para siempre? *Ellos dos* es la novela del duelo de la relación con O, y de otras relaciones, pero más que nada, de la pérdida de un hombre que es siempre aquel que nunca conoceremos del todo, aquel que nunca sabremos, como decía Proust, *si no es solo el producto de nuestra imaginación* y son siempre fugitivos, resistentes e indiferentes al desamparo que general. La protagonista evoca ese pasado y lo hace rito, evocación obsesiva. No es solamente la búsqueda de O sino también la de cualquier de nosotros. Esta novela discurre con un leto dramatismo digno de las mejores novelas contemporáneas.

La confesión

Cesar Aira

Beatriz Viterbo Editora, 2009

Parientes en un improbable árbol genealógico, que reúne al azar primos de príncipes de Petersburgo y cabecitas negras de las provincias, el Conde Vladimir Hilario Orlov, aristócrata del arte del relato, y Don Aniceto, gaucho viejo y socarrón, sobrellevan la velada con una auténtica –tan irónica como cortés– payada estilística: de un lado, la narración improvisada, de comienzo realista y final fantástico, hecha de misterio, sutileza y elegantes asimetrías; del otro, en desafiante contrapunto, la historia proletaria y miserabilista, cruel y transparente, del pobre marginal. Mientras tanto, una sola expectativa, un solo miedo visceral, ocupa masivamente la atención flotante del Conde, nueva encarnación del monstruo airiano y cultor –seguramente– de la ley suprema del astuto balzaciano –el secreto–: el terror a la revelación. Harán falta no poco virtuosismo y una buena dosis de elegancia –años, tal vez, de virtuosismo y de elegancia– para que la proliferación del relato no acabe en confesión.



Pero sigo siendo el rey

Carlos Salem

Editorial Salto de Página, 2009

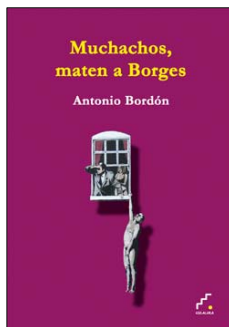
Juan Carlos I de Borbón ha desaparecido dejando sólo una nota tras de sí: «Me voy a buscar al niño. Volveré cuando lo encuentre. O no. Feliz Navidad». Para encontrarlo el ministro de Interior juega su última carta: José María Arregui, detective melancólico y visceral, de rápido disfraz y puño fácil, deberá protegerlo de una poderosa intriga. La extravagante pareja de detective gruñón y monarca en recreo, confundidos entre hippies, mariachis o pastores, huirá por una España alucinada e intemporal, poblada de personajes delirantes: un músico enamorado que persigue una melodía escurridiza; una familia atrapada en una guerra interminable; un adivino retrovisor que sólo ve el pasado y Rosita, una compañera inseparable. Con *Pero sigo siendo el rey*, una novela hilarante y enternecedora, Carlos Salem nos presenta su mejor y más original aventura policiaca.

Despeinadas

Gema Fernández Esteban

Gens Ediciones, 2009

Los personajes de este libro de cuentos habitan esa rendija de luz entre tinieblas de la que hablaba Nabokov. Hombres que se encierran en el baño a pintar mujeres despeinadas, que se muestran adictos al abandono o llenos de recuerdos que no son suyos. Niñas que se descubren feas con avaricia y niñas intactas que sueñan con lobos. Mujeres a quienes quieren con mala letra, que se despiertan con dinosaurios o que envuelven cinco litros de leche en una manta eléctrica (a 37 °C; 98,6 °F) para alojarlos en la curvatura de su espalda. Parejas que alquilan el fin de la tierra después de toda una vida de desencuentros. Parejas que viven amores capaces de mover barcos e islas, o que en la inercia de lo cotidiano apenas aciertan a mantener en pie el frágil tenderete de su amor. *Despeinadas* revela la escritura original y distintiva de Gema Fernández Esteban, a través de unos cuentos que indagan en el extrañamiento vital y en la otredad que a veces llegamos a asumir.



Muchachos, maten a Borges

Antonio Bordón

Ediciones Escalera, 2009

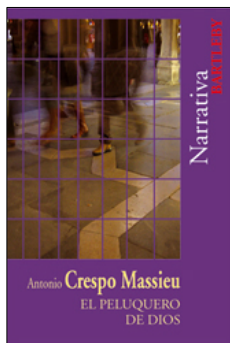
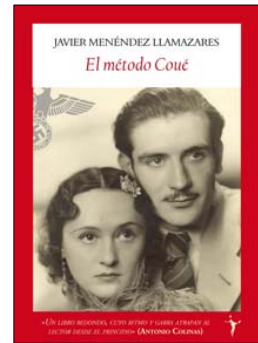
Lo que está bien escrito es verdad, y lo que está mal contado es mentira: no hay más regla que ésa, dijo Carmen Martín Gaité. Y Antonio Bordón escribe verdades creadas, verdades exquisitas y licenciosas, tantas licencias como he podido, confiesa el autor. Borges, Virginia Woolf, Sylvia Plath, Wittgenstein, Brecht, Capote, Jesucristo y otra docena más de popes del pensamiento: a todos les regala Bordón una historia íntima, certera, diáfana...: «No estoy convencido de que este libro les vaya a hacer mucha gracia, porque para estas cosas son muy susceptibles, pero quiero, por último, dar las gracias a mis padres, que me enseñaron que ningún remordimiento nos devuelve las cosas que dejamos de hacer. He tenido presente también las palabras de Mark Twain: "Nunca dejé que la escuela interfiriera con mi educación". La educación (no en lo que tiene de conducta, sino en lo que tiene de ilustración) no forma parte del propósito de este libro. Por eso me he tomado alguna que otra licencia, tantas como he podido».

El método Coué

Javier Menéndez Llamazares

Editorial Funambulista, 2009

A principios del siglo XX, el psicólogo francés Émile Coué ideó una peculiar terapia, capaz de materializar el poder la mente. El paciente ha de repetirse cada mañana: «Hoy me siento mejor, me encuentro mucho mejor...». A través de ese curioso método –que da título a la novela– aseguraba que era posible la curación de enfermedades, incluso graves. El empeñamiento a la hora de modelar la realidad será una constante en la singular peripecia del protagonista de esta historia, inspirada en hechos reales. El joven Manuel Llamazares, piloto de la Escuadrilla Azul deja atrás en 1941 una España rota y sumida en la posguerra, para vivir el apogeo de la Alemania nazi, primero como aviador en el Frente de Moscú y posteriormente como personal diplomático en la embajada española en Berlín. Allí descubrirá el mundo de los corresponsales extranjeros (a medio camino entre la literatura y el espionaje) y conocerá a una bella alemana, Claudia Stolz, secretaria en el Ministerio de Propaganda, de la que acabará enamorándose. Pero este paseo por el amor y la muerte lo conducirá hasta la Prinz-Albrechtstraße, sede de la temible Gestapo...



El peluquero de Dios

Antonio Crespo Massieu

Bartleby Editores, 2009

Los siete relatos de *El peluquero de Dios* hablan de los horrores de la historia, de complicidades o silencios pero también de quienes dijeron no y rescataron la dignidad del ser humano en tiempos sombríos. De la Guerra Civil, el franquismo, el drama inimaginable de la Shoah, la dictadura argentina... Memoria frente al olvido. Y respuesta a la interpelación de los ausentes: los desaparecidos, los que ascienden como humo en los hornos crematorios o los que nos miran desde una vieja fotografía del álbum familiar. También de los frágiles límites de lo real. Y del necesario rescate de las heridas, de quienes, con sus pequeños o grandes gestos de rebeldía, alimentan nuestra esperanza. Del descanso de los justos y las víctimas. Ese descanso con el que finaliza el relato que da título al libro: «Camino con Dios, de la mano de Dios, con el pelo de Dios, diciendo el nombre de Dios. Y juntos traspasamos el umbral. Al fin, yo, Samuel, el peluquero de Dios, voy a descansar en su silencio».

El chico de las cigüeñas

Luisa Cuerda

Ediciones del viento, 2009

El éxito de Santiago como escritor le permite encontrar a su maestro Ventura Vázquez, que un día se marchó del pueblo sin dejar rastro, en lo que el niño sintió como una traición, y ahora pasa sus últimos años en una pensión de mala muerte, rumiando el fracaso de su vida. A partir de ese encuentro, Santiago intenta descifrar las claves de esa ausencia, emprendiendo un camino que le lleva de nuevo a su pueblo y a su infancia, donde le esperan las respuestas que en su momento no pudo o no quiso encontrar. Luisa Cuerda nació en Madrid el año 1958. Acaba de terminar una nueva novela, *El enigma inexplicable de los enanos de jardín*.



Fuga lenta

Juan Martínez de las Rivas

Acantilado Editorial, 2009

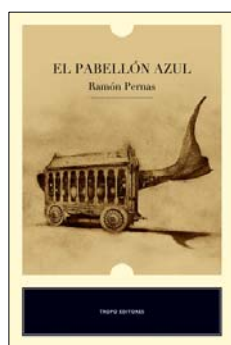
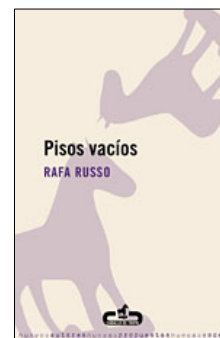
Fuga lenta nos habla de la educación sentimental de Juan, que es la de toda una generación, en el momento decisivo del cambio a la vida adulta. Veremos desfilar así los altibajos de una familia venida a menos, el colegio, el internado, el primer amor y todo aquello que nos conforma. Con claridad y precisión narrativas, la mirada del niño descubre el mundo y nos lo ofrece con transparencia. Alejada del rencor y del resentimiento, la presente historia adquiere el valor inmutable de una honda verdad humana. *Fuga lenta* es un descubrimiento de primera magnitud en la narrativa española contemporánea. Juan Martínez de las Rivas (Buenos Aires, 1957) vivió su infancia y juventud en Madrid. Formó parte del grupo CLOC de Arte y Desarte entre 1979 y 1981. Trabaja como médico. *Fuga lenta* es su primera novela.

Pisos vacíos

Rafa Russo

Editorial Caballo de Troya, 2009

Cuatro historias sobre amores, tristezas y otras hierbas venenosas. Cuatro relatos unidos por una atmósfera de serena tristeza. En «Lágrimas», una mujer se echa a llorar durante una consulta oftalmológica. En «Aniversario», una joven mantiene una relación amorosa con un hombre casado que acaba por abandonarla. «Ángel» es la historia de una mujer casada que deja su casa sin previo aviso y coge un tren hasta Toulouse. Finalmente, «Pisos vacíos» trata de una joven estudiante que ayuda a su padre trabajando como dependienta en una pequeña papelería y vive marcada por un problema de sobrepeso. Entre sus clientes le llama la atención un hombre de mediana edad que semanalmente compra un cuadernillo de sudokus. *Pisos Vacíos* es la opera prima literaria del polifacético Rafa Russo. Rafa Russo se ha dedicado intensamente a la música. Paralelamente comenzó a desarrollar una carrera como guionista de cine y, más adelante, de director. Su primer guión *Lluvia en los zapatos*, protagonizada por Penélope Cruz, le valió el premio al mejor guión en el Festival de Montreal de 1998. En 2006, se estrenó su primer largometraje: *Amor en defensa propia*.



El pabellón azul

Ramón Pernas

Tropo Editores, 2009

Mientras espera la visita de su hijo para poder morir en paz, el anciano Augusto Bordino –titiritero, cineasta y actor– hace balance de su vida. Y como un artesano de la memoria, Bordino se adentra en la geografía del recuerdo a la búsqueda de sí mismo: el nacimiento en el seno de un circo, sus avatares como artista de la carpa, los pasos dados desde su Italia natal hasta la Argentina, donde funda un pueblo, y el regreso definitivo a Galicia. Con un tono lúcido y un discurso poético y mágico, *El pabellón azul* es mucho más que la recreación literaria de una familia circense. Partiendo de Augusto Bordino, es decir, partiendo de la sabiduría propia de la vejez, Ramón Pernas

nos habla del dolor ante la consciencia del final, de la nostalgia y del paso del tiempo. Nos cuenta que la libertad, pero sobre todo la memoria, son las únicas verdades que pueden redimirnos ante el pulso imparable de la muerte.

Bajo Cuerda

Carmen García-Roméu

Lengua de Trapo, 2009

En la vida de la protagonista de esta novela nada escapa a la normalidad: solo se comunica con su marido para discutir, su hija adolescente cree que es una vieja odiosa... hasta que reaparece su abuela, a la que creía muerta, convertida en monja. Y en torno a estas tres mujeres, abuela, nieta y bisnieta, se construye una historia que surge como reflexión íntima de la situación moral y social de las mujeres españolas desde mediados del siglo XX. Un drama contado con agilidad, y unos personajes que nos muestran el mundo femenino con sus contradicciones y anhelos, angustias e inquebrantable fortaleza, hasta conducirnos a un final sorprendente. Aunque con perspectivas aparentemente opuestas, las tres mujeres se enfrentan al mismo conflicto, el derecho a ser felices, lo que provoca tantos desencuentros como complicidades.



La agonía de Kamachiq

Jorge Flórez-Áybar

Grupo Editorial Arteidea, 2009

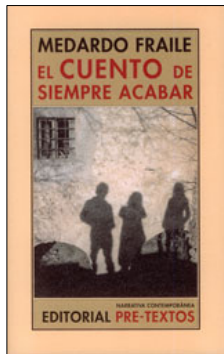
«Esta novela, *La agonía de Kamachiq*, que nos presenta Flórez-Áybar, está ambientada en Puno y en sur andino (Bolivia y parte de Argentina), su eje temático gira en torno a los sucesos del conflicto interno en los que Sendero Luminoso y el MRTA asolaron junto a las fuerzas armadas a los sectores más deprimidos y postergados del sur peruano. Kamachiq el personaje protagonista es un ex militante de la izquierda recalcitrante y extremista, formador ideológico de cedulas, que defraudado por la orientación partidaria y por los desenlaces de las acciones, decide cambiar de actitud y buscar una nueva orientación en la defensa de lo andino. En ese tránsito conoce el amor en Saywa, la persecución, la tragedia y la muerte.» (José Luis Velasquez Garambel).

Focus, once paisajes para eros

Inés Matute

Baile del Sol, 2009

Focus, once paisajes para Eros es un libro mágico que posee el don del reclamo, la necesidad constante de volver a sus historias, de paladearlas morosamente hasta hacerlas propias. Es así es como nos gustan los cuentos: pulidos de flecos innecesarios, certeros y contundentes, adaptada la escritura a lo contado, y no al revés, perfectos los tempos y el tono; cuentos como escenarios donde se mueven personajes absolutamente creíbles desde el primero de sus movimientos, donde los diálogos son reales y la cuerda narrativa siempre está tensa. El título lo deja claro: mucho más importante que el amor y el sexo en sus diversas facetas es su paisaje, o sea, todo eso que los rodea e impide que constituyan una experiencia pura y unívoca, al estilo romántico. Inés Matute ya había demostrado en *Autorretrato con isla* (Baile del Sol, 2007) ser conocedora del carácter esencialmente relacional y, por tanto, conflictivo de la naturaleza humana.



El cuento de siempre acabar

Medardo Fraile

Editorial Pre-Textos, 2009

Las memorias que se escriben en la vejez, al borde del abismo, acarrearán siempre el último disgusto de la vida, pero escribirlas a los veinte años sería prematuro. Siendo el autor joven, cuando un día se encontraba afligido por algo o por alguien, un gran poeta le aconsejó que «no se enterase». Él trató de hacerlo, pero se sentía muy incómodo, como flotante, porque el cuerpo le pedía lo normal, alegrías y tristezas, las dos cosas, cada una a su tiempo, y llegó a la conclusión de que, si aquel poeta escribía buenos versos era, sin duda alguna, porque «se enteraba»; a un escritor le resulta muy difícil no enterarse aunque, con alguna frecuencia, tenga que compartir su vida con gente que no se entera. Las memorias estrictamente autobiográficas –una tercera parte de este libro– no suelen molestar a nadie, porque les informan de algo que no les afecta, pero las otras, las del tiempo compartido por todos, pueden dar satisfacciones o hacer daño.

Cine

Juan Martini

Editorial Eterna Cadencia, 2009

A Sivori le gustan las películas de Michael Haneke, los cuentos de Flannery O'Connor, los spaghetti all'olio y las mujeres raras. Sivori es director de cine, y en este momento escribe el guión de una película sobre Evita: Eva Duarte a los 26, una charla con Rita Molina horas antes de la liberación de Perón el 17 de octubre de 1945, 120 minutos como máximo, tal vez un solo plano secuencia. Pero llega Pina Bosch al departamento de enfrente, una mujer que le corta la respiración. Él es un hombre que mira; esa es su vida. «¿Puede decirse que Sivori se introduce, se inmiscuye, espía la intimidad de la mujer de enfrente? Casi no hay dudas de que es así», sostiene el narrador, a la vez cómplice y delator. Juan Martini regresa a la novela con una historia aguda y profundamente entrañable sobre la mirada y el tiempo, donde lo cotidiano, fugaz y aparentemente trivial, encuentra un contrapunto en la figura de una Evita que vivirá para cambiar la historia, consciente de que se convertirá en una leyenda.



Matar en Barcelona

VV.AA.

Editorial Alpha Decay, 2009

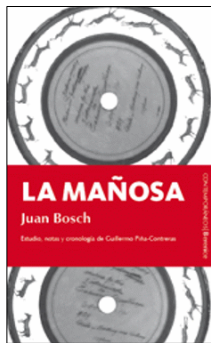
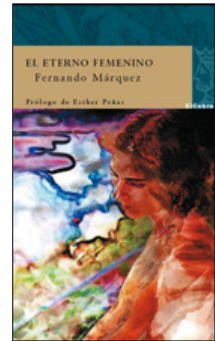
Doce jóvenes autores y doce crímenes reales, muchos de ellos recientes, ocurridos en Barcelona. Ésta es la premisa a partir de la cual los narradores de *Matar en Barcelona* se han enfrentado a la siempre delicada tarea de componer un relato de ficción. En esta antología, los autores han seguido la pista de una serie de asesinatos a través de artículos de prensa y otros testimonios para construir doce historias inspiradas en los crímenes más reseñables de la historia de la ciudad. La vampira del carrer Ponent, el violador del Eixample o la asesina de ancianas son, entre otros, los protagonistas de estas narraciones en las que la ficción se funde con la crónica en un ejercicio que desdibuja los límites entre la novela negra, el relato posmoderno y las mitologías urbanas; la pura invención de la mano de la crónica periodística.

El eterno femenino

Fernando Márquez

El Cobre Ediciones, 2009

El eterno femenino es una introducción, vertiginosa y seductora, al mundo de Fernando Márquez, El Zurdo, un cosmos cargado de referencias que reformula hasta convertirlas en argumentos perfectamente trenzados y personales. Por un lado, Mary Ann, un exabrupto literario que rebosa fuerza y provocación, toda vez que revela las dotes del autor como un novelista heterodoxo y apóstata de convencionalismos. En ella nos presenta a una heroína capaz de atrapar al lector en una atropellada y fulminante trama que compagina momentos delirantes con otros de una asombrosa lucidez. Por otro, unos Complementos que recogen textos de diferente naturaleza escritos entre 1982 y 2006, aparecidos en distintos medios y formatos; algunos ven la luz en esta edición por primera vez. Desde canciones hasta artículos de opinión, pasando por extractos de otras obras suyas y piezas radiofónicas.



La Mañosa

Juan Bosch

Editorial Berenice, 2009

La Mañosa es una mula resabiada. Quizás el más simbólico por su mudez y su tozudez, el terco animal es uno más de los personajes de esta novela en la que todos ellos, el niño-narrador, su familia al completo y hasta la casa y el camino aldeaño giran en torno a otro protagonista sordo y tozudo, la guerra civil. Frente a ese pequeño universo de la casa rural, víctima de los huracanes políticos, hasta el jefe del movimiento armado, cuya imagen inicial de combatiente leal parece mantenerle indemne ante todos, terminará también siendo una víctima más de la fuerza que él mismo había desatado. En este marco opresivo parece que la mula es la única que puede ser liberada de sus malas

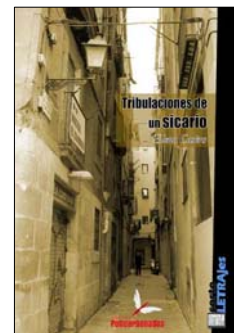
costumbres. *La Mañosa*, la primera y gran novela de Juan Bosch, publicada en 1935, salida de la imprenta de Manuel Altolaguirre en La Habana, es conocida como la novela de las revoluciones dominicanas. Reelaborada profundamente durante décadas por su propio autor «para evitar excesos de lirismo», esta alegoría política ha permanecido como una gran desconocida en el marco de la literatura hispanoamericana aun a pesar de tener claras resonancias en la obra de autores de la talla de García Márquez, Vargas Llosa o Sergio Ramírez.

Tribulaciones de un sicario

Elena Casero

Editores Policarbonados, 2009

Un grupo de sicarios aficionados. Secretos de familia. El halo envolvente de la decadencia. Son los ingredientes que la autora de *Tribulaciones de un sicario* aúna magistralmente para narrar la tragicómica historia de Anselmo de la Rua, último eslabón de una familia adinerada venida a menos. Elena Casero aprovecha el ágil y claro estilo narrativo de su escritura, para jugar con el lector y adentrarse en un difícil encuentro: el de un personaje consigo mismo. Casero ha publicado *Tango sin memoria* (Mira Editores, 1996) y *Demasiado tarde* (Mira Editores, 2004), así como el relato «Mesalina» en *Blogs de papel* (vv.aa., Editores Policarbonados, 2008).



El estatus

Alberto Olmos

Editorial Lengua de Trapo, 2009

Clara y Clarita, madre e hija, cambian su residencia en el campo por un piso en la gran ciudad, donde esperan el regreso del padre de familia. Atendidas por un silencioso portero, una sensual criada y un asistente extremadamente locuaz, lo que tendría que ser una tranquila espera se va llenando de anomalías y percances, que acaban provocando un estado de paranoia colectiva. ¿Quién detenta el poder? Clara madre impone su rango de señora, su hija apela a la imaginación, y la servidumbre oculta información que sabe esencial. Sus relaciones avanzan incautamente hacia un desenlace escabroso y fatal. Intensa como un drama de Beckett, dura como las mejores historias de William Faulkner, esta novela atemporal y deslocalizada, insólitamente aterradora y, al mismo tiempo, sutil, nos devuelve el goce de la narrativa pura, del personaje complejo y del idioma puesto al servicio del misterio de vivir.

Migraciones

Víctor Coral

Editorial Altazor, 2009

La forma en que la vida intercala sus episodios depende de la contundencia de sus escenarios. El mudar de un paraje a otros representa también el perenne punto de inicio con el que se confronta la existencia misma. Víctor Coral, escritor y crítico, pero de vigoroso antecedente poético, sorprende aquí con una serie de reflexiones acaecidas en sus diferentes mudanzas en las que las musas del verbo, la soledad y la imposibilidad de acceder a una estabilidad apenas cercana, dan paso a la tumultuosa acumulación de los días. Coral estudió Ciencias Administrativas y Literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. En 1998 fundó la revista literaria *Ajos & Zafiros*. Ha publicado los poemarios *Luz de limbo* (2001, Zignos 2005), *Cielo estrellado* (Santo Oficio, 2004) y *Parabellum* (2008), y la novela *Rito de paso* (Norma, 2006).



Combates

Ednodio Quintero

Editorial Candaya, 2009

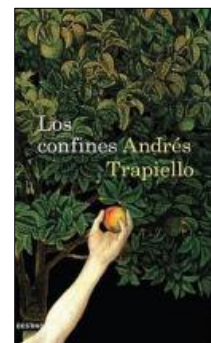
Combates reúne los relatos de madurez de Quintero, los que lo confirmaron como indiscutible maestro del género. Desde esa «poética del vértigo», a la que han aludido algunos de sus críticos, que define su estilo y que sacude de forma radical todos nuestros sentidos, Quintero prescinde de las referencias al uso de lo cotidiano y de lo accesorio para enfrentarnos a unas pocas experiencias esenciales que parecen nacer de la alucinación y el delirio: la caída, la huida, el regreso, las metamorfosis, el cuestionamiento de la propia identidad, las pérdidas, el erotismo destructor, la obsesión analítica por verlo y observarlo todo –como si en su retina llevara instalada una poderosa lente de aumento– y, por encima de cualquier otra consideración: la obstinación por resistir las duras exigencias de estar en este planeta azul y hostil, expresada en su vocación por el combate. El combate desigual de un ser habituado a la derrota, pero que jamás claudica, el combate del que pareciera estar purgando un delito del cual no es consciente, acaso el delito de haber nacido, y que, sin embargo, nunca renuncia a buscar una salida y un sentido a la existencia.

Los confines

Andrés Trapiello

Ediciones Destino, 2009

Claudia, la joven protagonista de esta novela, nos cuenta la historia de un amor absoluto, el que ella y Max van a tener el coraje de vivir. Estaban destinados a no alcanzar el fruto del Árbol de la Ciencia, y sin embargo se atrevieron a decir: «Nada está escrito». El deseo les hará enteramente fuertes y enteramente libres. Como si fuesen dos nuevos arquetipos, Claudia y Max ni siquiera son conscientes de su audacia: la de aquellos que han decidido ir más allá del bien y del mal. Todo en su historia, la trepidante sucesión de los hechos, los escenarios míticos, las desarboladas vidas de los personajes que aquí comparecen, forman el asombroso mecanismo que ellos harán saltar por los aires.



Mañana no será lo que Dios quiera

Luis García Montero

Editorial Alfaguara, 2009

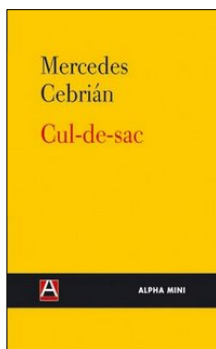
El poeta Ángel González dejó una de las obras líricas más relevantes en lengua española, pero también fue testigo privilegiado de uno de los periodos más convulsos en la historia reciente de España: la Guerra Civil. Luis García Montero construye el retrato del poeta y recorre los primeros años de su vida para rescatar la mirada de un niño que tuvo que crecer sin la figura de su padre, pero con toda la fuerza de una familia y una geografía que se resistían con uñas y dientes a dejarse vencer. Una novela que pretende ser el testimonio de una realidad, escrita con humor, admiración y ternura, con una prosa que funde el ensayo con la historia y la biografía con el lirismo. *Mañana no será lo que Dios quiera* es un homenaje a un territorio, a una familia, a los amigos y a los libros, que levantaron el espíritu del joven en ciernes que con el tiempo se transformaría en uno de los más grandes y premiados poetas de este país durante el siglo XX.

Palmeras de la brisa rápida

Juan Villoro

Almadia Editorial, 2009

A fin de conocer sus raíces, un joven cronista decide recorrer en coche la península de Yucatán. El periplo no es fácil: lo asaltan mosquitos, recuerdos, pirámides demasiado arduas, platillos indigeribles y vendedores de souvenirs; entre sus incentivos se encuentran la historia del ajedrecista que desafió a Capablanca, los trovadores que renuevan el eterno arte de morir de amor, los paisajes de embrujo, las infinitas maravillas de la cultura yucateca. Ante cada contratiempo, el cronista se sirve de la ironía para criticar su propio punto de vista. Por definición, un viajero mira desde el desconocimiento. Villoro lo sabe y busca comprender los variadísimos misterios que frecuenta en este libro: del beisbol peninsular a la fabricación de dientes de exportación. Con idéntica empatía, se adentra en la arqueología y visita la casa donde vivió su familia. *Palmeras de la brisa rápida* es un relato fulgurante, que se beneficia de los recursos de la crónica y la novela: no sólo estamos ante una prosa con inmensa capacidad de asombro, sino que a cada paso el viajero debe afrontar diversas pruebas vitales que comprometen la solidez de sus intenciones.



Cul-de-sac

Mercedes Cebrián

Editorial Alpha Decay, 2009

Después de la publicación en 2004 del libro de poesía y relatos *El malestar al alcance de todos*, Mercedes Cebrián regresa al terreno de la narrativa con *Cul-de-sac*. Un calígrafo chino que come arroz blanco en un bol, una confortable funda nórdica en alguna gran superficie, un clan escocés de perdurable alcurnia, unos diseñadores en la cresta del diseño, varios platos y un mantel con salsa de pollo son los protagonistas de este cuento irónico y de transcurso veloz que nos conduce a los almacenes del significado, a las luces de su comprensión y a las sombras de su pérdida. La edición viene acompañada de tres exquisitos dibujos realizados para la ocasión por la joven ilustradora

sueca Marie-Klara González.

Ceviche

Federico Levín

Ediciones Aquilina, 2009

En esta originalísima *Ceviche* –novela inaugural de un ciclo y presentación de un personaje que llega para quedarse– Federico Levín ha dado si cabe una doble o triple vuelta de tuerca a la hora de buscar cómo acotar sin asfixiar el accionar de su ocasional detective. El casi indescriptible Héctor El Sapo Vizcarra vive y se mueve –poco, gordo y transpirado– en un medio callejeramente acotado: dos ambientes chicos en el Abasto, y –dentro del barrio– en ámbitos signados por la actividad gastronómica. Tras las huellas del ceviche perfecto, El Sapo cae en el restaurante de Doña Lili y asiste, fastidiado primero, alarmado después, al concierto improvisado del grupo Sus Majestades Incaicas y –de postre– a la muerte en vivo y en directo de El Rey, su conductor y líder musical. ¿Sobredosis o asesinato? A partir de esa accidentada comida, nada será igual para El Sapo.



Las muertas

Jorge Ibarguengoitia

RBA Editores, 2009

Si al despertarse, Simón Corona se hubiera vuelto a su casa, los crímenes de Las Poquiachis habrían permanecido ocultos. Pero el destino tenía escrita otra historia. El reencuentro con Serafina Baladro, su amante, le costará a Simón Corona cuarenta y ocho balas de calibre reglamentario, y aun así se librará de la muerte. Pero también le valdrá una confesión ante el inspector Teodulo Cueto: una vez ayudó a Serafina y a su hermana Arcángela a trasladar el cadáver exhumado de una mujer. Ibarguengoitia forma parte, sin duda, del Olimpo de escritores mexicanos, junto a Juan Rulfo, Octavio Paz y Carlos Fuentes. Es, asimismo, el más desconocido de todos ellos. Con *Las*

muertas, que él llamaba su «novela seria», alcanza sin dudarlo uno de los hitos de la literatura hispanoamericana del siglo XX. Una obra fundamental que, junto a toda su trayectoria literaria y periodística, está viviendo un florecimiento en México.

Letra muerta

Mariano García

Adriana Hidalgo Editora, 2009

En *Letra muerta* todo comienza como en una novela epistolar inglesa del siglo XVIII – Clarissa o Pamela de Samuel Richardson– con una heroína, un lugar de reclusión y un poco de papel y tinta para hacer aquello que ya nadie hace: escribir cartas. Y luego irrumpe un mar de té sentimental, la melodramática biografía de Rolando Safir, un escritor con una obra inconclusa, vacilante, gótica, larvaria, taquicárdica, secreta, latente, casi inexistente –o mejor dicho, existente gracias al deseo y a la mirada del otro. De las cartas a la biografía y de las biografías a las cartas, las pasiones se pliegan y despliegan, las voces se desdoblan, las identidades se desvanecen en el vórtice de las mutaciones. Como si el acto de escribir no fuera más que el arte de acomodar restos. Como si la literatura fuera un crimen. Mariano García nació en 1971 y obtuvo su doctorado en letras en la Universidad Católica Argentina, donde se desempeña como profesor adjunto de literatura argentina



El insemador de la margarita

Antonio Rodríguez Jiménez

Editorial El Páramo, 2009

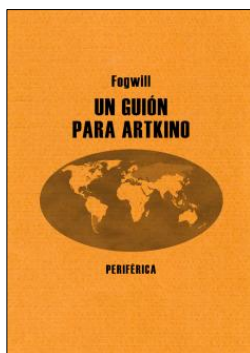
En estas páginas conviven mujeres y hombres contemporáneos, perdidos, débiles, extravagantes, medianamente felices, de vidas cotidianas y combates pasionales. Personajes pasajeros, animales feroces y otros como Rodolfo Jiménez que te impiden despegar los ojos de sus anemias sentimentales, amores imposibles y sueños eróticos. Deseo, sexo, sangre y amor a partes iguales. Antonio Rodríguez Jiménez es periodista y licenciado en Filosofía y Letras, coordina Cuadernos del Sur, suplemento cultural del diario Córdoba, y dirige el magacín cultural El Puente de la Luz.

Campo de tiro

José Ramón Martín Largo

451 Editores, 2009

En el final de la dictadura, un tiempo no tan lejano, la marítima y soleada ciudad de Navas, trasunto de aquella España, atrapa a sus habitantes en una atmósfera irrespirable. Con la dudosa voluntad de huir de esta tierra maldita, los trayectos de varios personajes se cruzan para volver a separarse: un desconocido que regresa clandestinamente tras salir de la cárcel; un psiquiatra que añora su juventud en Guinea; un hombre que ya ha anunciado el día de su muerte; su mujer, que busca en el amor un alivio a la frustración; un periodista ansioso por formar parte de la nobleza local... Sólo dos de ellos encontrarán en alguna lejana utopía una ilusión común. José Ramón Martín Largo (Toledo, 1960) es guionista de documentales y autor de las novelas *El momento de la luna* (1995), *El añil* (1997) y *La noche y la niebla* (2000), publicadas en Alfaguara.



Un guión para Artkino

Fogwill

Editorial Periférica, 2009

Un guión para Artkino, «última» novela de Fogwill, es uno de sus textos más hilarantes, aunque bajo la aparente broma, bajo la carcajada, se encuentre mucha verdad nada cómica. Un escritor *despreciable*, llamado también Fogwill, escribe la obra de su vida, un guión cinematográfico, para el Hollywood soviético en un futuro-pasado donde Argentina y buena parte del mundo se han sumado a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas frente al resto de ese mismo mundo: los países capitalistas con sede en New York. En esa hipotética Argentina Socialista se lee *Pravda*, se fuma tabaco ruso y se conducen coches rusos, pero las traiciones son las de siempre: en apariencia políticas, pero en realidad muy humanas, es decir, más ligadas al carácter de los hombres que a las reglas políticas con las que tratan de organizarse: vanidad, pasión, celos, ambición. Si en *Help a él*, el verdadero Fogwill reescribía «El Aleph» de Borges, aquí parece revisar –o sea, corregir, enmendar o reparar– novelas como *1984* de Orwell.

Boceto de mujer

Encarnación Ferré

Mira Editores, 2009

Boceto de mujer es una toma de postura que afirma la provisionalidad y deficiencia de cualquier conocimiento: nunca podremos llegar a la sabiduría plena, al retrato total; conformémonos, pues, con el boceto. Libro de hondo lirismo, es en realidad un poema en prosa todo él, escrito en el estilo propio de Encarnación Ferré (intimista, profundo, desgarrado...). *Boceto de mujer* no hace concesiones a la anécdota. Todo es sustancia: apoyado en una mínima pericia novelesca (un fracaso amoroso, un viaje a la India, Pakistán, un nuevo amor, y poco más), la autora va desgranando sus sentimientos y reflexiones ante el lector, observando la realidad que la rodea. La mujer de *Boceto...* es una personalidad naufraga, víctima del paso del tiempo. Una mujer que siente soledad y abandono, que vislumbra el camino inevitable hacia la muerte. Un ser agostado en la propia intensidad de su pasión que lucha contra el desánimo y el olvido. En la realidad que conocemos, donde no falta la ruindad, en un mundo habitado por la estulticia o el egoísmo, también caben la sorpresa y el amor.



El monte de las musas

Sergio Bardon

Editorial Mesa Redonda, 2009

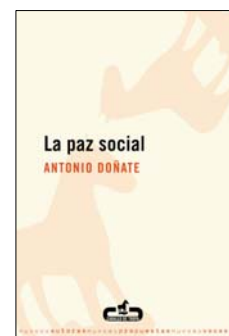
Florenia en el siglo XIV se ha convertido en un hervidero de traición y chisme. El claro deseo de sus habitantes por escalar posiciones o conservar lo que tienen, los lleva por una senda donde todo está permitido y los valores se trastocan a la hora de divisar un obstáculo en el camino. Corso Donati, miembro primordial de una facción del partido que gobierna la ciudad, está en contra del matrimonio entre su hermano, Forese –poeta e íntimo amigo de Dante Alighieri–, con una arribista llamada Nella. Lucía e Imelda, dos ex prostitutas y amigas de Nella, se convierten en sus criadas después de la boda para poder cuidar a la hermana de Corso, Piccarda, a quien se le atribuye poderes divinos que hacen que la popularidad de Nella ascienda como espuma entre las esposas de los otros nobles. Sin embargo, esto va en contra de los planes que Corso tiene para su hermana; él quiere desposarla con un joven de una familia importante y así afianzar su poder. *El monte de las musas* es una novela que mezcla la pasión, la política y la religión de una manera uniforme, dando a entender a sus lectores que ellas son solo armas que se utilizan en la guerra por el poder.

La paz social

Antonio Doñate

Editorial Caballo de Troya, 2009

Diez relatos que componen un retrato generacional de los hombres y mujeres que hoy entran en la treintena. Vidas en las que las pequeñas traiciones, las pequeñas cobardías y los sueños van construyendo un paisaje anodino en el que apenas queda lugar para el acontecimiento. Pero tampoco para el arrepentimiento. Narraciones encadenadas sobre los adultos jóvenes nacidos a finales de la década de 1970. *La paz social* es una aproximación de primera mano a una generación que pronto tomará las riendas de nuestra sociedad.



Las enviadas del mal

Eduardo Álvarez Tuñón

Libros Del Zorzal, 2009

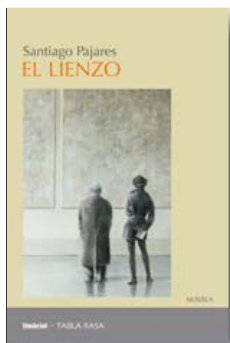
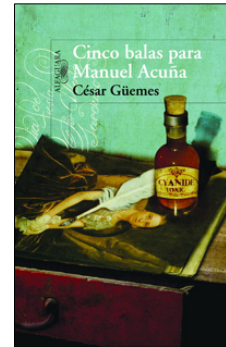
Un violinista célebre, un artista plástico de renombre, un viejo jefe de redacción y un joven que se inicia en el periodismo –y que cree descubrir una conspiración de adolescentes– entrecruzan sus caminos en torno de una misión extraña que sorprenderá al lector. Escrita con profundidad y humor, esta novela contiene una parábola sobre el paso del tiempo, el arte, la vida y la muerte. «Me gustan los relatos de Eduardo Álvarez Tuñón. En Latinoamérica no abundan los escritores con ironía poética. No me extraña que haya nacido en la Argentina. Me gustan sus historias porque se pueden contar, porque no son “posmodernas” y porque están escritas con signos de puntuación, en castellano, mi idioma, nuestro idioma» (Guillermo Cabrera Infante).

Cinco balas para Manuel Acuña

César Güemes

Editorial Alfabeta, 2009

Dice la historia oficial que, a sus veinticuatro años, el poeta Manuel Acuña se suicidó ingiriendo cianuro en su habitación de la Escuela de Medicina el 6 de diciembre de 1873. Añade la tradición que fue a causa del desamor de Rosario de la Peña, a quien le dedicó un célebre poema en cuyos versos finales puede, sin demasiada suspicacia, interpretarse una despedida de ella y del mundo. Pero la verdad es otra. Casi un siglo y medio después, en esta época y en este México, la descubrirá Gardel, un gatillero honesto según su propio código moral, que es contratado por una anticuaria para investigar sobre un par de objetos encontrados en un mueble que perteneció al poeta: una carta y una llave. La encomienda llevará a Gardel al encuentro con insospechados familiares de Acuña, con el siglo XIX mexicano, donde sentó sus reales el crimen organizado a través de bandas tan peligrosas como La Sociedad Sinistra, y con balas del siglo XXI, disparadas contra él y sus asociados Gavilán y Formosa para quitarlos de en medio en un camino que podría llevar a cuantiosas riquezas largamente ocultas.



El lienzo

Santiago Pajares Colomo

Umbriel Editores, 2009

La novela traza una línea que separa al hombre del genio. El azar te regala el talento; la técnica y el estudio lo sacan a la luz. Lo que uno tiene dentro es lo que te hace pintor. Hay artistas que atesoran, dentro de sí, cuadros que nunca podrán enseñar a nadie al no tener la habilidad para sacarlos de su mente. Pero... ¿y si la obra maestra ya existe y no coincide con la visión del genio creador? ¿Y si además ya cuelga en una catedral del arte?, ¿qué hacer entonces? Se impone una solución drástica: es preciso robar el cuadro. El genio, su hijo, un falsificador y un oportuno ladrón de arte pondrán lo mejor de sí para conseguirlo. ¿Todo vale por el arte? Los protagonistas han de

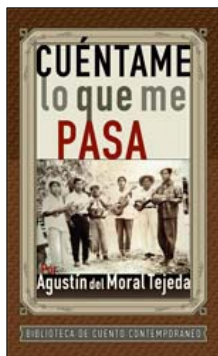
responder a esta cuestión, dando pie a diversos escenarios donde se mezclan el humor, la crítica al mundo del arte, las dudas generacionales y el debate permanente entre la lógica del deber y los lazos afectivos.

El futuro no es nuestro

VV. AA.

Editorial Eterna Cadencia, 2009

Diego Trelles Paz reúne a veinte escritores latinoamericanos nacidos entre 1970 y 1980 en una antología que no solo ofrece una panorámica de la producción literaria actual en la región, sino que da cuenta de una «forma de afrontar el acto de la escritura» de un grupo de autores nacidos poco después de mayo del 68, educados en su mayoría en el marco de dictaduras militares, testigos de sucesos como la caída del muro de Berlín, la represión militar, el derrumbe de las Torres Gemelas, las invasiones a Irak, la aparición de Internet... Inmersos en una suerte de disgregación germinal, alejados de la concepción de novela total, estos narradores no buscan ser fieles a la historia de un país o legitimar un origen que ya no resulta vital. Ni raíces ni tradiciones limitan el pacto con la ficción, dice Trelles Paz. Una brillante selección de talentos que retrata la diversidad pero también las analogías de una América latina desencantada que se cuele en los mundos íntimos y estalla en relatos.



Cuéntame lo que me pasa

Agustín del Moral Tejeda

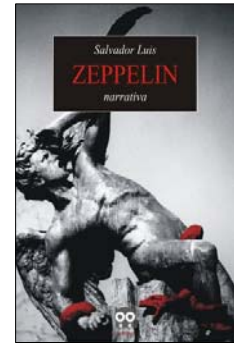
Editorial Ficticia, 2009

El destino suele decidirse en una apuesta. En *Cuéntame lo que me pasa*, de Agustín del Moral Tejeda, los personajes –un futbolista fracasado, un músico demediado entre el ser y el deber ser, y un activista político perseguido por los demonios del desencanto– enfrentan sus mundos con la sapiencia, a veces rebelde, a veces conformista, de quien intuye que en cada acto, en cada palabra, está en juego algo más que la propia historia personal. Narradas en primera persona, las tres obras de este libro logran borrar los límites de lo ficticio en su relación con la realidad, en una suerte de literatura en la que lo trágico, lo cómico o lo patético se entrelazan como fieles reflejos de un espejo en el que todos, absolutamente todos, hombres y mujeres, se asoman para observar sus rostros en los momentos decisivos de la vida.

Zeppelin Salvador Luis

Editorial Casatomada, 2009

«Para leer a Salvador Luis tenemos que aceptar que hay nuevas maneras de enfrentarse a un libro. Tenemos que aceptar, igualmente, que estamos ante un libro que no pretende reducirse a los consabidos rótulos de novela y cuento. Siempre será algo más. Para aproximarnos y luego internarnos en *Zeppelin*, ya no se puede ser un lector ingenuo. Hay que estar dispuestos a recibir el golpe y, como en el box, hay que estar bien parados para no trastabillar. Cada texto de este libro, disímil uno de otro, se nos propone en *Zeppelin* como piezas. Y como tales, sabemos que pasan a ser unidades de un conjunto mayor, de una estructura precisa, compleja, pero inasible. O podríamos decir lo contrario: que son unidades inasibles, pero que en conjunto suman una arquitectura perfecta. Esta paradoja es posible en *Zeppelin*: conjunto, unidad, nada, todo.» (Ricardo Sumalavia)



Tres vidas de santos Eduardo Mendoza

Editorial Seix Barral, 2009

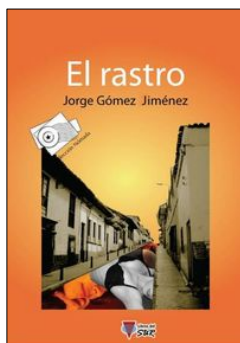
Tres magníficos relatos de Eduardo Mendoza, narrados con el inconfundible y personalísimo estilo del autor. Una combinación perfecta de seriedad e ironía. Los tres relatos que comprenden este volumen guardan un rasgo común. En ellos hay personajes que podrían calificarse de santos: no son mártires ni anacoretas, pero son santos en la medida en que están dispuestos a renunciar a todo por una idea, que cultivan sus obsesiones en su relación con los demás. «La ballena» es el relato más cercano a las crónicas barcelonesas que han hecho célebre a Eduardo Mendoza, y se inicia en el Congreso Eucarístico de 1952; «El final de Dubslav», ambientado en

África, es una intensa narración con un final impresionante; y por último, «El malentendido» es una profunda reflexión sobre la creación literaria y el difícil diálogo entre clases sociales, además de una variación seria del personaje del lumpen que inspira al detective sin nombre de *El misterio de la cripta embrujada*, *El laberinto de las aceitunas* y *La aventura del tocador de señoras*.

Una novelita lumpen Roberto Bolaño

Editorial Anagrama, 2009

En *Una novelita lumpen*, Roberto Bolaño abandona los territorios que han marcado su biografía e imaginario personal para trasladarse hasta la ciudad de Roma. Este es el escenario por el que varios personajes extremos deambulan entre el desasosiego y la locura. La joven protagonista, Bianca, tras la súbita muerte de sus padres en un accidente automovilístico, inicia un decidido descenso a los infiernos. Así, declara: «El futuro no me importaba, se me ocurrían ideas, pero esas ideas, si lo pensaba bien, nunca se proyectaban hacia el futuro». En un test de la revista *Donna Moderna*, encontrada por azar, a la pregunta: «Si tuvieras que matar a alguien, si no tuvieras ninguna otra opción, ¿a quién matarías?», contesta, con la implacable seriedad de un jugador: «A cualquiera. Me asomaría a la ventana y mataría a cualquiera». Y: «¿Cuántos hijos te gustaría tener?» Respuesta: «Cero». Acompañada por su hermano y dos hombres misteriosos, Bianca se adentrará en el universo adulto, descubriendo las peores y más intrigantes facetas de la sexualidad y el engaño.



El rastro Jorge Gómez Jiménez

Editorial Libros del Sur, 2009

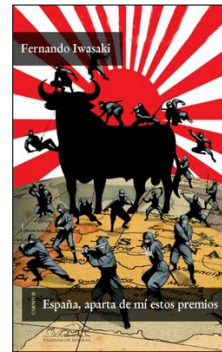
Machista, misógino, promiscuo y escritor, Rodolfo Cal vive en la primera mitad del los años 90 entre Caracas y Cagua, seduciendo a tantas mujeres como le es posible, hasta que en un encuentro con un misterioso personaje le convence de que sus conquistas son parte de un rastro que él busca inconscientemente. Habiendo sido publicada antes sólo en Internet, *El rastro* recibió en 2007 el puesto 32 en el ranking de la revista *Semana*, de Colombia, de las 100 mejores novelas de habla hispana de los últimos 25 años. Jorge Gómez Jiménez es también editor de la revista electrónica de literatura *Letralia*.

España, aparta de mí estos premios

Fernando Iwasaki

Editorial Páginas de Espuma, 2009

¿Qué ocurriría en España si apareciera en las profundidades de una cueva un brigadista japonés ignorante del final de la guerra civil? *España, aparta de mí estos premios* es un libro desternillante que podría ser irreverente si la realidad no fuera más rocambolesca que la ficción, pues Fernando Iwasaki no sólo demuestra que es posible ganar siete premios literarios con el mismo relato, sino que resulta mucho más sencillo convertirse en vasco, andaluz o catalán siendo nipón antes que ultramarino. Por eso *España, aparta de mí estos premios* es un homenaje al Concursante Latinoamericano Desconocido y al mismo tiempo quiere ser un preámbulo a las instrucciones para cazar premios «búfalo» en España, donde sólo hay que seguir al pie de la letra las recomendaciones de Groucho Marx: «Los grandes éxitos los obtienen los libros de cocina, los volúmenes de teología, los manuales de cómo hacer y los refritos de la Guerra Civil».



La flor del frío

Jorge Luis Cáceres

Editorial El Conejo, 2009

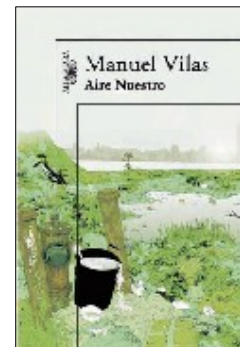
De singular y mordaz crítica, *La flor del frío* es una compilación de cuentos que recrea, con gran habilidad, una suerte de *Sin City* quiteña, en la que los personajes, sin embargo, tienen rasgos y características más reconocibles, más «reales». A través de la sórdida corrupción de sus habitantes, la urbe despliega su pléyade de monstruos, engendros y pesadillas. En un mundo en el que «la lujuria, el espanto y la maldad» son el común denominador; la transgresión y la justicia, la cordura y la demencia están separadas, tan sólo, por una puerta. Los héroes luchan agotados, casi inútiles frente a un halo malévolo en el ambiente que los envuelve para pasar, incluso, en breves segundos, de ser víctimas a victimarios sin que ellos mismos se den cuenta del aire enrarecido que los recrea y los transforma.

Aire Nuestro

Manuel Vilas

Editorial Alfaguara, 2009

Imaginación desbordante, juego, sarcasmo y humor en una novela que mezcla géneros, personajes y tiempos. *Aire Nuestro* es la novela, o antinovela, que componen estas páginas escritas por Manuel Vilas, pero también es la mejor cadena de la nueva televisión española independiente. En sus once canales caben desde reportajes, entrevistas del futuro y magazines, hasta cine X y la Teletienda. Allen Ginsberg y José Lezama Lima cogidos de la mano por el Purgatorio, en ese mismo lugar, en uno de sus bares se besan García Lorca y Walt Whitman; Sergio Leone hace sus descargas desde el Más Allá contra los directores y actores que menospreciaron sus spaghetti-westerns, Elvis Presley se le aparece a un terrorista pidiéndole que mate al Presidente... También Lou Reed, Luis Cernuda, el rey Juan Carlos o el propio Vilas, entre otros, desfilan por esta televisión hiperrealista.



Issa Nobunaga

Carlos Almira Picazo

Nowevolution, 2009

En el Japón de las costumbres, de los señores feudales, de los *shogun*, y de los *señores de la guerra*. Un clan, Nobunaga, marcará la diferencia, y en su propia casa dos hermanos muy distintos entre sí, uno con ideales de un nuevo mundo y el otro afeñándose a la tierra, a la naturaleza y la tradición de los *haiku*. Una novela que relata el cambio drástico del desarrollo de la nueva era moderna en Japón. Un fino cuchillo que separa de raíz los viejos tiempos de lo que tiene que llegar. Carlos Almira Picazo nació en 1965 en Castellón (España). Se doctoró en Historia por la Universidad de Granada. Y se dedicó sobre todo a vivir de sus clases y a escribir: ensayos, novelas, cuentos y poesía. Ganador también de muchos premios, el más reciente, el primer premio en el Certamen de Novela Corta Katharsis por una obra titulada *El jardín de los Bethencourt*.